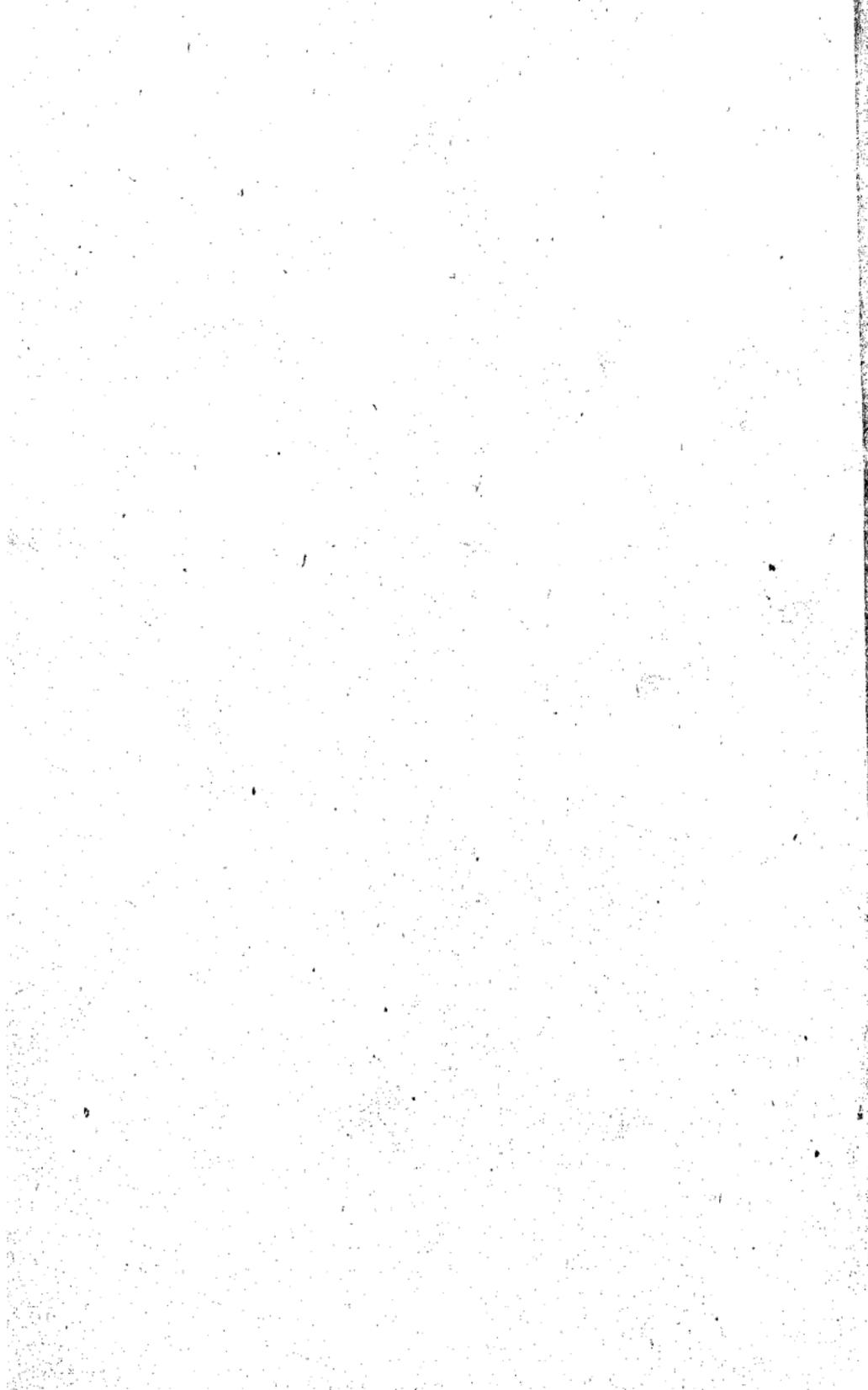


TEMPLE DE ACERO



Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.



TEMPLE DE ACERO

NOVELA DE COSTUMBRES

EN TRES LIBROS



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINOS DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43 AL 47

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ejemplares que la Ley previene.

A los lectores

de "El Debate"

AMIGOS MIOS:

No ya sólo porque el señor Director del primer periódico de España me encargó, allá a fines de Enero, una novela para EL DEBATE: sino porque la he pensado, y modelado, y hecho pensando en vosotros, es por lo que, al ponerle la firma hoy, víspera de San Juan, os la ofrezco, y dedico, y consagro con todo mi corazón agradecido.

¡Me habéis animado tanto con vuestras cartas; con vuestras visitas, al venir por esta tierra de María Santísima; con la estimación, en fin, en que tenéis mi oscuro nombre, que habría yo de ser muy mal nacido—y no lo soy—para no rendiros un homenaje de honrada gratitud, como el que os

rinde mi alma por medio de estas líneas!

La novela que va a vuestras manos es como todo lo que escribo: sacada de la cantera de la realidad histórica. «Maricruz» es verdad.

Quizá un poco inverosímil, porque nada más inverosímil que el heroísmo, sobre todo para los que no tenemos temple de héroes: pero verdad palpitante, verdad vivida, que pudiera yo señalaros con el dedo... si no temiera que me arañase.

Algo se me parece—claro que como puede parecerse una piedrecilla a una montaña—a la incomparable «Sotileza», del maestro Pereda... No es que yo haya querido plagiar—nada detesto más en el arte—. Es que, si hay parecido como yo creo, es porque mi «Maricruz» de la verdad la ha hecho Dios parecida a la otra estúpida verdad de la hermosa callealtera santanderina. Los tipos morales se repiten en la historia, y los que hayan de hacer historia de dos tipos pa-

recidos tienen que coincidir en muchos puntos.

Ni he puesto ni he quitado en lo esencial de mi tipo, ni en lo principal de mi trama. «La verdad de la vida» es quien me ha suministrado el uno y la otra. No he tenido que hacer otra cosa que recordar y dejar correr la pluma, sin más preocupación ni otro propósito que entreteneros honestamente, y, al par que entreteneros, edificaros.

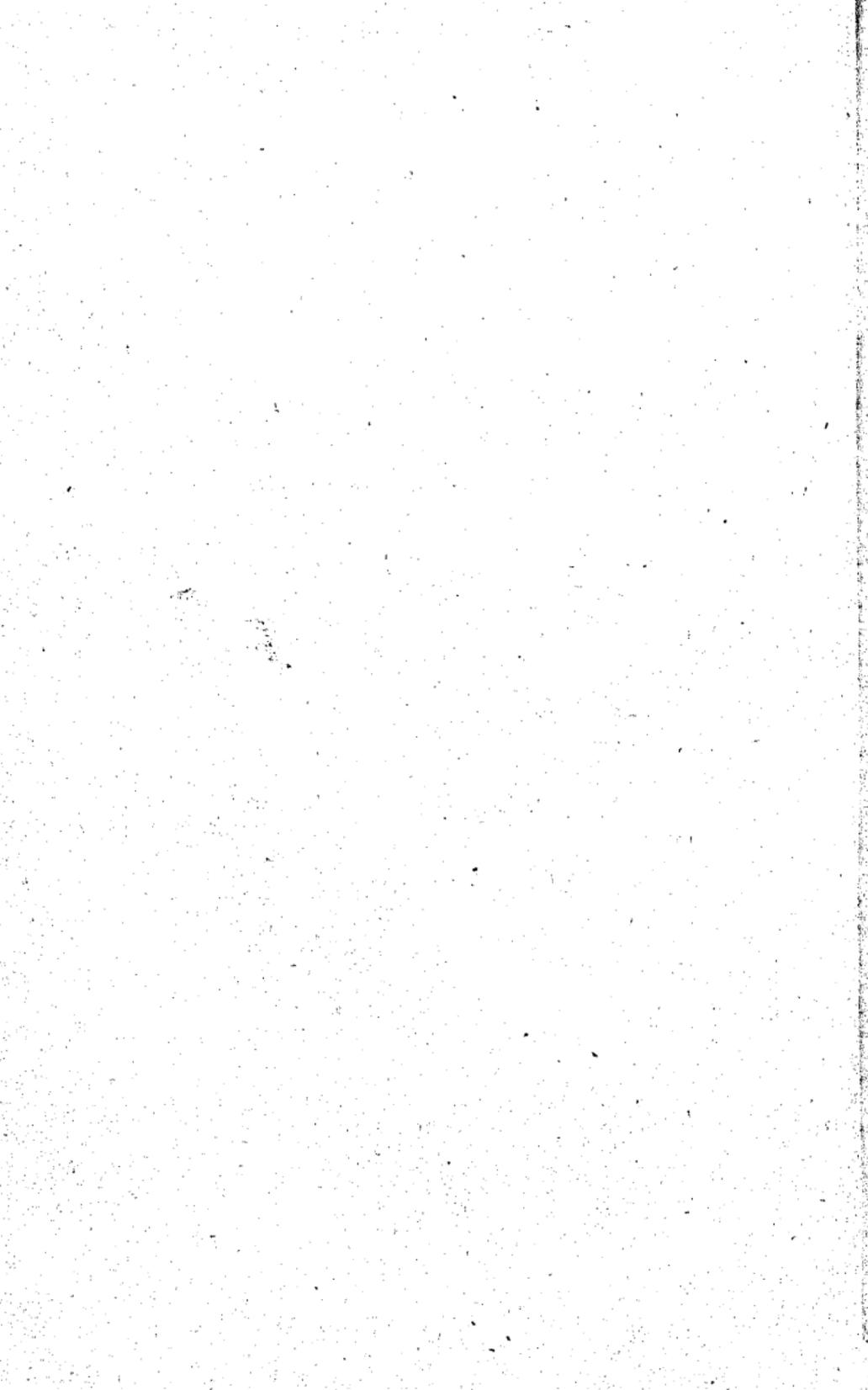
¿Lo habré conseguido?...

Esta es mi aspiración de artista y sacerdote.

Vuestro agradecido amigo,

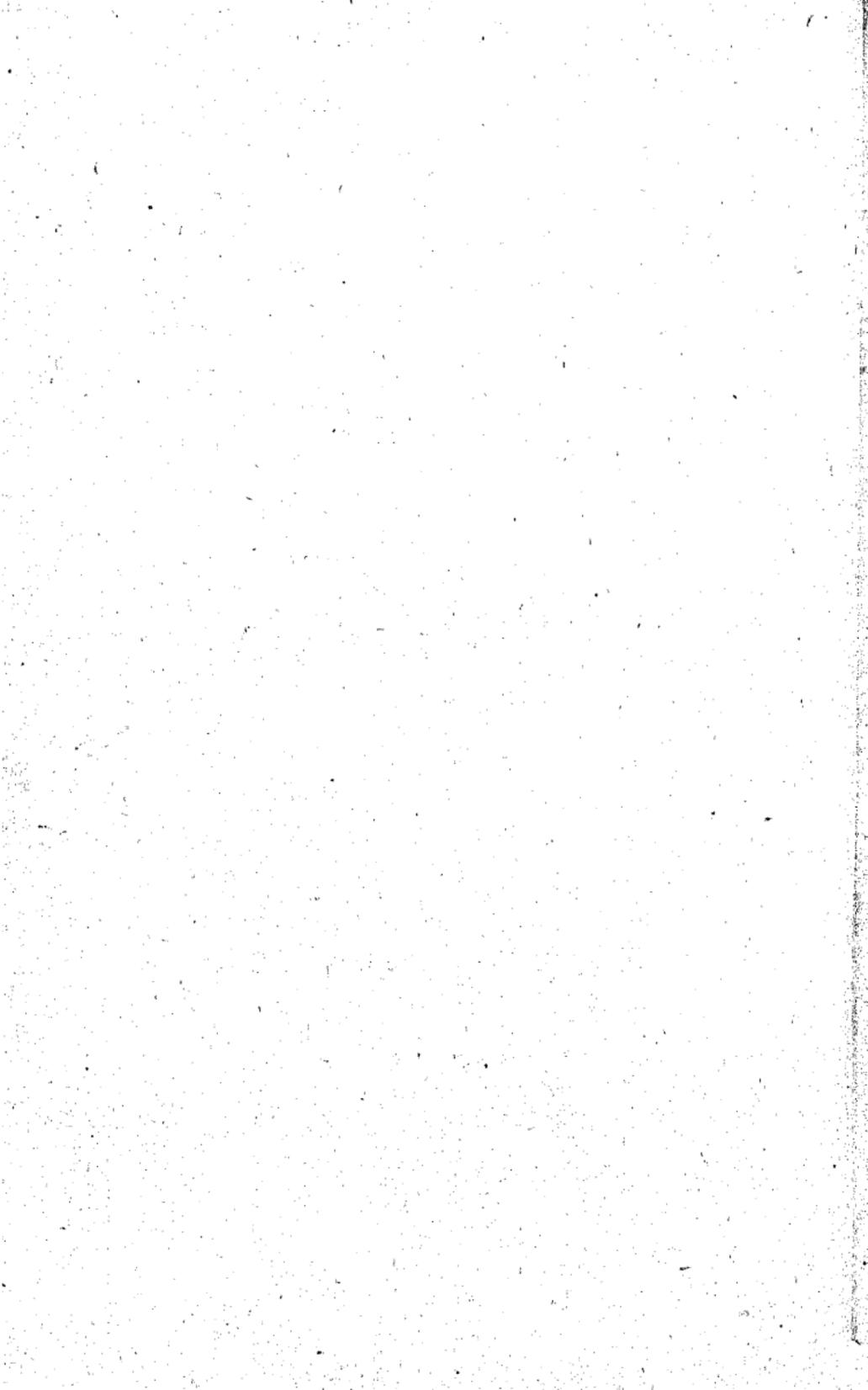
Juan F. Muñoz Pabón.

Sevilla, 23 de Junio de 1918.



LIBRO PRIMERO

COSAS DE NIÑOS





CAPÍTULO PRIMERO

Perfiles de un carácter

—Y ¡cómo quiés tú que esté una niña, criá ar bentestate y como jongo por jesa, sin más padre, ni más madre, ni más perrito que le ladre, porque er padre está siempre como San Jinojo en er cielo, viniéndole er día corto pa tomá er so en la puerta e la posá, y si es er pingo e la madrastra, sin poerse lamé, borracha por vitalicio, que jasta se cae y tó, y esta mañana se la encontraron dormía en el istierco de la Cruz Verde? ¡Ande está la chiquilla, que no te quió decí lo que va a salí de ese potrico marismeño: machoteando

por esos callejones y cercaos, con toa la granujería de tos los porquerillos der lugá—¡que hay que ve cómo están los niños de ahora!—cuando no te la encuentras encaramá en lo arto del campanario de la ilesia, repicando las campanas con los monagos, o cogiendo niños de gorriones y vencejos en los tejaos de la ermita.

Y así era, en efecto, la vida y milagros de la arrapieza.

Sin calor en la casa de su padre, se echó a buscar por las casas de la vecindad, primeiramente, y por todas las calles del pueblo, después, el amparo, ya que no la ternura, que no encontraba en su propio hogar. Y como quiera que, dentro de éste, maldito lo que se la echaba de menos a ninguna hora del día ni de la noche, acabó por traer el mundo por jaula y la libertad de todo género por única disciplina; sin que, al frisar en los diez años, hubiese en todo el pueblo pillete que la igualase, así en tirar el trompo, como en jugar a los bolindres; en montar a horcajadas, y en pelo por supuesto, cuantos burros hallaba de pradería por callejones y ejidos, como en trepar por los frutales de las

arboledas a caza de albaricoques tempranos y ciruelas pintonas; en tirar a la ballesta, hecha de vara de acebuche, con flechas de junco, como en nadar en los remansos del arroyo, con honores de río, que pasa por entre el pueblo y la campiña.

«La Perra sin Amo», hubieronle de ponerle por mote, al vérsela en todas partes campar por su respeto, lo mismo delante de la cruz parroquial en los entierros, que detrás del tamboril en las procesiones; al lado del pirotécnico, teniéndole la mecha para disparar los cohetes, que entre los cómicos de la legua venidos a la villa, haciéndoles mandados en perspectiva de la entrada gratis..., lo propio en casamientos y bautizos, que en venidas de soldados..., en riñas de borrachos o de vecinas, que en operaciones quirúrgicas o autopsias en el cementerio...

Dondequiera que hubiese algo que oler o en que estorbar, allí estaba Maricruz, si no por esencia, presencia y potencia, como Dios, por presencia indefectible a lo menos: descalza de pies y piernas, por de contado y rascándose a más y mejor la despeinada cabeza, coronada de rizos de un rubio gris,

calcinado a mechones por el sol de la canícula, que ella desafiaba tan guapamente... Claro está que, a lo mejor, se encontraba aquí un empujón y un trompazo acullá... un puntapié en un caso, y un pulgarón en otro, siempre con la amenaza de delatarla a su padre... lo cual era lo mismo que pretender amedrentar a Napoleón con excomuniones de Pontífices.

Una particularidad de aquél carácter anárquico y bravío, fruto de una voluntad montaraz y selvática: ¡no derramar una lágrima ni exhalar un quejido, hiciérensele las perreñas que se le hiciesen! Cuando con los malos modos sobredichos, y aún peores, se la despachaba con viento fresco de cualquier lugar, barriéndola punto menos que a escobazos, se alejaba de allí, sin siquiera palparse la parte dolorida. Sin haber leído a Heine, tenía para sí que «la dignidad es la más alta soberanía humana», y se iba... se iba del lugar teatro del empujón o de la patada, del soplamocos o del cachete limpio, pero... con el majestuoso empaque y erguido continente de una reina ungida, que cambiase de lugar en un acto de corte a la respe-

tuosa insinuación del maestro de ceremonias.

Ni fué jamás de la calaña de devolver mal por mal. ¡No se le infería agravio que ella no perdonara generosamente! Sólo cuando había que defender al débil o amparar al desvalido era cuando, con bríos y denuedo de amazona, apelaba a las armas (vulgo piedras), que sabía manejar, por cierto, con tino soberano, poniendo el proyectil, el diante de la chica, donde había puesto el ojo.

De aquí databa precisamente su cariño frenético hacia Miguelito Diosdado, o el Niño de la Viuda, como por aquél entonces se denominaba en el lugar al Mayorazgo, que habrá de compartir con Maricruz el «protagonistado» de esta historia.

Porque en los pueblos de la categoría de Pimpollares, apenas si hay dos familias de empuje y de rango—en muchos no hay ninguna—, los niños de estas casas ricas y aristocráticas no tienen más remedio que convivir con la patulea, so pena de aburrirse los angelitos «como una ostras», ya que está la comparación tan en auge, aunque no se nos alcanza el porqué. De aquí que Miguelito, a pesar de lo enpingorotado y copetudo de su

alcurnia y de lo boyante de su fortuna, anduviese, a lo mejor, por el callejón de la Cuesta, adonde daba la puerta falsa de su casa, entre arrapiezos descamisados y «sansculottes», adoptando nosotros esta denominación francesa, por parecernos menos ofensiva a la honestidad de los oídos que su rigurosamente estricta equivalencia castellana.

Ni que decir tiene que a Miguelín no se le olvidaba nunca, ni aun en medio de su más íntima convivencia con la hampa del lugar, que era «el niño de clase». Y como, por un lado, fuese testarudo de condición como él solo, y por otro, estuviese mimado y consentido hasta salirse con todas, igual dentro de casa que fuera de ella, llegó a hacerse entre los chiquillos de su pandillaje algo así como un tiranuelo medioeval: un dictador, de voluntad inapelable, a quien, «por ser vos quien sois», no había ni rey ni roque que se atreviese a oponer la menor resistencia.

Y acaeció que un día, porque «el trabuco» de varetón de higuera, con proyectiles—«balas»—de papeles mascados, que llevaba Tolomé, era mejor que el suyo, y Tolomé no quería cambiárselo, ni aun con el guante de

de dos o tres galletas que Miguel le ofrecía, el señor de horca y cuchillo del lugar se tomó la justicia por su mano, como cualquier baratero, y, luchando cuerpo a cuerpo con Tolillo, dos años más pequeño, lo tiró al suelo, de una hábil zancadilla, y empezó a abofetearle despiadadamente.

—¡No te lo doy, ea!... quitón!... robón!— gritaba Tolomé, defendiendo el tabuco y llorando con desaforados gritos, por el dolor de los golpes—¡No te lo doy, ea...!

Maricruz, que andaba con ellos de correría, claro que con su tabuco, de la más acreditada marca, hizo por *cepartarlos* amigablemente, obteniendo como fruto de su mediación diplomática un par de soplamocos que le dió el tiranuelo.

Irritada ante tamaña arbitrariedad—no la de sus soplamocos precisamente, sino la del violento canje de los trabucos—giró en derredor la vista en busca de una piedra. Vió como a unos veinte pasos de allí un razonable guijarro de arroyo, y voló hacia él en alas de su instintivo amor a la justicia. Lo recogió del suelo, puso la puntería en la cabeza de Miguel, y... ¡cataplum!, lo arrojó a todo bra-

zo, con la fuerza de la honda de David cuando andaba al oficio de pastor de los rebaños de su padre.

Miguelín lanzó un alarido, que repercutió en las tapias del corralón, cayendo boca arriba despatarrado sobre la arena.

.....

¡Maricruz creyó al pronto que lo había matado!... ¿Huir como huía despavorido Tolomé, dándose con los talones en el faldón de la desgarrada camisa, única pieza de su indumentaria? ¡Eso era de cobardes!... Y con la velocidad del pensamiento mismo; con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto y entrecortado el aliento por el terror, voló al pié del herido, que vuelto en sí del ligero desvanecimiento que le había producido la pedrada, ensordecía los aires con los agudos ayes de su garganta de tiple, por la que no acertaban a salir a la vez todas las energías de su dolor, junto con los aparatosos espasmos de su rabia de «señorito» descalabrado por una colillera...

Maricruz, que jamás había visto sangre vertida por su mano, se horrorizó de su obra, como debió horrorizarse de la suya el primer

fratricida en las inmediaciones del edén. Pensó en la cárcel... pensó en la horca... ¡pensó morir allí mismo!... Su alma femenina, sin embargo, aleteó de pronto bajo la desarrapada envoltura del granuja, e hincándose de rodillas en el suelo, donde el herido pataleaba maldiciendo y llorando, le cogió la cabeza ensangrentada, y subiéndola hasta la altura de su boca, por primera providencia le dió un beso... ¡No había besado nunca hasta entonces!

El Mayorazgo le contestó en su rabia de lóbezno con un fiero garfañón a la suelta pelambre, que le hizo crujir los descompuestos rizos. Ella ni se dió por entendida de la agresión, como era su costumbre; sino sacándole del bolsillo del babi el pañuelo que Miguel llevaba, pues ella no había usado jamás tanto refinamiento, le limpió con él la herida que tenía sobre la ceja izquierda, y que sangraba, sangraba, como brota el manantial del pozo de la Virgen del Rocío.

—¡Si tú no le hubías querido quitá er trabuco!...—fué toda la atenuante que se le ocurrió aducir en su propio descargo.

—¡Y a tí qué te se importaba?—le replicó

Miguel, incorporándose, con lo que vino a quedar de rodillas ante ella, metiéndole las crispadas manos por los ojos—. ¿Era tuyo el trabuco?

—¡Porque es más chico que yo y más probe que tú!—contestó Maricruz con alta-nería.

—¡A tí sí que te voy a cortar el pescuezo, en cuantito coja una navaja!

A lo que la interpelada contestó con supremo estoicismo:

—¿Y a mí qué me se importa?... ¿No me pegan en tos laos?... Yo, en no jaciéndote daño ya más en la vía, aunque me mates, ¿qué?

Tan estupenda contestación, reveladora de un alma de oro nativo, desarmó como por ensalmo al contendiente, que, poniéndose de pié y sacudiéndose el babi, hubo de preguntarle:

—Entonces, si yo te pego a tí, ¿tú te estás quieta?

—¿No me pegaste endenante un estirón de pelos y no te jice na?

—Verdad: que me diste un beso y yo te

tiré un garfañón y no me hiciste nada... Y oye: y eso, ¿por qué?

—Pues porque semos amigos y te quiero. ¿Por qué va a sé?

—¡Pues yo no te quiero a tí ni chispa, ni te he querido nunca!—replicó el testarudo, con un desdén rayano en el desprecio.

—Y eso a mí, ¿qué?—contestó Maricruz con un dejo de amargura infinita, dándose cuenta, quizás por vez primera en su vida, de la soledad de su alma—. ¿Me quiere a mí arguien?... Pero, ¡en queriéndote yo!...— y lo envolvió en una mirada que era un mundo de cariño desinteresado.

Miguel sintió en su alma bien nacida un movimiento instintivo de honrada gratitud (el alma es naturalmente buena); y deponiendo de pronto todo su fastidioso empaque de señorito y todos sus resentimientos de humillado, díjole con la más honda sinceridad:

—Pues yo también te quiero a tí ya: ¡pa que veas!...

—¡Lo mismo me se da!—contestó la muchacha, encogiéndose de hombros y plegando los labios con un mohín de suprema in-

diferencia—. Lo que yo quiero en er mundo es que no te se quéé señá ninguna, y que no vaya a pegarte encima tu mamá!.. ¡Anda, que vy a dí contigo!

—¿Tú conmigo, chiquilla? ¿Tú conmigo a mi casa?..

—Yo, sí, ¿por qué nó?

—¿Pa que mi mamá... te mate?

—Pa decirle que quien te ha achocao he sío yo, y que anlugá de pegarte a tí una soba, po... me la pegue a mí, que he sío la curpante. ¡Arza y vamos pa allá! ¡Tuvía que ve!..

—¡¡Maricruz!—exclamó Miguelito, admirado, hasta el estupor, de aquellas delicadas generosidades que, por lo mismo que no le cabían en el corazón, no le cabían tanipoco en la cabeza.

—¡Po no que no!—Y limpiándole nuevamente la sangre de la achocadura, lo cogió por el brazo y empezó a andar con él camino de la casona.

.....

—Tú te queas aquí, pa que tu mamá no se asuste con la sangre—propuso Maricruz cuando llegaron a la puerta.

Miguel obedeció, sobrecogido de miedo ante la inminencia de la tollina que presentía, y la arrapieza se entró en la casa como Pedro por la suya. Atravesó en dos zancadas el amplio zaguán, empedrado de chinas de arroyo, blancas y negras, formando mosaico, y repicoteó resuelta el llamador de la campanilla.

La señora, que pasaba a la sazón por el corredor frontero a la cancela, al ver toda manchada de sangre a Maricruz, se abalanzó solícita hacia la muchacha, creyéndola herida.

—¿Qué te ha pasado, hija mía?

Maricruz, con un movimiento de humildad instintiva ante aquella caritativamente tierna solicitud, a que no estaba acostumbrada ciertamente, le contestó toda temblorosilla y con los azules ojos llenos de lágrimas:

—No, señora, señorita. Esta sangre no es mía. Yo no tengo na—. E hizo por sonreír en medio de su llanto, para mayor tranquilidad de la señora—. Es—y aquí empezó a llorar a toda vela—... ¡es... es de Miguelito, que le tiré una pedrá, le atraqué, y está achocao! ¡Mátame usted, si usted quiere!... Pero a él no

le vaya usté a jacé na, porque no tiene culpa. Ahí está... ¡Miguel! ¡entra!

La viuda sintió como que se le unía el cielo con la tierra... Gracias a que Miguel entró, andando por sus pies, y diciendo a su desconsolada madre, mientras ésta le enjugaba a besos la sangre de la herida:

—Maricruz me ha achocao, pero ha sido sin querer, ¿sabes?... Estaba tirando piedras en el callejón de la Cuesta, yo me asomé a la portada y me atracó con una, sin pensar. ¡No le vayas a hacer nada, que ha sido sin querer, y yo la quiero mucho! ¿Ves?

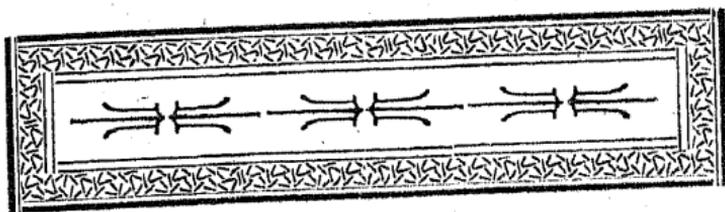
Y estampó un sonoro beso en la mejilla, mojada en llanto, de la consternadísima arrapieza.

¿Tendría algo que ver con todo esto la copla que, ya de mujer, cantaba Maricruz a cada triquitraque:

Dos besos tengo en memoria
que no se apartan de mí;
el último de mi madre
y el primero que te dí?

.....





CAPITULO II

Corazonada de santa.

Como había de tener otra cualquiera devoción, la señora doña Juana Francisca de Manrique y Quiñones, viuda de Diosdado, tenía la siguiente: poner en práctica, sin la menor demora, la primera obra de caridad que, después de comulgar, se le ocurría.

¿No gastaban otras señoras, quizás de menos posición que ella, el oro y el moro en bagatelas de tocador, vanidades de lujo, refinamientos de elegancia... ¡locuras de la vida!... ¡Dejárانla irse al cielo «en coche» por la ancha vía, tapizada de flores, de la cari-

dad para con el prójimo!... Para eso era rica gracias a Dios: para hacer cuanto bien se le antojase, economizando en ella misma lo que había de dar a los demás a manos llenas. Ya lo había dicho el Divino Maestro: «Prefiero la misericordia al sacrificio, y mejor es dar que recibir... ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!»

Y porque en el momento de comulgar, en el día de la Santa Cruz de aquel año de Cristo, húbole de intranquilizar la conciencia no haber hecho nunca nada por el verso suelto de nuestra Maricruz, cuyos gritos en la plaza se oían desde el comulgatorio, se le ocurrió de pronto la obra de misericordia de llevársela a su casa, para hacer por desasnarla y meterla en cintura; o ya que no conseguirlo (todo era de esperar de aquel gato montés), preservarla a lo menos de cualquier desventurado tropezón que pudiera ocurrirle por esos callejones en sus malas andanzas de ácrata con refajo, dado su frecuente trato y su íntimo comercio con porquerillos y transeuntes.

— ¡¡¡io! ¿A onde?

—¡Ande a tí no se te importa!

—¡A que vas a la Arbolea a las armendras verdes?

—¡Cabalito, amén Jesús! Robá pa comé no es malo.

—Pa allá voy yo tamié con los guarros. Pero yo llevo pan en er zurrón. ¡Mialo! Media jogaza.

—Po yo, ni eso. ¡Ya caerá po ahí argo! ¡No están mu ricos ahora los tallos e zarza!... Po ¿y las jabas verdes? ¡Ca vaina como sables!

—Po si te viene cormigo a cogé ganizabones, te doy una chupá en esta colilla.

—Y sin chupá tamié me vy contigo ande sea semenesté... ¿Vaya que no me cojes?

—¡A que sí!...

Y Maricruz, corriendo como una exhalación por aquellos callejones, y el porquerillo tras ella, como un satirillo tras una ninfa... aunque sin intenciones pecaminosas todavía... Y aquí, un quiebro, habilísimo de la rapaza al sentir casi encima la zarpa del seguidor... y otra desatentada carrera a campo traviesa para ganar el portillo del vallado de la heredad... Y el porquerillo, que le dá al-

cance y le echa mano a una pierna, haciéndola resbalar sobre el vallado y caer sobre la arena de la gavia... Y risotadas al levantarse, porque no se hizo daño, y risotadas al sacudirse la ropa, porque se ha enarenado hasta el mismísimo pelo... y la lucha a brazo partido, a ver cuál de los dos sube primero a la cruz del almendro... y la senada de almendras verdes y el delantalado de habas sazónando la media hogaza del zurrón, entre las frescas espadañas del arroyo, que sirven de triclinio y mantel para el fraternal primitivo ágape... y ... ¡preciso! ¡preciso de todo punto, y mejor hoy que mañana, cazar aquella bestiezuela mostrenca... aunque fuera con lazo corredizo!

Nada, Doña Juana Francisca: a domar esa potrica marismeña, sin rey ni roque. ¡Ahí es nada, salvar un alma en peligro de perderse! «El que salva un alma, predestina la suya», dice San Agustín.

¿No había la Santa homónima de la señora, la baronesa de Chantal, ocultado en su propia casa al matador de su marido, y hasta apradinándole un hijo en la sagrada pila?... ¿Qué mucho que haga usted una caridad se-

mejante con la descalabradora involuntaria de su idolatrado Miguelín?...

Y como lo pensó lo hizo Doña Juana; pues idea que le viniese en el comulgatorio, cosa era de Dios, según sus teologías. Se lo propuso al padre de la zagala, a quien mandó a llamar al efecto, y, lo que éste le dijo, lleno de gratitud:

—Yo por mí, ¿qué quedré, sino que una señora como usted se jaga cargo de esa cabra montuna, y tenga habiliá pa amarrarla corto y meterle los Cristos en er cuerpo?... De moo y manera, vamos ar decí, que con tá que usted me la arrecoja, porque eso está más erramao que los arroyos, y más libre que los pájaros, aunque no le dé usted más que lo que decía mi madre, que en pá descanse, que era mu chilindrinerá: ¿Qué ganas, Josefilla?—Treinta días ar mes, barriga limpia y ropa sucia.» Quié decí, que con que le dé usted la comía como a los perros y un esechillo de cuando en cuando, pa que se vista, pué usted decí que saca usted un arma der purgatorio.

Y se vino Maricruz a casa de la viuda.

Lo primero que se le hizo, por prescripción de la señora, que era idólatra del aseo,

fué armarle un escamondado de pata a oreja que—¡vaya con Dios, señora, la tinta de las jibias! En fin, ¡roña enconá!—como decía Bruna a Doña Juana al darle cuenta de los trámites del baldeo—. Como que me atrevo yo a apostá que endeje que la bautizaron no ha güerto esa a ver más el agua, ni pa beberla. Gracia que yo no me andé con chiquitas, sino un estropajo nuevo y ¡refregones que te crió!... Pero, misté, señora: más callá que er Callao e Lima, ¡que misté si sería un hombre callao cuando le pusieron er Callao!.. Porque lo que yo le dije ar darle las estruccion y decirle las costumbres e la casa: ¡Y aquí mu poquitas voces, ¿sabes tú? No vayas tú a crete que esto es un plao, ni un corrá de concejo, ni una marisma!... ¡Miá tú esta casa, que es semenesté presinarse espacito, pa no jacé ruío!.. De moo que me se entregó sin rechistá, y misté: ¡me he jartao! Usté sabe que yo la doy de ahí, y que otras mir fartas tendré; pero limpia, y aseá, y rechinando, ¡como los chorros e el oro! Arregístrela usté toa, a ve si no está más limpia que una patena.

Por vez primera en su vida, Maricruz se

vió libre de costras y churretes, cosa que le produjo un bienestar hondísimo, hasta entonces ni siquiera presentido por la infeliz. Se le peinó así mismo la carretada de gavillas de garbanzos, que tenía por cabellera, claro está que entre tirones de pelo y roturas de dientes del batidor, pues aquello era un bardal como los de parrones, zarzamoras, madre selvas y espinos majoletos que aprisionan los cercados, y aunque le quedó la cabeza dolorida y atontada, pues después del batidor tuvo que hacer «lo suyo» el peine blanco, ¡vaya!, que se gustó a sí misma ante el espejo, al verse tan bien peinada, con la raya que, partiéndole de la menuda y calzada frente, le llegaba hasta los pelillos «del coraje», para hacerle dos trenzas primeramente y dos castañas después, del tamaño y color de dos pestiños... Al fin, hija de Eva, y bonita por añadidura, pues eso lo hace Dios; flor caída en un lodazal y afeada por el fango que con sólo una zambullida en agua limpia recupera al instante toda su galanura y su belleza...

«Alto don es el agua»,
como diría el clásico.

Mucha ropa era, en verdad, una camisa nueva de lienzo moreno, unas enaguillas de cotín a rayas, un refajo de bayeta y un vestido de coco a cuadros blancos y negros. Pero ya se acostumbraría a tanta impedimenta, y fuérase lo abundante de la presente indumentaria por lo escaso y *esteriticado* de la de otros tiempos, en que, cuando había camisa, no había enaguas, y cuando había enaguas, no había camisa; no siendo cosa del otro jueves el que me la pusiese la madrastra, para lavarle el hato... cuando lo hacía, en el «hábito de San Sebastián».

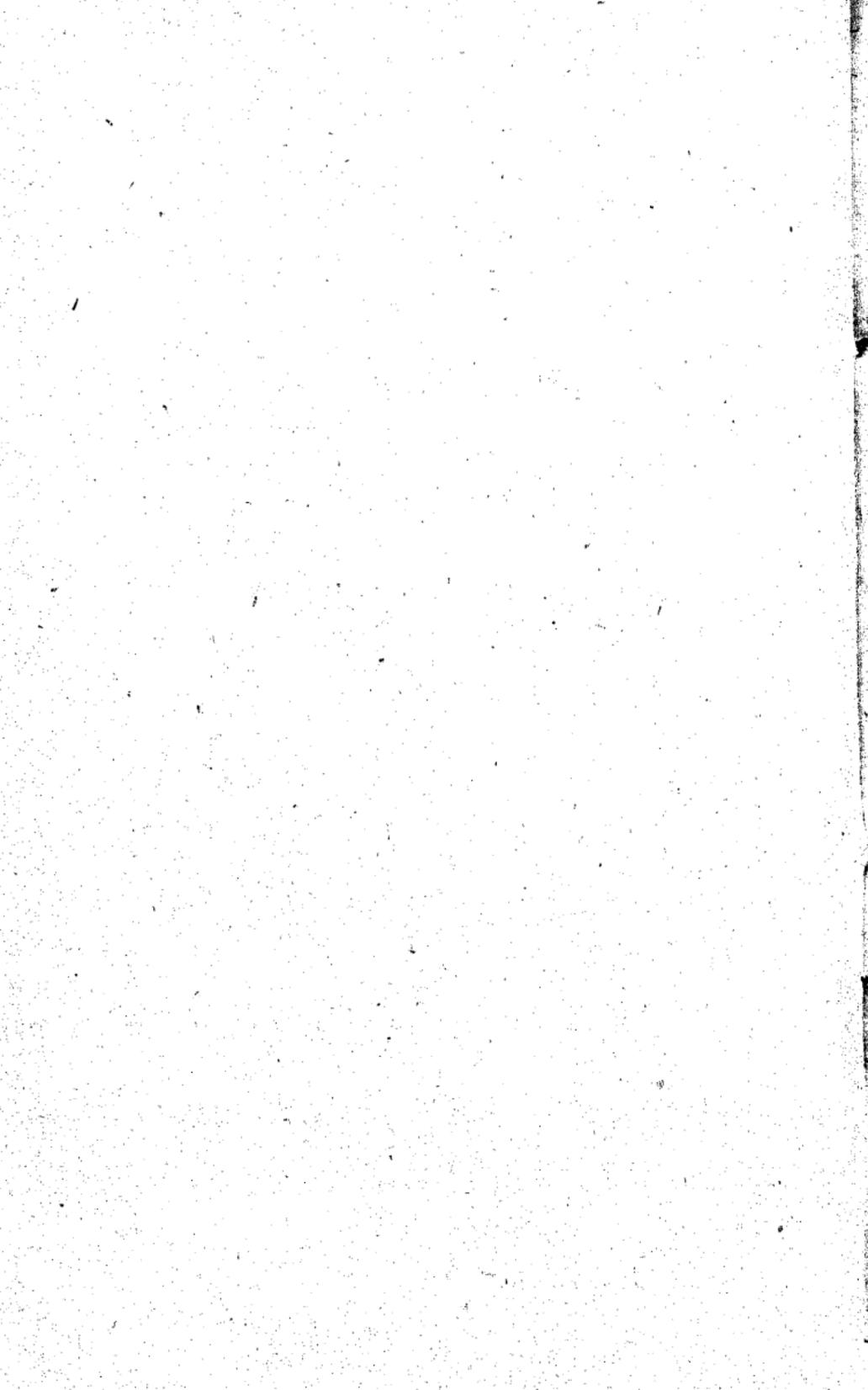
Lo que no podía aguantar la infeliz, ni por los catalanes, eran las botas de becerro blanco que le hizo, a medida y todo, el zapatero. Sobre hacerla andar desmazalada y piernabierta, con los brazos caídos hacia delante y la cabeza gacha, produjéronle a los dos días de uso una más que razonable rozadura en cada talón; por donde hubo que sustituirlas, siquiera fuera preventiva y transeuntemente, por un par de alpargatas, y dar la razón al refrán: «al que no está hecho a bragas las costuras le hacen llagas».

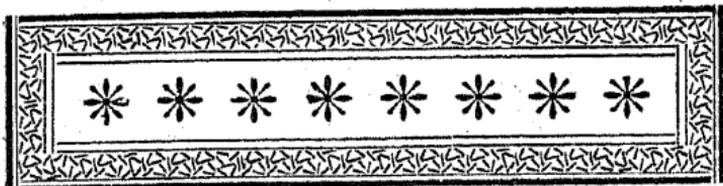
¿Cuánto mejor que aquellas apreturas del

nuevo régimen era la libertad del pié desnudo, redondo, modelado y escultural como el de las musas... y como el de todo hijo de vecino que no ha tratado jamás con zapateros? ¡Poco bien que saltaba ella y corría, jugaba al *quirri* y hasta bailaba la copla «de las puntillas» con aquellos sus pies, menudos, curtidos y calientes de color, como cascabullos de almendras!..,

Güeno que pa andá por la casa se los pusiera. Pero lo que es pa jugá por los corrale y corré por los callejone... ¡en eso estaba pensando! ¡se andaba y se corría poco bien sin aquellas apretamera!...







CAPÍTULO III

Un buen natural

Como la obra de la señora era de educación y de caridad y la primera obra de las de misericordia es enseñar al que no sabe, al día siguiente de amanecer en la casa Maricruz la matriculó en la escuela municipal, donde no había puesto los pies... ni pensaba ponerlos por mucho que viviera.

La hacía ir diariamente, aunque cayesen chuzos; consiguiéndose que aprendiese a leer y a escribir más que medianamente, y que hiciese progresos inauditos en Catecismo y

Gramática, Historia Sagrada y Aritmética.

El demontre de la chicuela era lista de suyo como una ardilla, y el estar en la cola y con las párvulas, o en el pelotón de los torpes, le irritó su amor propio de zangona; por donde en poco más de un año de asistencia, hétela a la vanguardia de la clase, dejando tamañitas a las más marisabidillas de entre las veteranas. ¡En fin: hasta su discurso de bienvenida al Visitador y sus «arengas» en verso para el Mes de María!

Sus obligaciones en la casa, cuando salía de la escuela, amén de un mandadillo que se ofrecía—solían ser muy pocos— fueron la de cuidar los canarios por la mañana y la de regar las macetas del patio por la tarde; limpiar con polvos «de velones» los dorados de picaportes y perillas, embetunar las botas, y cuatro menesteres más por el estilo... Algo que la tuviese provechosamente entretenida y que «le diese derecho» al pan que había de comerse y que no había de recibir de limosna, dada la delicada manera de ser de la señora, siquiera fuese la mayor de las caridades domesticar aquella fierecilla, haciéndole adquirir hábitos de trabajo y de clausu-

ra, cimientos de una mujer de orden y juicio, para el día de mañana.

Tampoco había confesado nunca, ni hecho, por consiguiente, su primera Comunión... La señora la preparó para lo uno y para lo otro, con el cariño de una madre y con la piedad de una santa, y allá para la Virgen del Carmen, con pleno conocimiento de lo que hacía; con una humildad rayana en el desprecio de sí propia y un agradecimiento a Dios, que la hizo llorar en el comulgatorio, comulgó por vez primera, ¡antes que la señora!

Costumbre cristiana es de por allí que, cuando se viene de confesar y comulgar, se les bese las manos a los padres y mayores y Maricruz así lo hizo con todos los de la casa, empezando por el señorito y siguiendo por Bruna, que rompió a llorar a moco tendido y que la estrechó entre sus brazos semimaternales.

—¿Y a la señora, chiquilla?

—¡Ya la he besao los pies!

Y así lo había hecho, al levantarse del comulgatorio, por un movimiento instintivo de su corazón honrado y bueno... ¡Era tan poca

cosa besar «la mano» a quien le había dado...
¡hasta a Dios mismo!

.....

Ni dejaba por eso de jugar por los corrales a casquillo quitado, cada y cuando Miguelín había menester su concurso... que era todo el día de Dios, esperándola impaciente que saliera de la escuela. Agil y desarrollada, lo vencía en destreza las más de las veces, y no pocas en fuerza y pujanza, a pesar de ser hembra y él, varón, y de llevarle él a ella dos años muy corridos... Ni siquiera en el juego a la comba lograba Miguel quedar triunfante, a pesar del obstáculo para ella, al parecer insuperable, de las enaguas. Maricruz no se apuraba por eso ni tanto así; sino se abría de piernas tan guapamente, hasta ponerlas en ángulo casi recto. Se traía la trasera del vestido hacia adelante, sujetándosela a la cintura, bien con un alfiler, cuando lo tenía a mano, bien con la cinta del delantal; convertía la falda en pantalón bombacho, como el de los babucheros tangerinos, y a saltar y más saltar por encima de las espaldas de Miguel como si tuviese alas, y a ponerse «en postura» para que Miguel saltase sobre ella,

y tornara a ponerse para que ella saltase, y recorrer uno y otra y otra y uno, en esa guisa, sinnúmero de veces el corralón, de poniente a levante y de levante a poniente.

Sucedía, sin embargo, a lo mejor, que Miguel, que era fullero por demás, armaba una pelotera por daca esas pajas. Maricruz defendía su limpieza en la jugada con el calor oratorio que presta al discurso la posesión del derecho: con lo que el tiranuelo se enfurecía hasta lo último, echando por la senda de en medio de «lo hago y lo rethago, porque me da la realísima gana»; sin que fuera cosa del otro jueves que propinase a su interlocutora un cachete o un pulgarón, un tiron de pelos y hasta un bocado... bien que esta última apelación a la fuerza bruta no tuvo lugar más que una sola vez, y ocasionó, por cierto, un asentamiento de «bases diplomáticas», que merece ser consignado.

El mordisco fué en el antebrazo. Y con tanta fuerza e ira por parte del agresor, que hizo derramar sangre a la muchacha. Maricruz, sin chistar durante la bárbara tortura, que duró unos instantes, aunque se retorció de dolor, como un mártir en el ecúleo, se re-

mangó la manga del saquillo y le enseñó al verdugo la parte lesionada.

—¿Ves?—le dijo apretando hacia dentro los lagrimones que le empañaban los azules ojos—. ¡Sangre! Sangre como la que yo te jice a tí en er callejón de la Cuesta. Ni me debes, ni te debo. Pero en el mismísimo íte en que me güervas a poné un deo encima, es er mismísimo en que te estrello los sesos contra la paré: pa que te enteres... No vayas a creerte tú que porque tú seas rico y yo sea probe, me vas tú a mí a aporreá como a machacaura de garbanzos: que pa romperle la cabeza a quien sea menesté no jacen farta ningunos miles e reales.

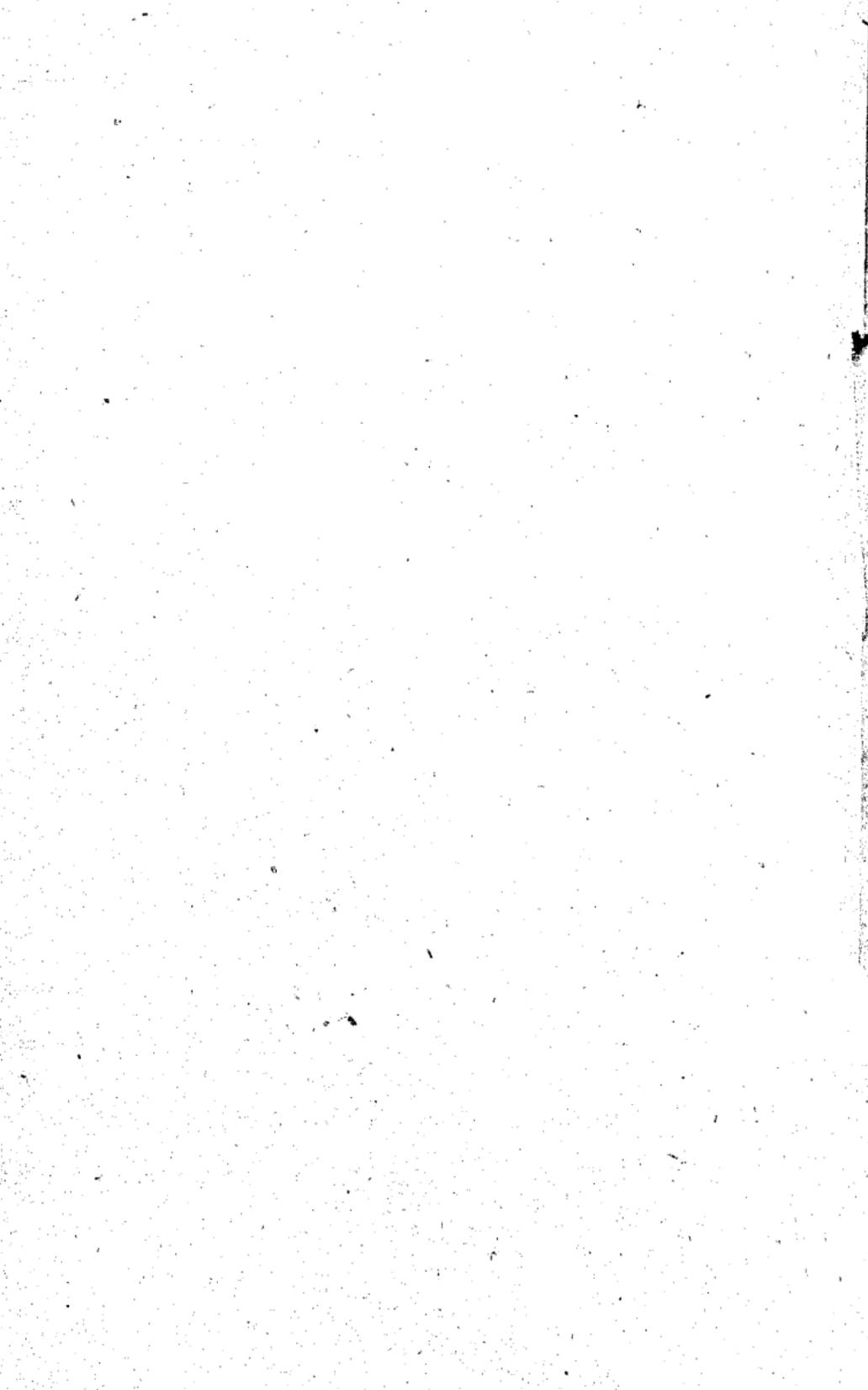
Y lo miró tan fiera, tan bravía, que Miguelín quedó persuadido de que, como lo prometía, lo cumpliría a su tiempo.

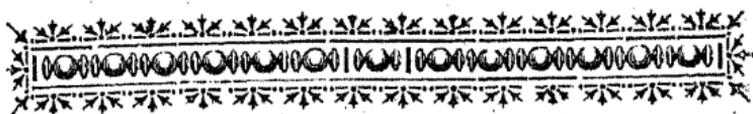
¡Eran muchos los arriscos de aquella fierecilla, aun no domada: ágil y elástica como la hiena, y mesurada y firme como el león: de mirada incisiva, metálica, ¡de acero!, cuando se enfurecía, y de uñas como de ave de rapaña, cuando había que acometer al adversario! En Esparta hubiera dado que sentir a los atenienses... Diríase de ella que era

como «una reducción» de aquella Reina Artemisa, que peleó con Xerxes en Salamina...
¡Chiquilla más varonil y más de pelo en pecho!...

—¡Pos no, que no!







CAPITULO IV

Una salve a la Virgen del Rocío

—¡Maricruz!... ¡¡Maricruuuz!!

—¿Onde demonios está esa criatura?

—¡¡Maricruuuz!!... ¡¡¡Maricruuuz!!!

—¡Contra! ¿Onde estás? ¿Po no paece esto cosa de encantamiento?

—¡¡¡¡Maricruuuuuz que me ahogo!!! ¡Que me ahogo! ¡¡¡Maricruuuuuz!!!

—¡Contra! ¡¡En er pozol! ¡¡Ay, Madrecita mía del Rocío!!... ¡¡¡Ay, Madre mía!!!

Y hétela junto al brocal del pozo del corral de las Atarazanas.

El pozo que hay en medio de este corral,

con seguridad del tiempo de los árabes, sobre el brocal, a que se adosan dos amplios abrevaderos, tiene un robusto arco de mampostería, de donde cuelga el carrillo con la soga: arco bajo cuyo cornisamento, cobijado de tejas vidriadas, anidan centenares de gorriones.

Todo el que haya sido chiquillo en este mundo—y lo hemos sido todos—conoce por experiencia propia el placer de coger nidos: crueldad de las crueldades ciertamente; pero hechizo de todos los hechizos imaginables, que viene a ser algo así como el prólogo de los encantos de la cinegética.

Miguelín, en un aparte de Maricruz, se había subido al brocal, para meter la mano por un agujero del arco, en donde había visto colarse «una madre». Porque estaba un poco más alto el agujero, de lo que a primera vista se imaginó y no alcanzaba, por ende, con la mano, garrapateó como Dios le dió a entender por sobre las comisuras de la mampostería, que dejaban descarnados los ladrillos... ¡Perdió pié y no encontró a qué agarrarse, y ¡cataplum!, dentro del pozo, cuan hondo era!...

—¡¡¡Maricruuuuz!!! ¡Que me ahogooo!

—¡Estate quieto!... ¡No te menees! ¡¡Cógete a las dos sogas y no te sueltes!... ¿Te has jecho daño, mi arma?.. ¡Ay, Madrecita mía del Rocío, qué desgracia tan atró!... ¡Déjate: que vy por gente y ya, ya...

—¡¡Por gente no!! ¿Pa que mi mamá nos mate?

—¿Y como vy yo a poé sola? ¡Ay, Madre mía!

—¡No!... ¡gente no!

—¡Po amos a ve si pueo!... Déjame a mí este lao de la soga... ¡Deja! que lo vy a amarrá ar naranjo, no sea que me se suerte!.. ¡Ea; ya está amarrao! ¡Ponte en pié encima e la cubeta y agárrate a la soga!... ¡Ajajá!... ¿Y ahora, Madrecita del Rocío? ¿Cómo estiro de é?.. ¡A vé!... ¡¡Na!! ¡Que no pueo!... ¡Yo vy a llamá a Brunal...

—¡¡No!! ¡A Bruna no! ¡Ni a nadie! ¡Na más que tú!

—¡Y si no pueo contigo, mi arma; si no pueo, por más que estiro!... Espérate... Llenaré de jigarros la otra cubeta... me sentaré yo encima, y a ve si con mi peso y los jiga-

erro te vienes tú pa arriba, ¡aunque yo me ajogue!...

—¡¡Maricruz!!

—¡Po ya se ve!

—¡No! ¡no! ¡de ningún modo!...

—¡Po espérate, hermanito de mi armal!...

¡A ve como salemo de este apuro!

Y Maricruz, loca... desatentada... ¡ahogándose, cual si más que junto al brocal estuviese en el fondo del pozo, tiraba de la sogá, que se iba liando a la cintura, con todo el ahinco de la apremiante necesidad y las prodigiosas fuerzas de la desesperación!...

¡Pero en vano sus esfuerzos inauditos... sus halones frenéticos... sus fatigas de muerte!... Miguel y la cubeta, llena de aguá, pesaban más que lo que podía ella, siquiera se agarrase al tronco de un naranjo para más tirar... ¡Nada! ¡imposible!

—¡Espérate—dijo de pronto— que me se ha ocurrido una idea...! Ve poniendo los pié en los bujero, y agarrándote a la sogá... como pueas... ¡Pero carma, por la Virgen del Rocío!... ¡Ay, Madrecita de mi alma!... ¡¡¡Sárvale!!!... Dios te salve, Reina y Madre... ¡No!... ¡El otro pié!... Madre de misericor-

dia... ¡Toma allá mi delantá, pa que te agarrés y no te esuelles las mano!... vida, durzura y esperanza nuestra... ¡Más arriba! ¡Un poco más arriba está er bujero!... Dios te sarve. A ti clamamo... ¡A tí clamamo los desterrados hijos de Eval! ¡Madre mía del Rocío!... ¡por... «tu pasión y muerte», Madre mía, que está ahora a la mitál... A tí suspiramo... ¡Estás mu cansao, padre?... ¡Anda, mi arma, que ya no quea na!... ¡Escansa un poco, centrañal... A tí suspiramo, gimiendo y llorando... y ¡llo... ran... do...! ¡verdá que sí, Madre mía!... ¡Llorandol... ¡ay... ayl... ¡Ay, qué desgracia tan grande la que podía habé pasao en esta casa!

—¡Cállate y no escandalices, que se van a enterar!!...

—¡En este valle de lágrimas!... Ea, pues, Señora, abogada nuestra... Güerve a... é... ¡a é na más, Madre mía! esos tus ojos misericordiosos... ¡Otro poquito mal... ¡Upa!... y después de este destierro, muéstranos a Jesús... ¡trae la mano!... oh, clemente, oh, piadosa... ¡¡¡Ven pa acá, mi corazón!!!... ¡Ay, Madrecita mía, qué alegría tan regrandel

Y se dieron el abrazo más grande, más

puro y más efusivo con que se han podido abrazar dos seres en el mundo.

Se apartaron... se miraron... se dieron nuevamente cuenta de toda la alegría que inundaba su corazón, y tornaron a abrazarse y a besarse en celebración del acontecimiento.

—¡¡¡Maricruz!!!

—Deja, que vy a acabá de rezá la Sarve... Fruto bendito de tu vientre...

—¡Si ya eso lo has rezado!

—Güeno: ¡po por donde fueral... Ruega, Señora, por nos, Santa Madre de Dió, para que seamos dignos de arcanzá y de gozá las promesa de Nuestro Señó Jesucristo. Amén.

—¿Y ahora... que hacemos?

—Métete en el lagá... Vete esnuándote, que vy en un instantito por otra ropa. Si me tardo, que me tardo, es porque Bruna anda por la costa, y es semenesté salir sin que ella me vea... Vete secándote con mis nagüilla, porque er delantá lo has puesto pingueando... Me traeré una toballa, aunque sea en er seno... Alospué, si acaso, te pues juntá en las manos agua e colonia pa que no te se revienten las bojiga... Anda... ¡Ya, ya esty aquí!...

...

—Ahí lo tienes ya tó, menos la ropa blanca, porque tiene el ropero echá la llave... pero ahí llevas el terno de cuadritos, las otras botas y ese par de medias más sin estrená... y un babi limpio... Dentro der babi va la toballa... Vístete, y ya esty ahí, adentro, pa secarte la cabeza... ¡De güena nos himos? librao!.... ¡No creas: yo esty jasta mala!.... ¡Jesú, Jesú, Jesú, si se entera la señora!...

...

—Lo que era semenesté, ahora que nadie nos oye, es que fuéramos echando juicio, que ya vamos teniendo edá!... ¡Es mucho machoteo er que traemo por estos corralone! Yo por mí, ¿qué quedré, na más que darte gusto? Pero er día menos pensao hay una esborición, y entonce, ¡quién pensara! ¡De verdá, de verdá no te has jecho daño?... ¡Míá que no me lo ocurtes!

—¡Que no, mujer!... ¡un desollón!

—Po anda, vete pa la casa, que vy a tendé la ropa, pa que se seque.

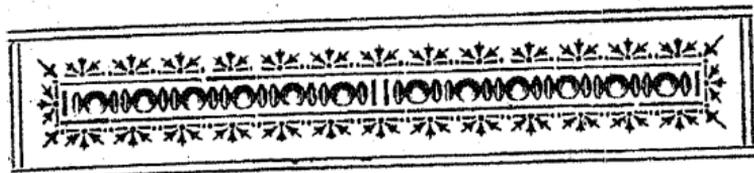
...

—¡¡Qué rethorró, Madre mía del Rocío!!

Y entonces rompió a llorar, y se llevó llorando cuanto quiso.

¡Lo que pudo haber pasado!...





CAPÍTULO V

La ley del pudor

La herida de Maricruz causada por el mordisco de Miguelín, sabida solamente por ella y su verdugo, no tardó en cicatrizar cosa mayor. La rapaza era sana como unos corales y de una encarnadura ja prueba de cañonazos!, cuanto más de modiscos; por donde al día siguiente de acaecido el lance hélos ya por los corrales, acollerados y tan amigos, en todo el apogeo de sus deportes y travesuras.

Ni le quedaba a Miguelín ni tanto así de

resquemor en la conciencia por haber lastimado tan cruentamente a Maricruz, ni a ésta barruntos siquiera de resentimiento por haber sido lastimada y herida... Ante bien: si se hubiese puesto a ahondar y escudriñar en las reconditeces de sus sentires— los chiquillos no hacen eso — acaso hubiese visto con sorpresa primero, pero sin ella poco después, que no ya sólo no deploraba el caso lo más mínimo, sino que hasta se holgaba sobremana de haberse redimido, aunque a precio de sangre, de la esclavitud al talante de su agresor, esclavitud rendida a que se había consagrado en cuerpo y alma, por haberlo ella herido a su vez en el memorable día del callejón de la Cuesta.

Sin saber, ni siquiera sospechar, que había habido en el mundo ley del Talión, tenía para los fueros de su conciencia que no se puede ir más allá en el terreno de la justicia, que «diente por diente y ojo por ojo»...—¿Sangre por sangre?— decía para su capote —Pues en paz y jugando.

¡Y vaya si jugaban, desde que Dios echaba sus luces hasta que las recogía!... Aunque, eso sí, quedando siempre triunfante

Maricruz, y Miguelín en baja y apabullado.

—¡Porque haces fullerías!

—¡Porque tó lo jaces tú de trompón y sin fijarte en ná!

—¿Que no me fijo en na?

—¡Pero en naíta! Si no quiero melón, y tajá en mano... ¡Tó lo has de llevá tú siempre por la tremenda!.. Y pa ganá en los juegos, pa que tú te entere, es semenesté pensá las jugás y dirse con carma. ¡Tú siempre quiés echá por la senda enmedio, y asina te sale!

—¡No, no! ¡Por eso, no!... ¡¡Porque tú haces tranfullas!!.

—¡Aparente eres tú pa consentirlas!... ¡Miá tú er que jabla, y no jace na con limpieza!

—¡Eso es! ¡Ponme de fullero, encima de todo!... ¡Ya no juego más contigo! ¡Vete de aquí... ¡Zarraprstosa!

Y se iba Maricruz, por no armar camorra nuevamente. Y se entraba en el caserón para darse de nuevo a sus fáciles quehaceres, de los que la sacaba al poco rato la voz de Miguelín, que se aburría de estar solo en el

corral, y que la había menester, aunque no fuese más que para mortificarla. Por virtud natural de aquel carácter, enérgico por un lado como el acero, y por otro, maleable como el plomo, Maricruz acudía al llamamiento del señorito, tan risueña y caripareja como si se hubiesen despedido poco antes con besos y abrazos... Comenzaban a jugar a lo que Miguel proponía, y antes de los cinco minutos, otra vez el conflicto.

Por este tiempo fue el percance del pozo.

.

Hasta que llegó el instante (vaya usted a averiguar cuál pudo ser la causa) en que algo instintivo como el pudor y poderoso como el deber, empezó a vedar y prohibir a la rapaza cierto género de deportes, y seguir a Miguel, como el cuerpo a la sombra, en sus correrías por cuadras y corrales... cabal y precisamente—¡mire usted que coincidencia!—cuando Miguel, hasta entonces tirano con ella como un dictador, empezaba a tenerle unos miramientos, delicadezas y hasta ternuras, que parecía que se habían llevado uno y traído otro. ¡Cosa más singular!...

¿Cuál pudo ser la causa determinante de

estas insólitas finuras por parte del antiguo señor feudal y de estas meticulosidades por parte de la hasta entonces denodada é intrépida Maricruz, capaz, en decir de Bruna, de sacarle los dientes a un ahorcado? Cosa es que el autor de estos apuntes biográficos se dejó en el tintero. Hace constar, sin embargo, y en ello pone ahínco, que si hubo en Maricruz retraimiento de cuerdas y pajaes, y algo así como miedo de sí misma de andar a solas con Miguelín por los andurriales acostumbrados, ni disminuyó una línea su ciega obediencia a él, ni bajó media décima la columna barométrica de su cariño... Cada vez lo quería más fina y más hondamente... ¡Como no fuera por eso mismo!... ¡Vaya usted a ver!..

Contaría a la sazón la rapaza sus doce años y medio. Y como era sana de suyo como una pera, y estaba bien comida, y criada, por así decirlo, en plena naturaleza, esa edad tan difícil para las niñas enclenques de las populosas ciudades, pasó para ella como un año más. Y si creció en estatura, no fué ningún estirón del otro jueves; y si redondeó de contornos, y se abillantó de ojos, y se

abultó de labios, y se aterciopeló de cutis, cosa fué en que no paró mientes la gente de la casa, ni le acusó a ella misma su propio espejo. Ella siguió creyéndose la misma Maricruz de todos los días, sólo con más rubor de que la miraran los hombres, y con una repugnancia casi invencible a jugar... a la comba, por ejemplo, y a otros ejercicios por el orden y estilo.

¡Y se había puesto más salada el demonstre de la chiquilla!... El pelo, que lo tenía rubio tirando a gris, se le había acaramelado y puéstosele de tonalidades calientes, como las pellejinas de los retablos churriguerescos. Los ojos azules, desteñidos por la endeblez ó la anemia en que se resuelve el hambre crónica, habíansele acentuado de color, hasta parecer dos turquesas, transparentes y luminosas por arte de magia, y los labios, que siempre los tuvo rojos, teníanlos ahora encendidos y relucientes como maduras guindas..

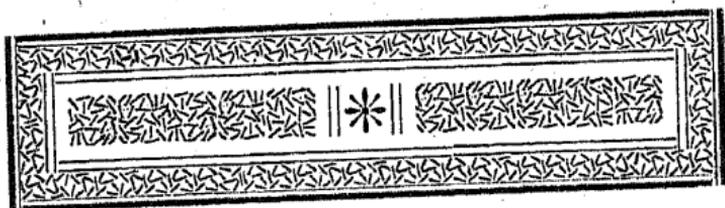
La angulosa y desmedrada Perra sin Amo, de ademanes masculinos y gusto de pillete, había cristalizado en una mujercita en miniatura, que prometía de allí a dos o tres

años toda una real moza a toda vela. Sus gustos y sus ademanes habíanse feminizado lo que no es decible, y había llegado en ella a verdadero culto el personal aseo. ¡Ella las uñas «de medio luto», el cabello en desorden y «los bajos» con ribetes?... Primeros sin comer que sin lavarse y pulirse hasta el ensañamiento, aunque fuera por las noches, al tiempo de acostarse, si de día no se lo habían permitido los quehaceres; dando lugar a Bruna, que lo fiscalizaba todo, a decir, hablando de ella a la señora:

—¡Misté eso! ¡Que no se podía cogé ni con estenazas cuando vino, y está ahora que rechina!... Con decirle a usté que jasta se limpia los dientes... ¡Misté los dientes!... ¡Cuando eso no se los limpia na más que los señore, y pa eso los que se los limpian! Po na: con carbón machacao unas veces, y otras con sal molía, refregones que te crió, pa allá y pa cá con er deo, que se pone las encías lo mismísimo que er pimiento molío!... ¡A vé: la percochona jasta ayé de mañana, como el otro que dice, convertía de la noche a la mañana en la aseá e Burguillo!... ¡La jormiga der cuento del Ratoncito Pére, empleando el

ochavo moruno en arrebo!... ¡Miste que jeó ése, que no alevanta der suelo lo que una escoba y dándola e tres y traza y queriendo presumí!... ¡Er mundo está perdío, señorita, y, lo que toca las criaturas, nacen sabiendo!... Yo, que usté... ¡Eso usté allá, que más sabe el loco en su casa que er cuerdo en la ajena!... Pero lo que toca yo... me curaba en salud... ¡Vaya si me curaba!...





CAPÍTULO VI

La fruta del árbol del bien y del mal.

¿Que cómo la viuda de Diosdado, señora tan principal y tan encopetada, tan cristiana al par que tan pudiente, tenía tan en olvido, al parecer, la educación literaria de su hijo, cuando éste frisaba con los quince años?...

El gato escaldado—dice el refrán—, del agua fría huye. Y la señora estaba muy escaldada de los colegios. De ahí, sin duda, que sin tenerlos descartados de su programa rehuyera al instante de apelar a ellos, como rehuye hasta de la calle en que vive el den-

tista; el que há menester una operación odontológica: que, convecido y todo de que no hay más remedio, ve si con hilas y con buchadas sale del paso.

Doña Juana había cogido a los colegios horror cervical desde que se le murió en Deusto su hijo primogénito, ¡su José Marial, sin haberlo podido ver la infeliz, ni siquiera cadáver. Y juró, ¡juró en Dios y en su ánimál, no apartarse de su Miguelín, «su última centella», que diría a David la mujer thecuite, ni aunque la descuartizasen viva. ¡Creciera y se desarrollara el hijo de sus entrañas y de su corazón! ¡Hiciérase hombre sano y robusto, vigoroso y atlético si podía ser! Y ya veríamos, ya veríamos el modo de educarlo y pulirlo más tarde, haciéndole adquirir la ilustración que cumple a un caballero, trasladando la residencia a Sevilla... a Madrid... ¡al Polo Norte, si necesario fuera!

Entretanto, nada de colegios, ni de ambiente de internado, ni de barruntos de disciplina: sino sol, ¡mucho sol!, mucho aire, mucho campo, mucho correr y sudar, mucho hacer ganas de comer y de dormir, y comer a dos carrillos, y dormir como un lirón... sa-

lud y robustez, y superabundancia de vigor y de vida, pues por algo decía el refrán: «Más vale burro vivo, que teólogo muerto».

(El autor de estos apuntes parece en este lugar un agiógrafo. No aplaude ni recrimina. Se limita simplemente a consignar el hecho.)

De aquí que el heredero de tan preclaros apellidos y fabulosa hacienda, anduviese matando perros, vamos al decir, por corraladas y callejones, y punto menos que soltando bellotas, cuando frisaba en los alrededores de los quince años; tostado por el sol, como un campesino y curtidos por todas las intemperies, como un estripaterrones; pero ágil y sano, si no pletórico, con destemplados gallipavos en la voz, con esas angulosidades en el rostro delatorias de que el hombre no cabe ya en la envoltura del niño, y tan acollerado con Maricruz, que ¡lo que decía Brunal:

—Misté, señorita: er pimiento y er tomate, ¡que ande está el uno está el otro!

Esta, que no otra causa, era el motivo del abandono en que tenía la viuda la educación literaria de su hijo, quien, sin estímulos con niños de su clase, y con más afición a la

vida birlonga de los deportes infantiles, que a la monotonía de los estudios, abreviaba cuanto le era dable el tiempo de las lecciones que le daba a domicilio el maestro de escuelas del lugar, para irse de bureo con Maricruz por los corrales, a hacer cuantas diabluras se le ocurrían, que no eran pocas.

Por cierto que una tarde, en la época de las ternuras del galán y de los remilgos y repulgos de la dama, comíase Maricruz a dentallada limpia en el corral un hermosísimo melocotón de los que habían ido de poste a la cocina, hundiendo en la entre sonrosada y amarillenta pulpa de la carnosa fruta, sus dientes apretados y bien puestos, blancos como la espuma de la leche y transparente hacia los bordes como si fuesen de ópalo, apretando a la vez contra la aterciopelada cáscara los finos labios de color de fresa, que producían, al chupar el rezumante mosto de la poma, chasquidos como de besos...

A Miguel se le antojó un bocado, y como se le antojó, se lo pidió a Maricruz.

Esta, dando a la fruta una media vuelta, acercó a los ardorosillos labios del muchacho la parte del melocotón no boqueada. Y to-

mándole Miguel la mano con la fruta, mordió desde donde ella misma había mordido, con protestas estrepitosas de la muchacha porque había mordido allí y cogídole un dedo en el mordisco...

—Sana, sana,
patita de rana:
si no sanas hoy,
sanarás mañana,—

le dijo Miguelín, acariciándole la parte dolorida; pero tan insinuante... de modo tan... *nuevo* hasta entonces en él, que Maricruz sintió miedo de acabar de comerse la fruta; y eso que un apetito desconocido hasta aquel punto y hora, voraz como la llama, punzante como el aguijón de las avispas, irresistible, en fin, como la fuerza que tira de la piedra hacia las profundidades del abismo, le arrastraba la voluntad hacia el melocotón, que conservaba la mascarilla negativa de la firme dentadura de Miguelín.

La mujer, con su fina percepción vió, como intuitivamente, que había puesto el pie en un terreno tanto más resbaladizo cuanto más halagadora es la caída... Entonces ató cabos, y se explicó la razón de los recientes

miramientos y de las inusitadas delicadezas del muchacho para con ella...

Tras el bocado en aquella fruta, fruta por el estilo de la del árbol del bien y del mal, vió en Miguel de repente, lo que no había visto antes; lo que Eva en Adán, a raíz de la caída:—*¡el hombre!*—; y con la admiración, hacia la hermosura estatuaria del adolescente, en que no había parado mientes hasta entonces, y con la más formidable atracción hacia él, sintió los escalofríos de cintura a nuca que produce la inminencia del peligro.

Se acordó de su procedencia—el arroyo de la calle— de su posición en el mundo—mandaderilla acogida por caridad—. Se comparó con la alteza de abolengo y abundancia de caudales del señorito, y vió que «por allí» no se podía llegar *a nada bueno...* ¡Y el miedo otra vez... y otra vez el horror de los horrores de pasar de allí un punto... ¡y la atracción indomable, irresistible, a la maldita fruta!...

La bravía Maricruz de los callejones y de los arroyos; el marimacho de los cereados y de los ejidos; la amazona de los burros en

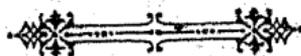
pelo, de los trabucos de higuera y de las ballestas de vara de acebuche, la «alpinista» de los tejados y de los campanarios, se creció ante el peligro sentido, como lo tenía por temperamento, cuando militaba en las filas de la granjería andante. Y para conjurarlo de una vez de cabo a rabo en ella y en Miguelín; para no incendiarse más en aquel fuego maldito, ¡diabólico!, que la abrasaba y que abrasaba a ojos vista a Miguel, contestó a las solicitudes del muchacho por acabar de comerse entre los dos la fruta malhadada.

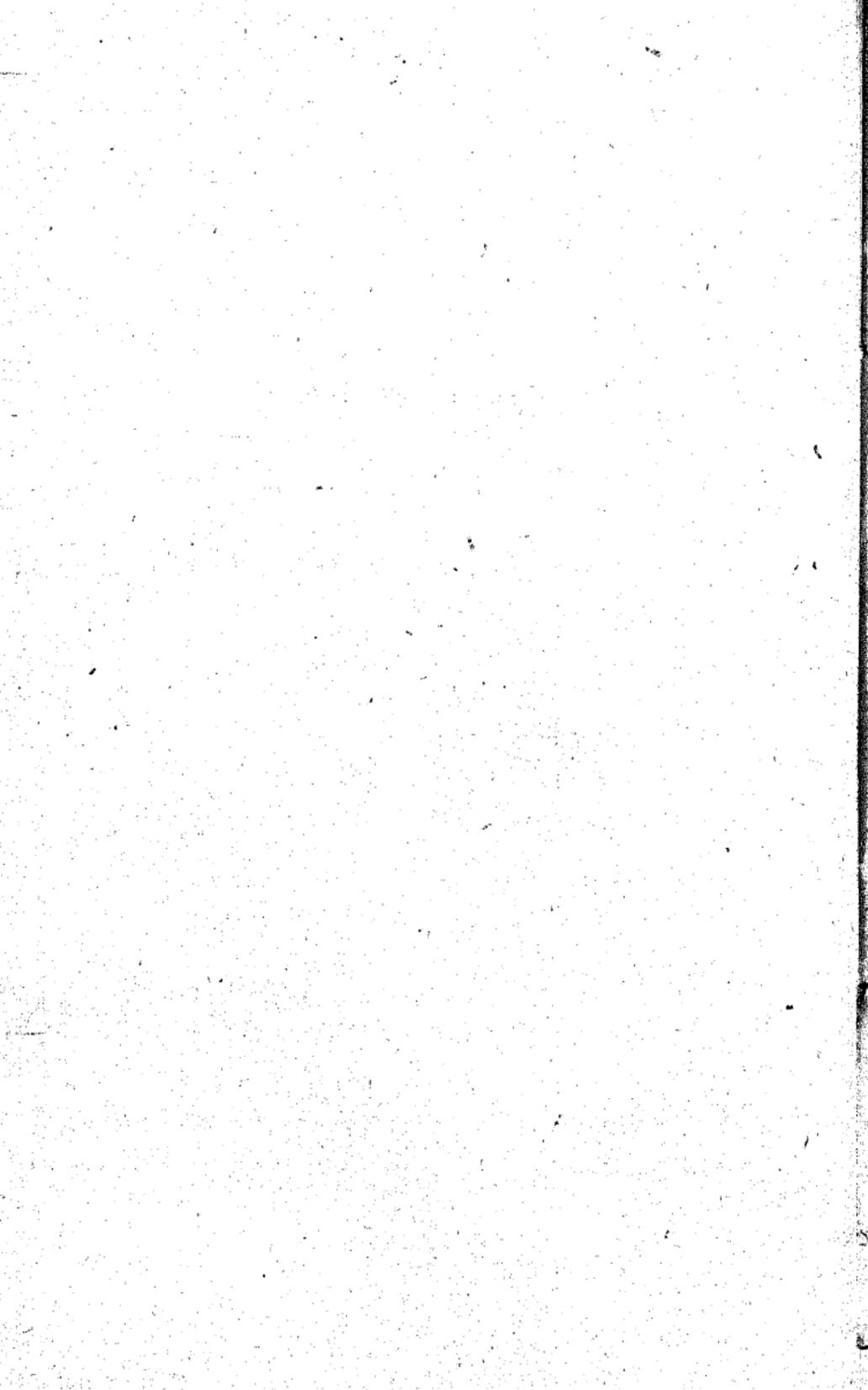
—¡No! ¡que es una porquería!

Y la arrojó al estiércol.

Y volvió la espalda a su interlocutor, con la garrida gentileza y hereditario señorío de una reina por derecho propio, mientras le decía Miguel entre airado y dolorido:

—¡¡Mala sangre!!...







CAPÍTULO VII

Donde cae el borrico, se le dan palos.

Y aunque no fuera más que por decoro, Miguel se tuvo que picar de lumbre con la repulsa de la arrapieza.

Era por temperamento tan voluntarioso, tan testarudo, y estaba tan mimado, tan consentido, tan avezado a salirse con todas, a ser el árbitro supremo de todas las voluntades de la casa y fuera de ella, que no tenía ni idea de lo que pudiera ser en el mundo una contrariedad. Y aquella lo había sido... ¡de padre y muy señor suyo! ¡Sí, señor!

¡Ahí era nada querer él una cosa, pedirla con los más buenos modos con que se puede pedir, y obtener un sofión... y de parte nada menos que de una pordiosera, recogida en la casa por pura caridad!... ¿De quién era el melocotón, después de todo?... ¿No era de la casa?... ¿De él... de su madre?... Y, aun dando de barato que Maricruz lo hubiese hecho suyo con su trabajo, ¿qué cicatería era aquella de negarle a él un bocado... ¡un bocado nada más?...

Por más que la razón de la negativa de la muchacha no había sido, al parecer, tacañería... La razón había sido algo más depresiva para él y más mortificante para su amor propio. ¡Había sido repugnancia!... ¡¡Ascol! «¡No; que es una porquería!»

¡De modo que a él no le daba asco de ella (y prueba que había mordido donde ella misma), y a ella le había dado asco de él... ¡Asco de él!... ¡¡de él!... ¡del señorito!... y a ella... ¡la empercochada de nacimiento y con «roña enconada», en expresión de Bruna, hasta ayer, como el otro que decía!...

A ver, hombre, qué tenía él en la boca

para que a María Melindres le subiese dado asco de él... ¡Asco de él!...

Y cátao ante el espejo de su lavabo, abierta de par en par la ventana para que entrase más luz... ¡Pues, nada! ¡unos dientes más blancos que la nieve y más limpios que el oro!...

¡¡Tate!! ¿Bigote ya?... ¡¡Sí, señor; bigote ya!!... Todo lo fino e imperceptible que usted quisiera; ¡pero bigote!... A ver...

.....
¿Qué, poderse retorcer todavía, ni lo menos en un año o dos?... Pero por poco se empezaba en este mundo, y ya iríamos viendo... ¡Constara, sin embargo, que aquélla era bigote!... ¡el atestado más fehaciente de la virilidad! ¡la prueba empírica de que allí había... un hombre!...

¡Y que a él... un hombre hecho y derecho, ¡con bigote y todo!, hubiéralo dejado con tres cuartas de narices aquella... mocosa y vuéltole las espaldas con aquella olímpica majestad, dejándole con tres cuartas de narices... No; ¡que es una porquería!

¡Zapatitos de hierro había de romper Maricruz para que volviese a verle a él la gra-

cial... La culpa la tenía él por haberla levantado a las alturas de su trato íntimo... ¡Criáras cuervos y te sacarían los ojos!

Diera, pues, por terminada la muy desagradecida, desde aquel punto y hora, toda amistad entre los dos. Desde allí en adelante, y para siempre jamás amén, él sería lo que era: el ¡señorito! y ella... la criadilla, la mandadera... la recogida por caridad... ¡Zapatitos de hierro había de romper!...

Pero ¡el alma de Dios, con tanto vira que torna a los zapatitos de hierro; no contaba con la huésped. Y la huésped era ésta: que se aburría de muerte sin Maricruz, y que, ¡a pesar de todos sus bigotes... aunque en malá comparación! unas desaforadas ganas de jugar con ella le habían estado atenazando la voluntad durante todo el resto de la tarde y toda la primera noche... para darle un mordisco, mezcla de garfajón y de picotazo, a la mañana siguiente no bien hubo tomado el desayuno...

Y como llamar a Maricruz, después de lo pasado, hubiera sido una indignidad, ¡una bajumbrel!, se pasó la mañana en el corralón de las atarazanas, con los lavadores de botas,

que empezaban a preparar para la próxima vendimia.

El corazón del día se lo llevó viendo labrar duelas para las composturas que había menester el vacío... y la tarde, una vez idos los toneleros, y habiendo dado de mano los lavadores, ¡ya no pudo nuestro hombre con la tarde! Se le hizo intolerable la soledad, y resolvió irse a la casa a hacerse el encontradizo con Maricruz ..

.....

—¿Hacerme el encontradizo con esa indecente... o lo que es lo mismo, buscarle la gracia, después de lo pasado? ¡Los pies era preciso que me cortaran, si diera un paso hacia ella!... ¡Desagradecida!... ¡Mala!... ¡Sil! ¡Mala sangre!... ¡Tirar el melocotón y nada menos que a la estercolera... ¡No; que es una porquería!...

.....

Bueno: todo eso estaba muy bien, y con razón que le sobraba por encima del pelo estaba él resentido y no debía bajarse... ¡Conformes!... Pero dijérale usted qué demonios se hacía él con todo aquel pedazo de tarde por delante, con unas ganas de correr y de

saltar, de todos los diablos, y con más ganas aún que de saltar y de correr y de brincar, de decirle a la muy zarrapastrosa las tres verdades del barquero...

.

Ya eso no era buscarle la gracia, ni procurar una aproximación hacia ella, ni bajarse... Una cosa era hacerse el encontradizo y empezar a hablarle como si tal cosa—eso, jamás—, y otra cosa muy distinta buscarla decidido y resuelto, para recriminarle su conducta, y ponerla hasta de... mala sangre, si se encartaba...

.

Por más que, bien mirado, quizás y sin quizás, lo que tenía más cuenta a su amor propio era... ¡tate! ¡verdad!, no haberse dado por entendido de la ofensa... sino buscar a Maricruz, como solía buscarla cada y cuando la había menester; invitarla a jugar como si tal cosa, si de ella no partía la invitación, como era muy frecuente, y repetir la frase del insigne maestro Fray Luis de León, al sentarse en la cátedra, al cabo de los años mil: «Decíamos ayer...»

.

Justo, cabal; eso era lo más acertado, pues, como alguien ha dicho, no sé dónde— en ningún Evangelio debe ser — ofensa que no ha de lavar en sangre la venganza, lo mejor es que la palíe el disimulo. Venganza o disimulo: todo, menos perdón...

Y como para luego podía ser tarde (Miguel era así), cáatelo en derechura de Maricruz, que en lo alto de una escalera de manos cogía de los copos de un jazminero que tapizaba el muro del jardín que daba al corralón, jazmines en capullo para con ellos hacer una biznaga.

Nuestro hombre, un si es no es retorcido de cuello, carilarguillo y hocicudo—por algo los grandes actores son tan contados— se acercó a la escalera, inadvertidamente... hizo como que caía en la cuenta de que estaba en lo alto de ella la muchacha, y con gran interés por aparentar que no lo tenía, díjole como la cosa más natural del mundo:

—¿Vienes al corralón de las atarazanas, para... que veas los toneles limpios?

Maricruz, con grandes alborotos de su pudor, porque el vestido era corto,—ella estaba muy en alto y corría marea— con no menores

aspavientos de recato, se ciñó la falda. Bajó de la escalera, como Dios le dió a entender, y conciliadora, por un lado, pues había parado mientes en el hocico de Miguel durante todo el día, y resuelta, por otro, a cortar por lo sano de una vez aquella peligrosísima «soidad de dos en compañía», contestó a Miguelín, con los ojos en el suelo y manoseando los jazmines que tenía en el delantal:

—Aquí, en el patio, lo que tú quieras; allá lejote, ni que lo pienses.

—¿Que allá lejote ni que lo piense? ¿Y por qué no?—arguyó Miguel, lastimado nuevamente en su amor propio, y hasta arrepentido de haber intentado aquella aproximación—. ¿No hemos jugado siempre allí, y donde se ha terciado?

—¡Pues ahí verás tú!

Y se puso más encendida que una amapola.

A Miguelín le pareció hechicera el demonstre de la chiquilla en aquel entre pudoroso y resuelto ademán, y a punto estuvo de decirle que bueno, que lo que ella quisiera, y nada más. Pero, como creyera que ningún otro instante como aquel para hacer gala

de sus prestigios de señor y recabar los derechos de su soberanía sobre ella, díjole con altanería... con despotismo:

—¡Es que lo mando... ¡yo!!... ¡Para eso eres mi criada!

La ácrata, con refajo, de los callejones, se irguió, como se yergue la serpiente cuando se le pisa, herida en las más delicadas fibras de su amor propio. Miró a su interlocutor de arriba abajo, como se mira al contendiente con cuyo apabullamiento se cuenta desde luego, y díjole con manoteos de corralera:

—¡Es que yo no he entrao en la casa con ninguna obligación de jugar contigo: pa que te enteres. Y jugaré ¡cuando quiera, y onde me dé la realísima gana! Y, en cuanto me apures mucho, ¡ni aquí ni en ninguna partel!
¡Eal!

—¿Conque así?

—¡Como lo oyes!

E hizo un ademán de independendencia, rayana en la anarquía.

—¡A ver!

Miguel, que conocía por experiencia la indomabilidad de aquel carácter, vió que por la tremenda no conseguiría nada. Y como

estaba dispuesto a transigir a todo trance, pues prescindir de Maricruz era lo mismo que morir de murria y de aburrimiento, depuso su actitud de rey que exige parias, y viniéndose a las buenas, que es el secreto de todôs los grandes diplomáticos... cuando ven las de perder, díjole con acento plañidero:

—Sí; ¡si ya yo lo sé! ¡Ya yo sé que no has entrado en la casa con la obligación de jugar conmigo!... Pero, como sin obligación has jugado hasta ahora... podía ser muy bien que quisieras seguir jugando.

—Ya te he dicho que en el patio «y donde nos vean», ¡ahora y en la hora de nuestra muerte, amén Jesús!; allá lejote, por los corrales, ni que lo pienses... ¡ni que lo sueñes!... Lo que no está bien, no está bien; y alguna vez es semenesté que se acabe lo que no está bien.

—¿Y está mal que juguemos como hemos jugado siempre?...

—Está muy reprecioso una niña mocita, jugando con un hombre hecho y derecho, por esos corralone!...

Aquí tocó a Miguel enrojecerse como la

grana, o por mejor decir, como la propia Maricruz... Miró a su interlocutora con los ojos más acariciadores que pudo poner, y tomándola por la mano en que tenía los capullos de jazmines, que se iban entreabriendo con el calor, hizo por arrastrarla suavemente hacia la portalada del corral.

—¡Que te estés quieto!... ¿sabes?... ¡Y har favó de no tocarme a mí más, que no soy guitarrá!

Miguel cegó con la nueva repulsa. Y, como cuando ciega la ira se pierden los estribos y no se da golpe en bola, lo echó todo a rodar, incluso la manifestación de sus resentimientos por lo del melocotón.

—De modo—húbole de decir, apuñalándola con la mirada— que ayer te dió asco de mí, y hoy ya, ni querer jugar conmigo en los corrales...

—¡Lo del asco es mentira, y bien lo sabes tú! ¡Ni me dió ayer asco, ni me lo dará eternamente de tu boca—. Y a Miguel se le quitó de encima del pecho una montaña—. Pero una cosa es que no me dé asco—y con los ojos arrasados en lágrimas besó a Miguel en las pupilas de los suyos—; una cosa

es que no me dé asco... ¡contra! ¡qué insur-
tante eres!, y otra muy distinta, ¡pero muy
redistintísima!, que yo haga *ya* cosas que no
debo hacer (que aonde caé el borrico, se le
dan los palos): no esperes que vuelva a ha-
blarte de tú, ni pa el Pastor; que lo que no
se debe hacer a la vista de to el mundo, no
hay por qué hacerlo a las escondías.

—¡Otra que tal! ¿Por qué no has de ha-
blarme de tú cuando estemos sólos?

—Porque la señora quiere que le hable a
usté de usté y le diga «señorito». Y no me
dá la gana de hablarle a usté de usté delan-
te de la gente, y luego a las escondías de
tú por tú.

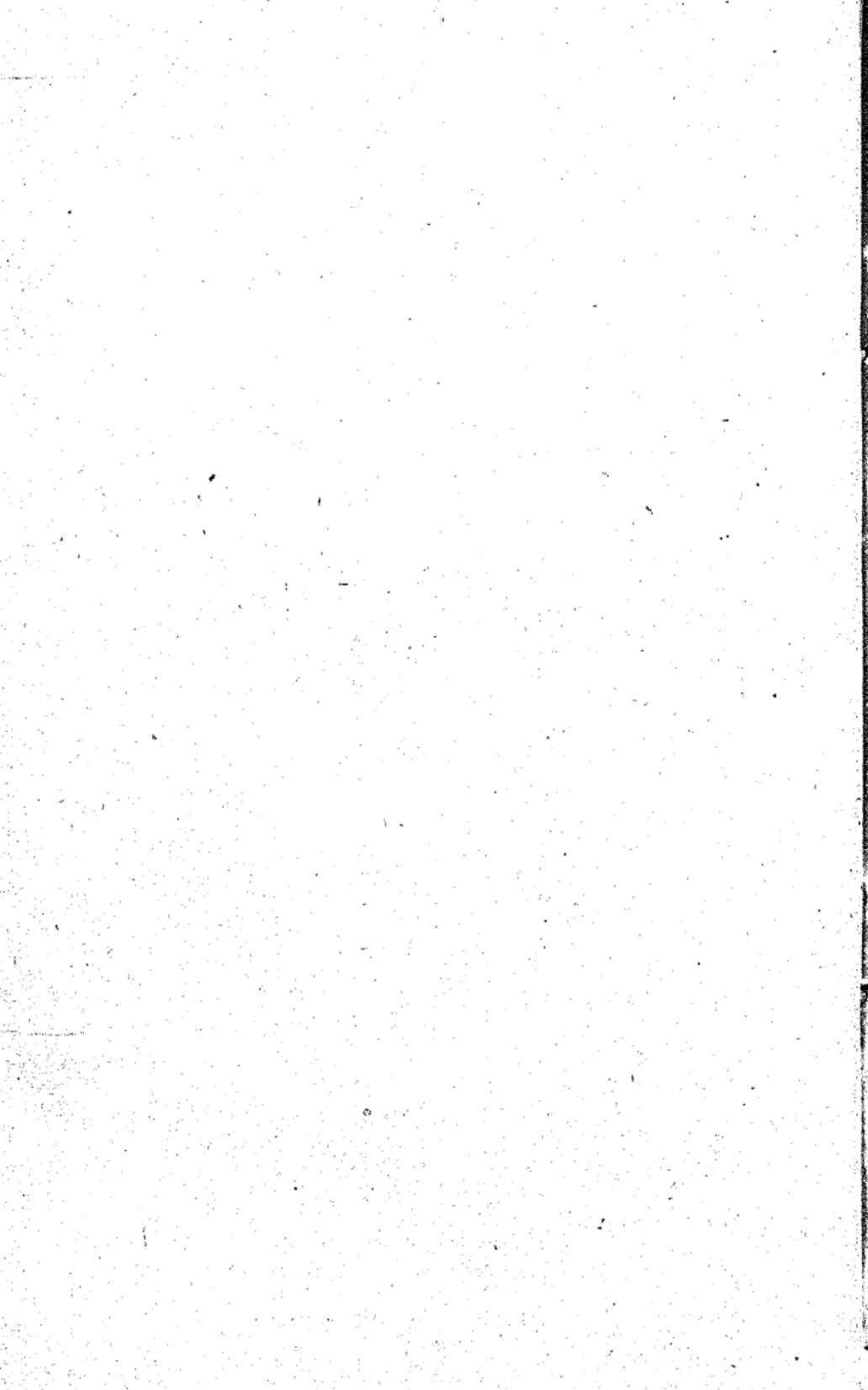
—Entonces, según eso, lo que no puede
hacerse a las claras, no hay ni que pensar
en ello...

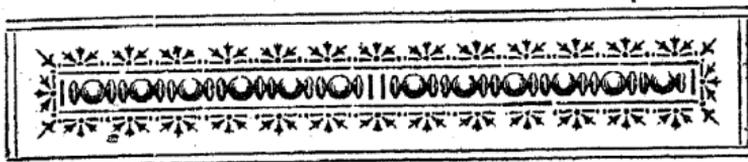
—¡Cabalito, amén Jesús! Lo que no pue-
de hacerse a la luz der so es por que tendrá
argo de malo, y yo me estimo en mucho,
¡tan pobre y tól, pa que naide en er mundo
me tenga a mí que poné la ceniza en la fren-
te... Usté mismo lo acaba de decí: que usté
es er señorito y yo, la criá... ¿Señorito? ¡po
señorito, que te crió!... ¿Moza? ¡po moza a

pasto!... ¡Pero moza con dirnidá y con vergüenza; que er ser pobre no es deshonra!...

Y le tornó a volver las espaldas, con la mirada de altivez suprema de la más encoquetada emperatriz, que no quiere plantar en lo ancho de la calle a un pinche de la cocina de palacio, pero sí darle a entender que lo merece.







CAPÍTULO VIII

Intuiciones femeninas

Como de allí a los pocos días comenzaran las faenas de la vendimia, Miguel tuvo ancho campo en que espaciar su ánimo y ejercitar sus músculos sin echar de menos gran cosa a Maricruz...—¡eso hubiera querido él! —pues, aunque hacía por reír y por diablear, para dar a entender que nunca había estado tan a gusto, rabiaba por la ocasión de un nuevo encontronazo, sobre todo solicitado por la muy... soberbia, para entonces responderle con una carcajada de desprecio, que

lo dejara a su altura de señor, y de señor ofendido. ¿Qué había llegado a creerse la muy imbécil? ¿que eran barbas iguales?... ¿Que podía traerlo acocotado y cortar los diálogos cuando a ella le viniera en talante, volviéndole la espalda cuando le parecía, y ahí queda eso?... ¡Ahora sí! ¡Ahora sí que zapatitos de hierro había de romper!...

Maricruz, entretanto, a pesar de todos los pesares de todos sus remilgos y melindres, sentía más vocación a andar en seguimiento de Miguel por los alrededores del lagar, que a sentarse en la cocina desde después del almuerzo hasta la hora de comer, a cortar las tajadillas de calabaza blanca y de melón para el futuro arropo, faena que se le había encomendado. Sin embargo, con esa flexibilidad de voluntad de que Dios dota a los pobres, y que es una prueba más de la admirable sabiduría de su Providencia, se pasaba las horas y las horas' delante del lebrillejo de agua de cal en que iban cayendo una a una las tajadas, dale que dale a la monotonía de su labor, yéndosele los ojos detrás de Miguelín cada vez que éste pasaba camino de los

corrales, y angustiándosele el espíritu y echándosele un nudo en la garganta al verlo tan cuellierguido y zahareño, tan despectivo... ¡tan insultante!...

Y le entraban unas ganas tan regrandísimas, ¡tan avasalladoras! de salirle al encuentro y decirle que por los clavos de Cristo despusiese aquella^a actitud, exigiendo en desquite lo que él quisiera, que a punto estuvo dos o tres veces de ponerlo por obra, deteniéndola siempre en el camino de la reconciliación con el adusto... «ciertas cosas» que su fina percepción de mujer había ido notando de poco tiempo a aquella parte, y que, por lo mismo que la halagaban sobremanera por un lado, la horrorizaban por otro desafortunadamente.

Miguel era ya un hombre, aunque con babi, y ella «una niña mocita»... ¡una mujer!... Y había pasado en el pueblo por aquellos días una de esas grandes desventuras de amor que no es posible que queden en el misterio, precisamente por lo funesto de su trágico desenlace.

Lolita la Retama, niñera, hasta poco antes de la catástrofe, en la casa de Don Germán

el boticario, había muerto en el trance de dar a luz, dejando dos gemelos en la orfandad y en el desamparo, en la miseria y en la deshonra...

.
Y la imagen de la madre de la muerta, arrellanada en el suelo, junto al desangrado cadáver de su hija, con los dos huerfanitos —llorando a la vez— en el escuálido regazo... sin madre que los amamantara ni padre que los reconociera... sin más amparo en el mundo que aquella infortunada viejecilla, que, loca de dolor y de vergüenza, los besaba y los tornaba a besar en medio de su martirio, como besaban los mártires los instrumentos de su tortura... condenada a soportar el baldón de su hija, siendo ella inocente, y a arrastrar hasta el calvario de su existencia aquella doble cruz que no había merecido... cosa fué que se grabó en la mente de Mari-cruz como un hierro hecho ascua. Por medio de una de esas supremas intuiciones de la mujer—que en eso tienen mucho de ángel— vió que sus debilidades para con Miguelín, de llegar a tenerlas, podían resolverse, andando el tiempo, en.. otro cuadro de desola-

ción y de vergüenza, de dolor y de infamia, como el que le había hecho llorar a ella misma de compasión al verlo. ¡Y el saludable horror, «el terror sagrado» de la tragedia empapó su alma de adolescentel...

Y honrada, porque lo era de suyo y sin esfuerzo, y prendada de Miguel, sin haberse dado cuenta de que lo estaba, a vista de la sima de tan resbaladizos bordes cuanto tenebroso fondo en que se podía hundir, temblaba como una arista a los embates del vendaval. Dovoraba en silencio las hieles del sistemático desprecio de Miguel y prefería mil veces este suplicio, por el estilo de la sed de Tántalo, al abrevadero de almíbares y mosto de granadas, que hubieran sido para ella las paces con el tiranuelo de su albedrío...

Alguna vez, más tarde o más temprano, las cosas tenían que ponerse en su lugar, y ser él el señor, y nada más que el señor, y ella... la perra sin amo... la acogida y amparada por pura caridad. Pues ya que Dios y su santísima Madre habían dispuesto las cosas para que fuera entonces, dobláramos la cabeza, y a lo hecho, pecho.

¡Ella, sin cara en que persignarse delante

de la gente?... ¿Ella mirada como un trapo de aporrear moscas por todo el mundo?... ¿Ella como Lolilla la Retama?... ¡Primero a... despuntar pitas con los ojos!... ¡Pobré! ¡pero con honra! ¡cosida a puñaladas, si era preciso, pero mujer de bien!... ¿Que se veía enamorada hasta los tuétanos? ¿Pues qué mérito tendría la cosa si no lo estuviera?

¡A ver quién podía más!: si todos los demonios del infierno y todos los apetitos de la carne, o una voluntad enérgica, de temple de acero, dispuesta a no ceder por nada de este mundo... ¿Que le costaba la vida lo empeñado y tremendo de la lucha?... ¿Y para qué quería ella vivir sin él?

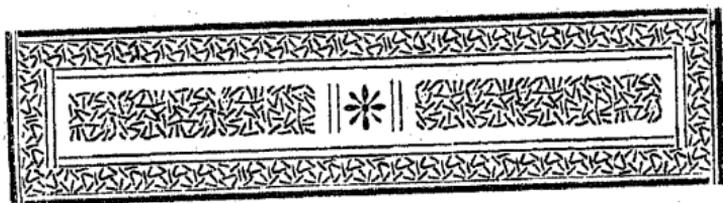
.

¡A ver, la moza!...

Nada; que hay que dar la razón a Bruna cuando decía: «Lo que es los niños de ahora nacen sabiendo».

.





CAPÍTULO IX

De cuello vuelto.

Porque nada hay en el mundo tan tenaz como un niño consentido, y porque pocos la han estado tanto como «el niño de la Viuda», Miguel era la encarnación de la tenacidad y de la cabezonería; pero de esa tenacidad reflexiva y cavilosa, más bien que impetuosa y enérgica, que se vale del tiempo como de factor importantísimo para alcanzar lo propuesto, apoyada sin duda en el dicho proverbial «el despacio hace cucharas».

Con tal, pues, de salirse con la suya algún

día y de tener a Maricruz a sus pies... ¡vengarse de ella! (porque esto era lo que se había propuesto de su contendiente), ni le importaban los días, ni se le daba un pitoche las semanas, aunque fueran de años como las del profeta Daniel. Lo importante era conseguir humillarla más tarde o más temprano, pisotearle lo más delicado de su amor propio, y después reirse de ella y hacerle higas diciéndole entre carcajadas de sarcasmo:— ¡Jurrio, peste!

Y con una sangre fría impropia de sus años, aunque sí en consonancia con su temperamento, dejó pasar todo el tiempo de la vendimia, sin la más leve mirada a Maricruz, quien, tan ganosa de la reconciliación con él, cuanto resuelta, por otra parte, a no buscarla, permanecía en su lugar de criada respetuosísima, dispuesta a seguir así *usque ad kalendas graecas*.

Si tenía que llamarlo de los corrales de parte de la señora, o llevarle un recado de la misma, hacíalo gustosísima, con tal de dirigirla la palabra. Aunque, eso sí, con su vocativo de «señorito» por delante y con el tratamiento de «usted» intercalado en el texto

a todo pasto. El señorito volvía la cara al otro lado mientras se le transmitía la razón, todo lo más despectivo que podía ponerse, y, como le diese la callada por respuesta, Mari-cruz daba por terminada su misión y tornaba a sus quehaceres... con la procesión por dentro.

—¡Ná: que la recibe a una como gato en matanza!...

Esto fué parte y motivo a que se aplicara más a las faenas de la casa, con gran contentamiento de la señora, que, cada vez más satisfecha de su obra redentora y educativa, empezó a servirse de ella para algo más que fregar en la cocina y aljofifar los suelos, enseñándola a coser y hacer otras labores, y nombrándola, finalmente, algo así como «lectora de cámara», que leyese durante la labor algún libro piadoso.

La chiquilla, de hermosísimo natural, porque Dios se lo había dado; de claras entendederas, porque a Dios así plugo, y, sobre todo, de una voluntad de héroe para todo lo honrado, para todo lo noble, para todo lo grande, la emprendió con su propia educación *por dentro*, aunque huyendo... ¡vamos:

de lumbre!, de todo lo que en el exterior pudiese parecer fino y aseñorado... Elegante por naturaleza, le parecía cursilería insoponible afinarse por fuera, permaneciendo salvaje el interior; bien así como la dama que no teniendo más calzado que unas alpargatas, se comprase un sombrero, o, no teniendo camisa, quisiese una «salida de teatro».

Y Maricruz, aunque empezó con la lectura a hablar más correctamente, aunque con el ceceo de la región, no quiso pasar de ahí. Y aunque llegó hasta querer ser santa como las heroínas del Año Cristiano, se contentó por de pronto con ser buena, esto es: agradecida con la señora hasta el sacrificio... respetuosa con el señorito, hasta besarle los pies, si fuera necesario... servicial y complaciente con los compañeros de servicio, como los hermanos buenos, y caritativa con todos, como caritativo había sido todo el mundo para con ella.

¡Bendita fuera la hora en que aquella santa—porque mejor que la señora, en los altares— la había recogido del arroyo... «de los callejones, como el estiércol para las mace-tas», y la había traído a su casa y héchole

conocer a Dios... ¡A Dios!... el que nos ha creado para su gloria y nos ha hecho cristianos a costa de su sangre... ¡para que luego nosotros volvamos a crucificarle en la hora de la tentación, tirándole a la cara su sangre preciosísima, pisoteada por nosotros mismos con la más negra de las ingratitudes, después de haberla emporcado con todas las inmundicias de nuestra corrompida naturaleza.

De entre todas las cosas de los santos, que fué hallando en los libros, la que más hirió su fantasía de mujer y se le grabó en su corazón de heroína, fué la hazaña estupenda de San Francisco de Asís, cuando para acallar las reclamaciones de su carne, se revolcó desnudo en unas zarzas... que perdieron las espinas milagrosamente... ¡Ah!... ¿Conque había que llegar hasta allí, antes que ofender a Dios?... ¿Conque ni los mismos santos se ven libres de tentaciones y miserias, y por eso precisamente son santos, porque, como decía muy bien el libro, «habían crucificado sus concupiscencias con Cristo»?... ¡Madre suya de su alma, y qué valor más grande, y qué voluntad más firme de cumplir el deber,

costara lo que costara!... ¡Eso era indomabilidad de propósitos y heroísmo de resoluciones... ¡De ahí a D. Germán el boticario!...

Y el saludable recuerdo de la infeliz Loli-la la Retama, por un lado, trágico espectro que la acompañaba día y noche, y por otro; las edificantes lecturas que, empezando por ser de su obligación, remataron por ser su afición y su deleite, hicieron del hermoso bloque de su alma, naturalmente honrada, la maravillosa escultura de la mujer de bien, de la doncella cristiana, que de no ir al matrimonio, va al martirio, si es que no va al martirio por no ir al matrimonio...

Sed non omnes capiunt verbum istud, dice el Divino Maestro: «la virginidad no es para todos».

¿Sería ésta la corona de Maricruz?... Probablemente sí... Siquiera las azucenas de su triunfo hubiesen de estar salpicadas de la sangre del martirio.

Ad duplicem coronam, como se lee en el sepulcro de las vírgenes mártires: la de azucenas y la de espinas.



CAPÍTULO X

Don César... "Augusto"

El altísimo y poderosísimo señor Don César Diosdado, cuñado de la viuda Doña Juana, tío de Miguelín, y jefe nato de la familia, vino por aquellos días de fines de Septiembre a pasar una temporada de «patriarcal visita» a Pimpollares.

La cuñada lo recibió en su morada con toda la hidalga hospitalidad y todo el rumbo de toda una rica hembra castellana, puesta a agasajar a un príncipe que se hospedase en el castillo, mansión feudal de su soberanía. Y

desde la cocina a la alcoba, desde el cuarto de baño al salón, todo pasó revista de comisario, hasta darle el visto bueno la señora, que, si un tanto cuanto a la pata llana en lo que se refería a ella misma, pecaba de exigente en todo aquello en que iba tanto así de decoro para la familia de su marido, quedando el Sr. D. César tan complacido del hospedaje, cuanto satisfecho de la marcha de los negocios de la casa y de la buena administración de los mismos por parte de la señora.

Claro que D. César no iba a eso, ni tenía Doña Juana que rendir cuentas, ni a él, ni a nadie. Pero, como de algo se tenía que hablar, y para la familia no debía haber secretos, la viuda, hoy una cosa, mañana otra, fué poco a poco contando cuánto tenía que contar y diciendo cuanto tenía que decir, mereciendo el aplauso más sincero del estirado prócer, que admiraba por igual las dotes administrativas de la dama y la humildad de criterio con que en los puntos dudosos o en litigio aceptaba las resoluciones del caballero.

De su peso se cae que se tuvo que poner

sobre el tapete lo de la educación literaria de Miguel y su formación social... Preciso era de todo punto, y bien lo comprendería la señora, que el heredero de tan preclaros apellidos, de los más repiqueteados por aquellas Andalucías, no cristalizase en un alcornoque como los de las dehesas de su mayorazgo; y que el que nació señor—a D. César se le llenaba la boca cada vez que decía «señor»—, el que había nacido señor, «por derecho divino», adquiriese con el trato de señores de su igual, hábitos y costumbres realmente señoriles.

¿Por qué no aprovechar la ocasión de la próxima apertura del curso académico, para ponerlo en cualquier colegio de fuste en Sevilla; tenerlo allí unos cuantos años... mientras no se hacía hombre hecho y derecho que pudiese volar con sus propias alas... que entonces ya veríamos si a Alemania, si a Inglaterra, si a la fin del mundo... de donde volviese a su debido tiempo con la aureola de prestigio y el marchamo de suprema distinción que da a todo niño de casa rica el haberse educado en extranjeras cortes?

¿Que quería seguir una carrera literaria?...

¡tanto mejor! Afortunadamente, nada vestía tan bien sobre una heredada levita como una bien conquistada toga... ¡Un abogado iba a todas partes!... ¡Hasta a una presidencia del Consejo de Ministros!... ¡Nada dijéramos del encanto que presta a un muchacho de clase y de fortuna un uniforme militar!... Y aunque no se consiguiese que ciñese birrete ni empuñase espada, bien porque fuese desaplicado, bien porque sus luminarias no fuesen muy allá, ahí era un grano de anís la cultura que da el trato de gentes y la desenvoltura que se adquiere con los viajes...

Nada, nada: a Sevilla, y cuanto antes, mejor... ¡Un Diosdado hecho un destripaterrones al arache y al cavache como un hidalgo de aldea!...

Y como sin acertar a decidirse a ello por sí sola, Doña Juana acariciaba, hacía tiempo, la misma idea que su cuñado, con la visita del prócer se resolvió por fin, quedando convenido que, no bien se rematara la vendimia, que era una de las fuentes de riqueza de la casa, se establecerían en Sevilla, siquiera fuera «apeativamente», pues ella separarse de su Miguel, único amor que le quedaba en este



mundo, eso... ¡ya lo había dicho y jurado cuando la catástrofe de Deusto!: ¡ni aunque la descuartizaran!...

Adonde iba el cuerpo iba la sombra, y adonde fuera Miguel, tendría que ir ella: ¡hijo suyo de su alma!

Un par de días más de estada de D. César, con todos los requilorios de cocina y repostaría que un hospedaje así lleva consigo en una casa de pueblo, siquiera sea tan bien montada como la de la viuda. Un día más de campo, para que viera la obra del caserío de Matas Gordas y la parcela del alcornocal añadida a la dehesa últimamente, y la despedida del prócer hasta más ver, con el magnificentísimo agasajo para la servidumbre. D. César era señor y gustaba de hacer ver en todas parte que lo era.

Aunque el dicho agasajo había de ser para todos los criados de la casa, según la distribución que Doña Juana hiciera, incluso Maricruz, para ésta dejó el prócer una propina aparte. Le había interesado aquella chiquilla tan mona y tan apegada a sus señores, como había llegado a ver en este corto día-

logo sostenido con ella, una vez en que le llevó la correspondencia, en su bandeja de plata por supuesto.

—¿Cómo te llamas, niña?

—María de la Cruz, Almonte y Méndez, para servir a Dios y a usted.

—¿Qué edad tienes?

—Trece años, y metida en catorce.

—Y estás aquí de criada, por lo visto.

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—Dos años hizo para la Cruz.

—¿Y cuánto tienes de sueldo?

—¿De qué?

—De sueldo... de salario.

—¡Ah, ya, sí! de salario. Pues... así salario fijo, no tengo ninguno. Pero que salgo por más de lo que me merezco...

—¿¿...??

—Mire usted: me dan de comer, y de comer lo mismo que los señores, porque aquí no hay ni un confite que no vaya a la cocina. Me compran toda la ropa, que mire usted cómo estoy: como una gran princesa; el vestido, nuevo flamante, y las botas, estrenándolas. Y este año fuí al Rocío, porque tenía

promesa, y la señora me pagó el viaje en la carreta de Curro el Chato; me puso un costo, que no lo pude apurar, y luego me dió un duro para mí sola... ¡Miusté que un duro tiene perras que gastar!...

—¿Y qué hiciste tú con tantísimo dinero?... ¡Mira que un duro!...

—Pues verá usted: lo primero, traerle a la señora una medida de la Virgen para los dolores de cabeza, que se quitan como con la mano. Luego, una medalla de plata al señorito, que colgada la tiene. Una estampa para la cabecera de la cama, a Bruna y una libra de alfajor para mi padre, que le gusta mucho.

—¿Total?...

—Pues verá usted. Una peseta la cinta y dos pesetas la medalla, doce reales. Un real la estampa, trece, y tres reales el alfajor, son diez y seis...

—¿Y la otra peseta?...

—Esa se la eché a la Virgen en la demanda.

—Entonces, ¿no compraste nada para tí?

—No; pero... bebí agua del pozo la mar de veces, y luego comí avellanas, que me

dió un puñadito la valverdeña del alfajor.

—¡Entonces, tu querrás mucho a la señora!

—¡Más que a mi padre!

—¡Muchacha!

—¡Sí, señor!, porque en vez de citarme a juicio y meterme en la cárcel, una vez que achoqué al señorito de una pedrada que le tiré en el callejón de la Cuesta, la señora me recogió en su casa como a una hija, y de aquí no he salido desde entonces. Yo era un macho pilongo, ¿sabe usted? ¡un verso suelto, sin rey ni roque, que si no me recoge la señora, sabe Dios dónde estuviera a la hora ésta! ¡Lo han hecho muy bien con una en esta casa!

Y se le saltaron las lágrimas a la muchacha, y hasta diz que al caballero.

—Y al señorito, por de contado, también lo querrás mucho, ¿no es verdad?

—Pues... después de la señora, más que a nadie... Ya usted ve: nos hemos criado juntos y como dos hermanos, como quien dice... ¡Que le toquen a un pelo de la ropa, y se va a acordar el que lo haga del día en que nació!... ¡ojalá necesitara la sangre de mis

venas, para quedarme por él sin una gotita!...

—¡Veo que eres muy agradecida!

—¿Usted no ha oído decir que el que no es agradecido no es bien nacido? Cate usted ahí una cosa que puede hacer todo el mundo: agradecer.

—¿Sabes que eres muy lista y de unos pensamientos muy honrados?

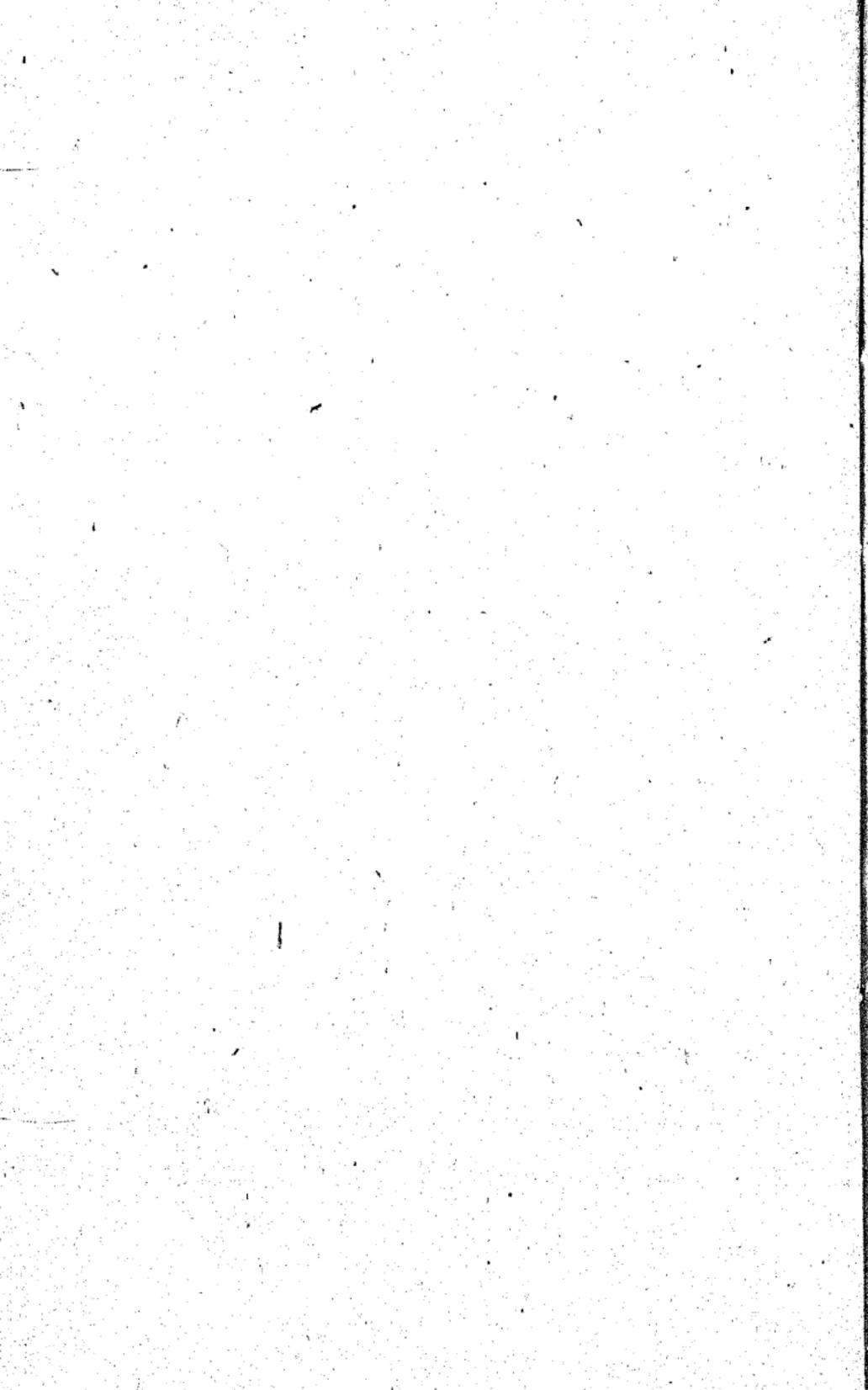
—Favor que usted me hace. Pero lo poquillo bueno que haya en mí se lo tengo que agradecer a la señora.

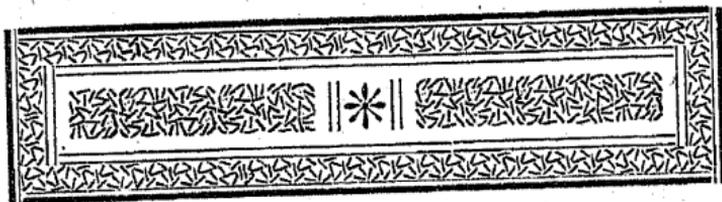
Y D. César quedó prendado de la chiquilla.

Y es lo que decía Bruna:

—Como la dejen hablar, no la ajorcan. ¡Vaya si tiene letra menúa!... ¡La mística Dortora!... ¡Habrá jeó?...







CAPÍTULO XI

La despedida.

La pena de Maricruz, al tener que separarse de su señora, fué tan estrepitosa en sus manifestaciones exteriores, cuanto honda y sincera en el fondo de su alma. Ella no sabía llorar sino como se llora en los «mortorios» de Pimpollares, o sea: a moco tendido y a grito pelado, y así rompió a llorar, cuando, dándole un beso la señora, puso el pié en el estribo del coche y Miguel tendió la mano a todos los que habían concurrido a la despedida, y, sin mirarla siquiera, ganó el coche de

un salto, para sentarse enfrente de su madre.

—¡Andal

—¡Eal ¡Adiós!

—¡Vayan ustedes con Dios!

—¡Buen viaje!

—¡Que haya salud!

—¡Vayan ustedes con Dios y con San Rafael!

Y el coche arrancando a andar por el accidentado piso de la calle; y el grupo de amigos y servidores, viéndolos ir y agitando las manos primeramente, y los pañuelos más tarde... y Maricruz, con el corazón encogido, escabulléndose sola hacia la portalada del corralón, corriendo como una loca por el callejón de la Cuesta, en derechura de la Cruz-Verde, y llegando por fin a la alcantarilla de Alcaracejo, minutos antes que el coche, para tirar a la señora un puñado de besos, entre hipidos de llanto, y decirle entre desgarrados lamentos:

—¡Que Dios se lo pague a usted!... ¡¡Que Dios se lo pague a usted!!

A la señora se le saltaron las lágrimas ante todo aquel poema de honrada gratitud. Mi-

guel hizo como que no se daba por entendido de nada de aquello, aunque le sacudió las entrañas y le amargó la boca; y el coche apretó el paso, carretera adelante, entre chirriar de ruedas, crujir del látigo, tintineos de cascabeles y nubes de polvo.

Maricruz siguió de pié sobre uno de los malecones de la puentecilla, hasta ver hundirse el vehículo del lado allá de la línea del vértice de la cuesta... ¡La mitad de su vida hubiera dado por tener alas y poder dar un vuelo para tornar a verlos una vez más!... Pero como no las tenía, con dolor de su ánima, descendió del malecón que le había servido de observatorio, y se sentó, no a llorar, sino a seguir llorando, sobre uno de los montones de grava de los que, de trecho en trecho, orlaban la carretera.

.
¡Ay madre de su alma, y qué pena tan grandísima y qué sola... ¡qué sola!... se quedaba en el mundo!... ¿Qué iba a ser de ella, en medio de aquel vacío tan espantoso?... ¡Ay!... Y torna a gemir, y a lamentarse, y a plañir, y a ensordecir los aires con sus lamentos, y a creerse, como todos los desven-

turados: la más sin ventura que había, y hasta que podía haber, sobre la haz de la tierra.

Cuando con un espasmo del oprimido pecho dejó al fin de llorar, púsose a hacer, claro que sin darse cuenta de que lo hacía, examen de conciencia.

¿Cuál de los tres cuchillos que tenía en aquel instante clavados en lo más vivo del corazón la atormentaba más fina, más torcedora, más enconadamente?... Aunque ella hacía por persuadirse de que era la ida de la señora, dolíale mucho más el desvío—¿qué decía: el desvío?—, el desaire... ¡el feo tan regrandísimo! que le había hecho Miguel, con... ¡vaya: ni mirarla!, e indeciblemente más que todo esto, con dolerle tanto, y aunque a ella le costase trabajo y causase bochorno el confesárselo a sí misma, era... ¡haberlo perdido de vista hasta...! ¡Madre suya del alma! ¡y qué lejos, qué relejísimo, estaba eso de verlo!...

Con aquello sí que no podía ella, ni podría eternamente, por muchas fuerzas que le diera Dios: con no verlo en todas partes ni

a cada hora, mirárala él a la cara, o no la mirara... ¡a ella no le importaba eso ni tres caracoles!...

Lo que a ella la mataba era tener que vivir sin servirle de algo, aunque no fuese más que... ¡en fin; con esto se decía todo! ¡aunque no fuese más que de desprecio!

¿Y por qué?— Y se ponía hasta a manotear en el calor de su mudo discurso - . ¿Por qué razón ni por qué ley la había él de despreciar a ella?... ¿Porque era digna?... ¿porque tenía decoro y hasta temor de Dios?... ¿porque se había portado—y ahora se alegraba—como una niña de vergüenza?... Cántara uste ahí una cosa que merecería en el mundo.., hasta un tiro, si fuese menester: ¿desprecio? ¡nunca!... Por consiguiente: o él la despreciaba sin razón ni motivo—y esto le satisfacía en lo íntimo de su conciencia—o la despreciaba sólo aparentemente... Sí: aquello que Miguel había estado haciendo con ella, durante toda la vendimia y había remachado aquella tarde, aquello, más que desprecio era... un aplauso: el aplauso que el vencido en buena lid tiene que tributar, siquiera sea a regañadientes,

al vencedor...—¡Miguel no la despreciaba!...

Bueno. Todo aquello estaba muy bien y muy puesto en lo justo... Pero lo cierto era que él se había ido a empezar a estudiar... que quién sabía el montón de años que eso supone... y que ella no hablaría con él en tanto tiempo... ni lo vería... ni le limpiaría el calzado... ni le asearía la palangana... ni le pondría los jazmines en la mesilla de noche...

¡Desgracia más horrorosa que la suya!... ¡Cuanto más cuenta no le hubiese tenido haber seguido machoteando por prados y callejones, hasta que el propio instinto del pudor natural le hubiese hecho recluirse en casa de su padre?... Bien lo decía la copla:

Que no hay penita en el mundo,
como haber visto, y no ver,

Y sin haber ella leído jamás a San Juan de la Cruz, ni barruntado siquiera la existencia histórica de tan divino poeta en la literatura de los pueblos, sentía aletear en su alma el sublime pensamiento de esta hechicera estrofa:

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta a deshacellos.
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.

.....

Las campanadas del toque del Angelus, que cayeron de lo alto de la torre de la iglesia sobre el soñoliento paisaje de otoño, impregnadas de mística poesía o poético misticismo; misticismo que si llega a sentirse en medio del bullicio de las populosas ciudades, avasalla en la soledad de los callados campos, hicieron percatarse a Maricruz de que se encontraba sola y de que la noche se le venía encima. Se levantó de su molesto asiento, en cuya inhospitalidad no había parado mientes, y cuando hubo rezado la oración—primera que no rezaba con la señora—, echó a andar por la polvorienta carretera, camino de la casa, con una pena tan grande, cuanta era su gratitud a la viuda y tan afilada y tan sin límites, cuanto era su cariño de esclava al señorito.

.....

[Si se habían criados juntos!... Si él, apar-

te sus tozudeces de niño mal criado, era más bueno que el pan!... ¿No la había hasta besado, a raíz de la descalabradura, para que viera su madre que lo había achocado sin querer y él la quería mucho?...

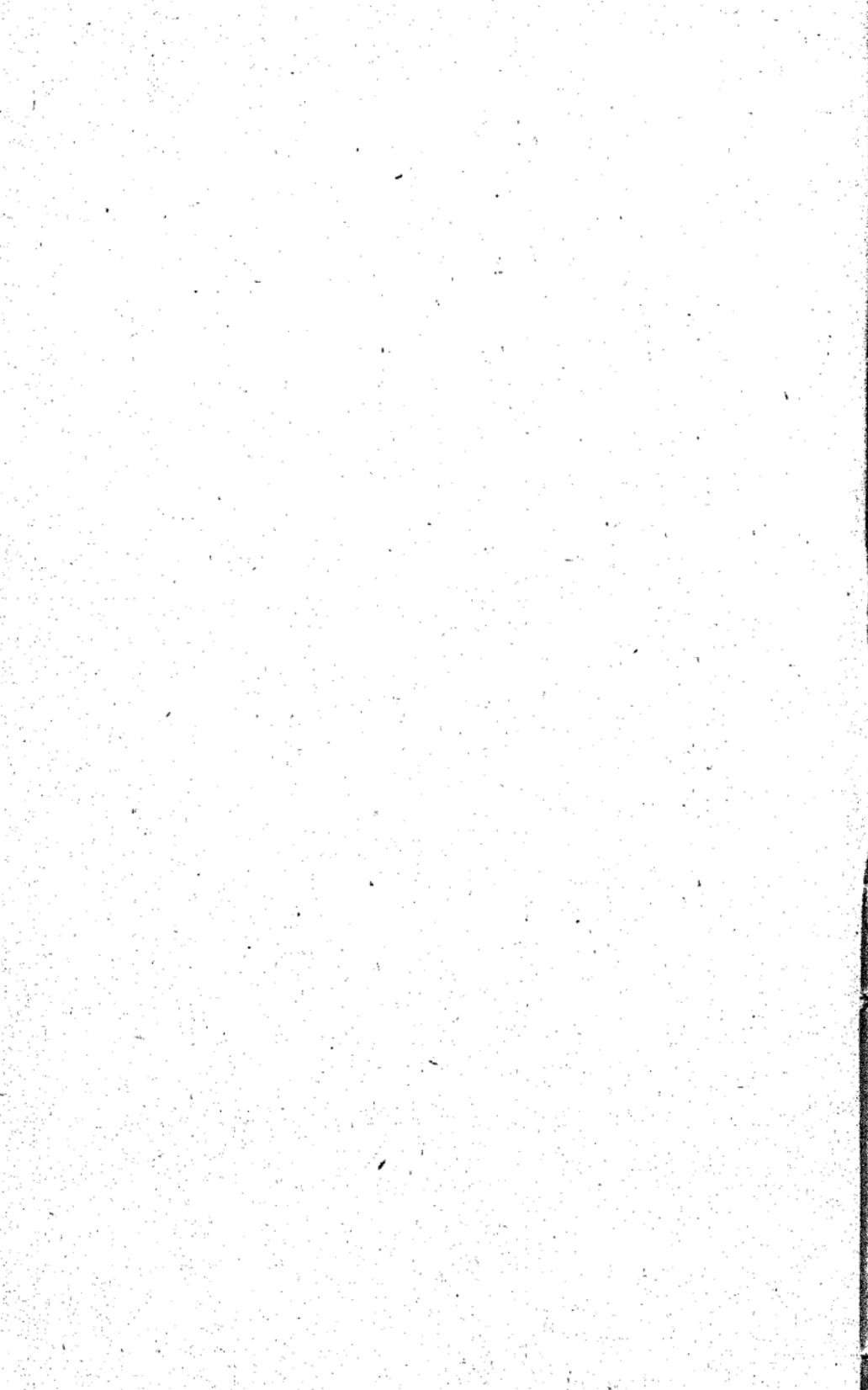
.....

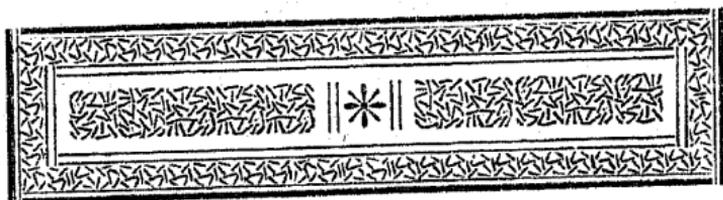
Dos besos tengo en memoria,
que no se apartan de mí;
el último de mi madre
y el primero que te dí.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

¡COSAS DE LA JUVENTUD!





CAPÍTULO PRIMERO

Culto a los idos

Como el que no quiere la cosa, han pasado ocho años desde la despedida de los señores y el desconsolado llanto de Maricruz sobre el montón de grava de la carretera de Sevilla. ¡Ocho años mortales, contados día por día y hora por hora, si no por toda la dependencia, por la buena de Bruna y Maricruz!

Porque la casa de la viuda siguió lo mismo que antes, y sin más variación que la ausencia de los amos y el natural aligera-

miento de servidumbre íntima. Don Manuel el administrador, al frente de los negocios, y Bruna de caporal de puertas adentro.

Ella hacía la cocina, que, de común acuerdo con Maricruz, se simplificó hasta lo inverosímil—pa nosotras dos, güeno está;—corriendo por cuenta y obligación de la moza todo lo concerniente al cuerpo de casa, en que extremaba la nota de la puntualidad y del esmero, como si a cualquier hora del día o de la noche hubieran los ausentes de entrárseles por las puertas.

—Pero eres de remate: ¡miá que lo e los jarmines en la mesilla de noche toas las tarde, es semenesté tesón! ¡Y si es vestí las camas e limpio toas las semana, sin que se acueste nadie, también es mu preciso!.. ¡No te se jace jasta cargo e concencia trabajá pa el Obispo y gastá jabón pa... ná; porque en mi vía he visto yo un pecao mortá como éste, de esbolillar sábanas y más sábanas en el refregaero pa que vea las camas limpias el ánge de su guarda, y pa eso tampoco, porque estará a la vera de ellos?... Po lo que toca jabón, no me pías, porque no te lo doy: de moo que si las quiés lavá con agua der pozo,

eso tu allá; que, como decía mi madre que en gloria esté, cuando un bruto coge un lindazo, ni el lindazo deja ar bruto, ni er bruto al lindazo.

—¡Entonces, va a estar una aquí mirando al celeste y robándole a los amos lo que se come?... ¡Comerás el pan con el sudor de tu frente!...

—¡Ya salió la mística Dortora!... ¡Po no me tientes tú a mí mucho el jato con tu sabiuría, que si tú sabes leé y escribí, yo sé mi obligación como la primera; y si no, que pregunten por titito Pimpollares! ¡Ahí está er capellán de las monjas, que dice que sy capá de darle ejercicios ar clerol... De má sé yo que tiene una que ganá lo que se coma y que der cielo abajo ca uno come de su trabajo; pero ese trabajá tuyo tan sin tón ni són, y en cosas que no aprovecha ni er demonio, es jasta un contra-Dió jacerlo, y otro contra-Dió más grande consentirlo.

Güeno que tengas los suelos que rechinan, er cobre como los dientes de la boca, y los clavos e las puertas y las perillas e los barcone, como espejos; pero lo que es lo de las camas vestías e limpio y esos lavaos tan re-

grandes, con lo que cuesta er jabón, eso no te lo consiento, por lo menos con dineros e la casa. ¡Si quiés migá, der tuyo, que con el aire no oigo!...

—Si; ¡de los dinerales que tengo!

—Po, hija, ahí está D. Manué: bien que te dejó letra abierta la señora... ¡Vaya que no' has pedío ni una sed de agua?

—Pues mira: más de veinte duros, desde que se fueron...

—¡Y va pa ocho años! Na: que va a sé semenesté darle la razón a lo que decía tu madrastra, que Dios tenga en su gloria: ¡Esa?, ¡la Maricrú?... Esa no es capá de dá... ¡ni un soplo en un ojo pa quitarle a uno una mota!

—Porque siempre me traía aspada, para que le diera para aguardiente...

—Como que vaya un suplicio el que se habéis quitao de encima con que la arrecogiera su Divina Majestá... ¡Dios! ¡qué pedón más grande!...

—Ya Dios la habrá juzgado... ¡Paz a los muertos!

—Lo que yo no he podío acabá de poné en pié es lo de las particione de tu padre.

—Pues nada: que a mí me tocaban diez duros en la casa y treinta en el cercado de la Fuente. Y el hermano de mi madrastra se ha quedado con todo el cercado, y me ha dado los treinta duros en la casa. De modo que el portal de la calle y el cuarto de la ventana es mío, mío, y la mitad del corral que linda con las Moronas... Más de cincuenta duros me están dando por ella y no la vendo. Siquiera así tiene una donde le llueva Dios, y un rinconcito de casa donde morir-se. Por razón natural, la señora ha de morir-se antes que nosotras. Y en muriéndose ella... ¡sabe Dios dónde iremos a parar!... ¡Como puñado de moscas, el día en que la señora nos falte y se case el señorito!...

—¡Na! que eres una mujé que echa cuenta en er día de mañana... También tú pués casarte, y ya tienes tu rincón.

—¿Casarme yo?... ¡Con la tierra!... ¡Todavía no ha nacido el cura que me eche a mí las bendiciones!

—Pues, hija: no será por falta de pretendientes: ahí tienes a Tolomé, que no he visto criatura con más acostamiento... ¡Es que jasta se le múa la coló cuantito se da de cara

contigo en cualquier parte! Y como güenos los habrá en er mundo, y hombres de bandera en el trabajo; pero, hija, lo que toca Tolomé está de nones en Pimpollare, y no hay tajo aonde no se rife a Tolomé, y un jorná que se gane en tito er término, ése es Tolomé quien se lo lleva. A mí me gusta y me ha gustao siempre: y aluego que no es ningún escamisao. ¡Más e cinco mil reales ha e valé lo que tiene, y sobre un güevo pone la gallinal... Y alospué hijo único y con una madre que es una fiera pa er trabajo y una jormiguita pa su casa: porque ella en la cogía de la acituna, ella escardando, ella en la cimentera, ella en las tagardinas, ella arrancando garbanzos, ella a las brevas, ella a la vendimia y ella a tó, a tó y a tó; porque pa que no le farte ná, jasta echa sus eras e carlisto a la vera der pozo y los vende a perra gorda, y a tre chicas, que hay años que arrecoge veinte duro... Yo que tú, jaz lo que quieras. Pero lo que toca yo, acuía con la soguilla, que los hombres e bien y trabajaore y queriéndola a una con fatigas, jesos están más claros que los Padres Santos en Roma!...

— Todo eso estaría muy bien, si yo lo qui-

siera... Pero, hija, no lo quiero, y casarse con un hombre sin quererlo, es lo mismo que quedarse una con la fruta y regalar la cáscara... No diré que no lo quiera mañana u otro día: hoy por hoy, no lo quiero, y no lo voy a engañar diciéndole te quiero, sin quererlo.

—Pues no salgas de ahí y no te perderás.

—Cada una es como es, y yo soy de esa manera ¿Se le manda al corazón?

—¡Pero qué de letra menúa tienes pa tó!... ¡Será de tanto leé!

—¿Y qué quieres que haga, si me gusta? ¿No es hasta un contra-Dios tántos libros tan bonitos, sin que los lean ni las ratas? Yo soy muy curiosísima, y lo he sido siempre, y así me tengo que morir. Los libros enteran a una de muchísimas cosas, y me entretengo leyendo. ¿No es mejor instruirse que andar de chismorreó con las vecinas? Esas cosas tan grandes de los santos, que si no estuvieran en las libros costaría trabajo hasta crearlas, me parece que las estoy viendo cuando las leo, y me entran hasta ganas de imitarlas, aunque pecadora como es una... ¡No sé como hay quien pueda ser malo, después de saber lo que han hecho los santos para ser

buenos! ¡Mira que lo de San Francisco revolcándose en una zarza! ¡en una zarza, Bruna!; ¡y lo de San Bernardo, pasando todo la santa noche de Dios en un estanque helado!... Ya ves, como nosotras; de nuestra misma carne, y quizás y, si me apuran mucho, con peores inclinaciones muchos de ellos; pero se negaron a sí mismos, como dice el padre Cura en los sermones, tomaron su cruz y siguieron a Jesucristo; y ahí los tienes en los altares...

—Lo cuá que er de San Francisco era semenesté gobernarlo, que lo estuve arreparando er domingo en Misa de arba, y está jechecito una carrañasca y con más esconchaos que pelos tengo en mi cabeza. Quantito venga, que venga la señora, era semenesté que se le echara una remonta.

—¡Como que qué falta tan grande la que está haciendo en el pueblo esa criatura!... ¡Mira que ocho años, que va a hacer para la vendimia, que se fueron!... ¡Ocho años sin venir!...

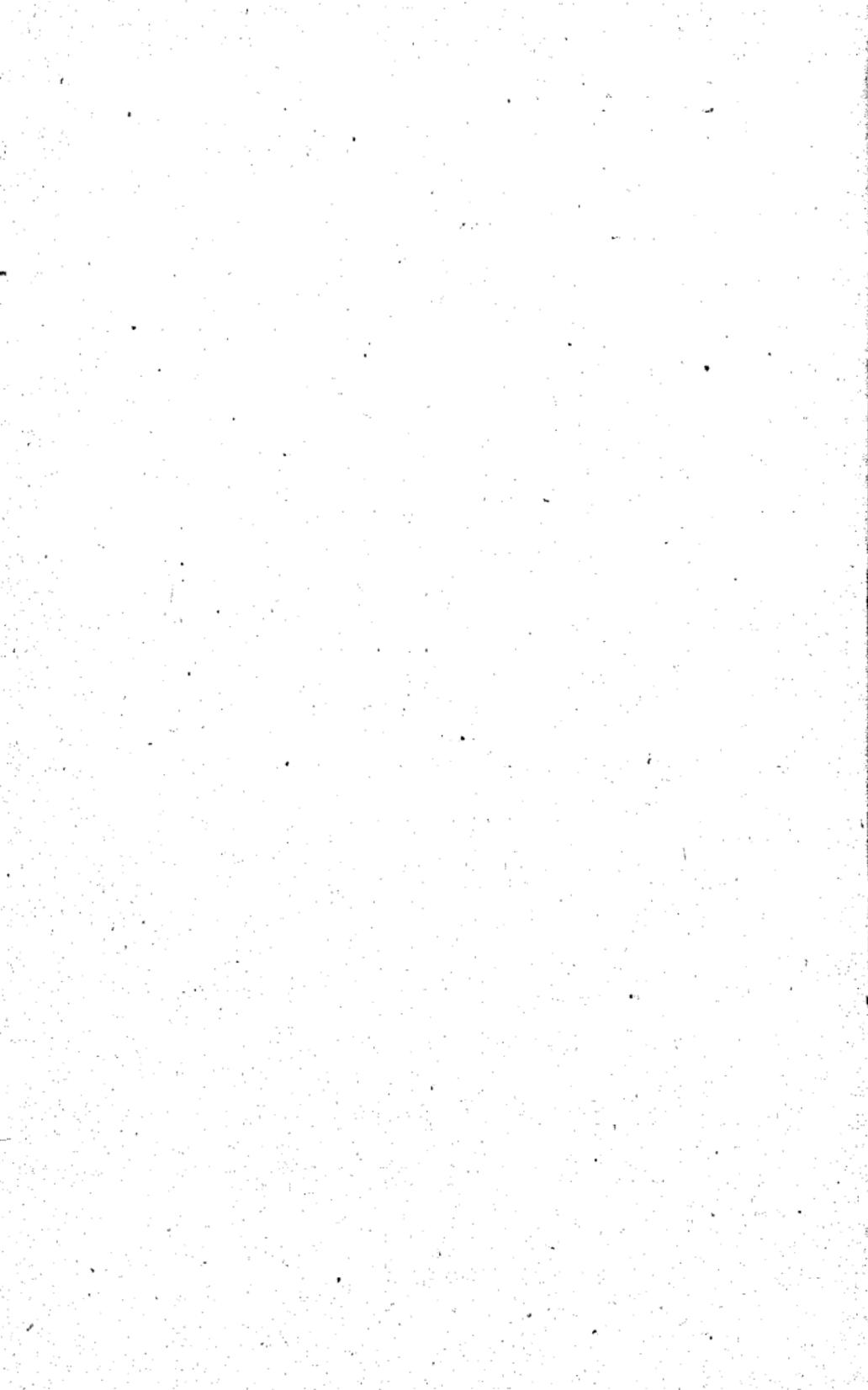
—¡Y tú poniéndole los jarmines en la mesilla de noche toas las tarde!...

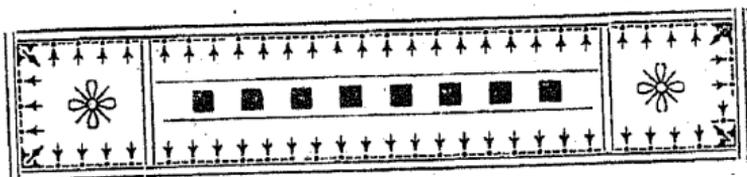
—¡Y dale a los jazmines! ¡No es mejor

que huelga la casa, que no que se vaya el olor por esos callejones? ¡Me gustaría tanto que llegasen de pronto y vieran que nos habíamos ganado el pan que nos hemos comido!... Soy muy soberbia, ¿qué quieres?, y no me gusta que me cojan en un renuncio.

—Bastante himos jablao, ¡bastante himos jablao!... ¡Primero que les pollos se la peguen a los recoveros!...







CAPÍTULO II

Pronóstico y diagnóstico.

Contra estos siete vicios—decía un chusco, después de enumerar los pecados capitales— hay una gran virtud: la de no tener un cuarto, ni por donde a uno le venga.

Y no dejaba mi hombre de tener razón: que no hay preservativo contra los vicios como el no conocer al Rey por la moneda, así como no hay nada que haga tan resbaladiza la pendiente que va de la tentación a la consumación del acto ilícito, como el «unto columnario».

Ahí está, si no, nuestro Miguel, que en ocho años de vida de capital y con dinero a mano, con una madre debilísima para tirarle de las riendas, y pasiones indómitas hasta la anarquía, llegó a hacerse un perdido de siete suelas, aunque, eso sí, correcto y atildado y señor," hasta en el mismo libertinaje, bien así como aquella fornicaria de que habla el Apocalipsis, que encerraba las inmundicias de lo más inmundo en una copa de oro: *habens in manu sua poculum aureum, plenum abominatione et immunditia fornicationum ejus...*

Cuando volvemos a confrontarnos con él, ha espigado mucho, aunque no embarnecido gran cosa. El bigote lo tiene escaso, pero negro y muy bien delineado, firme y blanquísima la dentadura, y los ojos acariciadores y parlanchines... un buen mozo a toda orquesta... cuando se desarrolle.

Idólatra del aseo y rendido esclavo de la moda, parece en todo instante un figurín... ¡Nadie diría que muchacho tan pulcro, higienista y bienholiente, se emporcase tan sin reparo en lodazales tan hediondos!

Y como a nadie le importa saber por me-

nudo lo que hiciese o dejase de hacer nuestro biografiado durante los tres años que pasó en Sevilla, y los cinco que vivieron en los Madriles, de donde no había quien lo sacase ni con garrocha, lo mejor será que pase-mos como por sobre ascuas por esos ocho años de lo que llamar pudiéramos su «vida pública», y reanudemos nuestras relaciones con él en las vecindades de aquel otoño, cuando le empezó la tosecita que tantísimo alarmó a la madre, y vió él, con no menos alarma y sobresalto, sobre la nítida blancura del pañuelo, el primer esputo con estrias sanguinolentas... ¡Padre suyo Jesús del Gran Poder, y cómo se desazonó y se alborotó la señora!

—Señora—le dijo el especialista, no se sabe si por tranquilarla, si porque así lo sintiera lealmente—gravedad, lo que se llama gravedad, no hay ninguna, hasta hoy... Que pudiéramos estar al principio de algo muy grave, eso no se puede negar... Ahora bien: que no hay nada todavía. Los pulmones funcionan con regularidad, sin que resulte de la auscultación el menor daño en ellos... excepto las anormalidades del catarro, que es cosa

transeunte. Y con un plan de vida de moralidad y de higiene—y recalcó la primera de las dos medicinas—, aún estamos a tiempo de conjurar todo peligro. Dice usted que no hay precedentes atávicos, ¿no es verdad?... pues eso es mucho. Crea usted que todo se hereda, y ciertas predisposiciones, mucho más... Pues nada; lo que aquí se impone, pero urgentísimamente, antes de que el otoño se nos venga encima, es trasladarse a un pueblo, siquiera dos años. Y sol, y aires de pinos, y ejercicio moderado, pero ejercicio, y buena y mucha leche, y mucho huevo fresco, y, sobre todo, y bien está que él se entere, ¡moralidad!

Quizás se haya corrido demasiado, y de ahí el desgaste natural de tan desatentada carrera... Yo le aseguro a usted que, como él se proponga—pero es menester que él se lo proponga—y con que usted le ayude, nada más con que usted le ayude un poco, este organismo, que se está desarrollando todavía, dará el último desmerezo, sin menoscabo de sus propios intereses, y tendremos un hombro que no cabrá por esa puerta. ¿No ve usted qué poco pecho para tantos bra-

ahorrarse la señora el dinero de los billetes.

—He dicho.

Y se metió en su cuarto, dando un portazo fenomenal.

.
 Por cierto, que quien estaría hecha toda una real moza, sería Maricruz... ¡Y que no hacía mucho tiempo que él no se acordaba de ella!... Gordota... frescachona y desacorselada como una halda de trigo, descuidada y cerril como una potrica marismeña... cada manaza como un cavador y cada pie como un molinero... ¡Y a eso llamarían en Pimpollares una hermosura!... ¡La bella Maricruz!... De eso a una chica «bien»—aunque no valiera nada— pero presentada y «vestida»...

Y a propósito de Maricruz: ¿qué regla de conducta la que debía él seguir con ella?... ¿Mostrársele resentido ¡al cabo de Dios te salve, como si le doliesen todavía sus repulgos de antaño?... ¡La cosa no podía ser más ridícula!... ¿Qué más quisiera la muy paleta que ver sentido de sus desdenes a todo un candidato a diplomático?... ¡Menester era que lo abriesen en canal, por habérsele ocu-

rrido—diplomático y todo—gansada semejante!...

Lo que debía él de hacer era contestar al su saludo de ella como si tal cosa... y hacer como que no la recordaba...

¡No! ¡no! ¡tampoco!... Aquello sería ¡el colmo de la cursilería de lugareño injertado en cortesano, y antes hereje que cursil.. ¿Cursi él, árbitro de las elegancias, o punto menos?... Así pues, no conocerla, no... ni no recordarla, tampoco... sino mirarla de arriba abajo con la más glacial de las indiferencias, ya que no con el más olímpico de los desdenes... por más que el desdén sería lo mismo que duro contra tieso... o, lo que era igual, ¡la palinodia!... ¡el «recibí» del ultraje de años atrás!... el «me dolió tanto la bofetada, que aún la recuerdo... tan honda fué la herida, que aún me escuece...» ¿Eso? ¡jamás ni nunca!...

¿Y mostrarse bromoso con ella y decidor y dicharachero... poniendo en solfa sus palabrotas de palurda, y reirse a mandíbula ba-

tiente y a carcajada limpia de sus ordinari-
ces de Maritornes?... ¡Justo, caball!: eso era lo
más acertado, y lo más conducente a sus
propósitos de cuando niño, de humillarla y
vejarla... Así: ahuyentarle de la cabeza los
muñecos que pudiese tener... que sí tendría
muchos... (los amoríos con un señorito no se
olvidan tan fácilmente), valiéndose, como de
hisopo para el exorcismo contra los mencio-
nados muñecos, de la burleta, de la chaco-
ta... Lo que provoca la risa es porque se
desprecia, y lo que se desprecia no se ama...

—¡Tate! ¿conque tú eres Maricruz?...
Pues, chica, di que parece que te han sopla-
dol... Me explico la fama de buena moza que
tendrás por ahí. Dame gordura y te daré
hermosura... A ver cuándo te casas, mujer;
que no faltará por ahí quien se pudra por
esos pedazos... ¿Que no piensas en eso?...
¡Eso mismo dicen todas!

.....
Bueno: tráeme un vaso de agua.

.....
No, mujer, así no: se sirve en su bandeja
y con su servilleta... Nada: que sigues tan
cerril como yo te dejé...

.....

¿Qué «usted» ni qué ocho cuartos? Eso es una gansería del lugar. Se dice «el señor»... ¿Qué decía el señor?... La señora llama al señor... ¿Necesita el señor algo más?... Así hablan los criados que saben servir... El «usted» ha quedado para las cortijadas... Créete, chica, que si se te zamarrea sueltas bellotas... ¡Claro! ¿cómo vas a estar después de todo, en esta harka?... Menester es que te vengas con nosotros cuando nos volvamos a Madrid, a ver si vuelves capaz de sacramentos...

.....

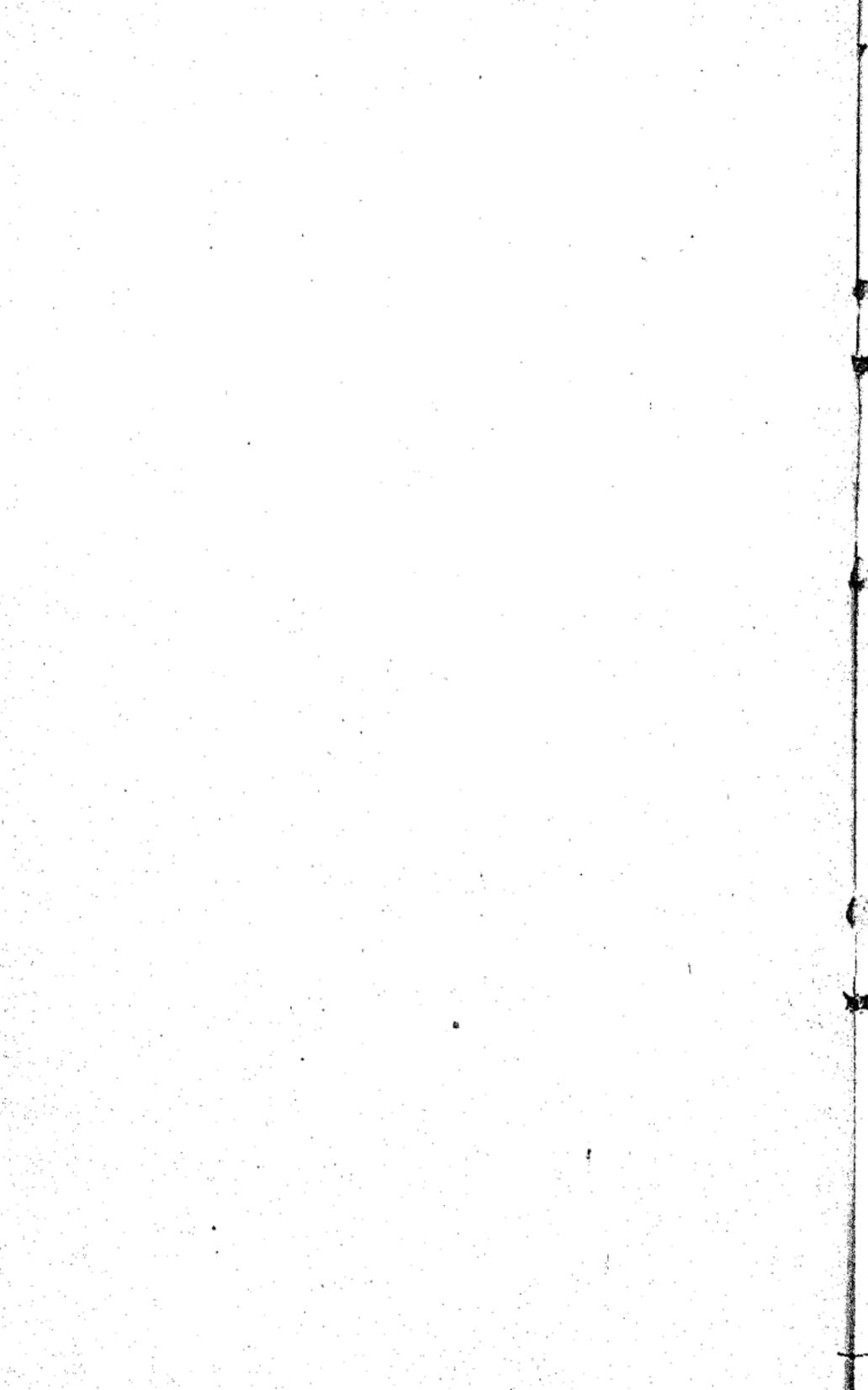
¡Alza, peneque! ¡Y qué maja te has puesto para servir a la mesa! ¡Ni que fueras al Rocío a ancas con tu novio!... Para mañana prescinde de todos esos perifollos tan chillones, y vístete simplemente de negro con delantal blanco... Todos esos perendengues, para cuando vayas a la feria de Manzanilla o a las cruces de Aznalcóllar.. ¡No te pongas tan colorada, mujer, que la cosa no es para tanto! ¡Volcar la pileta cualquiera lo hace, y más si no ha visto el mundo más que por un agujero, como tú! ¿Qué entiende el

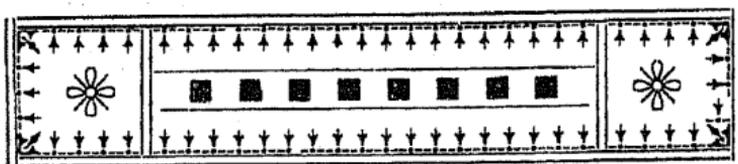
rey de guardar cochinos? ¿no se dice eso en Pimpollares? Pues aplícate el cuento.

.....
¡Nadal que si por algo me alegro de volver «al pueblo que me vió nacer» es por demostrar empíricamente a esa zafia Dulcinea del Toboso cómo su Don Quijote de unos días está perfectamente curado de la mala ferida de punta de amor...

¡Jal... ¡jal.. ¡jal... ¡jal...







CAPÍTULO III

De cuán errados suelen ser los juicios de los hombres.

Cuentan las crónicas de Pimpollares que Miguel se quedó bizco con la estampa y reliquia de Maricruz.

No había tal gordura presentida, ni tal desacorselamiento descontado. La línea de toda aquella soberana escultura era tan sobria y elegante como la de una estatua del arcontado de Pericles, y tan firme y segura en medio de su suavidad y delicadeza, como si recortara duro mármol de la cantera de Páros.

¡Si se le estaba pareciendo... ¿A quién se le parecía, sin que pudiese él así, de pronto, atinar con el tipo del parecido?... ¿La Gioconda de Leonardo de Vinci?... ¡Tate! ¡La Fornarina de Rafaell... ¡Justo!...: la Fornarina en cuerpo y alma... sólo vestida a lo doncella de casa grande!

Porque así se había vestido para la llegada de los señores. Por el ama de llaves de uno de los ricos hacendados del lugar, que solía veranear en Pimpollares, se había enterado de cómo estaba en moda que las criadas de las grandes casas se vistiesen, y ella había visto muy en su punto honrar a los señores a su venida, recibéndolos de «uniforme».

Y de un vestido de lana, negro, de los que la señora solía mandar desechados, habíase arreglado una falda sencillísima, de irreprochable corte, y un abotonado corpiñete, que no había más que ver. Y con esto, y con un amplio delantal blanco de cruzados tirantes, y sus puños y cuello almidonados y bruñidos como de porcelana, su chalina negra y su opulenta mata de cabellos rubios peinada sin artificio, pero no sin arte, parecía una princesita disfrazada de sirvienta, para represen-

tar un papel de doncella en una velada teatral que se diera en su palacio.

Y es que, así como ni el talento ni la virtud están vinculados a ninguna dinastía, así tampoco está vinculada la elegancia a ninguna institución. Y duquesas hay por esos salones, que parecen prenderas cargadas de joyas con el fin de exhibirlas para la venta, que ya quisieran la distinción y la elegancia con que la hija de la portera de su palacio se recoge la falda de percal, o se arrebuja en el mantón de flecos.

Cierto que un buen modisto y un acreditado corsetero, una buena peinadora y un hábil «estuquista» son los mágicos prodigiosos que trasforman en sílfides hasta las monjas de Tetuán; pero por algo existe el adagio, y a él nos atenemos: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Pero dejémonos de digresiones y volvámonos a nuestro cuento.

Tan bonita de cara, tan esbelta de línea y tan exquisitamente elegante de conjunto encontró nuestro futuro diplomático a la excerril Maricruz, que hasta le dió su poquitín de coraje de hallarla tan irreprochable y en-

cajada... ¡Mujer de aquella catadura no era para tomarla en guasa y ponerla en solfa!

Cuando nuestra heroína se desprendió del cuello de la viuda, de besarla y retebesarla y tornarla a besar, cual si se tratara de su propia madre que resucitase de entre los muertos, se acercó al señorito, con los azules ojos llenos de lágrimas. Lo miró... cruzó las manos, por no saber qué otra cosa hacer con ellas... bajó los ojos al suelo por tampoco acertar adonde dirigirlos, y mordiéndose los labios para no romper a llorar, siguió inmóvil... extática... petrificada...

—¿Conque tú eres Maricruz?... ¡Mi amiga Maricruz! ¡Mi compañera de glorias y fatigas, Maricruz! .

—Para servir al señor.

—¿Y no eres ni para preguntarme cómo estoy?...

—A los señores no se les pregunta nada...

—¡Alza, pilili!... ¡Y qué al tanto te has puesto de las cosas!... ¡Ni una dama particular de la reina!

—¡Qué cosas tiene el señor!...

—¡Conque «el señor»!

—O el señorito: lo mismo da.

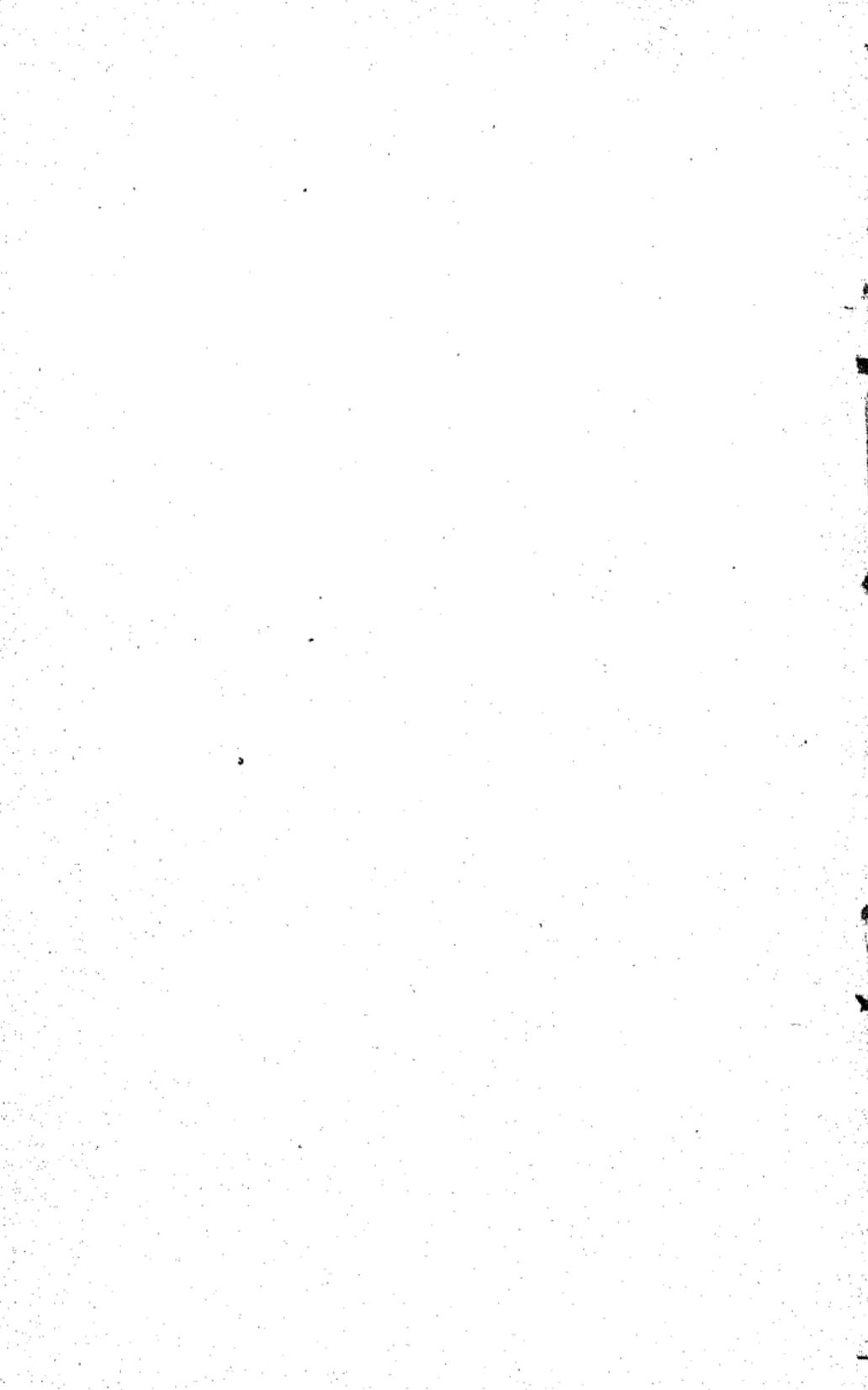
—¡Para que veas, mamá, la gente de tu pueblo! ¿Vaya que tú no esperabas tratamiento en tercera persona y todo?... ¡Digo, si está adelantado tu cortijo!...

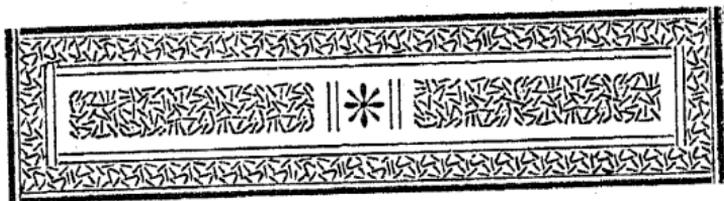
Y así, con las manos metidas en los bolsillos del gabán, levantado el cuello del mismo, y el sombrero «mascotta» con las alas caídas hasta los ensoñadores parlanchines ojos, hizo una reverencia casi de corte a Maricruz y entró en la espaciosa casa solariega, de la que había salido niño y a la que tornaba hombre; de la que se había ausentado inocente, y a la que volvía corrompido, bien así como suele tornar al arriate del jardín, convertida en estiércol, la flor de delicados pétalos y exquisito aroma, que en la anterior primavera fué encanto de la vista y deleite del olfato:

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana...

.....
¡Vaya si estaba mona Maricruz! ¡Justo:
la Fornarina de Rafael!
.....







CAPÍTULO IV

«La pelota» de Maricruz

Mentira le parecía a Doña Juana encontrarse otra vez en su hermosísima casona, rodeada de sus muebles de abolengo, consagrados por el uso de sus mayores y bruñidos por la limpieza diaria de Maricruz; con su amplio oratorio, perfumado de flores campestres y del diluído aroma del incienso, en consorcio con el de la mirra y el benjuí; su hechicera Virgen de los Dolores en el retablo, y los mil relicarios y «detentes», regalo de las monjas, adornando las tapizadas paredes de la holgada pieza.

¡Aquello era una casa, no los cuchitriles

de Madrid!... Amplio el zaguán; amplísimos los corredores o pasillos; cómoda y desahogadaísima la escalera, en cuya meseta cabía un estrado; con comedor, todo luz y alegría, y dormitorios, todo ventilación y todo higiene, y luego, salones y más salones por los que podrían correr caballos; y despacho, y cocina, y despensa, y cuarto de costura y de plancha; y un patio como un jardín, y una serie de corrales como ejidos... en el primero, el lagar y las calderas de arropo, y las atarazanas, y la 'destilería de aguardiente... en el segundo, el molino aceitero, con sus trujas y su borujera, su borrera y su almacén... y en el tercero, las cuadras y los tinados, el pajar y la gañanía... y aquí una añeja morera y acullá un secular paraíso .. aquí un magnolio que nublaba el cielo, y más allá un ciprés que se elevaba hasta las nubes; en aqueste, un palmarate, y en aquél un limonero lunar, siempre en flor y siempre en fruto...

¡Y que hubiese dejado ella, y durante tanto tiempo, todas aquellas hermosuras por la estrechez y el ahogo de un hotel, caro y todo, pero hotel a la postre, para instalarse fi-

nalmente en un pisito, tan coquetón como estrecho y tan incómodo como elegante, de la calle de Jorge Juan!... ¡Lo que tienen que hacer las madres por los hijos!

Y todo, ¿para qué?... ¿Para que el niño, que podía ser el rey ungido de Pimpollares, fuese un Don Nadie en Madrid?... Porque, ¿qué papel, después de todo, el que ellos habían levantado en la corte?... ¡Tonterías de César, que se creía descendiente «del otro Adán»! Empeñarse en que el muchacho, como el español del epitafio, que estando bueno quiso estar mejor, dejase todas aquellas grandezas positivas, seguras, herederas, ¡amillaradas! y traducibles en renta fabulosa, por... un uniforme, que maldita la falta que le hacía para nada de este mundo ni del otro, como no fuese para seducir con los entorchados a una niña de clase, pero sin una peseta, porque las blasonadas y con dinero, esas no se contentan con simplemente un rico de lugares, sino que exigen una corona nobiliaria, como la de papá, y una renta que no las haga descender del boato, empingorotamiento y esplendor, en que

«Rodaron de marfil y oro sus cunas».

Pues sí; porque no dijera César, pues al fin y al cabo era el jefe de familia, que ella no se sacrificaba por el bien de su hijo, había aceptado aquel destierro de su Pimpollares de su alma, soportando ocho años de cautiverio... sin que el niño hubiese pegado en nada ¡pero en nada!, sino en llenarse de necesidades y plagarse de vicios, hasta haber sido menester traérselo a las volandas, de la corte, bien así como hay que quitar a toda prisa, de los rayos del sol canicular, la maceta de estufa o invernadero que están achicharrando sus rayos abrasadores

Pues veríamos cómo se aclimataba al lugar y pasaba en él los dos años de la prescripción facultativa... Claro que ella había transigido en Madrid con que fuese por dos o tres meses nada más la reincardinación en Pimpollares... Pero si no hace eso, no lo arranca, y lo que era en Madrid, ni una hora más...

Así, pues, que apelara a Poncio Pilato cuando, pasado el tiempo del compromiso contraído, quisiera líar los bártulos y tornar a la vida cortesana... ¡Ella no quería pensar que llegase esa hora, y las carnes se le

abrían ante la perspectiva de ese instante!

.

Pero he aquí que con gran contentamiento de su parte vió que terminó Noviembre, transcurrieron las Pascuas y llegó Año Nuevo, y Miguel no hablaba de volver a la coronada villa, ni por asomos; sino que se aficionó a la cogida de la aceituna y al molino; a la poda de las viñas y las faenas de la sembrante; a las cabalgatas por la dehesa y a las excursiones a la marisma... a la vida de labrador y de ganadero, que tan bien viste en un muchacho elegante que sabe llevar el frac sin menoscabo del marsellés, y los zahones sin detrimento del *smoking*, y que al llegar del campo, con fango o polvoriento, se entra en su cuarto de vestir, de donde sale a la media hora, lavado y acicalado, perfumado y vestido como un lord, para sentarse a la mesa de vestuto roble, al lado de la chisporroteante chimenea de campana, entre elegantes trinchadoras llenas de golosinas excitantes, y monumentales aparadores, que se vienen abajo, de antigua plata labrada y dorada cristalería del Retiro.

Se encontraba tan singular en Pimpolla-

res; tan en primera línea en los contornos; tan *señor* entre colonos y servidores, que empezó a tomarle el gusto a lo de cabeza de ratón, después de haber estado viéndose tanto tiempo mero pelo de cola de león, y sin descartar de su programa el retorno a la corte, siquiera fuese de cuando en cuando—y sin mamá por supuesto—, se acomodó con el Padre Quieto hasta más ver, pues, por de pronto, estaba entretenido—¡más que en la corte!—y luego, mucho más fuerte, mucho más sano... mucho más hombre.

.
¿Porqué le huiría tanto Maricruz, habiéndola él querido siempre tan lealmente y estando ahora con ella tan asequible, tan campechano... tan... ¡vamos!, tan de igual a igual como habían estado cuando niños?...

Claro que Maricruz no se lo dijo, porque ciertas cosas no son para dichas. Pero le dió una pena tan grande, un desconuelo tan hondo... ¡una disilusión tan aterradora! cuando vió—porque ciertas cosas es necesario estar ciego para no verlas—que el señorito sí: la quería... pero «no como los hombres honrados quieren a las mujeres de bien»,

que pensó volverse loca de dolor y de vergüenza...

Si «*lo que no podía ser no podía ser*», y *lo que no podía ser* no había de ser jamás ni nunca... ¿porqué no se convencía de ello aquel alma de Dios, y la dejaba a ella en paz, morir en su humildad, pero con su honra... en su pobreza, pero con su dignidad... pidiendo limosna si era menester, pero sin connotación ni semejanza con... ¡vaya! con Lolilla la Retama?...

¿Cuánto más cómodo no sería para ella el estado de tirantez de relaciones de otras veces, y hasta de ruptura completa de las mismas, como estaban cuando arrancaron de Pimpollares?

.....
Y cuidado que ella le huía cielo y tierra y esquivaba toda ocasión de quedar ni un minuto a solas con él... El se daba modo y trazas de verse con ella sin testigos de vista, cada vez más cariñoso... más insinuante... más...

Tentada estuvo dos o tres veces, y hasta el señor Cura, con quien se confesaba todos los meses, le aplaudió el pensamiento, de

liarse la manta a la cabeza y poner tierra por medio, pues en cierta clase de peligros, como decía el Cura citando a San Bernardo, el más valiente es el que más huye; pero al llegar la hora del arranque se detenía por estas tres razones, poderosas a cual más:

Primera: su gratitud a la señora, que la había recogido, criado y educado, hasta hacer de un pillete una mujer de bien, ¡una «hija de María»!, aunque indigna, pero fiel cumplidora de todas las obligaciones de la Asociación.

Segunda: la soledad y el desamparo en que se encontraba en el mundo, sin padre ni madre, ni hermanos, ni más que allá unos primos en segundo o tercer grado, que apenas la conocían, y, aunque dueña de un rincón de casa en que meterse, sin más cama ni más sillas, ni más plato, ni más cuchara... sino las cuatro paredes mondas y lirondas y el trozo de corral de al lado de las Moronas.

Y tercera y principal, dada su delicadeza de proceder y la extremada estimación en que tenía su buen nombre: que, habiendo estado en la casa de la viuda por espacio de once años, tres sin hacer otra cosa que ir a

la escuela y jugar con el señorito, y ocho sin apenas tener que hacer, pues si trabajó como una negra fué porque así lo exigía su temperamento, no porque nadie se lo mandara, liar el petate e irse cuando había llegado la hora de desquitar su salario, podía hacerla aparecer a los ojos de todo el mundo como una redomadísima haragana, que para comer, muy buena; pero para trabajar en servicio de sus señores, que trabajara el Preste Juan de las Indias. ¡El perro del herrero!...

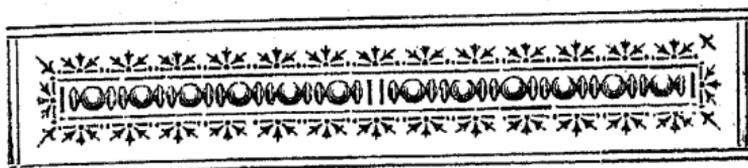
El que pudiese suponerse eso, así por los señores y consirvientes como por todo el pueblo, cosa era que la sacaba de quicios y la hacía adherirse a la casa como el molusco a la concha; y por nada ni por nadie haría la ingratitud de dejar a la señora, como no llegaran las cosas del señorito hasta tal punto, que fuese necesario, imprescindible, decir: ahí queda eso, y a Roma por todo.

¡Madre de los Dolores de su alma!... ¡Compassión de una infeliz que no tenía en el mundo más delito que estar enamorada de aquel hombre!... ¡no por rico, no señor!... sino... porque hay cosas que están escritas y a las que el libre albedrío no puede sustraerse!...

Todo lo que ella podía hacer era revolcar su carne entre zarzas, como el Santo de Asís... o arrojarse a las llamas por huir de él, como se habían arrojado alguno mártires... pero, ¿dejar de quererlo como, después de Dios, no era posible que ella quisiera nada de este mundo? ¿eso? ¡cuando le arrancaran el alma y le pusieran otra!...

¡Ella quería ser buena, Madre suya! Por Dios... por la señora... por ella misma... ¡hasta por él!; para que, de ser querido como lo era, con pasión, con locura, con frenesí, lo fuera por... ¡¡una santa!! y, ya que no por una santa como las de los altares, por una mujer honrada... por una mujer de bien y de vergüenza.

.
¡Pelota como la que tenía Maricruz en el tejado!...



CAPÍTULO V

«La pelota» de Miguel

¡Fuera Maricruz Almonte *una* de las de Fontamarga... o la Mújica que quedaba soltera, y sin vacilación de ningún género, como se decide uno por su manjar favorito, por su color predilecto o por el deporte de su afición más arraigada, ya estaba él, chistera en ristre y pulsera de pedida en mano, entrándose por el *hall* del hotel de la Castellana en que vivían las primeras, o por el señoril vestíbulo del palacio de la Red de San Luis, donde vivía la segunda; haciéndose anunciar por el apuesto criado de aristocrá-

tica librea, que lo estaría aguardando desde dos horas antes; penetrando en el magnífico salón, y, por medio de su madre, vestida y enjoyada como para las grandes solemnidades del gran mundo, pedir en toda regla la codiciada mano de la linajuda dama. Tío César iría también.

¡Había que ver lo que era la criatura y *cómo estaba* la criatura!... Dios, y qué cúmulo de perfecciones por dentro y por fuera, y qué quintiesenciadas exquisiteces de «materia y forma», de cuerpo y alma!

¡La Fornarina de Rafael, sí, señor; pero con colorido de Virgen de Murillo!... Qué color de cabello... ¡oro bruñido!... qué color de ojos... ¡turquesas con luz!... qué color de labios... ¡cerezas en sazón!... qué tersura de cutis... ¡de raso crema!... ¡qué *todo*, pero qué todo tan armónico, tan suave... tan estatuario, pero policromado, hasta el esmalte!... Justo: así era: un esmalte Luis XV, todo delicadeza... y transparencia... y luz... ¡Que aquello hubiera andado rodando por las estercoleras de los ejidos!...

He aquí un «pecado original» irredimible... ¡Que no hubiese bautismo para esto!

En un callejón—en el callejón de la Cuesta, precisamente—la había él conocido y abarcado de una ojeada toda la hermosura del alma que latía dentro de aquel cuerpo de granuja...

—¡Porque es más probe que tú, y más chico que yo!—¡He aquí la gran razón para haberme descalabrado en defensa de Tolo!...

—¡Pues yo no te quiero a tí ni chispa, ni te he querido nunca!—recuerdo que le dije.

—Y eso a mí, ¿qué?... ¿Me quiere a mí alguien quizá? ¡Pero en queriéndote yo!...—Y me envolvió en una mirada, que era un mundo de amor desinteresado...

—Anda: que voy contigo a tu casa para decirle a tu mamá que yo he sido quien te ha achocao... pa que anlugá de pegarte a tí, me pegue a mí, que he sido la curpante...

.....
—¡No le vaya usted a pegá, señorita: que no tiene la culpa! ¡Máteme usted a mí, si usted quiere! Pero a él no le jaga usted ná, señorita

.....
Y tuve que besarla, para que viera mi madre que lo había hecho sin querer y que éramos amigos...

Luego, lo de la venida de ella a la casa... su apego de.... perra a mí: ¡justito: «la perra sin amo», con amo ya!... Dócil... sufrida... noble... esclava de mis caprichos y autómata de mi voluntad de dictador... rendida a mi talante, a toda hora del día y de la noche.. sin rebelarse nunca... como no fuera cuando empezaron «ciertas cosas»...

Lo del melocotón, por ejemplo...—¡No: que es una porquería!

.....
—Y ¿por qué no hemos de jugar en los corrales como siempre?

—¡Está poco precioso una niña mocita, jugando con un hombre hecho y derecho por esos corralones!

.....
—¡De modo que ayer te dió asco de mí, y hoy ya ni jugar conmigo en los corrales!

—Lo del asco es mentira y bien lo sabes tú... ¡Ni me dió asco ayer tarde, ni me lo dará eternamente de tu boca!... ¡Recontra! ¡qué insurtante eres!... Pero una cosa es que no me dé asco de tí, y otra cosa muy distinta el que yo haga *ya* cosas que no debo hacer.

Y la condené al desdén y al desprecio... Y me marché de Pimpollares sin despedirme de ella ni mirarla, y hasta volví la cara al otro lado, cuando salió a despedirnos, llorando, allá a la alcantarilla de Alcaracejo...

¡Pobrecilla!... Con decir que le debo hasta la vida... pues cuando lo del pozo estuvo en un tris que me ahogara si no es por ella...

.....
¿Y qué idea es la que tiene esa mujer del deber, para que, enamorada como lo está, se mantenga tan en su punto... tan rendida, al par que tan tiesa... tan entregada, al par que tan inasequible?

Lo de ayer en el desayuno fué hasta una... crueldad de mi parte; coger un melocotón, darle un bocado y tirarlo... coger otro melocotón, y hacer lo mismo... coger el tercero, y volver a hacer lo propio... hasta que conseguí que se le saltasen las lágrimas, pero sin dejar de sonreír en medio de ellas, como sonríe el sol de Mayo entre los goterones de la tormenta... ¿No es eso el iris?...

Pues mujer de esa catadura de cuerpo y alma no es... ¡vaya! para renunciar a ella tan fácilmente... ¡Fuera la Múgica, o una de las

Fontamarga... ¡y vamos!... ¡de cabeza!...

¡Pero mira que doncella de mi madre!...
¡Don Miguel Diosdado presentándose en los salones de las Embajadas, del brazo de una colillera... de una «golfa»??...

—Pero ¡es tan bonita... tan hechicera... tan de mi gusto!... ¡Y está tan formidablemente enamorada!...

.....
—La señora, que haga el favor de ir el señorito, que está ahí el comprador de la aceituna de verdeo.

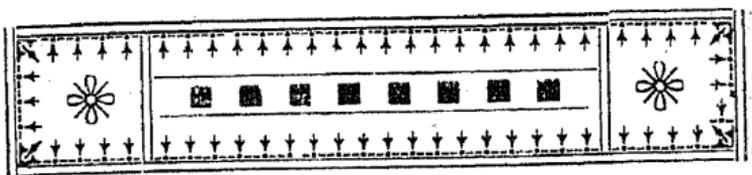
—Mira, nena, que no hay ningún pozo en la puerta... ¡creo yo!...

—No, señor: no lo hay. Pero como no es necesario entrar para decírselo...

—Bueno: dí que ya voy para allá.

.....
¡Y así!





CAPÍTULO VI

Una equivocación, cualquiera la tiene

Doña Juana, por su parte, también estaba encantada de Maricruz... ¡Lo que había dicho, en chungu, Miguel al llegar!—una dama particular de la Reina.—¡Qué respetuosa... qué obediente... qué delicada... qué cuidadosa en no preguntar ni lo más mínimo... qué nada entrometida... qué atalentada en todo y qué siempre en su punto!...

¿Dónde había aprendido aquel demontre de muchacha a servir a la mesa con aquella perfección?... Ya quisieran los más avezados camareros de hotel servir con aquella pulcri-

tud, con aquella opurtunidad, con aquella presteza... Diríase que adivinaba lo que había de ocurrírsele a los señores, por raro y desusado que ello fuera... ¡Cosa era que daba gusto de sentarse a comer, tan bien servido!

Dentro del tocador de la señora también se sorprendió con otra Maricruz, ni sospechada. ¡Qué bien y con qué arte la peinó desde el primer día, y con qué delicado esmero limpió y repasó y puso en orden todo el abundante vestuario que salió de maletas y baules, cosiendo aquí una «aplicación» deshilvanada, afianzando allí un botón en tenguerengue... quitando aquí esta manchita, o planchando acullá aquella arruga... ¡Una doncella de casa grande, sin más escuela que el honrado deseo de agradar y el instinto del deber!... ¡Quien no la conoció...

—¿Pero a tí quién te ha enseñado esas cosas, criatura?

—¡A ver! ¡Necesita una que la enseñen qué «aplicación» se ha descosido, ni qué botón se está cayendo?... ¡O va una a dar lugar a que se lo tenga que decir la señora! Bueno que le tenga a una que decir lo que no se le

ocurra. ¡Pero lo que está una viendo!... Como ha estado una aquí ocho años mortales sin tener nada que hacer mayormente, pues ha tenido una tiempo para aprender de todo. Es decir: de todo, no; de lo que tiene que saber una pobre. Y sé planchar con brillo... y coser en blanco muy regular... y hacer randas y encajes... Unos puños de bolillos le tengo hechos a la señora, que no se los he dado por que me da vergüenza... Hasta guisar, que es lo que menos me gusta, lo he querido aprender, y Bruna me ha enseñado. En un caso de apuro, me parece que puedo servir de cocinera...

—Pues no sabes el gusto que me das con haberte hecho tan mujercita...

—Todo no había de hacerlo la señora: algo había yo de poner de mi parte...

—¡Y vaya si has puesto, hija! ¡y vaya si te luce!... A quien es menester que le adivines el pensamiento es al señorito... Se ha refinado tánto de gustos en aquel Madrid de mis pecados, que hay que andar con él en un pie como las grullas.

—Pues hasta ahora parece que ¡vaya! no le disgusta lo que le hago. Yo temía que le

pusiera faltas a las camisas, y hasta me las ha celebrado... Descuide la señora que yo pondré mis cinco sentidos en que no le falte nada.

—Pues mira: no me ha dicho nada de las camisas el muy pícaro, y eso que habíamos convenido mardárselas a Madrid, a que se las planchasen.

—Yo, por mí, lo que quiera la señora; pero me ha estado enseñando Francisca la Sandunga, y parece que al señorito no le ha parecido mal. Si le parece a la señora le pueden planchar en Madrid lo... ¡vaya! lo de más vestir y de más lujo, y aquí lo de diario... Yo, lo que los señores quieran: yo no tengo otro deseo que agradar, ni otra obligación que servir a mis señores.

—Cree que me gusta oírte. ¡Es tan hermoso que la sirvan a una por cariño!...

—Pues a otra cosa me ganarán; pero a apego a mis señores, ¡a mis padres! (porque lo que toca para mí los señores no han sido otra cosa), a apego y... a reverencia... y a gratitud... y cariño a sus señores, no quiero que haya criada que me gane.

Papelona ni adúladora no lo soy; y eso

demás lo sabe la señora, que me ha criado. Pero ¿a querer por dentro? ¡como ninguna!...

—Oye: me ha dicho Bruna que estás hecha una beata, que dice que no haces milagros porque no quieres...

—¡Cosas de Bruna, que ya sabe la señora lo que es: la pura exageración en todo lo que dice! Porque me he apuntado en las Hijas de María y comulgo el día de mes que me toca, los días 19: y porque me gusta mucho oír al señor Cura cuando predica y le refiero a ella cuatro cosas de los santos que leía en los libros de la señora, siempre me andaba con la matraca de que si estoy en olor de santidad... de que si sé más que las once mil vírgenes, y «la Mística Doctora» para arriba, y «el Antiguo Testamento» para abajo... ¡Oír Misa los domingos y comulgar una vez todos los meses! esa es mi beatería. Por cierto que al señor Cura se lo dije el día 19 pasado: cuando vengan los señores, no cuente usted con el día 19. Lo haré el domingo después, en la Misa de alba ..

—No, mujer: ¿por qué no los días 19?

—Porque es la hora del desayuno del señorito, y primero es la obligación y luego la

devoción. La cosa es comulgar un día al mes. Lo mismo da a ocho que a ochenta.

—Eso ya lo veremos. Si me gusta que pienses de ese modo, también me gusta que cumplas como Hija de María... un día al mes no va a ninguna parte.

—Estando de por medio el señorito, yo no quisiera caer en falta. El domingo siguiente es lo mismo, y con eso no se le falta al señorito ni con el pensamiento...

¡Poco cuidado que tengo yo en que no se impaciente ni se disgustel... Yo le aseguro a la señora que lo que toca a mí no ha de reñirme... ¡Me moriría de pena y de vergüenza si tuviera que echarme la voz gorda!

Como nos hemos criado como hermanos, pues... lo conozco, como me conozco a mí misma... Sé lo que quiere pronto, y lo que quiere bien hecho. Lo primero se lo pongo en la mano antes que lo pida, aunque sea hecho de trompón, y en lo otro me eternizo, si es menester, para hacérselo a su gusto. Así es que ni rechista... ¡Descuide la señora: que cuando uno no quiere, dos no riñen!

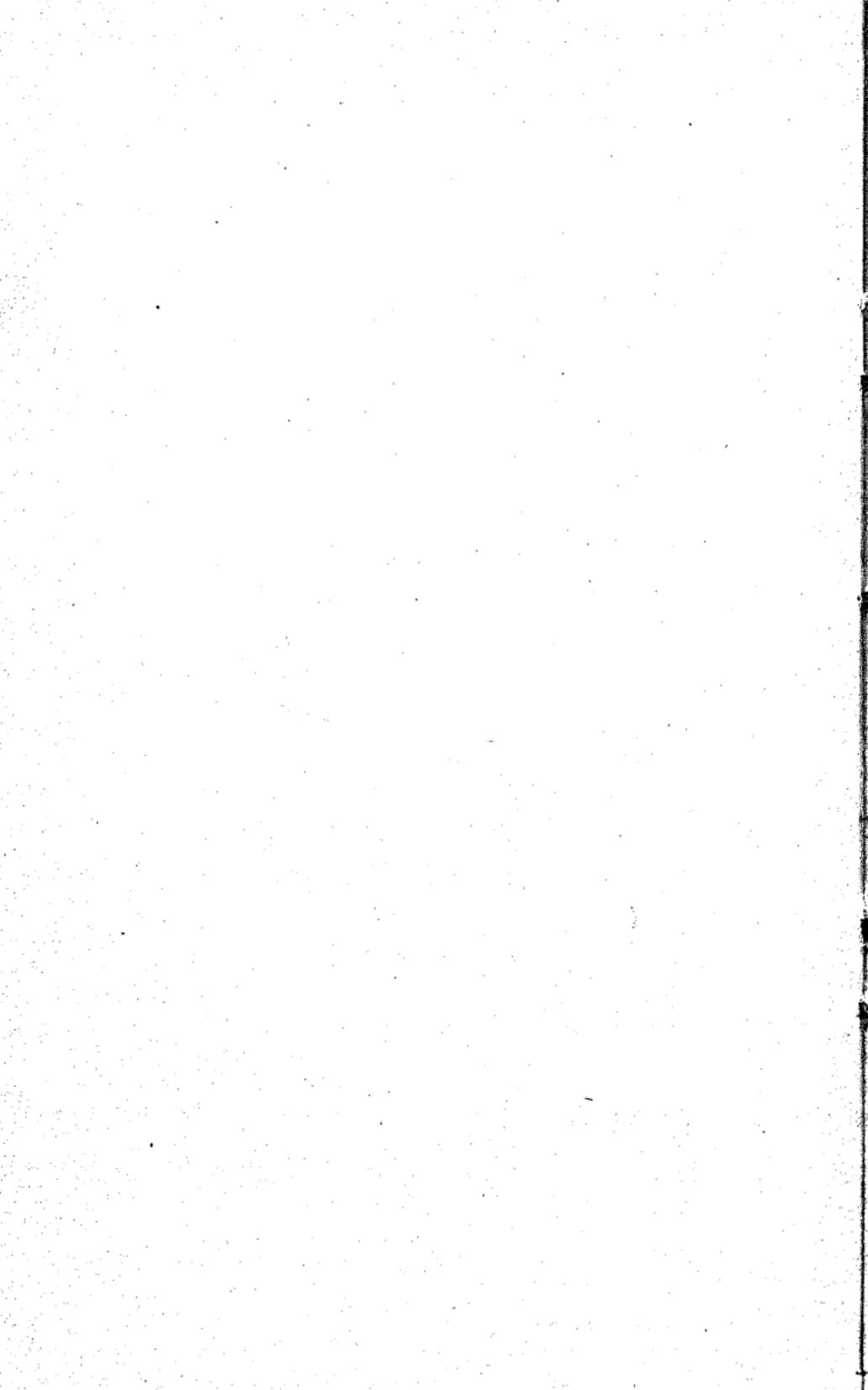
—Pues Dios quiera que sea así, porque es

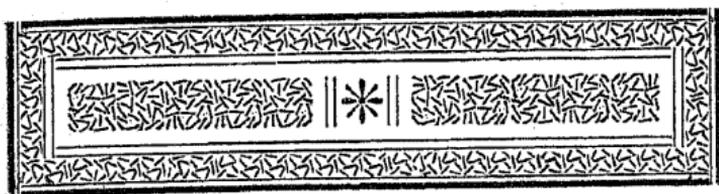
dificilillo de carácter, y, la verdad: sentiría que se estrellase contigo...

—¡Ay, no lo permita Dios! ¡Con tanto como lo quiero yo... a la señora!

Y se puso más colorada que la grana, con la dichosa equivocación.







CAPÍTULO VII

¡Coincidencias!

¡Luego dirán que no hay coincidencias en el mundo!

Pero ¡vaya si fué coincidencia la achocadura, casi de pronóstico reservado, con que aquel día amaneció Miguel, que por cierto se había acostado la noche antes más sano que una pera, y la inapelable resolución de Maricruz, de entrarse en el tocador de la señora, cuando ésta se preparaba para ir a Misa, a decirle rotundamente que no quería servir más, y que se iba!

—¿¿Irte?? Pero ¿qué pasa?... pero ¿qué ocurre?... pero...

—Pues... que no quiero servir más tiempo, y que me voy.

—¿Pero tú lo has pensado?...

—¡De más!

—¡Y me lo dices tan fresca!

—Tan fresca, no, señora. Se lo digo, porque no tengo más remedio que decírselo... Porque no me voy a ir de su casa, sin decir ahí queda eso... Pero ¡bien sabe Dios el trabajo que me cuesta dar este paso!

—O lo que viene a ser lo mismo: que no te vas por tu gusto. O lo que viene a ser igual: que alguien tiene la culpa.

—Pues... para que vea la señora: nadie la tiene... Es que no quiero servir más tiempo...

—¿Y qué dice Bruna de semejante alcaldada?

—Yo no le he dicho nada ni a ella ni a nadie, ni hay para qué. Con quien únicamente tengo yo que ver en el mundo es con la señora, y...

—¡Y si no, a la vista está! Le haga a usted falta o no se la haga; esté usted encariñada conmigo, o no lo esté usted; como yo

no tengo que ver en el mundo nada más que con la señora, se me pone en el moñoirme y dejarla desaviada, y me voy y me revoy, quiera ella, o no quiera... Siempre te creí indómita, créetelo; desagradecida, nunca. Tenía yo para mí que, aunque no fuese más que por haberte sacado de donde te saqué; por haberte tratado y querido casi como a una hija; por haber hecho de tí una mujer de provecho, habías de tener algún apego a la casa que se abrió a tu desamparo, y a la madre que en mí te deparó la Divida Providencia... Veo que me he engañado de medio a medio y que por algo dice el refrán: «El hacer bien a villanos es echar agua en el mar.» ¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!

—¡¡Por la Sagrada Comunión, señora!!
¡Por la Sagrada Comunión que va usted a recibir, no me abofetee usted!... Me voy, porque debo irme... Porque usted misma sería la primera en decirme: vete...

—¡¡Luego ha pasado algo que motiva tu salida!!

—¡No, señora!... Es que tengo que irme forzosamente, porque... se me ha puesto entre ceja y ceja irme—y rompió a llorar co-

mo una loca— y me voy, aunque me muera...

El desconsolado llanto de Maricruz hizo sospechar a Dona Juana que acaso intemperancias de Miguel pudieran haber sido la causa de aquella extrema resolución. Y para poner coto a las arrogancias del señorito, si las había habido en efecto, preguntó a la muchacha:

—¿Te ha dicho el señorito alguna inconveniencia de las tuyas? ¡Está tan mal educado y es tan soberbio!...

—El señorito me estima demasiado para tratarme mal... ¡Por lo que usted más quiera en este mundo, déjeme usted que me vaya y no me reconvenga ni me pregunte!...

—No; pues lo que es irte tú de mi casa, a lo menos con mi consentimiento, sin decirme las razones por que te vas, eso de ningún modo. ¡No ves tú que todo el mundo me preguntará por qué te has ido, y tendré que mentir, o decir el porqué? ¡Aquí ha pasado algo, y algo muy grande, cuando tú, tan atalentada y tan prudente, haces tamaña locura! Así es que, si has de irte sin que quedemos de malas para siempre, hay que poner las cartas boca arriba. ¡Cuéntame co-

mo si se tratara del confesor!... Dime lo que ha pasado.

—¡¡Lo único que me faltaba en este mundo—exclamó Maricruz con desolación suprema—: salir de malas con la que es más que mi madre!!... ¡Por la salud de su hijo!... ¡por el eterno descanso del alma del señorito José María, no me atormente usted más! No me voy por culpa de nadie: me voy... porque soy muy... loca y se me ha puesto ir-me...—y otra vez rompió a llorar, y a reír a carcajadas en mitad del llanto... y a mirar a la señora con tal desencajamiento en la mirada, cuando dejó de llorar y reír, que la viuda sintió miedo de que aquello fuese un acceso de locura.

Y porque era la dama profundamente caritativa; porque quería muy de veras a Maricruz y porque hasta le parecía crueldad inaudita dejarla, si, efectivamente se había vuelto loca, perder en aquel estado un acomodo como el de su servidumbre, la señora depuso de pronto toda su actitud de resentida. Miró de arriba abajo a Maricruz con los ojos más cariñosos, ¡más de madre!, que pudo poner, mirada a que correspondió la

infeliz con otra que era un mundo de gratitud... y de cariño... y de resignación en la desgracia... y de inapelabilidad ante lo que no tiene remedio, siguiéndose lo que más temía Maricruz: que la señora le tendiese la mano para que se la besara en señal de reconciliación, y la atrajese a su seno, para besarla ella a su vez en prenda de desagravio.

—¡¡No me bese usted, por Dios!!

—¿Por qué, tontuela?

—¡Que me deje usted irme!

—¿Qué habías de irte? ¡Cuando lo hayas pensado!

—¡¡Cuando lo haya pensado!!—y Maricruz se desprendió bruscamente de entre los brazos de la señora—. ¿Y cree usted que no lo tengo pensado, más de cuanto há? ¿Cree usted que los que se dan un tiro en la cabeza o los que se tiran de una torre abajo no lo han pensado hasta entonces?... ¡De más sé yo que irme de esta casa es peor que matarme, porque es morirme... pero me voy porque me tengo que ir, ¡como se mata el suicida, hasta sabiendo que se condena!... ¡porque... ja! ¡ja! ¡ja! ¡ay! ¡ay!...

—¡Bruna!... ¡Brunaaa! ¡¡Miguel!!... ¡Una
taza de tila para esta loca!...

¡Oye! ¿¿Qué achocadura es esa que tienes
en la frente??... ¿Pero esto es la fin del mun-
do, Madre mía?

Maricruz, que a la entrada de Miguel en
escena quiere alejar de éste toda sospecha
de estar ejerciendo la delatora contra él an-
te la dama, se rehace de pronto, dejando de
reír y de llorar. Y, coreando a Doña Juana
Francisca en su interés por la achocadura
del mayorazgo, le pregunta con una ingenui-
dad que lo desarma.

—Pero, ¿qué es eso?? ¿Qué le ha pasado
a usted, señorito?

—¡Nada!—dice Miguel creyendo a pies
juntillas en el honrado silencio de la heroica
Maricruz... y en las maternales tragaderas de
la viuda—. ¡La cosa más tonta del mundo!...
Que me levanté soñando esta madrugada...
anduve por el cuarto de acá para allá y me
di un testarazo contra la perilla de la cama.

—¡¡Jesús, María y José!!

—que por poco me vacio el ojo!

—¡¡Ay, no me lo diga usted!!

—¿Pero te has hecho mucho daño?... ¡A ver!... ¡Enseñal!...

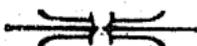
—Nada: un rasguño... ¡La sangre que es muy escandalosa!

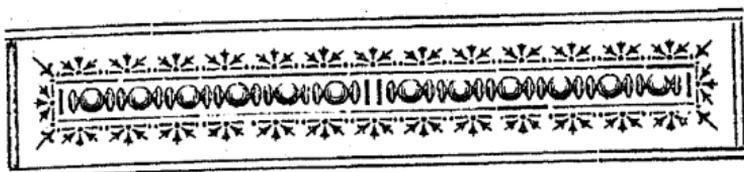
—¡Qué rasguño, ni rasguño! ¡Si parece que te han cortado con un cuchillo!... ¡Tráete, Maricruz, el tafetán inglés!... Si nó, que venga el médico... ¡Ay, Dios mío de mi alma, y qué será lo que le dará a una para morirse!...

—Pero lo que tiene que ver es lo que te apuras tú por quítame allá esas pajas!... ¿Vale esto dos cominos? ¡Déjame tú a mí de médicos y tafetán inglés!... ¡Anda, vete a tu Misa, que la vas a coger por los pelos!... ¡Maricruz!... ¡¡Maricruz!! ¡Déjate de tafetán inglés y ponme el desayuno!

.....

—Ea: vete tranquila. ¡Palabra, que no es nada!... ¿Has visto tú ningún moribundo con ganas de desayunar?... ¡Y que hace poca hambre!... ¡¡El desayuno, nena!...





CAPÍTULO VIII

Diálogo mudo

Menester era todo el cínico desparpajo del señorito para, después de lo pasado pedir a Maricruz el desayuno, tan campante, y todo el temple de acero del alma de la moza, para servírselo tan rendida, tan obsequiosamente como siempre, con los ojos enrojecidos de llorar, pero ya serenos, y en la boca, que el llanto desencajó, la sonrisa del agrado con que hacía todo lo que fuera del servicio de aquel tirano de su albedrío.

La hora más peligrosa para ella había sido siempre la del desayuno. La señora solía estar en la iglesia, en su Misa, su Comunión

y sus devociones; Bruna, en el tejemaneje de la despensa, y despensa tan complicada como la de aquella casa; la demás servidumbre, en sus haciendas respectivas, y ella, en el comedor, sirviendo al señorito...

¡Media hora más corta, al par que más inacabable, la que duraba diariamente el desayuno!... ¡Virgen! ¡y cómo le dolía lo propio y mismo que la deleitaba, y cómo le sabía a mieles lo mismo y propio que acababa por hacerla llorar!...

Que aquello no podía continuar de aquel modo, lo sabía ella. Pero para poner en auto a la señora de lo que estaba acaeciendo le faltaba valor, y para irse de la casa y dejar de verlo y de servirle... ¡ah! eso, ¡jamás ni nunca!... ¡Situación más apurada que la suya!... ¡Con cuánta menos razón no se habrían vuelto locas más de cuatro?...

Tras los primeros días de discreteos del señorito, en que se limitaba ella simplemente a contestarle con monosílabos, adoptó la resolución inquebrantable de no replicar palabra, dijérale las atrocidades que le dijera: sino servirle, como los propios ángeles, pero con la mesa siempre de por medio, y per-

manecer de pie como una estatua, enfrente de la puerta, abierta de par en par, con los ojos clavados en la alfombra y las manos cruzadas, como una estatua orante... ¡Todo, antes que dar pie a que el muy desvergonzado y libertino se creyese con derecho al menor desmán!... pues, antes que el escándalo, la muerte, siendo mujer y pobre, pero, ¡antes el escándalo que la caída!... ¿Lolilla la Retama?...

Lo que pasó, o dejó de pasar, la noche antes, para que Miguel amaneciese descalabrado y ella se resolviese a despedirse, averígüelo Vargas. Por lo que a nosotros toca, todo lo que hemos podido averiguar es el siguiente diálogo que, según el autor de estos apuntes, sostuvieron durante el desayuno de aquel día, con la rara particularidad de que no despegaron los labios ni el uno ni la otra, sino que todo se lo dijeron con la mirada.

—¡No tengas cuidado, infame!... ¡Romperme una palmatoria en la cabeza!...

—¡Usted tuvo la culpa! ¡No haber hecho lo que hizo!... ¿Eso se hace?

—¡Y lo que te rondaré, morena!

—¡¡Está usted fresco!!

—¡Es que es más largo el tiempo que la fortunal

—Cate usted ahí una cosa que es verdad. Pero como por encima del demonio, con toda su malicia, está San Miguel con todo su poderío, por encima de todas las rebeldías de mi carne y de todas las concupiscencias de mi alma, está mi voluntad, indómita... ¡bravía!... ¡marismeña!... ¡y apoyada en la gracia de Dios!... Lo que es Maricruz Almonte no será nunca una Lolilla la Retama... ¡No se canse usted en machacar en hierro frío!...

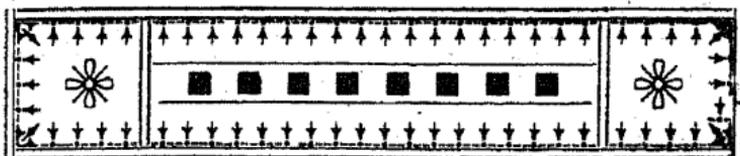
—¡Pues lo veremos!

—¡Pues lo veremos!

Y quedaron desafiados a un duelo a muerte.

Insistimos en que este diálogo tiene que ser apócrifo. No es posible—perdónenos el autor de estos apuntes—que se digan tantísimas cosas con sólo los ojos, ¡aunque sean tan expresivos como los de Maricruz y tan parlanchines y decidores como los de Don Miguel!

Creemos sinceramente que es una «coladura» de novelista...



CAPÍTULO IX

A graves males, grandes remedios.

—¿Que se ha ido???

—Cuantito acabó de darle er desayuno ar señorito.

—Pero... ¿qué dice?...

—Decí, ni una palabra... Llorá como una Madalena, y punto en boca... ¡Esas cosas no se dicen, y menos ella!

—Pero ¿qué cosas son esas?... ¡Por María Santísima, decidme de una vez lo que aquí pasa! Porque aquí pasa algo, y algo gordo, y yo debo saberlo: ¡creo yo!

—Pues... ná: que er señorito... ¡Ar fin, hijo de gato, caza ratón!

—¡Déjate de metáforas, y al grano! ¡Las cosas, por sus nombres!... ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Pues... ná: que er señorito se ha encalabrinao con ella, y esta noche ha habío en las cámaras la de Dios es Cristo.

—¿Que el señorito está encalabrinado con ella??

—¿Y ahora se esayuna usted?... ¡Po no es eso mú viejo!

—¡¡Jesús, María y José!! ¡Y qué ceguera la mía tan regrandel... ¡Jesús, José y María!... ¿Pero qué es lo que pasado?... ¡Mira que es de conciencia que yo lo sepa!

—Pues ná: que el señorito se atrevió a mayores...

—¡El Dulcísimo nombre de Jesús!

—y ella...

—¡Dilo de una vez!

—se defendió la infelí sin rechistá, pa no armá escándalo... luchó a brazo partío con é, como cuando peleaba en los callejone con los granuja de su periguá, y le abrió la cabeza, como usted ha visto, con una par-

matoria de cristá, que fué tó lo que encontró...

—¡¡¡Acabáramos!!!

—y se me vino a mi cuarto, toa magullá, y se acostó conmigo...

—¡Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal!—y la viuda daba vueltas por la estancia, como una loca.

—¿¿Y se ha enterado alguien??

—¡Ellos! Y yo, porque no ha habío más remedio. En las cámaras no duerme nadie, na más que nosotras dos, y yo, primero me espluman que decí esta boca es mía. ¡Bonita soy yo pa da tres cuartos ar pregonero!

—¡Así decía el muy tuno que se había achocado contra la perilla de la cama!... ¡Yo se lo diré de misas al muy pirandón!!

—¡No, por Dió, señorita de mi arma! Él está convencío de que ella no lo ha de decí, aunque la majen. Y como yo me he enterao porque me he tenío que enterá y él sabe que me he enterao, excuso decirle a usté el lugá en que yo queo. ¡Por las ánimas benditas der Purgatorio, usté no se dé por entendía pa con él!... ¡Usté no sabe ná, sino que la otra se ha díó, y aquí pá y después glorial

—Y ella, ¿qué piensa hacer?... ¿De qué va a vivir?... ¡Ay, Dios mío de mi alma, y qué apuro!... ¡y qué bochorno! ¡y hasta qué cargo de conciencia tan grande!... ¡Anda! ¡pon-te el mantón, y vé por ella!

—Me parece, señorita... ¡y cudiao que yo jago lo que usté mande, ¿está usté?; pero me parece que lo mejón es cortá por lo sano de una vel! Lo que yo quiero que sepa usté, pa la tranquilidad de su conciencia, es que ella ha salío de su casa de usté tan pura como entró... De móo que por ahí, pierda usté cudiado, que no le debe usté ná. ¿Que ha podío tené un tropezón? ¡De eso no está libre nadie! Y demasio güena ha sío, que, como están los tiempos, se ha permitío er lujo de tené vergüenza... ¡Una raya en el agua pué jacél! Y crea usté, señorita, que lo menos que ha podío pasá es lo que ha pasao... Y yo que usté, puesto que de ella ha salío poné tierra por medio, güeno está San Pedro en Roma, aunque no coma... ¡Contra, que jasta el reflán lo dice! Entre santa y santo, paré de cal y canto.

—¡Pero qué ciega, Dios mío! ¡qué ciega he estado!

--¡Po yo no he estao ciega, señorita! Endeje que eran tamañitos así, estaba yo ar cabo de la calle. Lo que tiene es que ustedede los rico se creei que, porque los probe semos probe, semos de distinta carne que ustedede, o qué sé yo, y que no poemas ni gustarle a la gente de gusto. Usté, como mujé ar fin y ar cabo, me atrevo a apostá que ni siquiera ha arreparao en la estampa de Maricrú. Y Maricrú está hoy de none en Pipollare, porque lo está... y Maricrú hay que mirarla con un candí, porque está jecha un jechizo, y en el pueblo no hay otra, y ¡güeno es er señorito, pa que se le vaya por arto lo que está viendo to er mundo!... ¡De casta le viene ar gargo er se rabilargo!

—Pues... hija: estoy contigo. De haber eso de por medio, bueno está San Pedro en Roma, aunque no coma... Ahora bien: que es preciso de todo punto que ella coma y no dejar desamparada a la infeliz. Sin que hubiera salido de mi casa como ha salido, yo no la abandonaría nunca. Conque figúrate tú habiendo salido como ha salido y por lo que ha salido... Y lo que vas a hacer esta noche es ir a verla de mi parte. Llevarle su

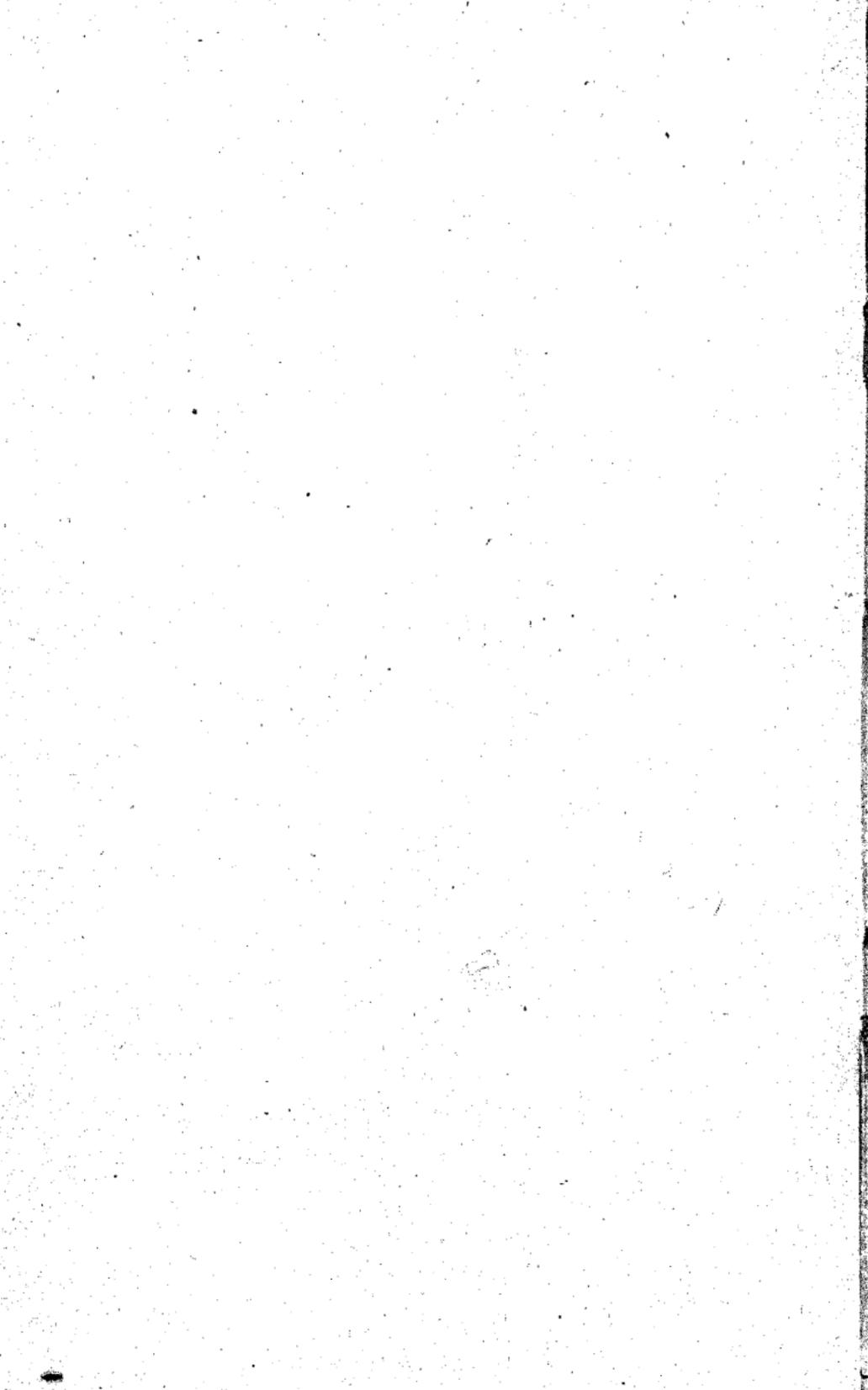
ropa si no se la ha llevado, y... allá sus cuatro mil y pico de reales que debe tener en caja de los salarios devengados. Decirle que cuente con el salario, como si siguiera en la casa, y con una peseta más, diaria, para que coma, mientras seguimos aquí. Y que lo mismo sea irnos, el día en que nos vayamos, que volverse ella a la casa contigo, hasta que le salga un hombre que la ampare. Que diga que se ha salido, porque... lo que a ella se le ocurra decir: que está mala, por ejemplo; porque lo estará, aunque no sea más que del susto, y con eso no miente... ¡Todo, menos dejar de pertenecer a la servidumbre de mi casa, mucho más, habiéndose portado tan honradamente como se ha portado... ¡Pobrecita de mi alma y de mi corazón, qué digna y hasta qué heroica!... ¡pasar por desagrada-
cida, ante mis ojos, por no delatar al señorito!... Cada vez le doy más gracias a Dios de haberla recogido y hecho por educarla; aunque nunca me pasó por las mientes que, al traérmela para preservarla de peligros, la exponía a otro mayor.

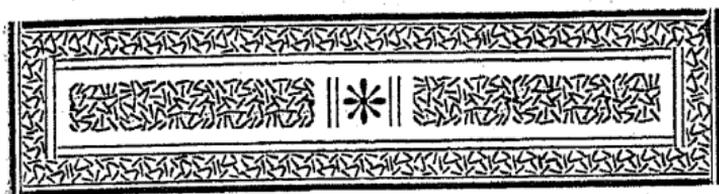
—¡Y que ha sólo, señorita, de los que ponen er pelo de punta! ¡Como que me río yo

de la casta Susana, y jasta de toa su casta!...
¡Es una niña mú buena y mú decentel...
¡Lo que hubiá podió habé aquí, si ella hubiá
sío otral...

—¡Horror de horrores!... ¡Pero qué ciega,
Dios mío! ¡pero qué ciega!! ¡Y mira que de-
bía estar escarmentada!... ¡Tunante!... ¡piran-
dón!...







CAPÍTULO X

La diplomacia de Bruna.

—¿A qué fué Antón a Graná? ¡A ná! ¡Po a eso mismísimo he díó yo, con mi barba y mi camisón, a vé a ese potricol... Aquí tié usté toa la ropa, tá y como me la llevé. Y aquí está los cuatro mil treiento reale y dos duros má, como usté me los entregó... ¡Cuando digo yo que es de lujo!

—¿...?

—Pues ná: que dice que de habé entrao en la casa como entró, más en cuero que un cerrojo y escarza e pies y piernas, y habé

salío vestía y carzá, eso va ganando. Que no quíe más ropa que la que tiene puesta.

—¿Pero eso ha dicho??

—¡Pero como usté lo oyel... Pero ven acá, atestáísima—le dije yo—: ¿Qué tiene que vé... lo otro con las témporas? ¿Qué tiene que vé er que tú haigas salfo, pa que arrecojas lo que es tuyo?... ¿Qué va a jacé la señora con esta ropa?... ¿Se la va a poné ella?... ¿La va a quemá, como si fuá de una tisi?... Lo mismo que con er dinero: ¿se va a queá con é, si tú lo has ganao, ni a dárselo a los probes, si es tuyo? De móo que no seas potranca, ¡no seas potranca! y no pongas las cosa peó de lo que están.—Demás sabes tú, Bruna—me contestó—, que lo que hay que precurá en este mundo es que Maricrú no tome una resolución, porque la lleva alante, o se junta er cielo con la tierra. Y la resolución que yo he tomao, ¡pero como se toman las resolucione!, es no atentá siquiera ese dinero, porque me quemaría la mano, como a Júa, ni ponerme ¡ni un trapito! que me arrecuerde aquella casa. De móo que llévate, o tíralo, o quéate con tó... Me jaré cuenta de que lo comío por lo servío, y bastante he co-

mío, después e tó, pa lo que he jecho. Jugá cuando chiquilla y está de señorita cuando mujé.

—¡Pero qué vas a jacé, criaturita de Dió, sin un reá, ni por onde te venga?...

—¡Po lo que jacen los probe! Trabajá y comé honrámente de mi trabajo. Casuarmente es er tiempo de la cogía y yo sé jacé de tó. Mañana me vy a cogé con er primero que me armita, y con tres reale diario tos los día, de jorná, no se muere naide de jambre.

—Pero eres... ¡rematá!... ¡No ves que la gente no es tonta y que, ar verte salí de la casa esa manera, se pondrá en lo peó?

—¡Más en lo peó se pondrán si me ven salí con dinero!... ¡Asín, si me creen mala, me creerán esinteresá siquiera.—Y misté, señora; ar llegá aquí me dió mieo. Se puso en pié de un brinco, como si le hubían jincao un arfilé de a cuarto... Me miró con ojos é loca ¡porque esa no está güena de la cabezal señalándome a la puerta de la calle, con el deo crispao de tieso que lo puso, me dijo, dice:

—¡Y ese lío y ese dinero, que yo no lo vea má! ¡Déjame! ¡Déjame en pá, con mi

pobreza y con mi honra, que con eso tengo yo bastante!!... ¡Yo te juro, por la gloria de mi padre, que o he de podé poco, o he de jacé que el universo mundo crea en mí, como creemos las dos!.. ¡Dos cosa que no pué consentí una mujé cristiana: que se dúe de su fe, ni que se dúe de su honra! Y lo que es de la mía ¡no consiento que se dúe, así fuá menesté apelá ar juicio de Dió! ¡Y Dios tiene que sacá la cara por mí, porque yo no lo he negao nunca, ¡pero nunca, y Él es el mejón que yo!... ¡¡Padre mío de mi arma!! ¡¡En tus manos santísimas está mi honra!—

Y se puso a reí, señorita de mi arma, y a llorá ar mismo tiempo, y a meterse los deos encrispaos por er pelo, y a andá sin tón ni són por aquer cuarto... y carcajá vá, y jipío viene, que más cuerdas las hay en la casa é los loco,.. Gracia a que la jice bebé agua, y rompió a llorá francamente y se le carmó el avenate... y entonce me pió perdón y me estuvo besando y me dijo que era ¡mu desgraciál...

De móo y manera, señorita de mi arma, que lo que mejón me pareció fué liá er petate y a tu tierra, grulla, aunque sea con un

pié. Aquí lo tiene usted tó, la ropa y er dinero, *siculera* en un principio, y jate cuenta que fy y vine y no me dieron na, como se dice pa arrematá los cuento... Yo que usted lo guardaba tó, ande no le diera ni el aire, y esperá a que mañana u el otro fuera de día y viera la tuerta los espárrago.

—Ahí está la cosa: que nada de esto es mío. porque ella lo ha ganado, y que nunca, como ahora, le hace falta.

—¿Y usted pué remediá que ella sea tan jayanta como es? Ni usted la ha echao de su casa, ni la abandona, cuando ella se ha dío a la suya... Si ella tiene ese orgullo de Don Rodrigo en la jorca, eso no es curpa de usted ni mía, ni de naide. ¿No podía ese arma mía con ese dinerá que tiene junto echá un manejo... bien una canastilla e quincalla, bien un lío de lienzo, y ganarse la vía como una gran señora, y no irse a esos olivares, como

«Las cogeoras de pío, pío:
muertas e jambre y arrecías e frío?»

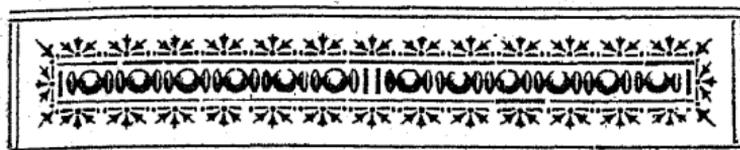
Lo que tiene es lo que yo le decía a ella, cuando la veía tan testarúa, porque yo no la he visto más atró: cuando un bruto coge un

lindazo, ni el lindazo deja ar bruto, ni el bruto al lindazo. A esa se le ha puesto en er moño dirse mañana a cogé, y ¿esa? ¡primero márti que confesó!... ¡Es mu rétestaruísima, y en diciendo, por aquí meto la cabeza, o la mete o se la rompe contra una esquina!... ¡Es un caraite!!

—¡Jesús, Jesús, Jesús!... ¡Y qué cargo de conciencia tan regrandísimol!...

.....





CAPÍTULO XI

«Sólo Dios basta»

Se levantó muy temprano: es decir, no se levantó, porque no se había acostado... por la sencilla razón de que no tenía cama; pero se alzó del posadero de corcho suministrado por una vecina, en que había pasado la noche. Se lavó con agua recién sacada del pozo los ojos hinchados y enrojecidos de llorar; se alisó los cabellos en desorden con el «auto-peine» de los dedos; se tocó el pañuelo de seda con que había salido de casa de la viuda; se estiró la falda, arrugada de toda la noche,

sacudiéndole el polvo que había cogido de suelos y paredes—pues, como si el corazón se lo dijera, nunca había querido poner en alquiler su pedacito de casa—y arrebujiándose en su mantoncillo de estambre—hacia frío o lo tenía—, se dirigió pian pianito a la parroquia, a recibir a Dios en su pecho, tan dolorido como inocente y enamorado, en aquel su primer día de mujer libre, de... «señora de casa abierta».

¿No era el Santísimo Sacramento, como predicaba el cura, «el pan de los fuertes»? Pues, ¿dónde había en el mundo nadie más necesitado de fuerzas sobrenaturales, ¡divinas!, que la que tenía que luchar contra tantísimas cosas, como ella? De un lado, la pobreza... La suya era absoluta—¡no tenía nada!—. De otro, la soledad... ¡No tenía la infeliz a quién volver los ojos! y, como consecuencia de la pobreza y de la soledad, el desamparo. ¡Pero el desamparo más grande en que se ha visto «niña mocita» en este mundo! ¿A la sombra de quién guarecerse, ya que no como defensa de su virtud en peligro—¡es decir, en peligro, no! ¡con Dios y ella le bastaba!—, pero siquiera como garan-

tía de su virtud en triunfo?... Y la idea de la Comunión diaria, como refugio de su soledad, robustecimiento de sus fuerzas y hasta garantía de su buena vida y honestas costumbres, brotó de su mente y halló eco simpático en su corazón de cristiana... Clavó sus ojos en la puerta del tabernáculo, del lado allá de la cual está el que dijo un día del Evangelio: «Venid a mí todos los que padecéis trabajos y estáis cargados de tribulaciones, que yo os aliviaré»; y mirándose luego a sí misma, como haciendo arqueo de todo lo que del tabernáculo podía salir y hasta de todo lo con que ella había de cooperar, se le vino a los labios, sin jamás haberla leído, esta estupendamente valiente frase del Apóstol: «¡Todo lo puedo en El que me conforta!»

Así, pues, aunque no oyera Misa más que los días de precepto, en que la había de alba, (pues las otras dos que se decían en el pueblo diariamente eran demasiado tarde para poder ir al trabajo), resolvió comulgar todos los días, sin faltar uno. Dar gracias durante todo el tiempo que pudiera, ¡y al campo! ¡a trabajar en donde hubiera emboque! ¡a ganar el pan con el sudor de su fren-

te y... ¡¡a estar siempre a la vista de todo el mundo!!...

Como en esto se sentara el señor cura en el confesonario, Maricruz se acercó a la rejilla. Se reconcilió de lo que quiera que tuviese en su conciencia—y nada más augusto, para que el novelista intente profanarlo— y recibida la absolución del sacerdote, comenzó este diálogo.

—¿No me ha conocido usted?

—No, señora.

—¡Maricrucilla Almonte!

—¡Pues no te había cortado pelo, hija del alma!... Oye: ¿y qué es eso que dicen por ahí que te has salido de la casa de la viuda?

—¡Las cosas, Padre!... No ha habido más remedio! (Y aquí, «per breviorum», el relato del caso).

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues trabajar en el campo y vivir honradamente.

—¿Y por qué no otra casa donde servir? ¿Tú sabes lo que es estar sola una niña mo-cita?...

—¡A otra casa, jamás! Eso podría parecer una ingratitud para con la señora y, de no

estar en su casa, en ninguna ¡pero en ninguna!, nada más que en la mía. La razón que yo pienso dar a los que me pregunten por qué me he salido, es precisamente porque no quiero servir más, y así no digo mentira ni ofendo a nadie.

—Y tendrás algún dinero con que poder manejarte, siquiera mientras...

—No, señor; no tengo nada. Ni siquiera para llevarme un pedazo de pan a la cogida del notario, que dicen que está cogiendo a tarea y admite a todo el que'va.

—¿Pero así, criatura?

—Sí, señor, así es; pero no porque la señora no me mandara anoche qué se yo cuánto dinero, porque yo ni lo miré; pero ¡allá por encima de cuatro mil reales!

—¿Y no los recibiste??

—¡Ni los miré!

—¡Eres de... reterremate!!... Pues bueno: sin perjuicio de que hablemos más detenidamente de todo eso—pues la señora no merece ese desaire y no hay nada que Dios deteste tanto como el pobre soberbio—es menester arreglar qué te vas a llevar hoy a la cogida... Vete a mi casa cuando recibas la

Sagrada Comunión. Espera a que yo llegue, que no tardaré, y cuando menos un pan y algo de lo que arrastrá el gato, ya tendrá señá Engracia en la despensa...

—¡Yo se lo agradezco a usted con todo el alma, y Dios se lo pague a usted, siquiera como yo se lo agradezco! Pero... usted me perdone el que no se lo acepte. Dos días sin comer se los pasa cualquiera. A la noche, cuando cobre mi jornal, compraré pan y queso, o pan y rábanos, o pan seco, ¡que sabe a gloria cuando se tiene hambre!... ¿Cree usted que con el nudo que tengo en la garganta puedo yo ni pasar... gloria que fuera? Desde anteanoche que cené, ¡ni agua ha entrado en mi reino!... De modo que si el pan que se pide a Dios es el pan de cada día, el que he de comerme hoy ya lo tengo comido. ¿Sabe usted lo que siento? Muchísima sed. Cuando comulgue, me hartaré de agua, y a la noche comeré si tengo gana...

—¡Pero eres irreductible!

—¿Y eso qué es?... ¡muy soberbia?

—Por ahí, por ahí... Y debes no dar lugar a que se diga de tí que eres pura como un ángel y soberbia como un demonio.

—Pues crea usted, padre, que no es soberbia. Es que no podría comer, por más que me esforzara, y tomar la limosna de un pedazo de pan para no comérselo es... robárselo a otro pobre. Yo se lo prometo a usted, por lo más santo: el día en que no tenga que comer y tenga ganas, a usted, que es padre de todos, sería a quien recurriese, antes que a nadie. Ahora, que para eso es menester esas dos cosas: un hambre muy grandísima y una... cerrazón de puertas, cómo no la quiera Dios... ¡Dios es muy grande, padre!... ¡Dios aprieta pero no ahoga!... Dios no abandona, como usted dice en los sermones, ni a los pajaritos del aire, ni a las yerbas de los campos!... ¿No decía usted en la función de San Cayetano que lo que hay que buscar es el reino de Dios, y su justicia; que todo lo demás se nos dará por añadidura?... Pues demás sabe Dios que eso es lo que yo he hecho: echarme un hierro en la cara y otro en el corazón, por no ofenderlo!—y rompió a llorar—; de modo que mire usted si no habrá de proporcionarme el coscorrón de pan que yo necesite...

¡Yo no necesito casi nada, padre! Yo, pa-

ra educar mi voluntad y acostumbrarme a vencer mis apetitos, he tenido la comida al barrer en aquella casa, y me he pasado los días con hambre y sin catar bocado. ¡Yo me he llevado días y días sin beber, y fregando las tallas y los botijos, y llenándolos de agua; nada más que por el gusto de vencerme no bebiendo... ¡Me daba el corazón que había de llegar la hora de tener que tratar íntimamente con ese... hombre, o lo que sea (porque decir mi pasión me parece poco) y quería ver por experiencia lo que puede la voluntad cuando dice: no quiero!

Lo único en que era débil era en irme de la casa... ¡Las veces que he pensado que me debía salir!... Por castigo a mi debilidad e indecisión, Dios ha permitido que me viera en el trance en que me vi... Gracias a Él tuve fuerzas para hacer lo que he hecho, y dejándome allí el corazón, aquí estoy viva y sana. ¡Qué horror, madrecita mía, si la gracia de Dios me hubiera abandonado!...

—En resumidas cuentas: ¿recibes... no la limosna que te doy, sino el *préstamo* que te hago del pedazo de pan para el día?

—Mañana... si no lo gano hoy... Un día de

ayuno no va a ninguna parte... Ya ve usted:
hasta sábado, que es día de la Virgen...
¿Podré comulgar, padre?

—¡Tuviera que ver que no!

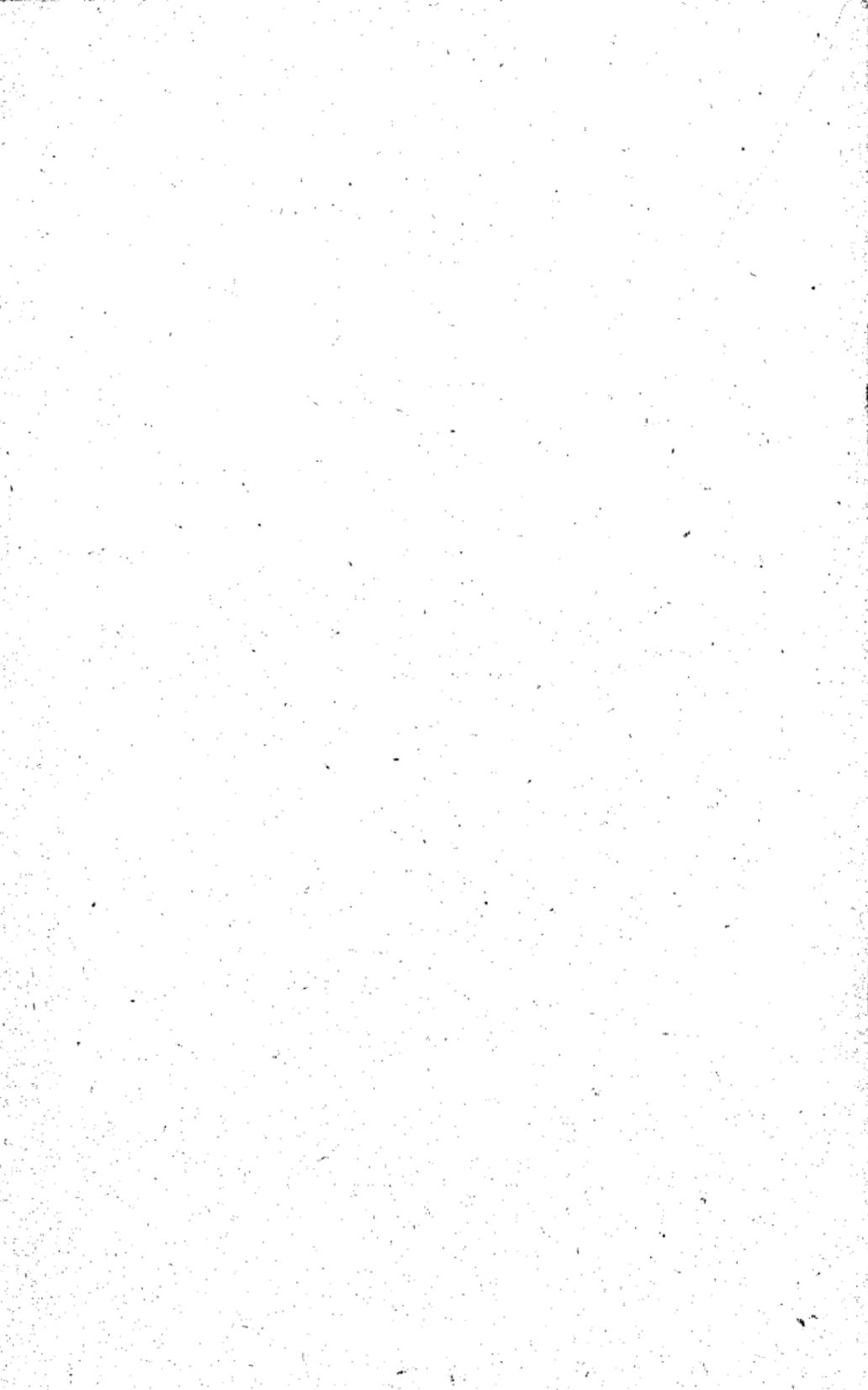
—Pues ya usted ve: ¿no dice usted que ha
habido santos que han ayunado la cuaresma
entera, con sólo la Sagrada Comunióñ?...
—¡Que como te dejen hablar no te ahorcan!

—Eso me decía Bruna.

.....
Monólogo del párroco cuando la ve en
derechura del comulgatorio:

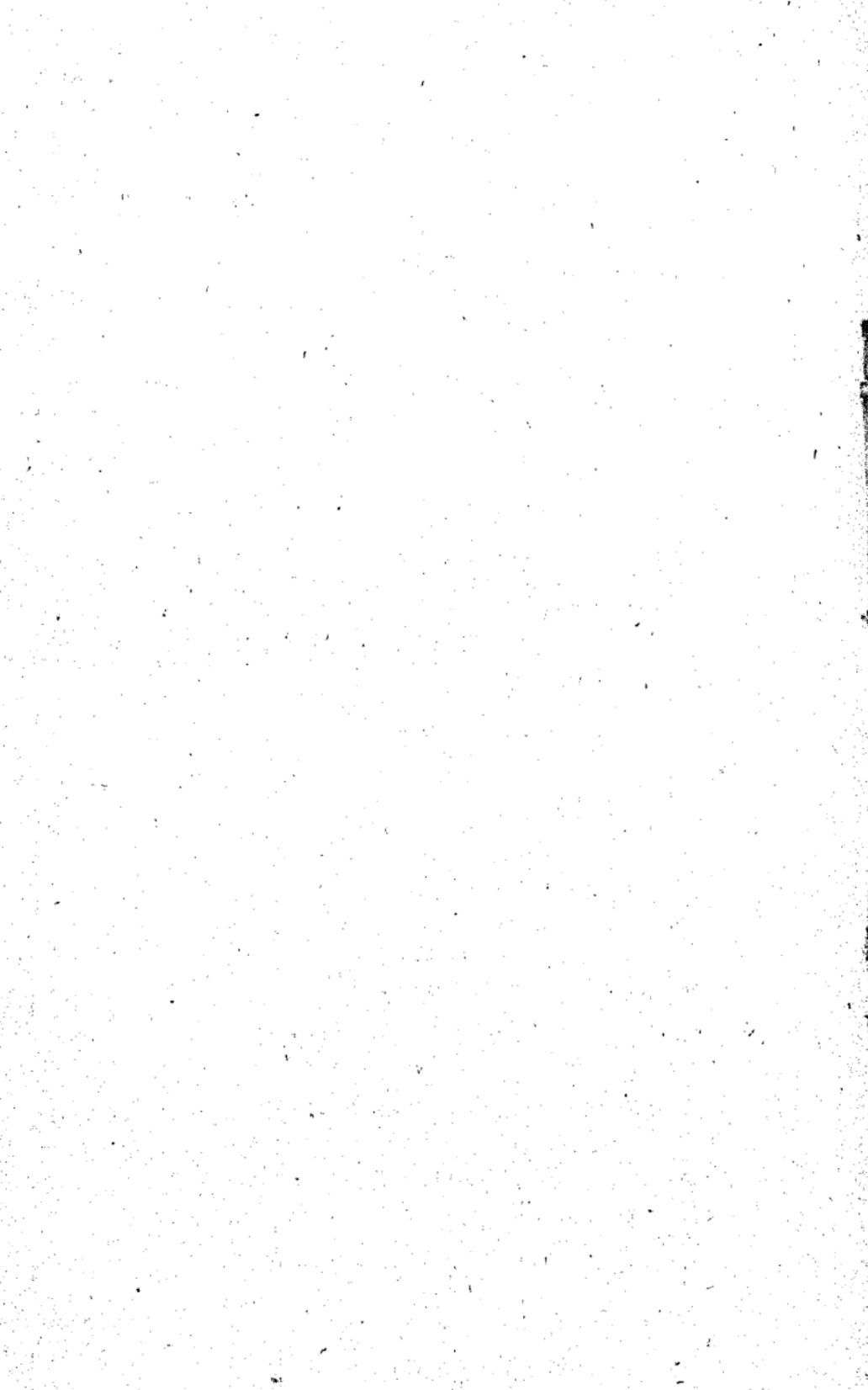
—¡Un poco más humilde, y en los alta-
res!... ¡Vaya un temple de acero!

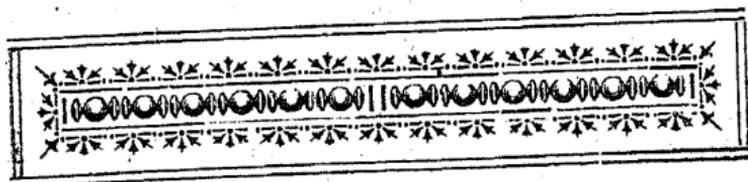
FIN DEL LIBRO SEGUNDO



LIBRO TERCERO

COSAS DE SANTA





CAPÍTULO PRIMERO

Conjeturas y comentarios

Buena es la gente de Andalucía... ¡y la de las siete partidas del mundo! para, a vista de un hecho como el de la salida de Maricruz de casa de la viuda, no ponerse a inquirir y a averiguar el huevo, la gallina y quien lo puso...

¡Santa Madre de Dios, y qué *tolle tolle* de barruntos y atisbos, cábalas y suposiciones, hablillas y chismorreos, conjetura y dimes y diretes el a que dió lugar aquella misma mañana en el tajo de la cogida del notario.

la aparición de la 'ex-moza de casa de Dios-dado!... ¡Un libro podría escribirse con lo que se parloteó por aquellos olivares!

Porque el principal encanto de la cogida de la aceituna, y si nos apuran mucho, su único encanto, es lo que se le da a la sin hueso desde que Dios echa sus luces hasta que las recoge, o sea: desde las ocho de la mañana en que, tostón en ristre y canasto al brazo, se echa a andar, camino del olivar, hasta que el rubio Febo empieza a trasponer del lado allá de los verdinegros pinares del Poniente, tiñendo de arrebol y de naranja o festoneando de púrpura y de ópalo las apelotonadas nubes del ocaso.

Es la hora de sacudir los canastos entrados de tierra contra los troncos de los olivos para despercudirlos de la que se les in crustó entre las varetas del asiento durante la faena. La hora de colgárselo al brazo como por la mañana cuando se salió del pueblo; alisarse el peinado, que anda como Dios quiere; anudarse la pañoleta y soltarse los cogidos de la falda; mostrarle la tarja de carrasca al manigero para que marque en ella con la cuchilla de la navaja la señal corres-

pondiente a la labor, y volver entre alegres risotadas o acordados cantares, amistosos paliques o alborotadas reyertas, al paterno hogar, donde humea para deleite del olfatto el escuálido potaje de «tristes chícharos», o el escandaloso ollón de vocingleras coles...

Entretanto, es decir: entre aceituna atrapada y aceituna cogida, eche usted párrafos y más párrafos de chismografía lugareña acerca de todo lo que sea de actualidad palpitante... Por donde imagínese el lector los inimaginables comentarios que se harían a lo largo de los liños aquella mañana a propósito de la nueva cogedora, Maricruz Almonte...

—¡Po a mí que no me digan que no ha pasao ná! ¡Eso a su agüela! Argo gordo habrá pasao ¡pero muy gordol pa que ella se haiga salío de una casa como esa.

—¡Y como estabal! ¡Más mirá que una reina y más cudiá que e rey!... ¡Miá tú: chocolate y tó, sin está mala ni ná!...

—Po Bruna dice que no; que no ha habío dijusto... Pero lo qué dice Mariavalle: ¡argo tendrá el agua cuando la bendicen, y a mí

que no me jagan comurgá con rueas e molino! Argo gordo habrá paçao cuando Bruna no rechista, y ella se sale, o la señora la echa, que es lo que yo creo... ¡Er pescuezo pongo yo a que antojos der señorito andan por medio!... Y si no... ¡acuérdate!

— ¡Oye, Frasquilla! ¡Maricrú a cogé!

— ¿No estás cogiendo tú y yo, y semos más que ella?

— Yo, ¡como estaba tan por lo arto, con tanto delantá blanco y tanta Ciladerfia!... ¡Yo es que me he queao atónita!

— Po sí, y pa que te esembobe: dicen que ha habío una, que se jundía la casa. Doña Juana dicen que estuvo en er confesonario lo menos hora y media, y lo mismo fué górvé de la parroquia, que plantarla de patitas en lo ancho de Caelo.

— Po por robo no habrá sí... cuando viene a cogé ar día siguiente.

— ¡A no sé que sea por robo, como el de la hija del arcarde!...

— ¿...??

— Sí, mujé: ¿tú no sabes la copla?

Señor arcarde mayó,
no prienda usted a los ladrones
porque tiene usted una hija
que roba los corazones?...

—¡Lo cuar que el interesao no se habrá
querío dejá robá!... ¡En el nombre der Padre,
y cómo está er mundo, y qué repoquísima
vergüenza tienen los señoritos, mi palabra
no le ofenda!...

—Po sí: po eso es tó...

—Yo, como si lo viera.

... ..
—¡¡Tatel!... ¡la reina Papalatriña venía a
cogeora!...

—Pa lo que usted guste mandá.

—¿Pero es posible?

—Ya lo estás viendo.

—Po hija, ¡mu grande será er motivo pa
que se haiga dao en er pueblo campaná se-
mejante... Antié, sin dí más lejo, la ví yo jas-
ta con guantes, asestiendo a la mesa. ¡Sería
pa no arañarse las manos con los plato!...
¡Digo yo!

—¡Tú no sabe que lo que la zorra jace en
un año lo paga en un día?... ¡Tanto habrá
potreao a la señora, que cácala ahí!

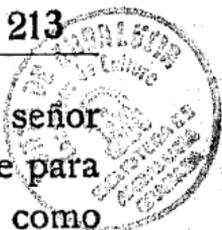
—¡Po mú retebién empleao que se le está!... ¡Asín! ¡Pa que no gaste tánta fantesfal
¡Po no se había llegao a creé que tenía un tío en la Habana o un barco por la mar?...
¡Yo es cosita que me reventaba las jiele tan repoquísimo pelo pa tantísima moñal!...

.

Y así toda la mañana, hasta que sonaron las doce en el campanario de la iglesia, y con ellas la hora de la comida: del gazpacho «de invierno», aderezado con tomillo, a falta de tomates y pimientos verdes... o ya que no del gazpacho, del pedazo de pan bazo «recustrío» y correoso, con el trozo de morcilla o la raja de queso; el puñado de aceitunas o el manojo de rábanos; la naranja... «de dentera» o los higos pasados...

Maricruz, que no llevaba nada que comer, no contó en su aturdimiento con que llegaría la hora de sentarse todas a despachar su frugal refección, y de tener que verse ella con las manos en el seno... ¡De verdad, de verdad que no le pasó por la mientes otra cosa al hablar con el cura, sino que podía resistir sin comer dos o tres días...

Cayó en la cuenta entonces de que había



hecho mal al no aceptar la caridad del señor cura, aunque no hubiese sido más que para no dar un cuarto al pregonero. Pero, como era mujer que no se ahogaba en poca agua, se sentó tan campante entre sus compañeras, a... hacer una tomiza con unas hojas de palma que arrancó de la linde, y a esperar provechosamente entretenida—¡iba a hacer una escoba!—a que llegara la hora de que se reanudase la tarea...

Las compañeras se dieron cuenta de que no comía, y algunas le preguntaron que por qué... Las miró sonriente, aunque con los azules ojos arrasados en lágrimas, diciéndoles con una sinceridad que las heló de espantó:

—Pues... hijas: ¡porque no tengo!

—¿Eso??—replicó una de ellas (tía Valle la Resalá)—¡Eso es jasta un pecao mortá que se diga en tierra de cristiano! ¡Una mujé en un tajo, sin un cacho de pan que llevarse a la boca? ¡Toma allá, mi corazón y y mi centraña! ¡Toma este medio pan y esta sardina jarenque, que es titito lo que tengo en este mundo, y ¡anjolá tuviá jamones y chorizos, pa dárte los también!... ¡Un cristia-

no sin comé y en medio de cristianos!... ¡Eso es jasta una herejía consentirlo!

Y con tía Valle la Resalá, todas cuantas estaban en el tajo quisieron compatir con Maricruz cuanto tenían... que tal es la caridad de los pobres: no, dar de lo supérfluo, sino de lo necesario; no una pequeña parte, sino a las veces todo lo que tienen, cual si la triste experiencia de la pobreza habitual los hiciese más aptos que los ricos para sentir como propia la necesidad ajena...

—¡Que Dios se lo pague a ustedes! ¡¡que Dios se lo pague a ustedes!—contestó Maricruz, sin poder reprimir sus lágrimas y rompiendo a llorar—. Pero, por el amor de Dios, no tomen ustedes a desaire el que no acepte nada. El señor cura, Dios se lo pague, me ha querido dar esta mañana, para que me trajera al tajo que comer... Por razones que he tenido para ello no se lo quise tomar; es más: le prometí no recibir limosna de nadie, sin pedírsela antes a él, y no está bien que llegue a sus oídos que he recibido caridad de nadie, despreciando la suya. En cuanto se dé de mano, cobro mi jornal y como de lo

mfo... ¡Dos o tres horas se pasan de cualquier modo!

—Pero, ¿en ese... inquisición tan regrandísima te encuentras, Maricrú?—preguntó tía Valle, llorando como una Magdalena—. ¿Po y la señora?

—La señora no ha podido hacer más que lo que ha hecho... Ella no tiene la culpa de que yo haya salido de su casa, sin un cuarto, pero con la vergüenza suficiente, para no echarme a vivir de la limosna.

—¿Pero ná, ná, ná, ná?

—La ropa que tengo puesta, que, si vamos a cuentas, también es suya.

—Po eso no pué pasá, y eso no se debe de consentí. ¡Tirá a naide a la calle de esa manera!

—¡Es que a mí no me han tirado a la calle, ni ha nacido todavía el que a mí me tire!... No es que me han echado, sino yo que me he salido... ¡Y cuidado!, ¡cuidadito!, quien delante de mí nombra esa casa, como no sea para alabarla... ¡hasta los cimientos!, porque ellos no tienen culpa de... que yo sea una loca de remate! ¡La señora es una santa, como es público y notorio, porque lo que hizo con-

migo recogíendome, ¡eso no lo hace en el mundo más que ella!... Si yo le he pagado en castañas como los serranos, mía, que no de ella, será la culpa.

Y lo dijo con tan estupendísima sinceridad y tan enérgicos bríos, que quedó persuadido el auditorio de que por el lado de la señora no cedería nunca Maricruz.

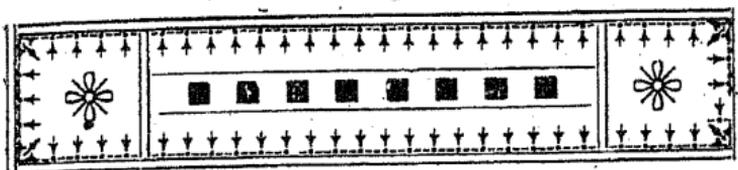
—Será por el otro lao; por el del señorito —pensaron... Porque que allí había pasado algo y aun algos... ¡y gordos! eso no había quien se lo quitase nadie de la cabeza!

.
Opinión unánime que se trajo aquella tarde de la cogida: que si la causa determinante de la salida de la casa, por parte de Maricruz, había sido el señorito—pues la señora no era, desde luego—o había pagado muy mal a una muchacha de tanto mérito, o... había tenido que salir la pobre con las manos en la cabeza.

¡Una mujer así, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca!...

Dios empezaba a escribir derecho, sobre las pautas torcidas de los hombres.





CAPÍTULO II

«Busto» del cura de Pimpollares

—He mandado llamar a usted, señor cura, porque, como usted habrá notado, hace hoy cinco días que no salgo ni a comulgar. Estoy mala desde el viernes y no quiero dejar pasar más tiempo sin que hablemos de un asunto de muchísimo interés... a lo menos para mí. Supongo que sabrá usted la salida de Maricruz de esta casa.

—Sí, señora.

—Y la causa.

—Ya tanto como eso, no.

—¿Pues ella no se ha confesado con usted?...

—Sí, señora; ha confesado... pero eso no quiere decir que yo sepa nada.

—¡Ay, es verdad!... ¡Cabeza como esta mía!... Yo, era por el bochorno tan grande que me causa hablar de ciertos particulares, aunque sea con usted mismo... Pero, en fin: puesto que no hay más remedio, porque, como usted dice muy bien, usted no sabe nada, le diré lo que ha pasado... Miguel ha intentado abusar de ella. Y ella, que es una muchacha... como se debe ser... pues... ha puesto tierra por medio; pero con una impremeditación, que lo ha echado todo a rodar. ¡Ya usted ve qué descrédito para mi hijo!... (aunque se lo merezca, sí, señor; porque a lo justo no llega nada); qué descrédito para la casa, cuando aquí los sirvientes han salido para ir al cementerio, y, sobre todo: qué peligro tan grande para ella, una niña mocita, sola en su solo cabo, sin tener la infeliz ni que llevarse a la boca... tan hermosísima como está la criatura, pues parece un cromo, ¡y como están los hombres hoy día, empezando por el de mi casa!...

Cierto que yo puedo tener mi conciencia muy tranquila, y la tengo, de que el primer

barrunto de las malas intenciones de mi hijo para con la muchacha ha coincidido con la salida de ella, de mi casa. Pero lo cierto de ello es que ella está hoy en peligro, porque yo he estado ciega, cuando la obligación de las madres es vigilar hasta... ¡el sueño de sus hijos! y que dentro de mi propia casa ha pasado algo que yo he debido precaver.

Ni es esto solamente. Yo tengo ahí un dinero que es de Maricruz, porque ella lo ha ganado con su trabajo, y que le envié con Bruna, y con la misma me devolvió. Y yo quiero que usted lo recoja y se lo haga tomar, porque no quiero ni pensar siquiera que esté teniendo necesidades, pudiendo remediárselas en lo suyo. El otro día, me han dicho, se presentó en la cogida del notario, sin un mendrugo de pan. ¡Ya ve usted qué descrédito para mi casa el que una criada mía de toda la vida salga sin ¡ni un mendrugo! con que poder hacer frente a las primeras veinticuatro horas!

Porque, si tenía ahorros, se los ha debido llevar, pues para eso ha trabajado en una casa que paga. Y si no los tenía, sus señores no han debido dejarla ir, sin siquiera proveer.

la de lo más necesario. De modo que, o sus señores la han estado explotando por sólo la comida y no tienen caridad para darle una media hogaza cuando ha dejado de ganarlo con su sudor, o... ella ha sido tan mala, tan infame, que se ha hecho acreedora a que una casa cristiana se porte tan sin entrañas para con ella. Mírese por donde se mire, mi casa queda muy mal. Y ya que ella en su retorcimiento y en su soberbia, porque es más retorcida que una barrena y más soberbia que Lucifer, no admita mi protección y me tire a la cara mis limosnas, que a lo menos recoja lo suyo y que no me ponga en el trance de tener que depositarlo en el Juzgado. ¡Que se sepa que mi casa paga a sus sirvientes! y que éstos, cuando son buenos y honrados como ella, salen con ahorros... ¡Que la viuda, como me llaman, no se ha quedado nunca, ¡pero nunca!, con ninguna gota de sudor de ningún pobre!.. ¿Quedar, encima de todo, por ladrona?...

Y la señora rompió a llorar.

—Todo eso estaría muy bien—empezó a decir el párroco muy pausadamente, porque era hombre muy templado—, si en el pue-

blo no se supiera quién es usted y lo que es ésta casa.. En el pueblo se sabe que usted le mandó con Bruna sus ahorros; que ha querido que le corra su salario, como si realmente no hubiese salido de su servidumbre, y hasta le ha querido señalar una peseta diaria de... pensión.

—¿Quién ha dicho todo eso?

—Cate usted ahí otra cosa que yo no sé. Ella, desde luego, no.

—Pues, sí, señor, es verdad: primero, porque su conducta lo merece, y segundo, créame usted como si le estuviese hablando en confesión: porque, aunque no lo mereciera, ¡aunque hubiese salido deshonrada!, yo hubiera condenado su delito; pero hubiese tenido entrañas de caridad para con la delincuente.

—Lo sé, y lo sabe el pueblo; por ahí pierda usted cuidado.

—Pues entonces, ¿cómo se explica el pueblo conducta tan... bravía?

—Pues... diciendo que ha resucitado la Maricruz de los callejones. Pero, para que vea usted lo que son las cosas: ni siquiera ha habido uno que se lo haya llevado a mal.

En el fondo del corazón humano, por perverso que sea, hay siempre un aplauso para el heroísmo, y todos, todos a una, le dan la razón. ¡Eso es lo que debe hacer una mujer digna! Si honrada, para que se vea que lo ha sabido ser, hasta ante la negra perspectiva del hambre. Si no honrada, para alejar toda sospecha de que lo haya dejado de ser por el dinero. Ha sido una gallardía de las que entran pocas en libra. ¡«Un gesto», como hoy se dice, digno de una emperatriz!

—¿Y dice usted que hay quien diga si honrada, si no honrada?...

—La gente es muy maliciosa, generalmente, y nunca falta quien se ponga en lo peor.

—¡Pues eso sí que yo no puedo tolerar de ningún modo! Que se ponga en tela de juicio su honradez. ¡Que no, que no, y que no! ¡Por nada de este mundo! Mucho me duele desacreditar mi casa y que pierda mi hijo en el concepto público; pero que una muchacha de vergüenza se quede sin honor por causa nuestra, eso, así fuera preciso hacer confesión pública, como San Agustín! Y ahora mismo, pero así: ahora mismo, a la

clara luz del día, y hasta con campanilla si es necesario, como sale a la calle su Divina Majestad, para que se sepa por dónde va pasando, ahora mismo me pongo la mantilla y me planto en su casa, para que vea el universo mundo que la viuda le da el lado que se merece. Que ha salido de mi casa, pero limpia; que ha dejado de pertenecer a mi servidumbre, pero honrada... que es tan señora y tan digna como yo, aunque coja a tarea y ayune al traspaso. ¡Bruna!... ¡¡Bruna!... ¡El velo y el abrigo!

—Pero, ¿adónde va usted, señora, a las dos de la tarde?... ¿No acaba usted de decir que está cogiendo?... Deje usted esa visita... de reparación, para cuando llegue el momento oportuno. Yo mismo me encargaré de decir a usted: «ahora». Entretanto, ya veremos cómo se va sorteando la cosa, y dejemos las resoluciones extremas para los casos supremos. ¿No le parece?

Por de pronto, ella está comiendo de su jornal, y hasta ha comprado una toalla y un peine...

—¡Pobrecita!

—una escoba y un cubo, un dornillejo y

una cuchara... Valle la Resalá le ha mandado dos sillas y un catre y se va a dormir con ella... De modo que hasta esa nubecilla que pudiera oscurecer su buen nombre: la de vivir y dormir sola, la ahuyenta la garantía de una mujer tan cabal y tan honrada como Valle. El dinero, así pues, déjelo usted en caja, que ahí está muy seguro. Ya ella se calmará con el tiempo y variará de parecer.

— ¡No la conoce usted, si cree que varíe!... ¡Es más dura de morros que una peña!

— Bueno: yo le hablaré, que a mí me oye...

— ¡Sí; como con la comida que le quiso usted dar para que se la llevara al tajo!

— Aquel día era aquel día, y dentro de tres meses será dentro de tres meses... Dejemos que el tiempo, que todo lo cambia, quite a toda esta tragedia la palpitante actualidad que tiene hoy, y cuando nadie se acuerde ni de que hay una Maricruz en Pimpollares, yo me encargo de que tome su dinero y eche una vendeja. Mi sistema en los grandes conflictos es diametralmente opuesto al de la generalidad. La generalidad se perece por los remedios, a las veces heroicos, de la

alopatía, y a mí me lleva de calle eso de dejar obrar a la naturaleza. ¿Usted ve ese deseo tan plausible de usted de ponerse ahora mismo la mantilla para ir a verla, a dar ese testimonio público de la honradez incontaminada de la muchacha?... Pues eso, que sería para muchos la prueba definitiva, irrefragable, acaso para otros fuera contra-productente... Quizás y sin quizás «toda una Doña Juana» en casa de Maricruz se tomara por algunos como una astucia de usted para taparle la boca; para desarmarla... para hacer por zurcir lo roto... para buscar componendas en lo que es necesario componer, precisamente porque está descompuesto...

—¡Total! que como lo dejen a usted hablar, es usted capaz de probar que ahora es de noche.

—Por algo dice el refrán: «Si se te pierde la bolsa, pídele a Dios que no se la encuentre un teólogo...

—No diré tanto; pero lo que es ahora...

—Yo sé lo que me digo. La conozco más que usted, y sé que si es una cordera todo el año, cuando se vuelve leona, Dios nos

asista. ¡Calma! ¡calma y sosiego!... Ella se encargará con su conducta de hacer su panegírico. Eso es, después de todo, lo que han hecho los santos. Hacer el gran panegírico de su vida, para que luego nosotros no tengamos más que predicarlo.

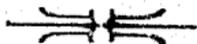
—Pues nada, seguiremos su consejo de usted. Para eso se lo he pedido: pedir a uno un consejo, y no seguirlo, es lo mismo, que pedir prestada una luz y darle un soplo.

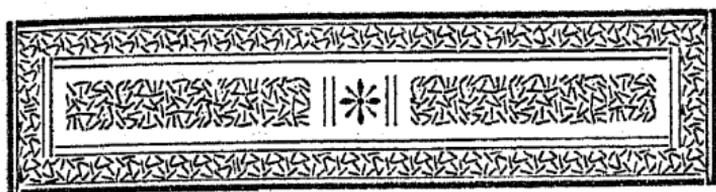
—Pues si usted no tiene nada más que mandar...

—¡Ah, sí!... Las Misas del mes... los veinte duros para los pobres... y ya sabe usted que, como siempre, los Manifiestos del Carnaval no se los cedo a nadie... ¡Si le hiciera usted tomar siquiera diez durillos de limosna... como del Arzobispo, por ejemplo...

—¡Me parece que están verdes!... ¡Es mucha Maricruz!

—¿Mucha?... ¡¡pero muchísima!!





CAPÍTULO III

El remate de la cogida

Cuando llegó la hora de «El Remate», que así se denomina por aquellos pueblos el último día de la cogida de la aceituna, ya el «asunto Maricruz» estaba, si no olvidado, relegado a segundo o tercer término.

La muchacha, lejos de amilanarse ante su conflicto y encerrarse entre las cuatro paredes de su cuarto, a llorar su desventura (requisito de que jamás prescinde la mujer en su infortunio) requirió la intrepidez que tenía por carácter. La leona levantó la cabeza

y hasta enseñó los dientes, y se puso a desafiarse a pie firme infundios y habladurías.

¡Metiérase en su casa y en donde no la viese ni la tierra la que tuviese algo que tapar, o de qué sonrojarse!... Pero ella, ¡más limpia que el sol!... ¡más digna que una emperatriz!... ¡heroica hasta la miseria, y no ya por no venderse a un hombre aborrecible, sino por precaverse, por huir, del hombre ideal... del hombre idolatrado ¡de nacimiento!... codiciado hasta el frenesí de la locura!... ¡no era para avergonzarse: la verdad!

Por tanto, vida pública y transparencia de cristal en todo... ¡y ay de aquel que dudara, porque... se lo comía!

Mientras duró la cogida de la aceituna, no dejó ni un sólo día de ir al tajo, tan risueña y carialegre. Se ponía a coger no bien llegaba al olivar, como la más avezada a la tarea; a merendar como todas cuando llegaba la hora reglamentaria, y a reír y a bromear cuando encartaba, que quien dijo gente moza y en tierras andaluzas, dijo zambra y jaleo y zaragata...

Terminada la merienda—durara diez minutos—, el resto de la hora de descanso sue-

le ser empleado muy diversamente: pues mientras la gente vieja de la cuadrilla duerme la siesta, con el respaldo de un olivo, reza el rosario o hace calceta, tomando el sol, la gente nueva, para la que todo es motivo de fiesta y alborozo, ora cuelga un columpio de las ramas del alcornoque de la linde, ora arma un bailoteo en la explanada de la truja, ora se va a «palmitear», bien al pinar inmediato, bien a la cercana vereda; ora se pone a jugar «al tiesto» con los canastos.

Y heridos por los límpidos rayos del sol del invierno—límpidos como si el agua de las frecuentes lluvias los escamondasen—, aquellos rostros, sanos como la salud, alegres como la mocedad y animados como la vida, y aquellos trajes de colorines en que suele predominar el púrpura o el gualda de los zagalejos, el azul de las chamarretas y el blanco con el grana de los pañuelos de sandía, parecen los animados grupos de cogedoras y avareadores, ora al comer medio tendidos en el suelo, ora al retozar por entre el verde ceniciento de los olivos, coloridos cartones de tapices de Goya...

Con las tripas en las manos, como suele decirse, Maricruz alternaba con sus congéneres, por no desentonar en el concierto. Y tiraba de la soga del columpio como todas, y se dejaba mecer como cualquiera cuando le llegaba su turno...

Por cierto que una vez de las que le tocó, quiso mecerla ¡él solo!, Olillo, el hijo del aporador del notario, que estaba de manigero de la cuadrilla y que era otro de los que lampaban por Maricruz desde los tiempos de Maricastañas. La hizo sentarse, pues, poniéndole su propia chaqueta de cojín, y tirando de la cuerda como un desesperado, le endilgó la indirecta de esta copla, cantada a pulmón abierto con su hermosa voz de barítono:

—Tira bien de esos cordele
y arreméntala bien arta.
¡Y arreméntala bien arta!
Parece la Madalena
en su camarín sentada.
¡¡En su camarín sentada!!
—Ogiendo la acituna

—empezó a cantar a renglón seguido Inesi-

lla la Ronca, que bebía los vientos por Olillo y que vió en Maricruz una rival peligrosísima, y en la copla cantada por el mozo una declaración en toda regla.

—Cogiendo la aceituna
se hacen las boas.
Quien no va a la cogía
no se enamora.

¿Qué tendrán, mare,
pa las cosas de amore
los olivare?...

—¡El ama!... ¡¡el ama!!—Y salieron corriendo todos y todas al encuentro de la señora notaria de Pimpollares.

¿A qué?—preguntarán los lectores de Despeñaperros para allá—. ¿Que a qué?... ¡¡Pues a prenderla!!

Es un derecho adquirido de la gente aceitunera de por acá el prender a la persona de la familia del amo, que suele ir menos por la cogida, la primera vez que va aquel año, si no se hace otro tanto la segunda, sobre todo si los señores no son roñosos... Se le cerca por todas partes al grito de ¡presol o

¡presa!, según el sexo del «criminal», sin que haya fraile Trinitario ni de la Merced que logre redimirlo del cautiverio, hasta que les promete solemnemente darles una buñolada.

Tiene ésta lugar aquella misma noche, si no es que se deja para El Remate: día en que se trabaja sólo unas cuantas horas y se cobra el jornal por entero... hay su copa de aguardiente por la mañana, que escancia el manigero al empezar la faena... su buen vaso de vino de la hoja al dar de manos... y luego el bailoteo, que empieza en el olivar... sigue todo el camino y perdura en el pueblo toda la noche... claro que con su buen guiso de carne como plato del día, y luego su buñolada, que impregna todo el pueblo de olor a aceite frito...

—¡Oye, huele a Remate!—se dice por allí

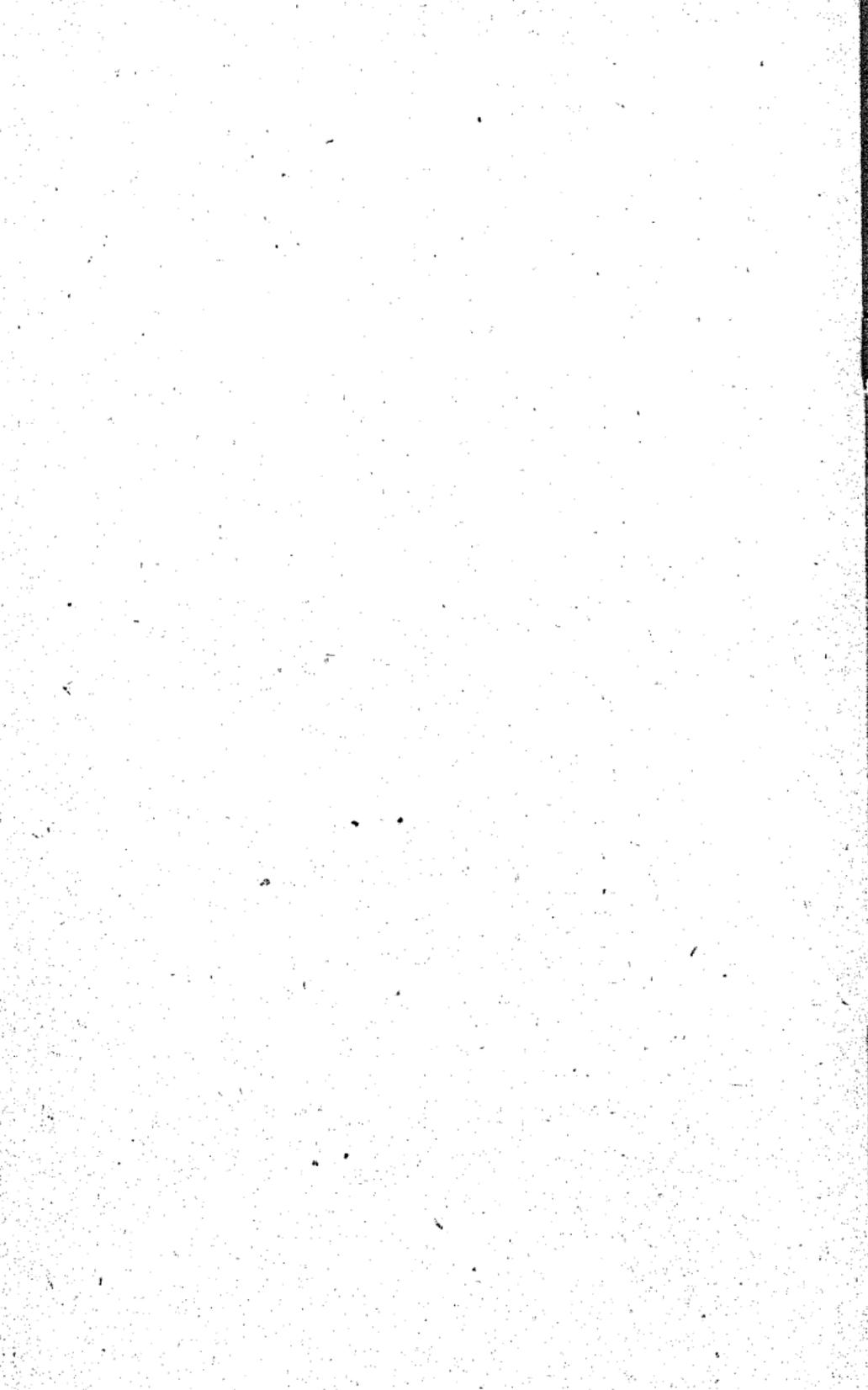
.
Las claras del día siguiente suelen teñir el cielo, sin que haya dejado de escucharse entre rasgueos de la guitarra, castañeteos de los palillos, zarandeos de las panderetas y alborotos de olés y palmadas, esta copla que lleva toda la dulzura de un plácido recuerdo

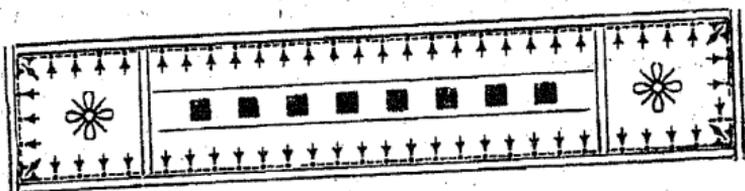
y toda la vacilación de una insegura esperanza:

¡Adiós, olivarito
de la aceituna!
Hasta el año que viene...
¡Si echas alguna!

.....







CAPITULO IV

Las castañas en el fuego

Y esta es la hora en que no hemos echado un párrafo siquiera desde la huída de Maricruz, con el comprotagonista de esta historia, D. Miguel Diosdado. Y, como para sentenciar un pleito deben oirse ambas partes, entrémonos por sus pensamientos y sentires, para no tener que dar oídos a lo que quieran decirnos este ni el otro.

¡La mayor contrariedad de su vida y la humillación mayor para su amor propio! eso había sido, en síntesis, la legendaria hazafia de Maricruz.

Y cuidado que a él no le debía haber cogido de sorpresa el que Maricruz se hubiese venido con alguna de sus indomabilidades... Que hubiese llegado a tanto, sin embargo, cosa es que estaba fuera de su programa. De aquí su rabia, primero, y su despecho, después; y su propósito firme y frío, decidido y tenaz, de apelar a todos los medios para rendirla, para humillarla...

¿Que a él le hubiese puesto la ceniza en la frente—léase palmatoria—una... indecente atropellaplatos de su casa, y hasta con la agravante ¡inaudita! de estar enamorada de él hasta los tuétanos, y no de hoy ni de ayer, sino desde que fué capaz de sentir el amor? ¿A qué altura quedaba su prestigio de Don Juan, con tan grande, y tan público, y tan apabullador descalabro?... ¿Podía él «decentemente» quedarse con los brazos cruzados ante apabullamiento tan ruidoso?... ¿Con qué cara se presentaba él delante de las gentes, sin más trofeo de su empeñado cuerpo a cuerpo ¡con una fregona! que... ¡una cicatriz!... ¡y de un palmatoriazol?... ¡Enaguas se le debían volver los pantalones, si su «drama-Maricruz» lo diese él por terminado y

resuelto con la salida de su hogar, por parte de ella!...

Aparte, pues, toda pasión y todo antojo, era cosa de amor propio elemental procurar la revancha y tomar el desquite... Asediarla de tal manera y rendirla de tal suerte, que fuese él, ¡el señor!, quien la dejase plantada, humillada y hundida en el concepto público; y no vencedora y triunfante y con aureola de heroína, como la de que estaba disfrutando en Pimpollares, a costa de su propia humillación y de la rechifla de las gentes.

Se había dicho en el casino, comentando el hecho, pues ¿qué cosa será la que no se comente en un casino? se había dicho una frase, de la que no faltó oficioso que le diese cuenta: frase que, porque había resultado un retrato exactísimo de Maricruz, hubo de sentarle a él como dos banderillas... porque entrañaba dos conceptos, exactos a cual más: — ¡Nada! — había dicho un comentador, cuando ya se disiparon las nebulosas y se supo todo el proceso del pe a pa—: ¡esa niña es una santa! ¡¡y un perfecto caballero!!

¿Un perfecto caballero Maricruz?... ¿A qué altura entonces quedaba él... ¡él!... ¡el hom-

bre de la región! ¡la figura más saliente de la provincia, y hasta «con cartel» en la cartel!...

Preciso era de todo punto, y costara lo que costara, oscurecer el nimbo de la santa y abollar la armadura del caballero... ¡del caballero!... ¡del caballero!... ¡Y sí, señor!, ¡estaba muy bien dicho, después de todo, lo de «perfecto caballero»: eso había sido siempre Maricruz: en sus palabras, en sus acciones... en sus luchas con él y hasta en sus triunfos... ¡Hasta en su huida!.. ¿Mira que no llevarse más que lo puesto... renunciar a lo que había ganado con su sudor... pasar hambre dos días, que se dicen de una vez... ¡y sobre todo: arrostrar el ser tenida y considerada por desagradecida y mal nacida a los ojos de su señora, antes que delatarlo?... Sin saber lo que decía el bárbaro que lo había dicho en el casino, había formulado una gran verdad: ¡Maricruz era todo un perfecto caballero!

Bueno: todo eso estaba muy bien, y el proceder de la muchachá merecía hasta... ¡un altar!... Pero ¡ay! que, de merecer un al-

tar aquella animada imagen de San Miguel, el lugar para él reservado en «el grupo escultórico» era el desairadísimo de Lucifer, pisoteado en su soberbia; derrocado de su excelsitud casi divina y hecho befa y ludibrio del universo mundo, después de haberse tenido por semejante a Dios...

Con eso sí que no se resignaba él, así fuese preciso resolver Roma con Santiago... y lo que es otro asalto a la fortaleza, ese lo daba él y ¡o muerto, o vencedor!...

Así acababan siempre los raciocinios de Miguel, cada vez que pensaba en su pleito—y nota que su pleito no se le caía del pensamiento ni de día ni de noche—, llegando su obcecamiento y terquedad a... la vileza sin nombre, que acabó de desacreditarlo como Don Juan y hasta como caballero...

Convidó a Maricruz a un tostón de castañas en su cocina una «buena mujer», vecina de la calle... ¡Tenía ella mucho gusto en obsequiar a «la pobre», tan sola y desamparada como estaba!...

—Anda, arma mía.

Y Maricruz aceptó. No dejó de causarle

extrañeza el que «la anfitriona» cerrase con llave—que se guardó en la faltriquera—la puerta de la calle, cuando entraron...

—¿...?

—Sí, hija mía; ¡pa que no caigan mosca! Y er que haiga de vení, que sarga ahora mismo de Madrid—llenándola francamente de alarma cuando, apenas echadas las castañas en el rescoldo, vió que la infame se levantó de la silla de junto a la lumbre... ¡y traspasó por la puerta del corral, corrándola con llave por la parte de afuera!...

—¡¡Ay!!—Y a Maricruz se le juntó el cielo con la tierra... ¿Qué era aquello, Madre suya de su alma?...

Con los ojos ardientes, como lumbres del infierno, vió salir a Miguel del cuartucho de al lado...

Maricruz sintió miedo... sintió angustias de muerte... ¡hasta desmayos en su voluntad, que era su único baluarte!... ¿¿Cuándo se moría una, Dios eterno??. Horrorizada empero, de sí misma, y llena de indignación contra su propia voluntad, de la que ella no esperaba claudicación semejante; sintiendo

escalofríos por la espalda y como una descarga eléctrica por sus nervios todos, se levantó de un salto... de pantera. Giró en derredor la desencajada vista en busca de una salida o una defensa... ¡algo con que poder conjurar la horrorosa catástrofe que se le venía encima! Vió en un rincón de la pieza una márcola de desmarojador, que debió haber puesto allí el ángel de su guarda, y echando mano de ella, se parapetó en un ángulo de la chimenea de campana y se puso a esperar a pie firme el formidable asalto...

—¡Suelta esa márcola!

—Cuando te haya cortado con ella la cabeza, ¡infame!

—¡Suéltala y óyeme!

—¡Habla, que no me estorba para oír!

—¡Suéltala, te digo!

—¡Que no la suelto, vayal!

—Bueno: quiere decir que sigues tan bravía como siempre.

—¡Ya lo estás viendo!

—O lo que viene a ser igual: que he errado el golpe...

—¡Justo y cabal!

—Pero que conste: ¡que queda en pie el

desafío! ¡Por las buenas o por las malas!...

—¡Ea! eso sí que no, y eso sí que ¡retenó!! ¡Lo que quiera que haya de haber entre nosotros eternamente, tiene que quedar aquí! ¡muy reclaveteado! Te da miedo de la márcola: ¿no es verdad?... Pues se pone la márcola en el rincón, y queda una como me ves: sin ni un mal alfiler con que poder defenderme. Pero ¡tócame a un pelo de la ropal ¡Da un paso siquiera hacia mí, y te vas a acordar del día en que naciste! Tengo más fuerzas que tú: y más mañas que tú; y más sangre fría que tú; y soy... ¡más hombre que tú! Da un paso, ¡un paso solo! si quieres que te estrangule con las manos, y te saque los ojos con las uñas y te arranque el corazón con los dientes... Lo que tú quieres de mí, que es lo que ningún hombre de conciencia quiere ni solicita de ninguna mujer de bien, eso, ni ha sido hasta ahora, ¡ni habrá de ser nunca! ¡Amarrada de pies y manos habría de estar, y me cortaría la lengua con los dientes para escupírtela!

—¡Pero eres irreductible! ¡eres... brutal!

—¡Y a mucha honra!

—Pero vamos a ver, Maricruz.

—¡Pero sin pasar de ahí!

—¡Es que...!

—¡Hé dicho que desde lejos! ¡Y a clave-
tear aquí, y a dejar, pero muy bien remacha-
do, lo que haya de haber entre nosotros eter-
namente!

—Eso... ¡tú lo dirás!...

—Pues bueno: lo que yo digo es... que
tienes que mirarme ¡como a una santa!...
¡como a un mártir!... como a... ¡una cosa
muy grande que estuviera en el altar!

Ya te he dicho mil veces, y ahora te lo
repito, que *lo que no puede ser* no puede ser.
Y como no puede ser, no será nunca.

Lo mejor es que me dejes... que me olvi-
des... ¡que me arranques de tu corazón, pe-
ro de cuajo, como yo te he arrancado a tí
del mío... Cuesta trabajo: ¿sabes? ¡Trabajo
he dicho?... ¡Ansias! ¡¡fatigas de muerte!!
Pero Dios viene en ayuda del que busca su
reino y su justicia... y se sale, con el cora-
zón.. despedazado, como yo; pero con la
frente serena, como yo.

—Entonces... ¿no es que me odias?

—¡De más sabes tú que no! Sino que lo
que no puede ser, no puede ser, y es necesario

que tú te convenzas de ello, como yo estoy convencida... Por consiguiente. ¡palabra de caballero, si lo eres, de que me has de dejar con mi desgracia, pero con mi honra, y de que no has de volver a insistir jamás ni nunca!... ¡Ya ves! ¡nunca mejor ocasión que ahora para que te jugaras el todo por el todo!... De modo que, si te atreves, da un paso más; y si es que no te atreves... esto está terminado, y para siempre. ¡Tú dirás!

Y Maricruz, de pie bajo la amplia campana de la chimenea, que la envolvía en un cono de luz cenital, que cualquiera tomaría por un rompimiento de gloria; hermosa como la imagen de la pureza; augusta, como la encarnación del cumplimiento con el deber; ¡transfigurada por el amor, siquiera domeñado y aherrojado por la virtud!, cruzó los esculturales brazos sobre el pecho, como en la arena del circo las mártires cristianas condenadas a las fieras, cuando aguardaban impasibles la brutal embestida...

.
Pasó un minuto... y dos... y tres... y cinco... que a D. Miguel se le antojaron eternidades...

Y en vista de que el galán no daba un paso, sino que todo lo que se le ocurría era morderse el bigote y mirar a la solería como si fuera a aprendérsela de memoria, Maricruz requirió nuevamente la márcola, y tornando al antiguo tratamiento, hubo de decir a su contrincante:

—Bueno: pues ahora, haga usted el favor de llamar a... esa indecente, para que me abra de una vez las puertas de este infierno.

¡Y el señor don Miguel obedeció, como un doctrino!...

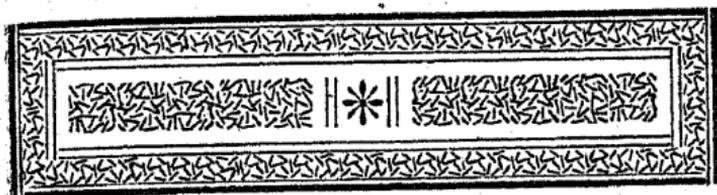
Y entró en escena la buena pieza de la zurcidora de voluntades, con la cara más de ingenua que han podido llegar a poner sinvergüenzas en este mundo... Cara que se le hubo de poner de vinagre de yema... y de azufre... ¡y de demonios!, al ver al señorito apabullado, porque eso se notaba a ojos vistas, y a Maricruz armada de su márcola, como Pálas de su lanzón, y escuchar estos... puñales, porque no fueron palabras, en que iban todos los acentos del más cruel sarcasmo:

—Que le pague a usted el señorito lo que quiera que hayan ustedes estipulado... Dés-

pués de todo, usted no tiene la culpa de que Maricruz Almonte sea una mujer de bien y de vergüenza.

Soltó la márcola, y salió por la puerta de la calle, como el toro de casta por la puerta del chiquero...





CAPÍTULO V

Un Jueves Santo

Doña Juana Francisca que, como dijimos a los comienzos de esta historia, comulgaba diariamente, no podía dejar de hacerlo el Jueves Santo.

Se levantaba, así pues, muy de mañana; comulgaba con la mayor devoción, intención hecha de cumplir con el precepto pascual, y se tornaba a su casa, a esperar la hora de los Divinos Oficios, a los que no faltaría por nada de este mundo.

Empleaba el intervalo de esas horas en repartir entre todos los jornaleros de su casa

los pobres de solemnidad y los enfermos de la villa una abundantísima limosna, en dinero, pan, arroz, garbanzos, alubias y bacalao, con que pudieran comer durante el resto de la semana todos los socorridos por su largueza. Allá miles de pesetas se le importaba.

Ella misma hacía el reparto, habido en cuenta el número de individuos de cada una de las familias favorecidas por su caridad, enviando por medio de Bruna y de algunos otros criados de los de su mayor confianza el subsidio correspondiente a los enfermos e impedidos, o a aquellos vergonzantes, que antes se morirían en un rincón, que pedir una limosna.

— Qué ocasión más hermosa—se dijo la viuda—para hacer algo por esa infeliz Toma—le dijo a Bruna—le das sus cuatro panes...; su canasto con los demás comestibles, y luego estos veinte duros. Le dices que su dinero lo tiene aquí, hasta que ella disponga, como le tiene dicho el señor cura: que esto es de... limosna, como ella sabe muy bien que hago todos los años, tal día como este ¡Que no vaya a hacer una de las suyas! Que la limosna es cosa santa y es pecado despreciar-

la. Que ya sabe que a las tres es nuestra hora de visita de Sagrarios, y que si quiere venir, tendré muchísimo gusto en que nos acompañe.

Porque era costumbre tradicional en Pimpollares, la visita de los Monumentos del Jueves Santo, por familias y «casas».

Para ello en la sala de honor del que ejercía de jefe de familia íbanse reuniendo, a la hora señalada, todos los miembros de la familia aquella—hijos, nueras y yernos; nietos y demás parientes sin representación social, amén la servidumbre de las respectivas casas y todos los jornaleros de plantilla. Todos los que comían de un mismo pan y llevaban o dependían de un mismo apellido se reunían en torno del que era como la encarnación de aquel patriarcado, para, honrándose de él y honrándolo a un tiempo mismo, honrar todos solemnemente y públicamente a Jesucristo, Señor de todos, en el tres veces santo Sacramento de su amor.

A la hora sancionada por la costumbre salían de la casa del patriarca, en dos filas los hombres, con el patriarca en medio, y detrás, las mujeres. Y, rezando el rosario en

alta voz, se dirigían a la parroquia, donde visitaban las cuatro caras del Monumento. De allí, y haciendo lo mismo, iban a la iglesia del convento de las monjas, invariablemente adornado el altar de blancos lirios y vasillos de cristal de diversos colores, con luces de aceite. Y de allí, y haciendo otro tanto, a... las afueras del pueblo, ¡al solar de la derruida iglesia de los frailes!, a adorar, por medio de otra visita de Sagrarios, a Jesucristo, en el lugar donde «estuvo» su morada... «¡in loco pedum suorum!», ¡en el lugar, aunque profanado a la sazón, venerando y augusto, por haberse posado sobre él sus adorables plantas.

Costumbre es ésta que lleva instintivamente a los derruidos muros de Jerusalén de la Palestina, sobre los que vierten lágrimas los hijos de Abraham, adorando en aquellas piedras, que la profecía de Cristo derrumbó para siempre, el «locum pedum»: el lugar de los pies del Dios de sus mayores... ¡A poco que se escarbe en nuestras costumbres populares, sale un hijo de Abraham, por el lado de Isaac, o por la banda de Ismael!

Doña Juana, que se sentía muy «matriar-

ca», no omitía jamás, cuando estaba en Pimpollares, su solemne visita de Sagrarios. Y, si bien no contaba en el pueblo con más familia que su hijo, disponía de todo un ejército de criados, pastores, molineros y yegüerizos, vaqueros y guardas, aperadores y capataces, todos los que se reunían en la casona, a eso de las dos y media de la tarde, para a las tres en punto, salir, a la visita de Sagrarios.

Para ello se vestía doña Juana con lo mejor de su ropero de gran señora que, si prescinde a diario de exquisiteces de lujo y refinamientos de modas, no prescinde jamás en las ocasiones solemnes de lo que pide su posición, y exige su rango. Y con su magnífico vestido de terciopelo negro aquella vez, su espléndida mantilla de parches, que no decidiría ni tanto así en una capilla pública de Palacio; su gran hilo de perlas y su regio aderezo de brillantes y esmeraldas; su rosario de oro y aljófar, y su abanico... sin epíteto que le cuadre, porque pudiera figurar con honor en la canastilla de bodas de una Princesa de Asturias, a la derecha de la buena pieza de su hijo, vestido de levita escultural

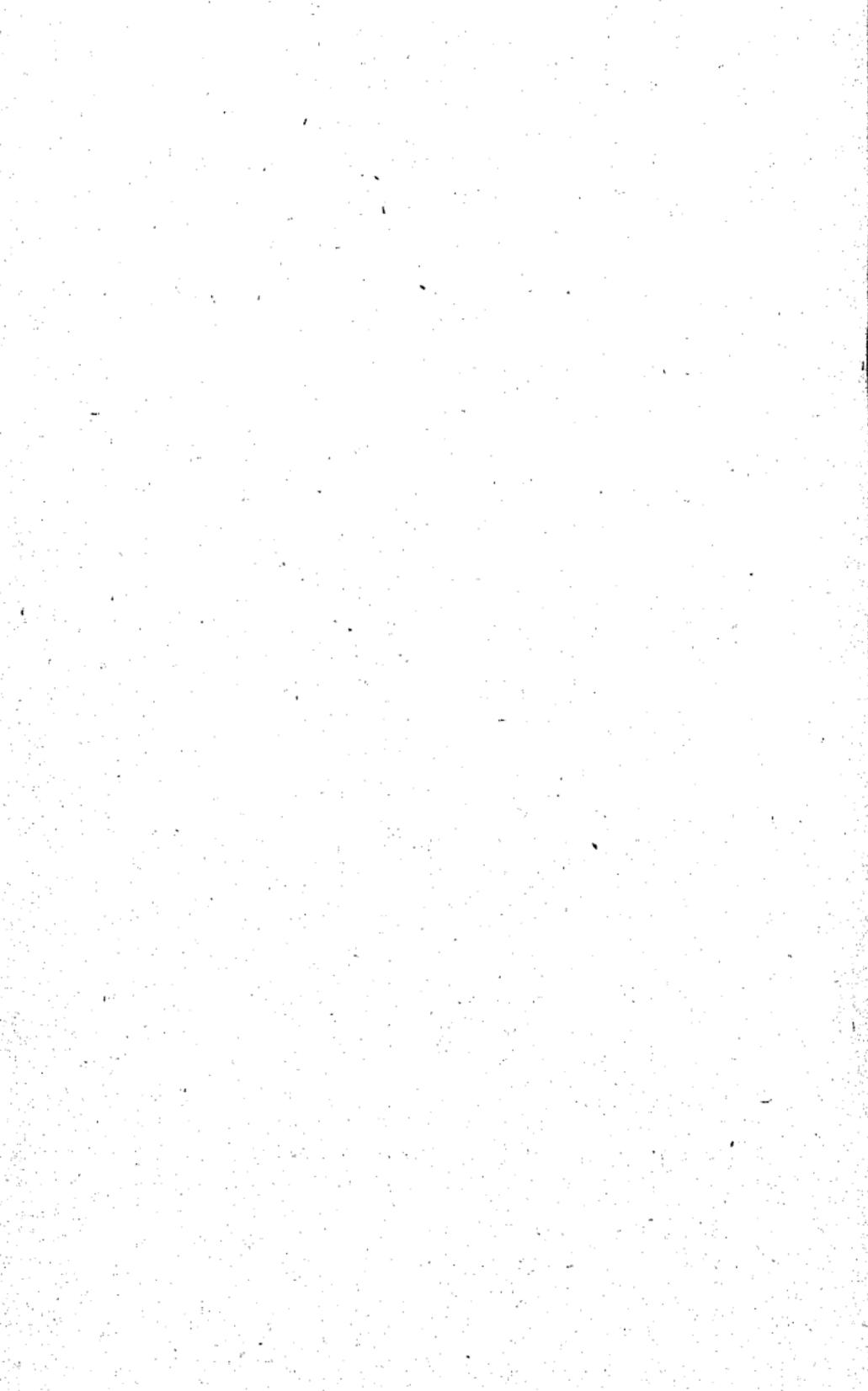
con botonadura de perlas grises en la pechera, parecía toda una emperatriz, presentando ante la corte su príncipe heredero, para abdicar en él su corona hereditaria con todos sus derechos y prestigios mayestáticos, y refugiarse en un cenobio, a pedir a Dios misericordia para su hijo y paz y prosperidad para los otros hijos de su alma... ¡Los quería tanto a todos!... ¡era tan madre de todos!... ¡sobre todo, de aquella... picarona, a quien hacía cerca de dos meses que no veía, con amarla tantísimo!...

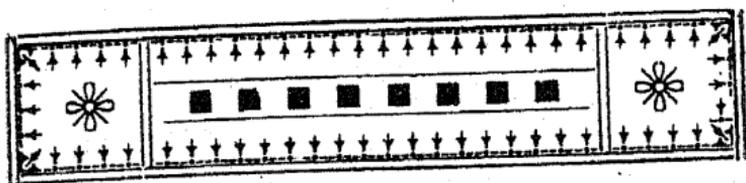
—De modo, Bruna, que no vayas a venirte como te vas: sino que te des modo y traza de que se quede con los veinte duros, porque diez, que comisioné al señor cura para que se los hiciera tomar como limosna del señor Arzobispo, me los dejó plantados, y es un cargo de conciencia muy grande para mí, saber que hasta ha pasado necesidad, teniendo yo lo que es suyo en mi poder. A ver si te la traieras para la visita de los Sagrarios, y así garantizaba yo su honor, puesto en tela de juicio por causa nuestra, e íbamos limando asperezas poco a poco... Yo, es cosa que no vivo con ese clavo... ¡Es muy

sagrada la honra de la mujer pobre, que no tiene en el mundo más patrimonio! ¡Bien decía la pobre de mi madre, que en gloria esté: que más vale ser verdugo que ser madre!... Ese niño es mi cuchillo, y mire usted dónde ha venido a herirme el alma mía: ¡en mi conciencia!

—En su conciencia de usted, no señora: porque usted no ha podido jacer más que lo que ha jecho... Ahora: si ha trompezao usted con las peñas e Rute, naide tiene la curpa.







CAPÍTULO VI

Otra embajada de Bruna

—¿...?

—¡Lo de siempre que se arrima una a esa potrica marismeña! ¡Do patás en mitá e las narices!... Aquí lo tiene usté tó, menos er pan.

—De modo que...

—Que allegué. Que no estuvimos besando, porque, la verdá: nos queremos, porque que ella sea una bestia, eso no le inquivale pa que yo la quiera... ¡Contra! ¡si la he criado y es más güena que er pan!... Po güeno: que allegué; que nos besamos...; que le dije a lo

que iba y se lo puse tó encima del arca. Y va y agarra er pan y lo besa el arma mía con una devoción, que jasta las lágrimas me se sartaron, y va y me dice, dijo:—Disle a la señora de mi parte ¡que er Señó se lo pague y se lo aumente de gloria! Que lo recibo, como limosna de una santa... como orsequio de una madre... ¡como si un ange der cielo me hubiera traío un regalo de parte de Diól — Lo que toca letra menúa no le farta: escudie usted.—De moo que me queo con é de mil amore. Ahora, er dinero, ya eso es otra cosa... Con lo que he ganao en la cogía, que anda mu a reó de veintitrés duros—porque con la cogía a tarea, señorita, se han ganao ogaño muy regüenos jornale—po con lo que he ganao en la cogía pueo dir tirando, mientras no se echa mano a la escarda, y vienen las cosillas der verano, que con un cacho de pan y un tomate se pasa tan guapamente. Así es que recibí una limosna de esa importancia, sin necesitarla mayormente, como no la necesito, gracias a Dió, es jasta una avaricia y robárselo a otro pobre que esté en mayó necesidá. Que descudie, que er día en que necesite echarme un jierro en la cara y

tendé la mano a la limosna, ¿a quién voy a recurrir primero que a... la única madre que he conocido en este mundo? Pero que ahora pueo trabajá, y trabajo no me farta gracias a Dió, y ca uno debe atenerse a lo que tiene. De moo que arrecoge esos veinte duro, y degüéveselo de mi parte a la señora. Lo mismo que lo emás que venga en er canasto. La señora, si da esa limosna, es pa que coman caliente los días santo tos los pobres del pueblo, y tú sabe que jace ya muchos años que yo ayuno estos días a pan y agua.

—Y eso es verdá, señorita. Y como cuando ella se planta es semenesté matarla o dejarla, y no es cosa de jacé una muerte en días santo, ni quió salí en los papeles—¡Er crime de Pimpollare!—, po la dejé con su pan, y que con su agua se lo coma. Y entonce le dije lo de la visita de los SAGRARIOS y también se echó a llorar. Y va y me dice, dijo: —Disle que con muchísimo gusto, ¡y con muchísima honra!... Cabarmente no me se ha caído der pensamiento en estos días la copla:

No tengo padre ni madre:
¿A quién me arrimaré yo?

¿con quién visito yo este año los Sagrarios, más sola que la una de la noche?... De moo que disle que sí, y que Dios se lo pague otra vez. Que a la casa, como su mercé comprenderá, no está bien que me anroje; estando allí er señorito; pero que yo esperaré en la esquina der Pósito a que ellos pasen, y entonces me meteré en la comitiva. Verás cómo vy a di. ¿Lo conoces? ¡Er vestío de lana negro que tenía puesto cuando salí... Lo he lavao con pita y le he echao una trencilla nueva, y como es tan güena tela, por supuesto, como toas las que compra la señora, ¡míalol! ¡estrenándolo! Po mira er mantoncito de lana dulce, que he compraó de en cá la Petrola, y er pañuelo de seda pa la cabeza, con su dobladillo abierto y tó; y alospué mis güenas botas, con sus güenas palas y medias suelas, que me esty mirando en ellas como en un espejo, de moo que pienso de di mu decentita... ¡en mi clase!...— ¡Y está más preciosa la confiscá! Misté: está más dergá, porque ¡aónde va a di ella por otra boa como la que tenía aquí? Pero no es cosa mayó lo que ha adergazao, y está jasta mejón. Er só, con este invierno de tántas agua, no se le ha pe-

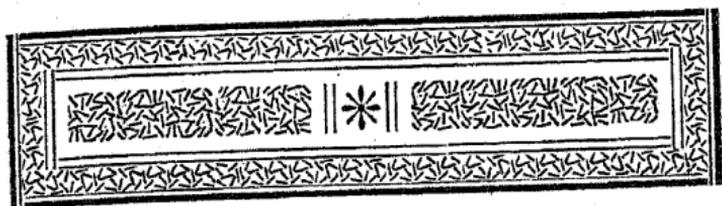
gao mucho, y lo poco que ha perdío en blanca lo ha ganao en los colores de la cara, que tiene dos chapeta, que paece que las junta con papé de jumá. ¡Vaya si está de rechupete la criatura!... Es que no hay otra en tó er Condao... ¡digo: mejorando lo presentel... ¡Es... ¡muy güena esa niña, señorita! ¡aunque sea un animá y yo no la puea ni ve... ¡porque esas gofetás sin mano no se le dan a una madre, y es jasta un pecao mortá lo que ella está jaciendo con esta casa!... Yo, la verdá: la quiero, ¡contra!, la he criaio y sé que mejón que ella, en los artare: aunque no la puea ni ve, ni a la hora de mi muerte, por repotrico.

¡Podía dirse a un convento, ya que está en tan güen oló de santidá!... ¡Esa llegaba a abaesa, con la letra menúa que tiene!... Se lo vy a aconsejá en quantito que la vea... ¿Qué va a jacé en este mundo, de trompezón?... Porque esa no se casa, ni con Don Juan Tenorio que golviera del otro mundo, y pa llevá la parma, los convento... ¡Anjolá tuviá yo vocación, que ya estaba yo allí bordando escapulario!... De moo y manera que dejarla: ca loco con su tema... ¡Ya usté ve: con poco

má, jasta su dote!... ¡Contra!... ¡El aceite pa las torrija, que me se está achicharrandol

Y salió dando zancadas para aquella cocina, que bebía los vientos. ¡Y hablaba de la letra menuda de la otra!...





CAPÍTULO VII

Visita de los Sagrarios

Y sonaron las tres de la tarde en el reloj de sonería de la meseta de la escalera. Y empezaron a salir por la ancha puerta del señorial zaguán de la casona de la viuda dos interminables filas de jornaleros y servidores, vestidos con lo mejor y más majo del fondo del arca: «er terno güeno» y «er camisión dergao»... la faja «de cachimí» y el sombrero «estrenándolo»... a cuerpo la gente nueva, y envueltos en sendas capas los de edad y «de estado»... La capa es el traje de etiqueta de la gente pobre de por allá: la prenda equiva-

lente a la levita de vestir: el uniforme de gala para las grandes solemnidades. Sin ella no se concibe por allí ni bautismo, ni entierro, ni casamiento, ni procesión, aunque sean en Agosto. Conque imagínese el lector si podrá prescindirse de su pomposidad aristocrática para la visita del Monumento en día de Jueves Santo.

En medio de las dos filas y al final de ellas, salió de la casona doña Juana a la derecha de D. Miguel, en la guisa y talante en que quedan descritos en su indumentaria, páginas más atrás: llevando la señora el rezo del rosario, contestado en clara y distinta voz, así por el señorito, como por los servidores.

Detrás del elemento masculino, y no formando filas, sino en grupo o pelotón, iban todas las criadas de la casa, con las mujeres e hijas de pastores, yegüerizos, vaqueros, capataces y demás empleados de huelga aquel día (porque el Viernes muy de mañana se repetía lo propio, con los que habían quedado en las heredades al cuidado de las mismas), respondiendo a su vez las mujeres—vestidas como los hombres, de disanto—al rezo dirigido por la señora... ¡Cuadro más

edificante y hasta más conmovedor que esta tradicional costumbre de visitar los Sagrarios en Pimpollares!

De aquí que en el pueblo no se conciba el visitarlos solo y por su cuenta y riesgo. El que no tiene a quien llevar o por quien ser llevado, se considera un paria... un pobre desheredado del mundo y de los hombres... ¡un algo que no cabe en ninguna parte!

Quizás muchos de Pimpollares ignoren que el hombre se define «animal social». No importa que no lo sepan: «lo sienten»; sobre todo en el momento de tener que cumplir el deber de cristianidad, ¡de gratitud para con Jesucristo!, de salir a visitar los augustos altares de su real presencia.

En la esquina del Pósito, escondida detrás del marmolillo, para esquivar miradas y conjurar comentarios; muy vestida de negro, muy honestamente envuelta en su pobre mantón de lana dulce y con la hechicera rubia carita entre los pliegues del pañuelo a la cabeza, cuya intensa negrura hacía resaltar el carmín y la leche del aterciopelado y fresco cutis, vió pasar Maricruz, camino de

la parroquia, las primeras parejas de las filas de hombres...

¡Ya!... ¡ya venían allí!... La señora, tan severa y majestuosamente hermosa, como siempre, y «él»... ¿pero no habíamos quedado en que a él ni mirarlo, no ya sólo con los ojos de la cara, pero ni con los del pensamiento?...

...
¡¡Ya! ¡ya venían allí!... ¡hasta se oía distintamente la voz de la señoral...—venga a nos el tu reino: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo—.

Con haber escuchado Maricruz estas palabras tantas veces, y haberlas ella propia recitado tantísimas, resonaron entonces en su oído y repercutieron en su alma de una manera nueva... ¡Sí! ¡viniera sobre todos el reino de Dios e hiciérase su santísima voluntad, así en la tierra como en el cielo!...

...
¡Ya!... ¡ya!... Y se escondió más aún detrás del marmolillo, para, una vez pasada la señora, incorporarse al pelotón de las criadas...

La señora, que la vió, perdió el hilo del

rezo... Sintió como... «una bola» que le anudaba la garganta y un... escozor muy grande, que le preñaba de lágrimas los ojos... Se detuvo... fué a echar a andar hacia adelante y... dando media vuelta, como si una fuerza superior a su misma humana libertad la arrastrara hacia la esquina del Pósito, se salió de entre las dos filas de servidores y se fué, con los brazos abiertos, y con el corazón de par en par, hacia la... por el espanto petrificada y por la emoción desmadejada Maricruz.

La interrupción del rezo por parte de la señora, hizo a los hombres volver la cara atrás a ver qué había pasado... Y hombres y mujeres; cuantos formaban en el cortejo de doña Juana, y cuantos se encontraban en la calle, que era la mitad del pueblo, vieron... un rebujón de lana dulce y de blondas de Gallaruzá; de terciopelos y de estameña... del que salían... ¡muchos besos y muy ahogados ayès!...

Las mujeres rompieron a llorar y los hombres rompieron a aplaudir... ¿Don Miguel?... Don Miguel ¡se comió medio bigotel ¡Inauditos! ¡titánicos! ¡superiores a todo lo que la

masculinidad puede dar de sí, fueron los esfuerzos que tuvo que hacer para no soltar el trapo públicamente... Pero lo que es el labio lo sacó ensangrentado; y dolorida, como si atenazado se la hubieran, la garganta.

La señora se volvió a su lugar y Maricruz se incorporó a la comitiva, pero no allá a la cola ni en el montón, como ella pretendía; sino a la cabeza de las mujeres... ¡a la derecha de doña Juana, que llevaba a la izquierda ¡al señor don Miguel!!...

— ¡Cuándo se abriría la tierra y se la tragaría a una?

— Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...

¡¡Para llevar el rosario estaban los señores!!

— ¡Anda, tú, Bruna: ¡mujél... ¡Reza!

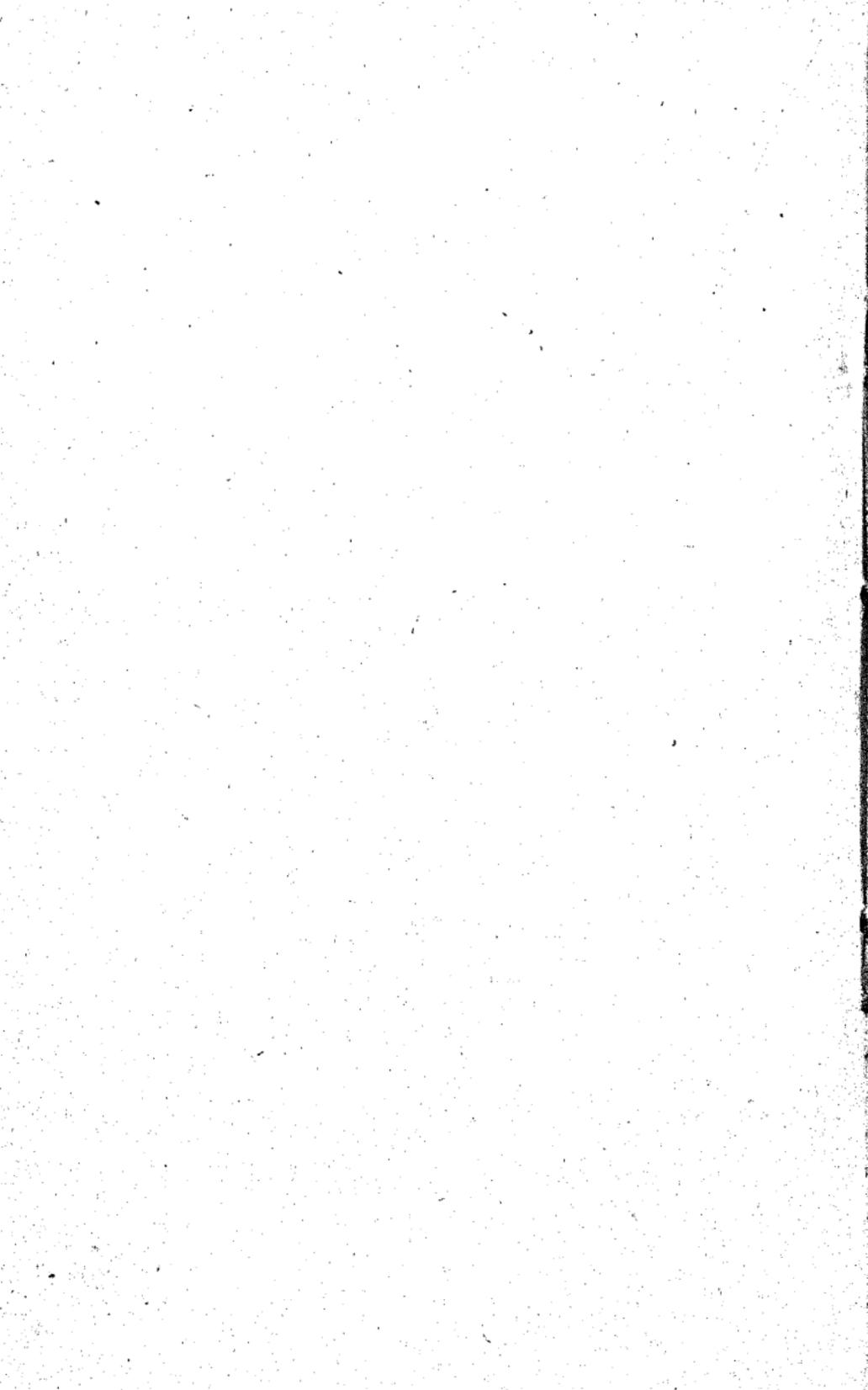
— ¡Güenas y gordas!... ¡Yo esty jecha una canasta de colál...

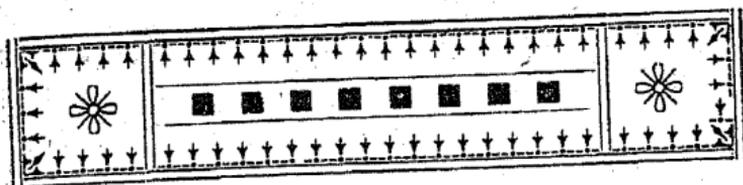
Y empezó a llevar la voz el Administrador de la casa, y a la mitad del primer Ave María soltó un hipido y se declaró cesante de empleo y sueldo.: Nadie osó sustituirle, y se hizo la visita de los Sagrarios, aunque en comunidad, cada cual por su cuenta...

Dios, que saca la cara por los suyos, hábala sacado por Maricruz.

La «santa» de Pimpollares acababa de ser «canonizada» solemnemente por la autoridad inapelable de la viuda.







CAPITULO VIII

El cura, «de cuerpo entero»

—¿Lo ve usted, señora?... ¿Ve usted cómo no era menester que se hubiese usted liado la manta a la cabeza aquella tarde para ir a casa de Maricruz, a... meter el palo en candelá después de todo; pues no se hubiese hecho otra cosa que dar pábulo a las habladurías de la gente?... Mire usted cómo Dios, que «dispone las cosas con suavidad», ha hecho que se le dé a la muchacha una satisfacción tan pública y tan solemne, tan cabal y tan completa, como ni ella misma la hu-

biese apetecido... ¡Ha hecho usted muy re-
bién, y todo el mundo aplaude su conducta!

—Pues crea usted que lo hice sin preme-
ditación, y sin saber lo que hacía. Fué una
fuerza... como sobrenatural; que tiró de mí
hacia ella... Yo creo que fué mi ángel de la
guarda que me dijo:—¡Anda!. —Tenía sobre
mi conciencia el descrédito de esa pobre ni-
ña, créalo usted: y quise hacer con ella lo
que yo misma hubiese querido que se hubie-
se hecho conmigo propia, de haberme en-
contrado en su lugar.

—Es la medida de Jesucristo. ¡El que no
se sale de ella, no yerra nunca!

—Tiene usted muchísima razón. Y bueno:

.....
¿qué piensa ella? Porque este estado de co-
sas, como usted comprende, es insostenible.
Aquí es preciso adoptar una resolución..
¿Ella qué piensa?

—Cate usted ahí una cosa que yo no sé:
yo creo que ser buena, y nada más.

—¡Decían por ahí que quizás se metería
en un convento!...

—Esa es la gran solución que encuentran
a todos los conflictos de los demás los que

no piesen meterse en ellos... ¡Medida más socorridal... ¡Y más corriente! ..

—Pues yo no lo he sacado de mi cabeza.

—No digo, Dios me libre, que la cosa «haya salido» de la cabeza de usted; lo que digo es que me parece que a ella «no le ha entrado» en la suya. No ha faltado, ¿está usted?, quien se lo haya aconsejado por ahí... Pero lo que ella dice, y tiene razón que le sobra: entrar en un convento sin vocación es engañar a los hombres, pretender engañar a Dios y engañarse una misma... Tuviera yo vocación, y ya me hubiera ido más de cuanto há; pero si no la tengo, ¿qué me hago?..

—No: pues lo que es... «otra cosa» es menester que se le quite a ella de la cabeza... Gracias a su Divina Majestad «no hay que pagarle nada», y con haber dejado puesta en claro su honradez, me parece que se ha hecho bastante... ¡a lo menos por ahí!

—Veo con pena, señora, que se ha pasado usted de lista en ese particular. Maricruz no espera ni quiere absolutamente «nada más» de esta casa... ¡Es más grande Maricruz de lo que usted imaginal... ¡Es un alma de reina.

en un cuerpo de cogedora de aceitunas!

—No es que yo la desprecie, ¿sabe usted?... Yo no desprecio a nadie, máxime cuando cada uno es hijo de sus obras, y ella, después de todo, es hija de buenos padres, porque la madrastra no tiene para qué entrar en colada... Es que, como madre que es una... pues quiere una para sus hijos lo mejor. Figúrese usted si podré yo contentarme con una... ¡sí, señor: muy buena, y muy honradal, pero, al fin y a la postre, criada de mi casal

—Mire, señora, que yo no he venido a pedirle la mano de su hijo. Yo me estoy limitando a contestar en cristiano a las preguntas de usted. Pero, puesto que usted me tira de la lengua, sepa usted para su gobierno que en ningunas otras manos en que cayera su hijo podría jamás ser tan feliz como en las manos de Maricruz... ¡De Maricruz, enamorada de él «hasta el heroísmo», pues de tanto y tan bien como lo ama, ha llegado a la heroicidad de huir de él... honrada, hasta tolerar la sospecha del deshonor público, antes que consentir la contaminación en secreto... y luego, humilde y sufrida, mortificada

y trabajadora, y, para que nada le falte, educanda y educadora de sí misma, hasta haber llegado a la meta de la autoeducación. Una usted a todo esto su virtud más mimada: la gratitud, hasta a lo más pequeño y baladí y de ninguna monta, que se le hace... y considere usted, señora, la pedrada en los dientes que sería para D. Miguel una mujer en perpetuo éxtasis de amor y de agradecimiento a su marido, esclava de su señor, por amor y por gratitud; toda entera para él por agradecimiento y por amor, por deber y por convencimiento, porque «aunque no hubiera cielo», así lo haría, y «aunque no hubiese infierno», no acertaría a hacerlo de otro modo. Dígame usted si hay riqueza en el mundo, ni título en Castilla, comparables a un amor, como sería el amor de Maricruz, esposa de D. Miguel. ¡Mucho sería para ella encumbramiento semejante! ¡Pero, si a cuentas fuéramos, crea usted que sería D. Miguel el que saldría ganando! Insisto en que no he venido a pedirle a usted la mano de su hijo, ni a demostrar a usted ninguna tesis: es que me irrita, señora, y me llena de indignación y de coraje, el que pese más en la balanza

de las conveniencias sociales un capital que un corazón; una corona heráldica heredada, que una corona de santa ganada a pulso... ¡un «nombre» que una «persona»!... ¡un divorcio en perspectiva, que una felicidad conyugal asegurada!!...

¿Hay acaso dos Adanes, para estas diferencias de castas y esta diversidad de sangres?... Y si existen realmente estas diferencias, ¿por qué los grandes y los poderosos paran mientes en las humildes y plebeyas? ¡Que no las miren! ¡son de raza distinta y es hasta una monstruosidad!!... Pero, si paran mientes en ellas como las paran, ¡ah!, entonces no es la naturaleza quien lo repugna, sino el brutal egoísmo de los que están arriba, que no quieren que se encumbren los que están abajo, ni siquiera por medio del matrimonio, que es lo más nivelador y ecualitario que Dios ha hecho. Cada oveja, con su pareja: ¡conformes!; pero no título con título, fortuna con fortuna, posición con posición: sino afecto con afecto, tendencia con tendencia, corazón con corazón, alma con alma. Quien, encontrando en el mundo su pareja, le vuelve las espaldas, sólo porque está unos

peldaños más abajo, ese merece... ¡lo que encuentra a la postre, y ese es su castigo, porque Dios es muy justo!: vivir perpetuamente descabalado. Y muy bien empleado que le está. Por eso: porque vendió su primogenitura por un plato de lentejas... la felicidad de su vida por un billete falso... ¡El timo del portugués, que consiste en dar lo cierto por lo dudoso, y lo seguro y contante y sonante, por lo eventual y problemático...

Sé que cualquiera que me oyera enjuiciar así me tendría por demolidor y subversivo, revolucionario y hasta anarquista. Nada de eso, señora. Respeto como el primero toda nobleza heredada. Lo que no puedo tolerar a sangre fría es que sea tenido en menos lo que se llega a alcanzar por el propio empuje, que lo que se obtuvo ya constituido. Para mí, y para Dios, vale más ser santo que descender de santos. ¿Qué importa que mis ascendientes hayan merecido un altar, si yo merezco un presidio? ¿Hay algo más que descender de héroes: y es saber serlo!

¿Por dónde, después de todo, empezaron las dinastías, sino por «uno» que se salió del montón en que había nacido, para re-

montarse con las alas de condor del genio, del valor o de la virtud, a las inaccesibles alturas de lo superhumano y lo sublime?... Y dígame, señora: ¿qué es más grande?: ¿descender—pongo por caso—de Guzmán el Bueno, o ser Guzmán el Bueno? Crea usted, señora, que el sentido común está conmigo: vale más, indeciblemente más, el que se debe a sí propio lo que es, porque se ha hecho a sí mismo todo lo que es, que el que es lo que es, porque otros se lo legaron en testamento... ¿Que importa—dice el refrán—que mi padre se llame hogaza si yo me estoy muriendo de hambre?...

¿Qué importa que mi padre fuera todo un caballero, si yo soy un rufián? Y si soy un caballero, porque «me he hecho», ¿por qué no ha de ser tan glorioso descender de mí, como del Cid Campeador?... No digo que la sangre no se transmita: lo que yo no sé es dónde esté escrito que se transmita el alma. Y mientras sean del alma el valor y la virtud, el talento y el heroísmo, y el alma de cada hombre sea «creada y no transmitida», el que quiera tener en realidad todas esas preases o alguna de ellas, tiene que ver có-

mo se las compone para ganarlas a pulso.

—Está usted hasta elocuente, señor cura.

—Es que la verdad no tiene más que un camino. Y es tan hermoso ese único camino de la verdad, que por torpe que sea el dedo que lo señale, siempre encanta los ojos del que lo ve. ¿Qué quiere usted?... Me ha tocado usted a la tarara de Maricruz y he tenido que soltar toda la trompetería. ¡Es mucho tipo!

—Pues crea usted que me gusta oír a usted.

—¡A bien que hay tela cortada!

—¿Más aún?

—¡Y tanto!

—Pues nada: venga de ahí.

—Pues allá va, y Dios me ayude. Aparte las diferencias de linajes y alcurnias, sobre las que ya sabe usted cómo yo pienso, hay otro gran obstáculo para muchos matrimonios que debieran hacerse y que no se hacen. Este obstáculo insuperable es la posición financiera: el capital.

Y aquí pregunto yo: ¿para qué debe servir el dinero en este mundo? Y contesta el sentido común: pues para proporcionarse, por medio de él, el que lo tiene, lo que exigen sus necesidades y han menester sus

gustos. Y torno a preguntar: ¿habrá mayor necesidad, ni gusto más grande, que casarse con aquella persona de quien nos dice el instinto primeramente y la experiencia del trato después, que es nuestro obligado complemento? Por muy poco que valga nuestra felicidad, creo yo que habrá de valer por lo menos, por lo menos, tanto como un cortijo; y, si me apuran mucho, quizás valga algo más que una dehesa...

¡Y son tantos, tantísimos, los matrimonios que dejan de hacerse, pidiéndolos el corazón y hasta aclamándolos la sociedad, porque... falta una dehesa o hay de menos un cortijo! Con esta particularidad, señora mía: que los que más se miran en ello cuando llega la hora de tener que hacer estos despilfarros, son cabal y precisamente aquellos que más tienen. Porque yo soy un poderoso y ella es una pelantrina; porque yo soy una potentada y él es un pobre; porque mi capitalazo debe «comprarse» con otro equivalente, ¡aunque se me salten los ojos por él o por ella, me aguantaré y tres más!... ¡Mi capital me lo ha dado Dios para eso: para «sumarlo» con otro por el estilo; no para que yo,

que debo ser esclavo de lo que tengo, vaya a hacer la barbaridad inaudita de convertirme en señor de lo que es mío!... ¡Primero, mi capital; y luego, yo!... ¡Primero el relumbrón y el tronido; y luego la felicidad!... Quien tal piense, y deben de ser muchísimos los que así piensan, a juzgar por el número incontable de los que así obran, merecía el castigo del rey Midas: que se le trocara en oro cuanto tocara: ¡incluso el lecho... y el pan... y el agua... y hasta el aire!...

Y si no, concretémonos a nuestro caso... hipotético, pues ni ella ni él, ni usted ni yo, pensamos ni por soñación en que aquí haya ni siquiera posibilidad de casamiento... Pero, en fin: «un poné», como dice la gente.

¿Daría usted la dehesa de Los Llanos por un brazo, que fuera necesario amputarle a D. Miguel?

—¡La pregunta me ofende, señor cural

¿Y por las dos piernas, que tuviese en peligro? ¿Daría usted Matas-Gordas?

—No siga usted por ahí, porque no digo yo por las dos piernas: ¡por un dedo meñique del hijo de mis entrañas daría todo lo que tengo y me quedaría a pedir limosnal

—Pues la felicidad, señora, vale más, y si no, que conteste su corazón de madre, que un brazo, y que dos brazos, y quizás, quizás... tanto como dos piernas... ¡La mujer, por consiguiente, que pueda hacer feliz a D. Miguel vale (o no hay lógica en el mundo) todo lo que usted tiene! Con esta particularidad: que ella «no costaría»—fíjese usted—ella no costaría «nada» dé lo que tiene D. Miguel, que seguiría tan rico como es, gracias a Dios. Todo lo que costaría sería... lo que ella no tiene: lo que dejaría de aportar al matrimonio...

—Total: que, según usted, Maricruz hasta podría ser un gran negocio.

—Si hacía feliz a un hombre y salvaba a un alma, ¿qué duda cabe? Porque no hay que perder de vista que el matrimonio lo ha instituído Dios, «para no quemarse», como dice el Apóstol San Pablo. Y para no quemarse en el fuego de las concupiscencias pecaminosas, buscar aquel complemento de nuestra naturaleza, que pueda saciar por entero al corazón. Quien se equivoca en la elección de cónyuge, o tiene que vivir mártir, o echarse en brazos del pecado... ¡Un

«cónyuge-complemento» es hasta una garantía de felicidad eterna! ¡Hay nada más hermoso que un matrimonio por amor! Más que dos en una carne, como dice el Génesis, son dos en un alma. ¡Ya usted ve si «la media alma» del Sr. D. Miguel no es un negocio redondo, aunque esté tan descamisada y desvalida como lo está Maricruz!

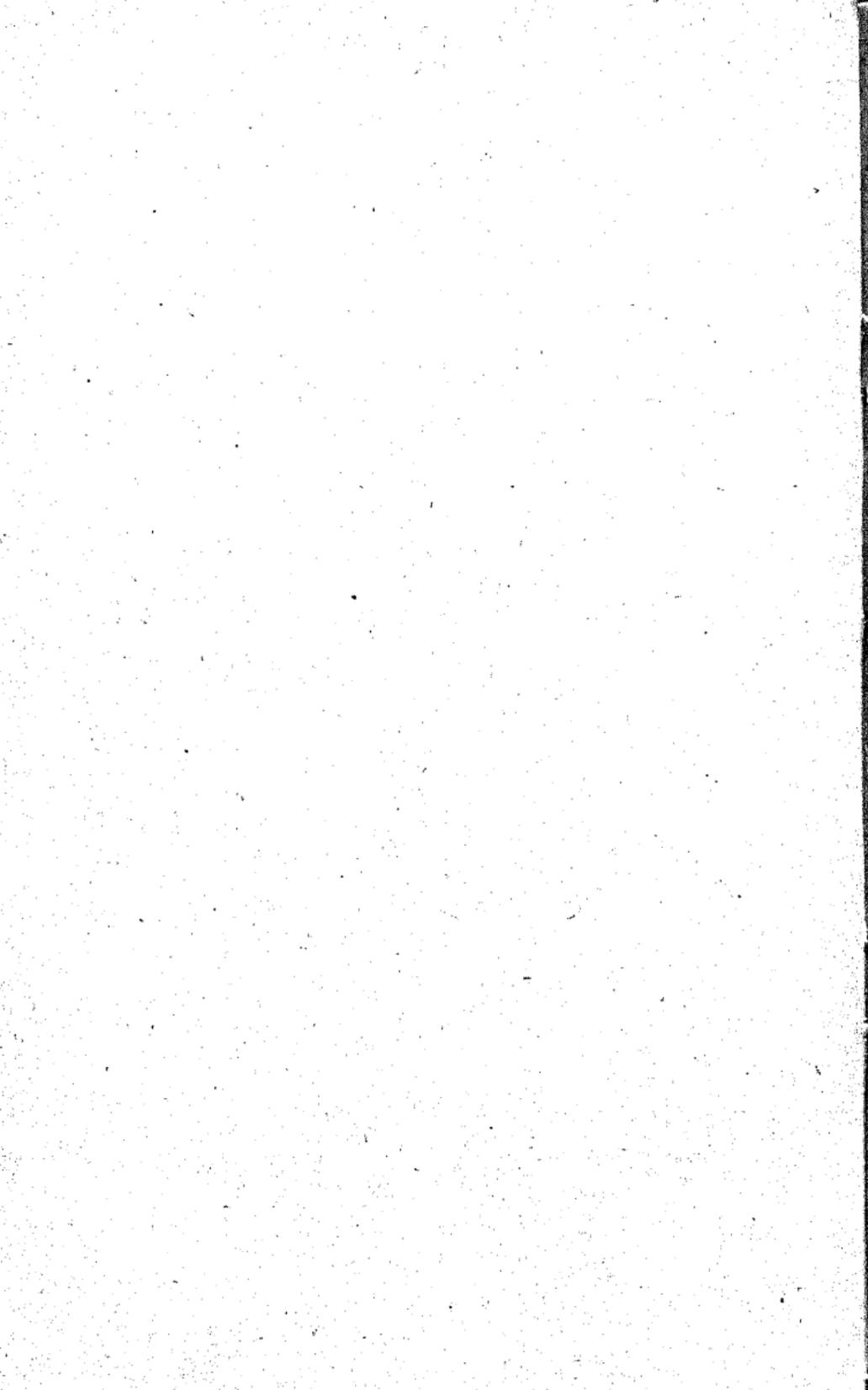
Claro que usted, como madre, quisiera... huevos y torreznos: o sea, una Maricruz como la nuestra (o mejor que nuestra), como la Maricruz de usted—porque todo lo que es Maricruz a usted y sólo a usted se lo debe—una Maricruz, repito, tal y como Dios la ha hecho y usted la ha formado, y además mucho más rica que su hijo, y descendiente de príncipes y de reyes, a ser posible.

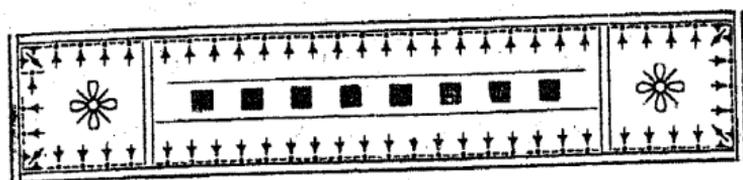
Pues considere, señora, que honra y provecho no es frecuente que quepan en un saco: y Maricruz, sin un céntimo y nacida de la tierra, vale más que «una bestia con corona»... más que «una burra cargada de dinero».

—¡Lo que toca expresivo, lo es usted!

—Es el secreto de la elocuencia.







CAPÍTULO IX

«Lirio entre espinas»

Con quien debió haber sostenido el diálogo que antecede el señor cura de Pimpolares, no fué con doña Juana precisamente; sino con el propio y mismo interesado don Miguel, quien, prendado, y prendado cada día más, de Maricruz, se creía, sin embargo, tan en alto, tan por encima de ella, como lo está la estrella de la mañana del fango de la tierra... ¡del estiércol!

¡No era nada su capitalazo fabuloso; su alcurnia encopetada y linajuda... lo que era

en la actualidad... y lo que estaba llamado a ser el día de mañana, para... suicidarse— porque esa era la expresión — casándose con una hambrienta, con una palurda... ¡con una mujer muy linda, y muy atalentada, y muy inmaculada de vida, y hasta muy enamorada de él si se quería!... pero no lo que valía él, ni tirado a la calle, ¡vaya!... ¡Tendría que oír el tío César, y con el tío César el universo mundo, si por sólo el irresistible deseo de una mujer, hiciese él la «novelada» de prescindir de todo lo prescindible, se liase la manta a la cabeza y se casase con Mari-cruz!

.....

Cierto que había habido en el mundo antes de entonces matrimonios desiguales.. ¡en fin: hasta morganáticos!... Pero algo habría habido en la mujer de humilde condición para hacer a todo un príncipe decidirse a descender hasta ella y... ¡Y catara usted ahí una cosa, con la que él no estaba conforme!: con que hubiera habido en el mundo mujer alguna ni tan linda de cara, ni tan arrogante de cuerpo, ni tan honrada de proceder... ¡tan buena... tan heroica... tan san-

ta .. ¡tan adorable!, como «la pobrecita de su alma»!... ¿Honrada hasta el hambre?... ¿Honrada hasta... la deshonra?... ¡Presentaran todos los historiadores de la verdad y hasta todos los novelistas de la verosimilitud otro caso, más de clavo pasado, de ponerse el mundo por montera y llevar a cabo «el heroísmo de hacer su propia felicidad»...

No era que él estuviera decidido a hacerlo, ¿sabía usted?, sino que ¡vamos! que si lo hiciera, no era cosa como para tener que avergonzarse de ella ante las gentes... ¿Qué? ¿que es pobre? A bien que yo soy rico: ¡el primer contribuyente de la provincia, gracias a Dios! ¡Pero diga usted que no es buena; que no es hermosa; que no está bien acendrada en el crisol del martirio; que no me quiere... ¡santo Dios, lo que sería esa mujer, puesta a «poder quererme» y hasta a «deber quererme», cuando, queriendo y debiendo no quererme, y hasta si me apuran mucho, debiendo odiarme, me repulsa, es verdad, y hasta me amenaza con una márcola; pero no me aborrece: ¡me ama aún!!!...

—Entonces ¿no me odias?

—¡De más sabes tú que no!

Y me envolvió en una mirada de amor, que fué una caricia... pero de lejos... ¡desde el altar!... ¡como es la mirada de los ojos de la Virgen del Rocío a sus hijos los pecadores!...

Yo estaba ciego aquel día, lo confieso: y más que de amor a ella, de amor propio herido y de vanidad pisoteada... ¡Bien empleado me estuvo! ¡Fuí por lana, y salí trasquilado!...

Lo que yo debiera hacer, si fuese otro, era ahuecar el ala y volverme a mi Madrid de mis entretelas,

Que ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y aviva el grande;

pero aquí me tiene usted encariñado con esto, como un hidalgo de gotera, sin que me pida el cuerpo moverme del rincón de Pimpollares, sino vivir aquí... ¡morirme aquí, sin saber de otra cosa, más que de esa mujer de mis pecados, que me ha vuelto tarumba y

que me tiene hecho un ovillo... sin que esto quiera decir que haga la... barrabasada de llevarla al altar!

...
 ¡No! pues lo que toca otro, no se la lleva!... ¡Tuviera que ver que Olillo el del aporador del notario, o el animalote de Tolomé se alzarán con el santo y la limosna, dejándome a mí a la luna de Valencia!... No se ha hecho la miel para la boca del asno, y antes que consentir profanación tamaña... ¡qué sé yo!... ¡un disparatel... ¡Esa mujer es mía, por derecho de fundación y de conquista!... ¡Ay del que osara atravesarse entre los dos!

...
 Claro que esto no dice nada, ni prejuzga nada «todavía». El tiempo es muy largo, y lo que ha de ser para toda la vida no es sensato resolverlo de una corazonada de un instante.

...
 Bueno: todo eso estaría muy en su punto, si ésta fuera la primera vez que se me hubiese ocurrido semejante idea. Pero ¡si es mi obsesión, mi pesadilla, la sombra, como si

fuese la de mí mismo que me acompaña adondequiera que voy, unas veces delante y otras detrás, pero conmigo siempre!... Si pudiera yo poner en práctica su consejo—arráncame de tu corazón, pero de cuajo, como yo te he arrancado del mío... Cuesta trabajo: ¿sabes?... ¿Trabajo he dicho?... ¡Ansias! ¡fatigas de muerte!! Pero Dios viene en ayuda del que busca su reino y su justicia, y se sale con el corazón despedazado, como yo; pero con la frente serena, como yo—.

¡Ah, no! Mujer que siente de esa manera (porque si no sintiese de esa manera no hablaría así); mujer que así siente y así obra, porque así habla—Maricruz es toda verdad—, mujer de esos arriscos de heroína, de ese temperamento psicológico, de ese temple de alma, no es para dejársela ir de entre las manos... ¡Esa mujer es necesario adquirirla a cualquier precio!... Esa mujer vale más que yo, con todo lo que tengo puesto de añadidura... Esa mujer... esa mujer... pudiera no ser tan bravía—por más que entonces sería otra, que no ella—y eso es precisamente su mayor encanto: su inaccesibilidad y su pureza; pureza que dejaría de ser

incontaminada, en cuanto fuese asequible... bien así como la luz, que dejaría de ser luz en cuanto se fundiera con las sombras.

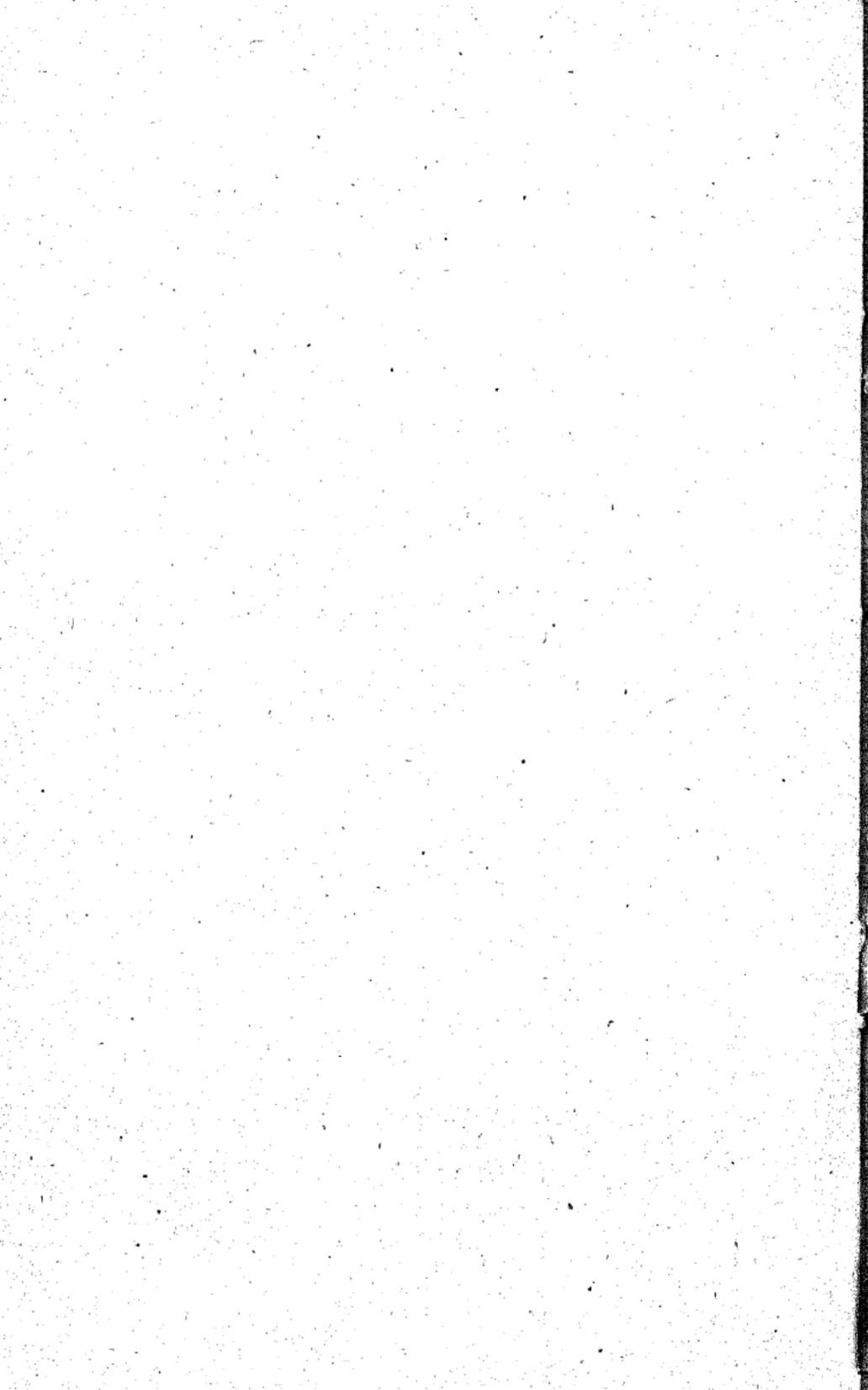
Por tanto, o Maricruz tal cual es, es decir: imposible, sino por el matrimonio, o una de tantas mujeres, como hay al barrer por todas partes, que tuviese por nombre—Maricruz—Maricruz... Maricruz... Hasta el nombre lo tiene bonito y apropiado a lo que es y como es: Mari, María; y quien dice María dice «huerto cerrado,, y fuente sellada y lirio entre espinas»... ¡Justo! ¡justo! ¡Maricruz!: lirio entre espinas: pureza incontaminada, enclavada en una cruz...—Cuesta trabajo, ¿sabes?... ¿Trabajo he dicho?... ¡Ansias! ¡fatigas de muerte!... Pero Dios viene en ayuda del que busca su reino y su justicia; y se sale con el corazón despedazado, como yo; pero con la frente serena, como yo—.

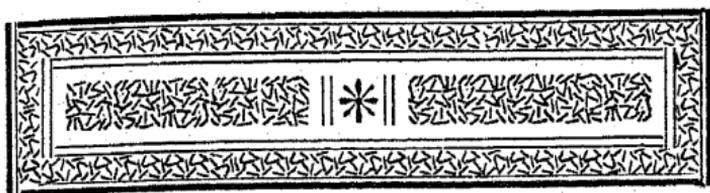
¡Frente serena y limpia, y corazón destrozado y chorreando sangre!... Lirio entre espinas... o «Maricruz»...

¿Y quién le entra a mi madre y quién aborda al tío César?...

¡Por vida del cascabel y por vida del gatol!...

¡Ma... ri... cruz...!





CAPÍTULO X

El «San Juan»

—Anda, mujé; no seas tonta: que es jasta un pecao mortá enterrarse en vía. ¡Está poco bonito! La méica nueva nos ha prestaó er cuadro, que es de lienzo, y con caña dorá, y lo himos puesto en er portá de la calle de en ca e la Chucha, que está de rechupete. Titito er portá, vestío de corchas grana. Unas cortinas de encaje de señá Anita con su cenefa dorá pa encima er Santo. Y alospué er San Juan, que tedigo es pa verlo, y el artá, llenito de arriba abajo de macetas

de santamaría blancas y tititos los velones que himos poío percanceá. ¡Un ascua de oro cuando esté encendió!... Olillo y los muchachos e la calle han dío a los pinale por chamiza, y la Pura y Getrúe y Mariarvalle a la jornilla e la brea por escamocho y se han puesto en la plazoleta dos cazuelas, ca una en su tranca, que cuando esté aquello encendió esta noche, no te quió decí lo güeno que va está... ¡Un San Juan, que rejastallí! ¡vaya! como no es posible que se ponga otro en er pueblo... ¡ni en muchísimas capitale!

Y le dije a ésta: amos a llegarno ancá Maricrú, a conviarla pa la fiesta de esta noche. ¡Está la criatura que parece gallina en corrá ajeno, y es un doló que teniendo güenas amigas como tiene, esté pasando la vía empaerál

Asín que ya lo sabe, que nos tenemo que dí a acarreá maceta pa los reore, y alospué peinarno y vestirno. A las díe se echa mano a la fiesta, y toas tenemo muchísimo gusto en que vayas.. Lo del hábito no es inconveniente. Si fuá un luto, güeno; pero un hábito de la Virgen de los Dolore no es pecao dí a una fiesta ni bailá tres coplas de sigui-

rilla. De mó que te esperamo: ya lo sabe. No vaya a sé como pa las cruce, que no te se vió er porvo por ninguna parte. Tú no has jecho ninguna muerte, pa está encerrá, y jasta er Señó lo dijo: que cuando naciera San Juan, tenía que bailá titito er mundo.

—Yo te agradezco muchísimo el convite, Encarnación. Pero a fiestas no voy. No tengo madre, ni hermanas con quienes ir, ni un hermano, ni un tío siquiera, que pudiera sacar la cara por una en un momento que fuera menester. Una mocita sola, no está bien en ninguna parte, nada más que en su casa. Si está una encogida y en su lugar—¿a qué habrá venido aquí este avefría?—y si está una alegre y retozona—que si fué, que si vino, que si habló, que si miró—. En su casa de una no se le estorba a nadie, y está una quitada de chismes y habladurías.

—Po hija : pa eso un convento, y lo que toca eso no es viví.

—Los conventos, para las que tengan vocación de monja, y lo que es yo no la tengo. Todito lo que tú veas en el mundo, me gusta a mí como a la primera. Pero una niña mocita es una cosa muy delicada, y no quiero

dar lugar a que me traigan ni a que me lleven. Bastante me trajeron y me llevaron cuando salí de la casa... Así, hija, que el gato escaldado, del agua fría huye.

—Pues, hija: toas como tú, que has recuperao tu güen nombre, al otro día como quien dice.

—Es que hay un Dios en el cielo, que saca la cara por los suyos.

—En tí bien que se ha visto. Porque lo que toca la arción de la viuda cuando la visita de los Sagrario, eso se pone en papele y no se cree. No porque tú no te lo mereciera, ¿sabes?, sino porque ¡contra! fué mucha gofe-tá a su hijo hacer aquello.

—Sí que lo hubiera sido, de ser verdad lo que la gente supuso, yo no sé porqué. Porque el señorito no me ha faltado nunca, ni con el pensamiento. Es que yo soy muy republicana, y lo he sido siempre, y no me ha gustao nunca que me gobierne nadie. Mientras ellos estuvieron fuera, yo no hacía más que mi santísima voluntad. Cuando ellos volvieron ya no era lo mismo, y para un pedazo de pan que una necesita, en su casa se lo gana, en paz y gracia de Dios. Por eso

me salí: créetelo. Pero como la gente se pone siempre en lo peor, armaron el caramillo que todo el mundo sabe, y no sólo perdí yo, sino hasta el pobre del señorito.

Así, que lo que hizo la señora no fué darle una bofetada a su hijo—¡buena es ella para hacer eso!... ¡Mira tú, cuando lo idolatra!—, sino simplemente abrazarme y besar-me, porque, la verdad: me quiere, como yo la quiero a ella, y hacía más de dos meses que no nos veíamos.

Yo te aseguro a tí que la señora no es capaz de darle al señorito un revolcón, y en público, menos. Hizo lo que le mandó su corazón de madre para conmigo; pero, ¡sin restarle ni tanto así a lo que tiene obligación de hacer con su hijo de verdad!

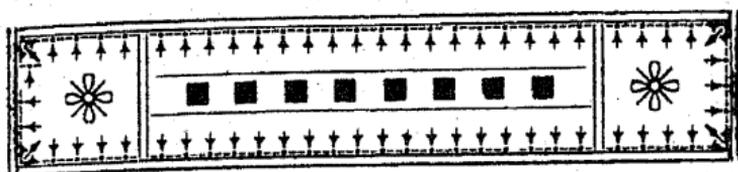
El señorito es muy decente y muy caballero, ¿sabes?, y bastaba de media vez que yo hubiera estado en casa de su madre, para que, aunque se le hubiesen saltado los ojos por mí, me hubiese mirado con un lente.

¡Esa gente tan grande no se rebajan a mirar a una criada de servicio!... Es mucho un Don Miguel Diosdado, para prendarse de una fregona... ¡Mira tú, cuando está rifado en

Sevilla y en Madrid... ¡y en el universo mundial... Desengáñate, Encarnación: ese hombre no ha pensado nunca en mí, ni para bueno ni para malo... ¡Un mal paso que yo dí, saliéndome de la casa sin motivo, que nos hizo, por de pronto, perder a todos, aunque ya, gracias a Dios, están todas las cosas en su lugar.

—Verdá, hija, que sí; ¡verdá que sí!: que lo que toca tu papé en Pimpollare está más arto que la veleta der campanario, y que en diciéndose «Maricrú» to er mundo boca abajo. Jaces bien con no vení ar San Juan, ni con dí a fiestas ninguna, ni asomá las narices ni a la puerta... Vale má tu güena fama que tititas las diversione der mundo.

Yo, la verdá: porque me da lástima er verte enterrá en vía entre estas cuatro paere... (porque esto es un intierro ¡de beneficio!); pero veo que jaces mu rebién con está tan arrecogía, aunque una ande por ahí, como un verso suerto, lampando por un novio... ¡Hija!, ¡qué remala suerte!... ¡Tantcs hombres en er mundo y ninguno pa mí!... ¡Contra!...



CAPÍTULO XI

«Bandera española»

Con la cogida de la aceituna se empalmó sin solución de continuidad la escarda de los sembrados. Con la escarda de los sembrados se dió la mano el sulfatado de las viñas, y con el sulfatado de las viñas, la otra escarda y el otro sulfatado...

Maricruz no dejó ni un solo día de salir a ganar su jornal. No tenía otro patrimonio que su trabajo, ni quería dejar de estar entre gentes que viesan a diario y a toda hora la limpidez de su vida.

En esto vino la siega, que hacen sólo los hombres en Pimpollares, siendo de la incumbencia de las mujeres el arrancar los yeros y los garbanzos, faena que se hace de madrugada, quedando el resto del día para que haga cada uno lo que le venga en gusto.

Nuestra heroína, que andaba escasilla de vestuario y no muy bien provista de menaje de casa, empleaba las tardes—desde eso de las tres en que empieza a soplar la marea hasta la puesta del sol—en salir a espigar por los rastrojos. Es un derecho que tienen los pobres, derecho cuyo origen se remonta a los tiempos bíblicos, de hacer suyas, a costa de su trabajo y su paciencia, las espigas que fueron dejando tras de sí los segadores, y en un año abundante de cosecha, como aquél, podía el que fuese trabajador y que-rencioso juntar una razonable pacotilla. Claro que nunca mucho, por aquello de que nadie lamiendo engorda. Pero también es verdad que menos da una piedra, y que muchos poquitos hacen un cirio pascual.

Solía Maricruz, para ir a espigar, proveerse de compañía, pues no está bien mirado por allí una doncella sola por los campos.

Pero alguna que otra vez, o no la hallaba, o podía aplicarse a la que le salía lo de «más vale sólo que mal acompañado», por donde no era tampoco cosa del otro jueves el que fuese o volviese sin otra compañía que la del ángel de su guarda.

Y hay en el término de Pimpollares, allá por tierras del Alcaracejo, un callejón llamado de las Pitas, que más que callejón formado de empalizadas y vallados, es toda una barranca, por la que apenas cabe una bestia con angarillas, flanqueada de un lado y de otro por taludes altísimos, tapizados de las pitas que le dan nombre, entre espinos majoletos y zarzamoras, carrascas y chumberas, murtas y lentiscos. Es el camino obligado para ir y venir del Alcaracejo, donde radica la mayor riqueza de Pimpollares, así en viñedos y olivos, como en tierras de calma o pan llevar, y allí era donde andaba al espigado Maricruz, durante la temporada de la siega.

Y hermosa, porque así la había hecho Dios; con el pañuelo a la judía, reatado a la cabeza; el vestido recogido a la cintura formando pabellones sobre las enaguillas de

cotín, y el amplio delantal lleno de espigas, parecía otra Rut moabita, de retorno de los campos de Booz... No ciertamente porque ella osase espigar en la campiña del Booz de sus amores, pues tuvo muy buen cuidado, en su delicadeza, de no poner la planta en sembrados que fuesen de la propiedad de sus antiguos amos; sino por la belleza de su tipo y lo bíblico-patriarcal de su faena.

Por haber ido sola aquella tarde y no haber tenido, por ende, con quien hablar, habíase enfrascado en sus pensamientos, como se enfrascaba siempre que estaba sola; y su pensamiento entonces, y su pensamiento siempre, era... ¡Miguel!

¡Era tan terco, tan testarudo—¡si lo conocería ella!—, y había salido tan mal parado en sus dos intentonas anteriores, que era imposible de todo punto que se aviniera a resignarse con el apabullamiento y el descalabro! ¡Algo tenía que hacer, dada su posición y su soberbia, en desquite del par de banderillas ¡de fuego! que le había colocado en su amor propio!

Con eso contaba ella, como con que se tenía que morir. ¿Cuándo y en dónde? ¡Adivi-

nal Pero que tenía que ser. ¡como ese soll...

—Yo no lo miré siquiera durante toda la visita de Sagrarios, aunque los ojitos de la cara se me iban tras él... Pero, ¿por qué no ha de hacer él otro tanto? ¿Por qué no pone los ojos en otra de su igual y me deja a mí.. morirme en un rincón?... Si yo, aunque lo idolatro, no lo quiero, ¡¡que me olvide de una vez, aunque se despedace el corazón!! ¿No predica el padre Cura que dice el Evangelio: «si tu ojo te escandaliza, sálatelo, y si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelos y arrójalos lejos de tí»?... Pues que haga él eso con su corazón, como lo he hecho yo con el mío, arrancármelo de cuajo, ¡tú sabes, Madre mía, cuánto me costó!... ¡¡y cuánto me sigue costando; pues si el ojo se puede saltar y tirarlo, y cortarse las manos y los pies y hacer lo mismo, el corazón, o no se arranca nunca de verdad, o retoña el muy infame al otro día!

¡Ojalá se enamorase de otra mujer y se casara con ella como Dios manda, y tuviera sus hijos, porque eso es lo natural... aunque yo me muriera... Pero que me deje a mí vivir tranquila, sin este sobresalto que me qui-

ta el sueño, ¡no de caer, porque eso no será nunca, mientras Dios no me deje de la mano—y Dios no deja a nadie!—sino de si se atreverá a otra intentona, como las de marras, por donde vuelva yo a andar en boca de las gentes.

¡No lo dejes, Madre mía!

Y recogió Maricruz los manojos de espigas que había recolectado aquella tarde, pues se le venía encima el crepúsculo y no quería entrar por el pueblo a boca de noche. Los apretó contra el lienzo del delantal, atravesó la rastrojera camino del callejón del Alcaracejo, donde pensaba coger unos ramos de murta florida para llevárselos a la Virgen cuando fuese al rosario por la noche, y se entró por la sombría barranca, donde los tenía vistos desde que pasó por ella a media tarde.

A mitad del callejón sintió detrás de sí las pisadas de un caballo, que caminaba hacia el pueblo a buen andar. Aceleró la marcha, para ganar una anchura del camino, pues estaba a la sazón en lo más accidentado y

más angosto, y al volver la vista atrás, pues el jinete se le venía casi encima, vió... ¡Madre suya de su corazón y de su alma, lo que vió destacarse de sobre el verde fondo de la barrancal... una jaca hermosísima, con magníficos arreos a la andaluza, erguida la cabeza escultural y rozándose la cincha con los cascos delanteros... y encima, y manejándola como a una pluma, vestido a lo campesino y con el blanco sombrero de ala ancha tirado hacia atrás, a manera de nimbo de la varonil cabeza... ¡al propio D. Miguel de su pesadilla, que volvía de la dehesa de Los Llanos!...

.....

Maricruz se puso pálida, lo mismo que las espigas que llevaba en el delantal, y que, sin darse ella cuenta, se le cayeron al suelo, y el galán, más colorado que la faja que asomaba por debajo de la corta chaquetilla de crujillo—la bandera española entre los dos—. La moza se replegó contra el talud de la derecha, hasta quedar enredada entre unas zarzas—¡lirio entre espinas!—y el señor, acortando el rendaje todo lo que pudo, para no atropellarla, pasó... ¡¡pasó junto a

ella... rozándola la cara, sin querer, con el pico del pernil de los bordados zahones!!... Ella clavó los ojos en el suelo, petrificada, como si fuere la estatua del terror, y él levantó los suyos hacia lo alto, como si le interesasen muchísimo los copos de la higuera cabra-higo que crecía en lo elevado del repecho... Ni el uno dijo ¡adiós!, ni la otra tuvo alientos para decir ¡vaya usted con Dios!, cosa que no se omite nunca por los campos de por allí, ni aun entre los que se ven por por vez primera... y aunque la escena duró aún menos de lo que se invierte en relatarla, jamás hubo en la historia nada más largo, nada más lento, ¡nada de duración más desesperadora! que lo que hubo de parecerles a una y otro...

.....

Como quien se quita de encima del pecho el peso de... ¡una cordillera de montañas!, Maricruz respiró tranquila cuando lo vió trasponer del lado de allá de una de las sinuosidades del camino. ¡Por fin la respetaba! No así él, al alejarse, pues quiso respirar a pulmón abierto y sintió como que una mano de hierro le atenazaba la garganta y que

un escozor, que no estaba en sus libros de hombre hecho, le llenaba de... «lo que fuera» los lagrimales...

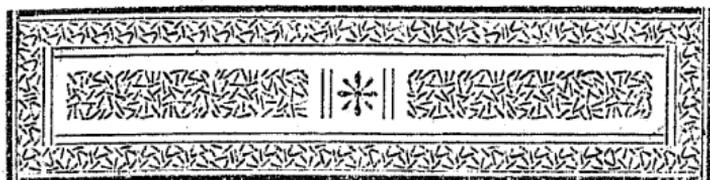
¡Quisiera él ver al tío César en trance como aquél...

—¡¡Jaaaca!!

.....







CAPÍTULO XII

La tos de Tolo

—La verdá, Maricrú, que siempre himo síc amigo, y nos himos tenío endeje chico voluntá.

—Sí que es verdad.

—¡Y que éramos más chico que un culantro y ya... nos estimábamo, vamos ar decí! ¿Te acuerdas cuando achocaste a D. Miguelé por mó de mí, en er callejón de la Cuesta?

—Sí que me acuerdo.

—Po deje entonce... ¡deje entonce!...

¡ejem... ejem... ejem!... ¡Dio, y qué tosigue-
ral... Me bañé la otra tarde pa quitarme er
porvo de la paja, porque estamos jaciendo un
armιά en er corrá e Palote, y a la cuenta me
habré refriao, y cácala ahí esta tosiguera que
no me se quita.

—Eso, enjundia de gallina por las noches
antes de acostarte: verás qué bueno es.

—Lo digo ar tanto, porque tú habrás re-
cebío muchas memorias de mi parte... que
te las he mandao siempre que ha habío oca-
sión, ¿no verdá?... Po eso quiere decí que me
acuerdo de ti la mar de vece y que... ¡ejem!...
¡ejem!... ¡ejem!... ¡Por vía e la to!... ¡ejem!...
¡ejem!

—¡Enjundia de gallina, y no seas tonto!

—Sí que me la vy a juntá, que mi madre
tiene una pella, pegá en la paré, de una ga-
llina que se mató cuando las calentura de
mi madrina, que tan malita estuvo po el lao
allá e los Santo, que jasta le dieron Su Ma-
jestá... De moo que cuantito llegue, que lle-
gue a mi casa, ya me la esty juntando... Y a
propósito e gallinas: ¿quiés que te traiga dos
polla de una echaura que tiene mi madre, y

que están pa estrenarse de un día a otro? Cuantito se lo diga a mi madre que son pa tí, ya me las está dando, sin reparo ninguno... ¡No te quíe a tí ná mi madre, en gracia e Dió!

—Sí que me quiere... Como yo a ella.

—¡Po ya se ve!... ¡Yo creo que eso es de familia! ¡Ejem!... ¡ejem!... ¡ejem!...

—¿Quieres un terrón de azúcar, que casualmente tengo ahí un real, pa el café de por las mañanas?... Deja; te voy a ir por él; verás cómo se te quita.

—Déjalo; ¡con la injundia!... De moo que te traeré las dos pollas, que sobre un güevo pone la gallina.

—¡Y tanto!

—Po acabábamos ahora con la paja, y fi y dije, digo: ¡Na más que por to eso vy a darle una caraíta a Maricrú!

—¡Pues tantísimas gracias, Tolomé!

—No hay por qué darla. Porque yo te he tenío siempre mu güena voluntá, ¿estás tú?... endeje chiquetillo... ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem!... ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem! ¡Na, que va a sé seme-neaté que vaigas po la zuca!

—¿Lo ves tú?

—Echatelo en la boca, que se deshaga con la saliva, verás cómo se te calma por de pronto...

—¿Has arrecogió mucho de la espiga?

—Cuartilla y media, poco más, poco menos... ¡Pa unos zapatos!

—Po nosotros no himo escapao malamente ogaño con la sintera. Trigo pa el año hay... aunque se aumentara la familia... esto es un poné... ¡ejem! ¡ejem! ¡ejem!... Y alospué cinco fanegas e maí, que se lo están precutando a mi madre tos los días, lo cuar que yo no quió que lo venda... a ve si con eso y con los jigos... y unas faneguillas e borujo que se merquen allá pa la moliná, engordábamos un cochinito, y con eso y con nuestro trigo, ¡mejón que e Rey!... ¿Te gusta a tí el lomo en aobo?

—Sí que me gusta.

—Po me alegro tantísimo... Con eso lo probarás...

—No, hombre; en las casas de los pobres hace falta todo. Y no es cosa de matar un cochino en una casa de familia y salir repartiéndolo entre éste y el otro.

—¡Es que tú no eres pa mí éste ni el otro! tú... si tú fueras otra... ¡ejem!... ¡ejem! ¡por vía e la tosiguera!...

—¡La enjundia!

—Po como te iba diciendo, nosotros semos más probe que la tierra... Pero que semos trabajaore lo mismo mi madre, ¡lo que briega esa mujé! que yo; y millones no tenemos, ni es semenésté millones pa viví a gusto, cuando se vive con presonas... que las quiere uno... y ¡ejem, ejem!... ¡ejem!... ¡Na; que me vy a tené que dí, por mó e la tó!

—Vete, si quieres... La enjundia, a cualquier hora que se la ponga uno, suaviza y hace bien... ¿Sabes tú lo que es también muy bueno? Un puro de orozuz...

—Casuarmente lo hay en mi corrá... Cuan-tito llegue, arranco una mata... Como está en la vera der Regajillo, po se cría allí mu bien... ¡Está más jermoso er corrá!... Ca tomatera, lo mismo que un pinete, con ca tomate, como cabezas e chiquillo... ¡Aquer corrá en manos e una mujé nueva que sea trabajaoral... ¡Pa mantené una casa e fami-

lia!... ¡Na mal!... ¡Ya mi madre está mu vieja y mu cascá la probe!

—¿Vieja?... ¡Pues si vine yo una tarde con ella de la espiga y está hecha una muchacha!... ¡Un canasto de brevas traía del cercao, que no podían ni dos hombres con él...

—¿Y qué?... ha trabajao mucho la infelí y está mu estroná... ¡El rejo que tiene y la querencia es lo que la tiene en pié!... ¡Bien que me lo dice! ¡Lo que tú debía de jacé era buscá una mujé güena y trabajaora, y ¡ejem! ¡ejem!

—¿Pues sabes que estás tú bueno con la tos? Anda, vete y acuéstate y haz por sudar. Los catarros de verano son peores todavía que los de invierno, y como no se cuiden, hay pan pa la rana... Esto no es echarte, ¿sabes?... Sino que me da hasta fatiga de oírte toser tantísimo...

—Sí que me vy a dí; ahora, que yo no quería dirme sin que queáramos en argo... ¡ejem!... ¡ejem!

—¿Lo ves? en cuanto empiezas a hablar te entra la tos... No te vayas si no quieres; pero cállate.

—Es que si me callo... ¡ejem! ¡ejem! no te lo digo... y yo ¡ejem!... ¡ejem!, quería... ¡ejem!... ¡ejem!... ¡ejem!... decirte... ¡ejem! ¡ejem!, que si me querías... ¡ejem!... ¡ejem!

—¿Lo ves como no puedes echar la palabra del cuerpo... con la tos?

—¡Ejem!... ¡ejem! ¡por novio!... ¡Po aquí me tenías penene, endeje por la mañana jasta la noche, con má fe pa er queré que... un mulo pa sacá agua de una noria... Yo quiero sé tu novio, como Dios manda, Maricrú... y que tú sea el ama de mi casa y la reina de mi corrá y la hija ligítima de mi madre... ¡contra! que jasta me se ha quitao la tosiguera... y sé mu güeno pa tí... y trabajá de so a so, pa ganarte mu güenos jornale, y que no escaescas de na... y llevarte a la feria e Manzanilla y comprarte arvellanas y arfajó... y quitarte de trompezón en er mundo y de jablaurías de las malas lenguas, y defenderte manque sea... ¡contra! ¡¡con una márcola!! der que te quíá jurgá ni ar pelo de la ropa... ¡Dió, y qué suores e muerte me ha costao rompé, porque te he dao más güertas, que una ruela volaora... Pero ya que he rompío... ¡¡y tan bien rompío, contra!! tú dirá, por-

que pa sentenciá un pleito es semenesté oí dambas parte, tú dirá si porra aentro, o porra ajuera... Me paece que la gente, jablando se entiende, ¡contra!, y lo que es expediente pa jablá no me farta... Si te güelo un poco a vino, es porque me ha tomao medio litro pa quitarme la vergüenza... pero que esty en mis cabale pa enterarme de to; y si no, miá como te digo que primero me has dicho que me junte injundia, y alospué que chupe arazú, y alospué que tome pa suá. ¡Miá tú si esty en mis cabale, pa enterarme lo que me digal... ¡A mí no hay mujé que no me paezca un montón-de pajal!... Tú, tú, y na más que tú es la que me quita a mí er sentío y me trae tirando piedras por las calles... Jasta la copla lo dice:

Por las calle tiro piedra;
ar que le den, que perdone;
tengo la cabeza loca
de puras cavilacione.

—¡Vaya si te has aliviado de la tosl

—¡Y lo güeno que me tengo que poné,
cuantito me digas que sí, que semos no-
vios...

—Eso, Bartolomé, eso...

—¡Tose, mujé!

—No: yo no estoy resfriada como tú: pero eso que tú quieres... no puede ser... a lo menos por ahora.

--Es que yo espero un mes... y aguardo un año... y a mí me da lo mismo a ocho que a ochenta. Yo lo que quiero es dejarte arre-cotá, y sabé que no has de ser pa naide, na más que pa mí.

—Mira, Bartolo: agradeciéndote mucho tu buena voluntad, a la que te correspondo como amiga, hoy por hoy no quiero comprometerme contigo ni con nadie. Quiero estar libre y sin compromisos ni trabas de ningún género. Hoy por hoy, ni tengo relaciones de noviazgo... ni las quiero... ni las piensa contraer... Querer... lo que se llama querer, no quiero a nadie, y no voy a decirle a un hombre: te quiero, sin quererlo.

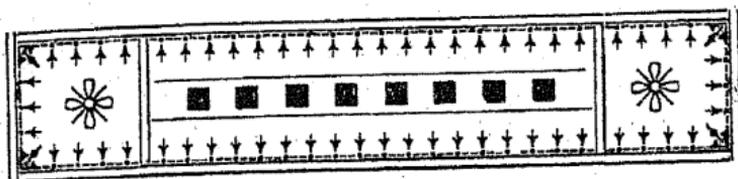
Mucho te estimo y te he estimado. siempre y muy agradecida que te estoy... Quererte como novia, la verdad: no te quiero; y decirte que te quiero sería engañarte... Vamos a seguir de amigos como siempre... Y

descuida: que si algún día te llegara a querer... tú me lo conocerías.

Por ahora, ni contigo ni con nadie. ¡Tú lo verás!

—¡¡¡Por vínchale!!!





CAPÍTULO XIII

La criada responde

—Titito lo que usted quiera, señorito de mi arma. Pero lo que toca eso, de maneras ninguna. Considere usted que yo estoy entre dos fuegos, como el otro que dice: entre usted y la señora; y que naide pué servir a dos señore, como decía er Señor cuando andaba por la tierra... Yo...

—Pero si es una carta, todo lo más honesta y más decente que se le puede escribir a una señorita...

—Po ¿y qué quiere usted? Yo no doy un paso en ese terreno, sin que me lo mande la

señora, asín me dieran la jesa e Matas-Gordas por er mandao. De contrabandista a ladrón no hay más que un escalón, y no quió comenzá por contrabandista. Esa carta, o es pa argo que no se debe de jacé, y yo no la llevo, o es pa argo de lo que naide tiene que avergonzarse, y en ese caso debe de saberlo la señora. Muchísimo quiero a usté, y muchísimo tengo que agradecé a la casa. Pero primero que meté baza en este asunto, a cogé colillas por las calle, como Gertrúe la er Pingo. Yo no, yo no. ¡Primero entre cuatro blandone, que ar cábo de mis días con esa charretela!.. ¿Bruna Lope, metía a correo de gabinete?.. ¡Yo no, y yo no!

—Pero mira, mujer...

—No tengo que mirá ná. Que me la dé la señora (no porque usté no sesnifique pa mí lo mismo que ella, ¿está usté?) Pero, como usté comprenderá, a la señora no pué gustarle, y no quiero que tenga que decí de mí que soy como los gitano, que si no la pegan a la entrá, la pegan a la salía. Si de tanto interé es pa usté que llegue a su podé esa carta, ¿por qué no se la manda usté con... otra que esté... más esacupá?

—Porque se la he mandado por otros varios conductos, y me la ha devuelto como la ves... Porque esa mujer es una fiera, y cree que yo no puedo dirigirme a ella como no sea para malo... Y no, Bruna, no: yo te juro por lo más sagrado de este mundo, ¡por... la salud de mi madre!, que no abrigo para con ella ni la más leve mala intención: es que no puedo vivir sin ella... que estoy enamorado, como nunca me pasó por las mientes que lo pudiera estar... que me hallo dispuesto hasta a casarme con ella, así se hunda el mundo, y se lo hago saber...

—Po cate usted ahí una cosa que la debe sabé la señora antes que naide... Na: que dele usted las güertas que le dé, esa carta no pué dí por conduerto de Bruna, como no lleve er visto güeno de la señora. ¿Por qué no se la manda usted a un amigo de Madrí u de Sevilla, pa que se la echen ar correo?

—¡Porque hasta eso he hecho y ha dado la callada por respuesta! Porque eso no es mujer.. ¡eso es. . un jabato!

—¡Sí, que es de lujo! Y esa nos pegaba a tó, cuando agarrara la jáquima der gobierno.

—Las riendas querrás decir.

—Yo, ¡cosa e bestias mayores es!... De móo que por lamó de Dios, señorito, mírese usté bien en er paso que da. No porque yo no la quiera, ni sea la primera en reconocé su mérito, que lo tiene mu regrande: sino porque ni es de su periguá de usté, ni es posible que eso sea der gusto de la señora, ni ese es er camino er Puerto. Esa mujé no le pega a usté ni con cerote; y eso no se pué llamá nunca Doña Maricrú. La mujé que tiene que llevá esta casa, porque semos mortale y la señora tendrá que fartá algún día, tiene que sé una señorona como ella: la primera señora der Condao y de la provincia e Güerva... escapá, jasta de jablá en francés como ella... que lo mismo trate una cosecha de corcho y una piara e borregas, que se siente a comé con er Gobernadó o con el Arzobispo... que si tiene que dí a la jesa, se siente a enseñarle a rezá a los chiquillos de los porquero, y si tiene que dí a Madrí, se ponga a jugá juegos de prenda con la Reina de titita España... La señora de la casa de Diosdao... ¡tié que sé... una cosa que no sea de este mundo!... ¡Hay que vé lo que es esta casa endeje que Dios nació, porque cuan-

do la Vigen vino a España, dicen que le mandaba memorias a la señora que había entonces, ¡pa que una Maricrú (mi palabra no la ofenda) venga con sus manos lavás a sentarse en este trono... ¡en este camarín!, porque esto es un artá, que lo esacupa una santa y lo herea otra... como el artá de Santa Cilomena, que han puesto ahora ar Corazón de Jesús!...

Y lo que toca mientras viva la señora, no debía usté jacerla pasá por esa rueda de cuchillos de Santa Catalina. La señora no púe ver con güenos ojos una boa semejante. Y cudiao que ella es la primera en reconocé er mérito de la muchacha, porque eso es una santa de los artare, andando por sus pies, y más bonita que la estrella de la mañana, porque está la criatura que parece un serafín, y sabiendo más que las once mir vígene de tó lo crio, porque pa sabé de tó, sabe ¡jasta la gramática!, que tenía un libro y se llevaba las horas muerta: ¡Tres por tres!, ¡quince! ¡Quince por tres!, ¡nueve! Que jasta me dolía la cabeza de oirla relatá... Que lo que yo le decía: ¡Pa qué esos quebraeros e cabeza, amos a ve?... ¡No es mejón dí echan-

do chícharos en una esportilla y alospué se cuentan y así no hay cuenta que marre? Po ná: ella, que tijeretas tienen que sé, y tós los ratos libres, apriende que apriende en aquella pizarra, que jasta le averiguaba a usted cuántos granos de trigo caben en medio armú.

Y alospué los güenos sentimientos que tiene el arma mía. ¡Quedrá usted creé que le está planchando, de noche a Frasca la Sandunga, pa que no se le vayan los marchante, porque ha dao en padecé dolores en los brazos, ¡misté qué finca urbana pa una planchaoral?... Po allí la tiene usted tititas las noche, cuantito que güerve del espigao, dale que dale sacando brillo, con los calores que están jaciendo, y sin interé ninguno: sino por lamor de Dió; por caridá; porque ya que no pué jacé limosnas en dinero, las jace en suó... en trabajó... ¡Es que no tiene duelo de sus güesos, ni lo ha tenió nunca, y que si fuá de otra clase, de gente como ustedé; ¡es que ni buscá con un candíl Pero, amigo: es más probe que un cerrojo, y alospué de la patulea más patulea, y eso no és pa una señora de Diosdao. Eso, usted allá, qué edá tiene pa

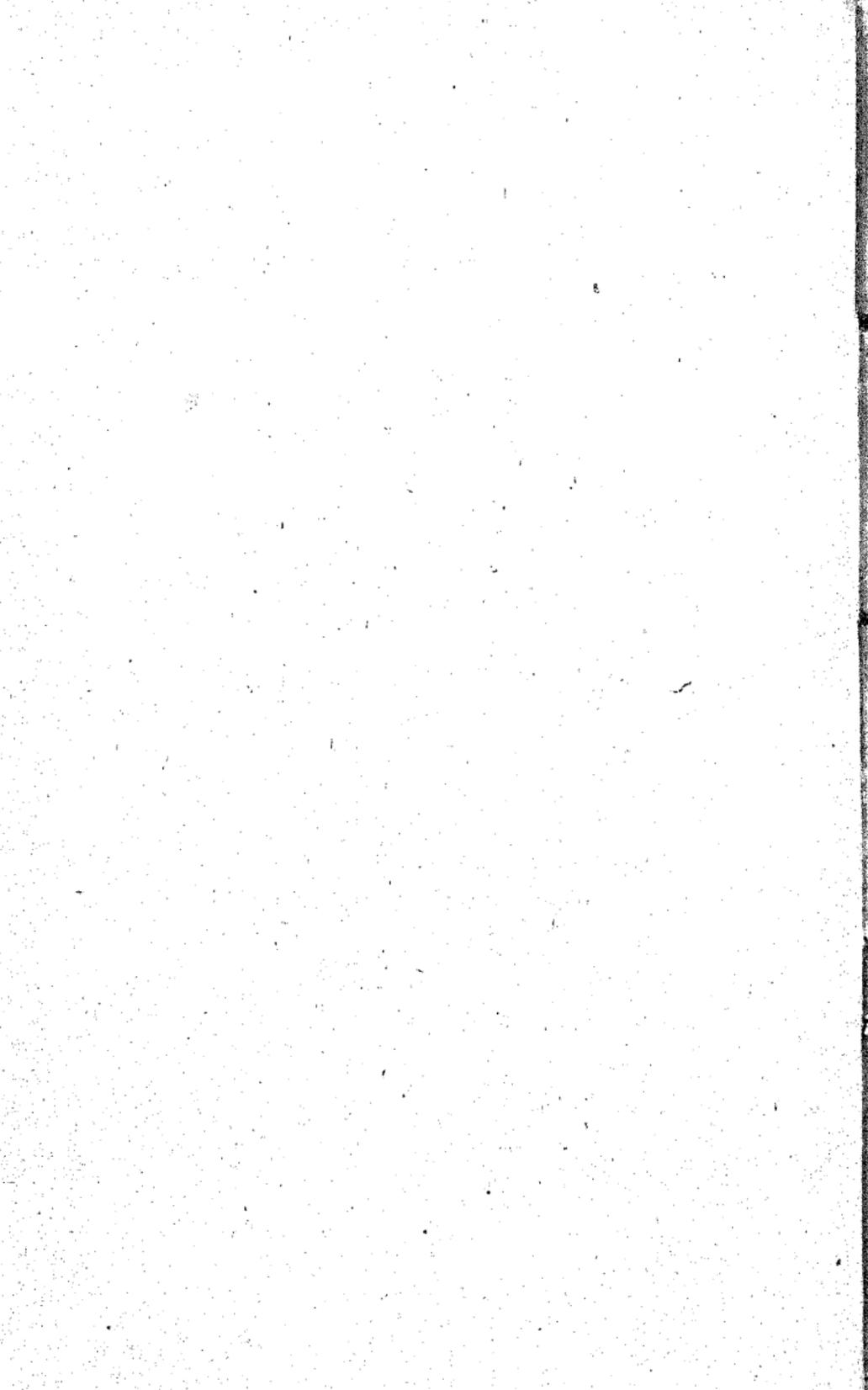
sabé lo que se jace; pero es mu poco nío pa tánto pájaro... ¿Qué quedré yo pa ella, que la he críao?... Pero poncima de ella está esta casa... ¡esta... ilesia parroquiá, porque esto es la Catedrá de Sevilla... con er morumento encendió, contra!

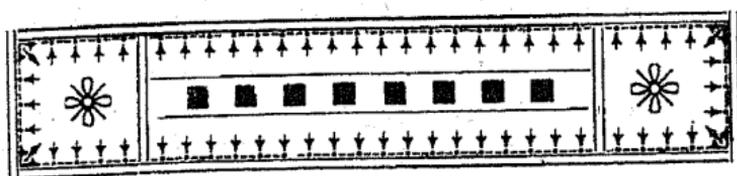
Güérvase usté a Madrí, ¡güérvase usté a Madrí!, que jasta er reflán lo dice: «Ojitos que no ven, corazón no quiebran».

—Bueno: ¡llevas la carta, o no la llevas?

—¡Mandemusté a jozá, y ya esty aquí de güerta con titita la geta llena e fango! ¿Eso?... ni anque me lo mandaran de penitencia. ¡Primero a los protestantel... ¡Yo no, y yo retenó!







CAPÍTULO XIV

Para Maricruz Almonte

¡Por la Virgen del Rocío, a quien eres deudora del beneficio de mi vida, no rompas esta carta sin leerla, Maricruz!

(Ya ves si te respeto, que no me he atrevido a llamarte ni mi idolatrada, ni mi querida, ni siquiera mi estimada Maricruz)

Tengo tantas cosas que pedirte, que no sé por cuál empezar.

Sea la primera *tu perdón*.

Y no porque yo no tenga olvidado, de puro sabido, que puedo contar con él desde el instante mismo de la ofensa; sino porque es

de justicia que lo pida el ofensor, es por lo que te lo pido de rodillas.

Sí, Maricruz: ¡perdón!... ¡Perdón por haberte ultrajado hasta... las monstruosidades, a que me empujó el instinto y me llevó mi villanía... Y, aunque fué mucho el ultraje, para que lo pueda perdonar nunca una mujer honrada, tú eres infinitamente más que una mujer honrada: tú eres la honradez y la pureza; pero... con la generosidad más inaudita. Tú, que nunca supiste devolver mal por mal; tú, que cuando te lastimé en el callejón de la Cuesta te vengaste besándome... tú, callada y sufrida, resignada y heroica ante todas mis altanerías y crueldades de niño... tú, Maricruz, que por no delatarme a mi madre, ni desacreditarme ante el público, arrostaste la indignación de la señora y devoraste la maledicencia de las gentes, tú no tienes más remedio que tenerme perdonado, como así me perdone Dios a la hora de mi muerte. ¡Mira si te conozco!

El perdón, por consiguiente, que te pido, no es para que me lo otorgues, puesto que está otorgado, más de cuanto há: el perdón que te pido, besando la tierra que tú pisaste

en las dos ocasiones nefandas, que ojalá pudiera con sangre borrar de mi historia, es para *merecerlo*.

Conque perdonado, ¿no es verdad? Pues por la Virgen del Rocío, a cuya ermita he ido descalzo, para pedirle que no rompas esta carta sin leerla, sigue leyendo.

Lo segundo que te pido es tu amor.

No *el hecho* de tu amor, con el que cuento, como con tu perdón mismo. Sino la ostensión solemne de ese amor, que, superior en tí a todos los agravios que tienes recibidos de mi parte, es la pasión más avasalladora de tu alma... Tú no eres otra cosa, que el amor a mí, andando como sonámbula por el mundo.

Y una cosa que no podrás nunca conseguir, aunque te empeñes en creer que lo has conseguido: arrancarme de tu corazón, como tú dices. ¡Si yo no he logrado arrancarte del mío, queriéndote menos!—ya ves si soy franco—¿cómo vas tú a poder arrancarme del tuyo, queriéndome... como tú sola eres capaz de querer?... Tu corazón, por más vueltas que le des, tu corazón soy yo, desde que te besé en el zaguán de mi casa, a raíz de la

descalabradura. Para arrancarme de tu corazón, por tanto, tendrías que empezar por arrancarte el corazón del pecho. ¡Tu corazón soy yo!

Aunque sea para vanagloriarse haber llegado a inspirar un amor semejante y en mujer de tu calibre, no lo digo por vanagloria, créelo. Lo digo, para que no hagas por engañarte a tí misma, persuadiéndote de que *ya* no me amas. ¡Me amas fatalmente, y me tendrás que amar, aunque no quieras! ¡Mira tú si me amarás, que el secreto de toda tu angélica fortaleza para conmigo ha sido precisamente tu mismo amor, aunque ello parezca paradójica! Me hubieras amado menos, y quizás hubieras caído... Tu amor fué tan... *amor*, que me hubieses degollado con la márcola, antes que consentir amarme de distinta manera de como tú concibes que se debe amar.

Tu amor fué tu fortaleza, como es tu martirio... como está siendo tu triunfo... ¡Para que un amor así pueda extinguirse nunca!

Así, pues, no tengo que pedirte que me ames, porque me amas; sino que dejes de avergonzarte del amor que tengo, como de

un ultraje a tu decoro, y de hacer por arrancarme de tu corazón de santa, como una mala hierba. El amor que te brindo es limpio y honrado, y puede y hasta debe ser correspondido con la santidad del tuyo. Es amor —me valdré de tus palabras— «del que tienen los hombres honrados a las mujeres de bien».

Pero, porque no las tengo todas conmigo tratándose de tí—ya ves si te conozco—, y no me sorprendería nada que no me creyeras—y claro, no creyéndome, ¿cómo vas a admitirme?—, he aquí otra cosa que quiero de tí y que te pido, pero con todas las veras de mi alma, porque la he menester aún más que tu perdón, y aún más que tu amor mismo: tu... no sé cómo expresarlo con una sola palabra, cuando creo que no va a caberme ni siquiera en un párrafo... Sigue leyendo.

Llevo clavado en el alma, lo mismo que un puñal, el género de vida a que yo, y sólo yo, te he precipitado .. Sé que vives con necesidades y estrecheces.. que hasta has pasado hambres... ¡tu vida de calvario, Maricruz, que me sé de memoria..!

¿Y crees tú que, por atrofiada que tenga

yo la conciencia, puedo vivir tranquilo viéndote de jornalera, teniendo yo tantos; espigando por esos rastrojos, teniendo yo atiborrados mis graneros... sin ropa que ponerte, teniendo yo el dinero por castigo?

Tú sabes, Maricruz, que entre mis muchos pecados nunca entró la mentira. Pues créeme: yo no vivo, yo no como, yo no duermo, pensando en que la dueña por derecho propio de todo lo que me ha dado Dios, tenga que salir por esas rastrojeras durante todo un verano de calores de infierno, para poder meter en su casa dos almudes de trigo...

¡Con seguridad que tú no lo haces para vengarte de mí! Pero créete que no has podido apelar a venganza más fina... ¡a castigo más atroz para mi corazón enamorado!

¿Tú, «por derecho divino» reina de Pimpollares... señora por derecho de conquista de «la casa de Diosdado»... tú cogiendo aceitunas a tarea, escardando a jornal y espigando por cuenta propia en los rastrojos? ¿Tú, en esa abyección y en esa miseria, y sólo por pura, sólo por digna, sólo por no apostatar de tu decoro y no mancillar tu amor?

Fiera de los desiertos era preciso ser—y yo no lo soy—para no tenerte en la conciencia como un mordisco de condenado... ¡Eres mi torcedor... mi pesadilla!... ¡el pecado más grande de mi vida, cuyo remordimiento me acompaña a todas partes! ¡Aunque Dios me ha perdonado, porque he hecho confesión de todo ello con el cura, yo no me perdono: créelo!

La tarde en que nos encontramos en el callejón de las Pitas, y abarqué de una sola ojeada toda la vastedad de tu pobreza, y el cúmulo de heroicas renunciaciones, que supone el salir a espigar una mujer como tú, me vi como el más vil de los nacidos y el hombre más criminal del universo, merecedor de la cárcel, ¿qué digo de la cárcel? ¡de la horca!, por haber dado lugar con mis brutales egoísmos de señor a que tú, Maricruz de mi alma y de mi vida, tuvieras que tirar por la ventana el pedacito de pan seguro, el vestido decente y el honrado rincón de hogar cristiano que... no: no *se te daba*, sino que *ganabas* tú con el honrado sudor de tu inmaculada frente, en la casa de *nuestra* madre. ¡Por ella, Maricruz! ¡por ella que tanto

te quiere, ve la manera de que se solucione este conflicto. ¿Qué digo conflicto? ¡Este horroroso caso de concienical

Por tanto, entrégate a discreción con el señor cura y acepta las proposiciones que él te haga. ¿Que ninguna te satisface? Dí tú entonces lo que quieres, y eso se hará. Esto, como comprenderás, es insostenible: yo, así, me muero.

Si el obstáculo para que vuelvas a ser la hija de nuestra madre soy yo, dispuesto estoy a dejarte el campo libre para que vuelvas a serlo. Yo me iré de Pimpollares, a donde no vuelva a saberse de mí ni pelo ni hueso; haré renuncia de todo lo criado, hasta de mi propia madre, para que tú la tengas, y... ¡todo! ¡todo, menos yo rico, y tú sin pan; yo en un palacio; y tú en un cuchitril; yo señor de media provincia, y tú espigadoral... ¡Si, todo es tuyo, porque nos casó Dios mismo en el célebre día del callejón de la Cuesta!...

Por tanto, Maricruz, lo mejor y lo más derecho, porque es lo más natural, es que, una vez perdonado de todo corazón, como sé que me perdonas, y amado con toda la locura con

que sé que me amas, me aceptas de una vez, tal y como te me ofrezco.

¡Mira que es ley de Dios, que nos ha hecho el uno para el otro! Que, porque nos hizo al uno para el otro, nos unió desde niños como al azar. Que nos fué enredando, enredando más cada día con los invisibles hilos de su providencia y que, cuando el demonio nos ha separado, no nos deja vivir, ni a tí sin tu Miguel, ni a mí sin mi Maricruz.

¡Ya ves si te querrá para mí, cuando no permitió que cayeras, ni aun con todo lo formidable de tu amor; y si me querrá para tí cuando del señorito imbécil y egoísta, voluntarioso y libertino, corrompido e ineducado, ha sabido hacer, por arte de la varilla mágica de tu amor, un hombre *casi* digno de poseerte.

¡Maricruz! ¡por *nuestra* madre!

¡¡Maricruz!! ¡¡por la Virgen del Rocío, que te ayudó a librarme de la muerte!!- ¿No te acuerdas de la copla:

A la Virgen del Rocío
le he pedido que me quieras;
ya que no lo haces por mí,
hazlo siquiera por Ella?

¡Pues por Ella siquiera, Maricruz!... ¡Si hubieras visto la fe con que se lo he pedido!... ¡¡Las promesas que le he hecho!!...

Tuyo, en vida y en muerte, en cuerpo y en alma,

Miguel.

—Toma esta carta.

—¿Una carta, para qué?

—Para lo que son las cartas: para leerla.

—Pero, ¿de quién?

—Pues de Don Miguel Diosdado.

—Pero...

—Nada: una carta, que ya ves si podrás leer *tú*, cuando te la entrego *yo*.

Y Maricruz se fué a su casa. No tuvo que romper el sobre, porque iba abierto, y con neblinas y garabatos en los ojos, temblor como de perlesía en el pulso y un desmadejamiento en todo el cuerpo, que se tuvo que sentar encima del arca para leer, leyó... leyó de cabo a rabo... ¡para, nada! Para echarse a llorar al primer párrafo, y llevarse llorando toda la santa noche...

¡Mire usted que no poder hacer nada sin

lágrimas las mujeres, aunque sean del temple de Maricruz!

.

.

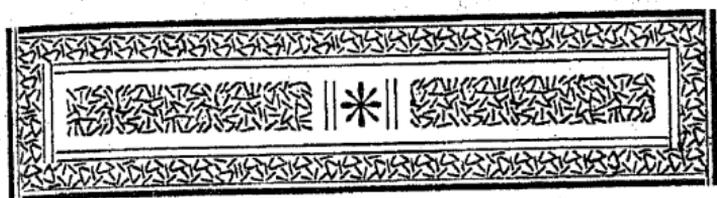
Nota importante.—No deja de tener gracia la martingala del autor de estos apuntes. Después de enjaretarnos la carta que antecede, se viene con el escrúpulo de que quizás sea apócrifa.

Se apoya para ello en que le parece mucho «documento», para la minerva de Miguel: por donde pone la puntería de sus sospechas nada menos que en la respetabilidad del señor cura de Pimpollares... ¡Pero, hombre!...

Y eso digo yo: si le parece apócrifa, ¿por qué la inserta? Y una vez que la inserta y la hace suya, que no venga alborotándonos el cotarro.







CAPÍTULO XV

Templo de acero

—¿...?

—¡Demás sabía yo que daba en hueso!; pero, porque se trata del bien material, y hasta espiritual de dos feligreses míos, es por lo que me he metido en este berenjenal, para salir, después de todo, con las manos en la cabeza.

—¿...?

—Agradece muchísimo la resolución de usted de elevarla a su altura, haciéndola su esposa, su señora; pero dice que ella es muy

poco para un hombre de la categoría de usted, y que quiere a usted demasiado, para acceder a que usted se rebaje hasta ese extremo. ¡Muchacha! —le repliqué— ¿tú sabes lo que dices?

—¿Pues no predica usted —me contestó— que el amor es sacrificio?... porque yo no lo he sacado de mi cabeza. Y, si el verdadero amor debe ser verdaderamente sacrificio, yo debo sacrificar a un amor como el mío, una felicidad, como la que llama a mis puertas. Quizás, si lo quisiera menos, cerraría los ojos y dijera que sí... Queriéndolo como lo quiero, me debe doler más lo suyo que lo mío... ¡Yo no debo anteponer mi egoísmo de enamorada a su propia conveniencia de hombre soltero y libre!... ¿Qué es Maricruz en este mundo, sino una triste criada de servicio, una pobre cogedora de aceitunas... una infeliz espigadora de los campos?... El, por poco que merezca, merece mucho más que todo eso, y debe poner los ojos en quien se lo merezca más que yo... aun cuando yo me muera.

Con esta particularidad: que para decirle mañana que sí, se lo diría ahora... ¡Valgo

yo muy repoco para andarme con retrechearías y con regateos, ¡y nada menos que con él! Decirle ahora que nó, es decírselo para siempre. El sabe mejor que nadie que lo que digo lo hago. .

Que se contente con saber que lo quiero, ¡que lo idolatro con la pasión más grande con que es posible idolatrar a nadie de este mundo!... Pero tan grande, tan grande, señor cura, ¡tan... (Dios Padre me perdone) tan infinita!, que no puede satisfacerse sino sacrificándosele... ¿No contó usted en una plática del Corazón de Jesús aquello del Rey David, cuando, abrasándose de sed en una batalla, pidió agua y le trajeron un vaso, y en lugar de bebérselo, fué y lo derramó en el suelo en sacrificio a Dios?... Pues todo lo que yo puedo sacrificar por amor a ese hombre, es él mismo, tal y como es y como está llamando a las puertas de mi corazón... ¡Esas son mis dehesas y mis cortijos, y mis ganaderías y mis aceites, mis vinos y mis maderas, mis pergaminos y mis dinerales! ¡todo lo que tiene él y que pudiera ser mío, de casarme con él, pero que tiro a la calle como se tira la basura... ¡el estiércoll!, para que vea cómo lo amo.

—Pero, vamos a ver, loca, ¡reloca, que no eres más que una exaltada, y en el manicomio las hay más cuerdas que tú! ¿Tú no ves que ese sacrificio no va a ninguna parte, que es un sacrificio en tonto?

—¿Que no va a ninguna parte?... ¿Pues no está usted harto de predicar que hay un Dios en el cielo que no deja sin recompensa ni un vaso de agua fría?...

--Cuando se da en su nombre, desde luego. Cuando no se da por Él, no tiene por qué recompensarlo... Ese sacrificio que tú intentas, y que tú misma estás diciendo que no es por Dios, sino por amor a ese hombre, quien tendría que pagarlo sería ese hombre: ¡y bastante me parece que te lo paga, con ofrecerte lo que te ofrece!

—Pues... que me lo acepte Dios en.. (no sé cómo decirlo) en beneficio de él. ¿No se enciende una lámpara por un caminante... por un enfermo... por una persona querida, en peligro o en necesidad? Pues que el Señor acepte... esta lámpara que le enciendo, y me conceda la dicha de hacerlo feliz.

¡Es lo único que quiero en este mundo!
Que viva dichoso: que esté en gracia de Dios

y que salve su alma. Yo, con un coscorrón de pan y un racimo de uvas, como mejor que la Reina, y con un vestido de coco negro, me creo hasta con lujo. ¡Yo no necesito nada!

—Ahí está la cosa, hija mía; ahí está la cosa: en que él no puede ser dichoso sino contigo; ni acaso, acaso, acierte a vivir en gracia de Dios, sino en vida matrimonial, y *contigo precisamente*. ¡No seas loca, no seas loca! ¡Mira que andan de por medio hasta los intereses de un alma!

Aquí se replegó sobre sí misma, como cuando le *da el ataque de heroísmo*. Miró al cielo como una vidente, cruzó las manos como una Dolorosa, y se me vino con esta salida, a la que no supe contestar:—¡Pues... que domine sus apetitos, como usted dice! ¡Que se arranque el corazón como yo me he arrancado el mío!!... ¡Que se crucifique con Cristo en la Cruz, como yo estoy crucificada!

—¡Pero qué de letra menuda, Dios eterno!

—¿No ve usted que siempre lo oigo a usted con la sangre en el ojo, como quien dice? Pues todo lo que predica usted que viene a mi pleito, se me graba en la memoria.

¿O es que las cosas de los sermones son para predicarlas y que se las lleve el viento?... ¿No decía usted en el sermón de la Cruz, que de una muerte en cruz al cielo no hay más que un paso... que morir crucificado es lo más grande a que puede aspirar el hombre?... También es dicho de usted que las cosas grandes no se hacen ellas solas; que las cosas heroicas es menester que alguien las haga en el mundo.

—Es que eso que tú intentas es ya tan grande... ¡tan... inverosímil, que si se escribiera en libros, no habría quien lo creyera.

—¡Peor para quien no lo crea!... Al que no le quepa esto en la cabeza, será porque no le cabe tampoco en el corazón... ¡Mire usted cómo me cabe a mí, y cómo le cabe a usted!...

¡Y... lo de siempre que la mujer se exalta: rompió a llorar como una Magdalena y la dejé desfogar y desahogarse... Es el mejor calmante para ciertos estados patológicos.

—¡Ojalá—empezó a decir, ya más calmada—lo viera por esas calles pidiendo limosna, ¡no lo permita Dios!—y atájeme usted

ya otro a escape a Matas-Gordas por la capataza!... ¡Que se vengan, si quieren venir... y si no... ¡¡que vayan buscando acomodo, que yo no quiero ingratos a mi servicio!!... ¡Infames! ¡sin corazón y sin conciencia ¡Desagradecidos!... ¡malos! ¿Dónde está el amor de Dios y la cristianidad? ¿Mi madre de mi alma como un perro?¿

Y en esto sonó la campanilla de la cancela.

Don Miguel, porque los criados habían salido para el corral a ejecutar sus órdenes, salió a ver quién llamaba.

¡¡Maricruz!!—fué todo lo que se le ocurrió decir, con la mano en el picaporte de la cancela y los ojos desmesuradamente abiertos, clavados en la muchacha.

—Me acabo de enterar de que la señora también ha caído en cama con las viruelas... dicen y... vengo a... pedirle a usted la... caridad de que me deje asistirle...

—¡¡¡Maricruz!!!—fué toda la contestación del señorito, franqueando el postigo de la cancela y sosteniendo una lucha titánica consigo mismo para no abrazar, de agradecimiento—¡conste!— al ángel de caridad que el Señor le enviaba. Maricruz se despojó del

mantón que traía sobre los hombros y que dobló y colocó sobre una silla; se puso el amplio delantal blanco, con que salió de la casa y que llevaba envuelto en un pañuelo, y con un—con permiso de usted—, muy reverente al señorito, se entró en el dormitorio de la señora.

—¡¡No la beses, por Dios, Maricruz!!

—¿Que no la bese? ¿¿Quién no besa a una madre, aunque esté más podrida que Job en el muladar??—y se abrazó Maricruz a aquel montón de carne que achicharraba y que empezaba a hincharse por minutos, horrendo... ¡Monstruoso!...

—¿No me conoce usted, señora?.... ¡Maricrucilla, que se ha mirado en ello y se viene a servir a usted otra vez... ¡digo, si usted la admite!...

—¡Cállate, Maricruz, que me asesinas!... ¡Tú no vienes aquí a servir, sino a mandar! ¡A ser el ama y señora de esta casa, como lo eres de mi corazón!... ¡A...

—Bueno: no vaya usted a dar lugar a que tenga que irme por donde vine... Déjeme usted a mí con la señora y procure alejarse lo posible, que esto se pega.

—¿Por qué has venido tú entonces?

—Pues porque para las ocasiones son los amigos, y yo le debo a la señora más que usted: porque usted es su hijo y a mí ni me conocía. El que no es agradecido no es bien nacido. Yo le debo mucho a la señora, y ojalá se lo pague muriéndome por servirla.

—¡¡¡Maricruz!!!

—Para servir a Dios y a usted.

Y empezó a componer la ropa del lecho, y a liar la dé que se había despojado la señora.

¿Para qué quería ella la vida, descartado él?... ¡Ocasión más hermosa, para quitarse de penar en el mundo!...

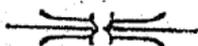
Y se sentó a la cabecera de la cama.

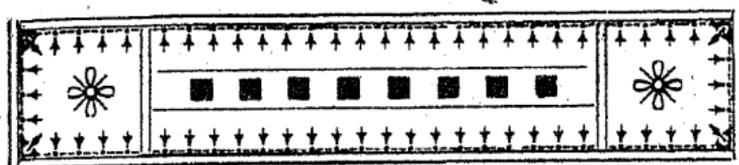
—¡Ay! que no he visto a Bruna.

Y se entró en la habitación de su antigua compañera.

--¡Maricrú!... ¡Maricrú de mi arma y de mi vía!... ¿Qué traes tú por aquí en un... ¡la fin der mundo! como éste?... ¡A asestí a la señora, ¿no verdá?... ¡Po eso es lo que se jace con las madre, y con las madres como ella!... ¡Créete que te esperaba, como hay

Dios en er cielo! ¡Te conozco, como que te he
criao con miajoncitos e pan, y sé de lo que
eres escapaz!... ¡Déjame a mí, y no te acuer-
des ni de que estoy en er mundo! ¡sino a la
vera de ella como un perrito, y que no le cai-
ga en farta ná!... Cuantito que me puea te-
né en pié ya esty a la vera suya, sin que
me saquen de allí, ni anque me echen los
cabresto. Ahora no pueo, hermanita; y miá
tú por dónde su Divina Majestá ¡se va a
queá sin un ánge, pa mandárnoslo a nos-
otral... ¡Vete, arma mía, a la vera de ella!...
¡Sé como Santa María Madalena a la vera
de la Vigen de la Soledá!... ¡Miá que haber-
le yo pegao las viruelas!... ¡En la cárcel! ¡en
la cárce! ¡en los presillos e Ceuta es aonde
me debían de meté, cuantito que sarga a
Misa! ¡Qué cargo de concencia tan regran-
de!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡¡ay!!





CAPÍTULO XVIII

Horas solemnes

Maricruz no consintió que se acercase nadie a la señora, ni a Bruna.

La guardesa de Los Llanos se encargó de la cocina, y la capataza de Matas-Gordas de los demás menesteres de la casa, reservándose ella para sí el servicio inmediato de las enfermas.

El médico, por primera providencia, recetó el santo óleo a Doña Juana, que recibió la paciente sin darse cuenta de ello, porque estaba hecha un tronco con la fiebre, que re-

basaba unas décimas de los cuarenta y uno.

Después de más de tres días sin remitir la fiebre, cual si fuese una hoguera avivada a cada instante por el soplo del viento, la erupción rompió al fin, horrenda... nauseabunda... ¡cual si todas las podredumbres del sepulcro mostrasen impaciencia por devorar aquella carne!... ¡como si Job hubiese trocado por una cama limpia los horrores del estercolero de su lepra!...

.....

Maricruz no se acostaba ni de día ni de noche, ni comía ni bebía, con esa fortaleza de ángel que presta el heroísmo a la mujer cuando dice «hay que hacer esto». Y si des-puntaba el sueño, hacía-lo recostando su cabeza de Virgen de Rafael sobre la misma almohada, empapada en el sudor, de la enferma... y si tomaba algún alimento—allá al segundo día de su oficio de enfermera fué cuando cayó Don Miguel en la cuenta de que no había tomado nada—, era un vaso de leche que le llevaba él mismo a la puerta de la alcoba.

—¡No! ¡No entre usted, por Dios!... Estas cosas, aislarlas... Está lo mismo que un tron-

co y no conoce a nadie... Que me traigan mucha ropa limpia, que en estos casos así, la limpieza es todo. ¡Y que no laven nada, no sea que se contagien!... Yo lo dejaré lavado todo antes de irme...

—¡¡¡Maricruz!!!

Y sería porque la enferma estaba revacunada; sería por los cuidados de Maricruz; sería, y esto es lo más seguro, porque sus días no estarían cumplidos, la horrenda enfermedad empezó a hacer crisis... El médico, que no dejaba de venir de Sevilla ni un sólo día, empezó a abrigar esperanzas, que se fueron acentuando cada vez más... Aunque sin que la gravedad desapareciese, alboreó una franca mejoría... La enferma empezó a darse cuenta de las cosas, y lo primero de que se la dió fué de que estaba en manos de Maricruz. Todo lo que hizo fué mirarla... echarse a llorar y decirle:

—¡Hija mía!

—¡Por Dios, no se apure usted, que esto ha pasado ya, gracias a Dios!—Y la rubia carita de la Fornarina de esmalte se hundió en aquel montón de costras y de lágrimas.

—¡¡No me beses, por Dios, que esto se pega mucho!!... ¿Y mi hijo? ¿Y mi Miguel?... ¿Y Bruna?

—Pasadito de pena el infeliz, por no poder entrar, porque no quiere el médico que éntre. Pero sentado a la puerta de la antecámara el pobrecito, como un perro, llorando por su madre, más que Jeremías... Bruna, levantada ya y todo; pero sin salir del cuarto, porque no quiere el médico.

—Sí; que no entre nadie, por Dios, y mi hijo, menos; que no entre nadie, nada más que el señor cura, que quiero confesar. Quiero, como cristiana que soy, y como lo he sido siempre, gracias a Dios, morir en brazos de Dios y en el seno de la Iglesia.

—Pero mire usted, señora, que ahora es cuando está usted fuera de peligro...

—¡Ahora que estoy en mis cabales y que sé lo que hago! Los Santos Sacramentos no matan a nadie y deben recibirse cuando se da una cuenta de lo que hace... ¡Que venga el señor cura!

Y vino el párroco y se confesó Doña Juana a todo su sabor. Y hablaron largo y ten-

dido de... ¡vaya usted a saber qué!... sólo notaron todos que fué muy larga la conferencia... ¡Pero muy larga!...

Y se procedió a los preparativos para la administración del Sagrado Viático.

La enferma hizo aderezar el lecho con « juego de novia » y adornar el altar con todo lo más rico y suntuoso que en la casa había... ¡Hacía tanto Jesucristo con bajar hasta la pobre morada de una vil criatura como ella!...

—¡El repostero de los Diosdado, ahí, sobre la pared!... ¡De frontal, el tapiz de montería que está en el arcón de cuero!... ¡Saca del cajón del oratorio el mantel con el encaje de Blanes!... Ahora, todos los candelabros de plata que haya en la casa... Tráete los dos tìbores de china antiguos de las rinconeras del salón... con todas las flores que haya en el jardín... ¡Todo lo mejor que haya en la casa, aunque haya que quemarlo luego!... ¡Nuestro Señor Jesucristo se merece más!

—¡Que no entren con el Viático nada más que Miguel y Bruna: cada uno con su vela, y nadie más... Tú no me dejes, hija, hasta

que me amortajes!... ¿Con qué te pago, hija mía, lo que estás haciendo?

—¡¡No está ya muy pagado!!

Y se empezó a escuchar en la calle el tilín, tilín de una campanilla...

Maricruz se tocó su mantón, pues no trajo pañuelo, ni era hora de buscar otro toquijo. Encendió una vela de la Candelaria por mandato de la señora, y se arrodilló a los pies de la cama, dejando los lados de la cabecera a Don Miguel y a Bruna.

—¡Qué disparate! ¡tú, ahí!... ¡Anda, y no seas testarúa! —y se fué Maricruz a la cabecera, quedando Bruna a los pies...

—¡Señor mío Jesucristo: no soy digna ni merezco que vuestra Divina Majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra mis pecados sean perdonados, y mi alma sea sana y salva!... ¡Señor mío Jesucristo...

Y Doña Juana recibió humillada y contrita al que es Viático para la vida eterna.

Y con Él en la boca, para que la cosa fuese aún más de Dios, tomando con una mano la de-

recha de Don Miguel y con la otra la derecha de Maricruz, las unió... y los bendijo... diciéndoles al besarlos con los ojos:

—¡Hijos míos de mi alma!

Maricruz se quedó fría... estupefacta... ¡atónita!... No tuvo alientos para más, que para nuevamente caer de rodillas ante el lecho y decir con las manos unidas, mirando al porta-viático con que trazaba el cura sobre la enferma la señal de la cruz.

—¡He aquí la esclava del Señor: hágase en mí, según su palabra!

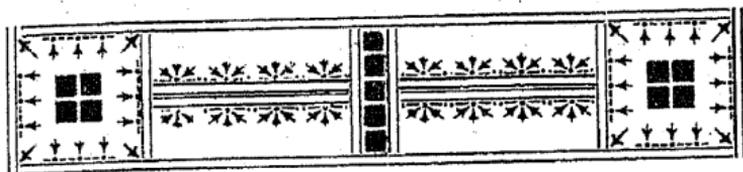
—Hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo—añadió Don Miguel, mor-diéndose el bigote.

Y el cura desapareció de la escena entre un grupo de faroles, precedido del tilín, tilín de la campanilla.

—¡Mu rebién jecho, señora!.. ¡¡Mu rebién jecho!! ¡Eso hubiá jecho la Virgen, si hubiá tenío un hijo que casá!...







CAPÍTULO XIX

Don de «lengua»

—¡Grandísima confiscál! ¿Tienes való de ponerté a decí que qué güena suerte?... Güena suerte es merecé una caena perpetua y salí libre, o echá a la lotería y que le sarga a una er premio gordo. Pero, ¿merecé una corona y que se la pongan a una, o merecé un artá y sentarse una en é, como señá Santa Ana? Eso no es suerte. ¡Eso es la providencia de Dió, que es mu regrande, y que no se quea con na de naide, y de los pobres, meno! Ya me han estao tentando er jato dos o

tres conque ¡qué güena suerte! con ¡qué suerte tan atró!... ¡Suerte, pa é, aunque sea mi señorito y lo quiera como a las niñas e mis ojos: llevarse esa jermosura, ese jechizo, ese .. arcánge San Grabié diciendo er Misterio de la Encarnación!, porque hay que vé cómo está esa criatura, que eso es un arfilé de pecho de corá, porque, pa que lo tenga bonito tó, tiene bonitos jasta los deos gordos de los pies... Y alospué ella, económica... ella, trabajadora... ella, estruía... ella, er más güen corazón pa titito er mundo, que ha crio Dios encima de la tierra... y si es honrá... ¡Santo Cristo de Torrijol!... ¡¡Más que toas las abaesas de tititos los conventos que tú veas en er mundo!!

¿Has visto tú muchas mujeres en er mundo pasá jambre, como ella la pasó cuando salió de la casa, porque no se dijera que de aónde le venían a ella los dinerale?... ¿Has visto tú muchas mujeres ¡y de su mérito! meterse en su casa y no salí de ella na más que a trabajá como una mula, mejorando lo presente, y vení estrozaíta de echá su peoná y ponerse a planchá ¡y de brillo! pa que no se le fueran los marchantes a Frasca la Sandunga?...

¿Has visto tú en er mundo dirse naide a cudiá dos virolentos, uno en la seca y otro empezando? ¡Po a bien que sé yo pocos cuentos, que se casa el hombre der cuento con la niña der Rey, aunque sea un quinquillero, na más que por lo güeno que era y por lo bien que se portó! Po eso ha pasao aquí: que ella ha jecho con la señora lo que ninguna, ¡pero ninguna! de las que le estaban comiendo er pan y se lo habían estao comiendo toa su vía fuèron escapaces de jacé. Y se entró por aquellas puertas, expuesta a tené que dí ar cimiterio, ¡a pagarle a la señora, es verdá, pero a pagarle, en oro!

Asín es que la señora ha jecho lo que ha debió de jacé: casarla con el niño er Rey; que más que retemerécio se lo tiene.

Y cudiao que yo era la primera que me se abrían las carnes de pensá que eso pudiera sé, porque era cosa que lo estaba viendo vení, y endeje chiquetillos los dos, lo estaba viendo un ciego, y yo, la verdá, quería pa mi señorito la Reina de Hungría, y me parecía poco. Pero cuando yo he visto y tocao por experencia to lo que es esa criatura, porque rejastallí las perlas finas y... los diamant-

tes pa partí er cristá, po esty loca de contenta, pa que te entere, y eseandito de echá mano a decile «señora»... lo cuá que ella no lo va a consentí, y me parece que lo esty viendo, porque es más humirde que la tierra, pero que en mí está er darle er tratamiento que se merece, anque alospué ella me diga que no, y nos cueste jasta un dijusto.

¿Qué creerás tú que ha dispuesto que se jaga con er dinero que tenía en la casa cuando se fué, y que no quiso llevarse, ni arrecogé siquiera cuando la señora se lo mandó, lo cuá que fí yo misma en persona a llevárselo, y me dejó vení gorviendo la cara atrá como la mujé de Lope?... ¡Po que se le entriegue titito ar padre cura, pa que se lo reparta er día der casamiento a los probecitos impedíos de ganarlo!

¡Miá que arción! ¡Miá qué arción de emperatri!... ¡Miá tú si una mujé de esos centros no merece ponerse a jugá a pipirigaña con su Divina Majestá la Reina! Jasta er mismo Don Césa, que le sentó ar prencipio como un tiro, ha escrito ya conforme, de toa conformidá, y le ha mandao, ¡armíratel, una

diadema pa la cabeza, que na más que duelen los ojos de mirarla, de tantísimo, hija, como arrelumbra... Es como media corona, ¿sabes? Yo creo que será e esa manera, porque coronas enteras no se la podrán poné na más que la Vigen, y las mujeres na más que un cacho... ¡Las cascás e llorá que se está dando esa criatura, na más que con esas cosas!... Pero lo que le dice la señora pa consolarla:

—Hágase tu voluntá, así en la tierra como en er cielo.

Yo, vinticuatro duro, que es titito lo que tengo junto, se los iba a regalá en dinero; pero que er señorito me lo quitó de la cabeza que se los diera en dinero, no fueran a corré burro, dándoselos ar padre cura pa los pobre. Asín es que lo que he pensao es comprarle... y ¿qué le compro, Madrecita mía del Rocío, y pa una casa, tan llena como esa?

—Una... palmatoria de plata para la mesilla de noche, que es muy socorrido...

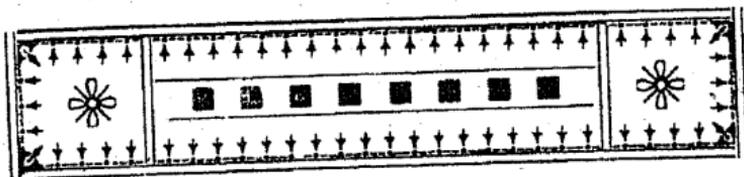
—¡Calla, boca sacrílega!... ¡Con agua pasá no muele er molino: una mala media hora cuarquiá la tiene, y ar mejón paño le cae la mejón mancha! Cosas de la jumentú, que alospué son cuchillos pa toa la vía... El hom-

bre es fuego y la mujé estopa, y viene er demonio y asopla... ¡Y er Señó, hija, nos libre de un soplió!... Con que quéate con Dió, que no quió que diga la señora que me eternizo en los mandaos... Ahora, en la convalecencia, no quié que trabaje, sino na más que sarga por er pescao y cuatro cosillas así... pero que güerva pronto... ¡Miste que no podé una jablá to lo que se le ocurre!... ¡Po lo que toca atento este particulá tengo que juntá gente a la puerta!

¡Es mu regüenal!... ¡Es mu rebonital!... ¡Tiene mu regüenos centro, y es mu rethonraísima!... ¡Y alospué, sabiendo lo que es ser pobre, y sabiendo lo que es jambre por experencial... La boa, ¿sabes tú pa quién va a sé?... ¡Po pa los pobres e Pimpollare! ¡Y si no, acuérdate!...

¡Contra! ¡las oncel! ¡y salí de casa a las ocho! ¡No me puó di de la mano!...





CAPÍTULO XX

El trueno gordo

— ¡Malena!... ¡¡Malenilla!!... ¿A ónde demonios estás metía?... ¡Anda, asómate mujé, que ya vienen ahí!

— ¡Como que ni ar mismísimo enemigo se le ocurre ponernos a amasá en un día como éstel... ¡Anda y que se lleve Pateta la recentaúra y el amasijo y tó!

— ¿A ónde vas, confiscaísima?...

— A la puerta de la calle a verlos di, y... ande sea semenesté. ¿Lo quié usted más claro?... Digo: ¡pa echarle agua!

—¡No me inrites, no me inrites! ¿No oyes tú que al amasijo?

—¿No oye ustedé que no me da la rear gana?

—¡Pero qué republicana, Madre mía, y qué resobresí, y qué sin frenillo!... ¿Y qué jago? ¿la mato?...

—¡Déjala ustedé, tía Rosa, que una boa como ésta no se ve tos los días!... ¡Asómate, Malenilla! ¡verás!... ¡verás!...

(Magdalena, en la puerta de la calle, en el paroxismo de la estupefacción:)

—¡Las güertas que da er mundo,
Y aquí me queo!

¡Quien no la vió cogiendo acitunas como nosotra!...

—¡Y si no hubiá sío má que cogiendo acitunas!... ¡Quien no la vió de trompezón en toas parte y mantenía por pensión veciná, como er cochino de San Antonio!...

—¡Ya pa eso, que le pongan la media lunar!... ¡Dió, y qué velo de blonda más remanifiquísimo!... ¡Escucha!... ¡escucha a ónde le ilegal!... ¡Un manto largo!

—Pero ¡qué rebién llevao tó, y con qué re-

tesefiorío, hija!... ¡Es que parece una reina, visitando los sagrariol..

—¡Oyel... ¡miá las abujetas pa arrecogerse er velo, les tembriques que traen y los arrelumbrones que vienen pegandol... Me río yo de la copla:

La Virgen del Rocío
tiene en el hombro
una salamanquesa
de plata y oro

¡Diól... ¡Qué lujo más atról!

—¡Jiiiio! ¡Tú ahí!

—Sí, hija: ar jubileo de la pestaña; ¡a vé, pa no preguntál!

—Po ven con quien bien te quiere.

—Pa luego es tarde.

—¿Has visto, mujé, qué suerte?

—Eso estábamo diciendo: ¡quien no la vió cogiendo acitunas con er Notario!...

—Po yo no hé de decirle «señorita»; yo, Maricrú.

—¡Po ya se vel!

—¡Hija! ¡pero qué lujazo y qué ofendé a Diól... Como que na más er vestío dice la sobrina der cura que ha costao diez mi reale.

!Miá que tisur de plata pa una mujé!....

—¡¡Echa miles e reale!!... ¡A bien que tú no los tienes que pagá!... ¡Diez mi reale!

—Yo, hermana, como me lo contaron te lo cuento. Pero dice la sobrina der cura que na más el encaje que lleva por tó arreó vale seis mi reale.

—¡¡Echa miles e reale!! Pero... ¿pué cabé en tu cabeza, Remedio, que haiga encajes en er mundo que vargan esos millone? Yo no digo que una blonda de oro, como la de la saya de la Pastora, o como la der manto de la Vigen de la Soledá no cueste aunque sea a cinco duros la vara; pero un encaje blanco de cuatro deos... ¡vamos! ¿que en un napoleón está mu rebién pagao! A sei reale lo trae la Clarina de un parmo e ancho.

—Por ahí se le afea mucho que no lleven cómoda.

—¡Pero llevan dos armario!

—Esengañate tú que ande está er señorío de una cómoda... Y a lospué que yo ha oío decí que qué lástima: unas prendas tan güenâs, con las puertas de espejos jechecitos trizas.

—¡Se habrán rompío por er camino!

—No mujé: es que vienen así, de jecho pensao... Por lo que explica mi Mariarvalle, que los ha visto, anlugá de un espejo grande, como er de Don Germán, que coge toa la puerta, son muchos espéjitos chicos, a moo e bardosine, cogíos unos con otros con listones e maera .. Eso, a la cuenta, será más barato que un espejo grande, y cáatala ahí.

—Po mira: no creo yo que un hombre de los cauales e Don Migué, que no sabe ni lo que tiene, vaya a comprá una cosa de quierro y no pueo... Mejón será que se usará ahora los espejos partíos...

—¡Güenas y gordal... ¿Y eso se pué estilá?...

—¿Y no se estila en er mundo titito lo que se dice vamo a que se estile?... ¿No se estilan los visillos der grandó de pañuelos, y los vestíos de las mujere por las roillas? ¡Esen-gañate tú, que cuando na meno que Dor Migué Diosdao ha mercao unos armarios esa manera, se usará y punto en boca!... ¡Digo! ¡y con Doña Juana de por medio, que dicen que tira piedras, de loquita que está con er cansamiento...

— Como que más vale caé en gracia, que ser graciosa.

— ¡Y que lo digas!

— ¡Ya!... ¡Ya vienen ahí!...

— ¡Cudiao cómo viene, cudiao cómo viene!... ¡Anda, pa que te esembobes!

(Las tres a una.)

— ¡Vayan ustedes con Dió!

— ¡Me alegro tantísimo!

— ¡Que sea enhoragüena!

— ¡Er durcísimo nombre de Jesú, er durcísimo nombre de Jesú!... ¿Tú has arreparao el arfilé de pecho?...

— Po ¿y los zarcillos, que lastiman los ojo? ¡Miá que jasta una corona!...

— Po ¿y er collá?... ¡Hija! ¡qué regüena suerte, qué regüena suerte! ¡Más probe que las ratas, y casarse con un hombre tan repoderosísimo!

— Como que pasión más grande no se ha visto en er mundo ni se verá.

— Y no de hoy ni de ayé mañana, sino endeje que eran tamañitos así...

—Oye, ¿amos a la ilesia, aunque a lospué mi madre me moñée?

—¿Estocás como estamos, criatura?

—Tócate tú er delantá; que acá nos apañaremos con mi pañuelo de talle pa las dos.

•••••
—¡Dió! ¡¡y cuantísima gentel!

—¡Tito er pueblo en la calle!

—¡Ni que fuá a habé pelón de pesetas y duros!

—¡To fuera que le dieran por ahí!

•••••
—¿Cómo?... ¿Que no se pué entrá? ¿En-deje cuándo a ónde no ha sío la ilesia de titito er mundo?... ¡¡Miá el lambrución!! ¡Dán-dola de tres y trazas, porque lo han jecho municipál!... ¡Jurrio de ahí!

—¡Que se estéis quieta! ¡¡que se echéis pa atrá! ¡¡que no arrempujéis!!!

—¡Jíncale un arfilerazo, verás como deja entrá en la casa de Dió!... ¡Judío! ¡Hereje!

—¡Que seis mu mar jablás, pa ser tan feas!

—¡Tu madre, y jasta tu quinta generaciól! ¡Miá er que habla y es más feo que un cuín!

—¿A que le vy a espantá arguna el ánge de la guarda de una gofetá?

—¡Jurga, si eres por vé!

—Chiquillos, ¿se queréis di?... ¿queréis no arrempujá más?... ¡Tú! ¡Manolón! ¡asujeta a esa perra canalla, si no, nos arrollan!... ¡¡He dicho que no se pué entrá y no se entra!!

—Andar, muchachos con é y patearlo. ¡La ilesia es de Dió! ¡¡La ilesia es de tó er mundo!!... ¡¡¡La ilesia es der pueblo!!!

(Cincuenta mil voces al unísono.)

—¡Ay! ¡Ay!

—¡Bestia! ¡animá!

—¡Mi vestío!... ¡Mi vestíoóóó!

—¡Rebruto!... ¡re...!

—¡Grandísima...!

—¡Miá que te...!

—¡Ay, ay, ay!

—¡Recontral ¡que no semos sardinas jarenques!

—¡Que me ajogo, Madre mía!

—¡No reventaras!

—¡¡No arrempujá!!

- ¡Dios, que esplegón!
- ¡¡Hija de la gran...!!
- ¡Ay mi ojo, mi ojo! ¡Ay mi ojo!
- ¡Esto es una Enquesición: cerrá la ilesia!
- ¡Indecente, marrano, sin prencipio!
- ¡Való es semenesté pa vení con niños chicos a unos apretones como éstos!
- ¡Calla, chata barata, fea toa!
- ¡Como tú eres tan repreciosa! ¡Miá la que jabla, más fea que un núo!
- ¡Jar favó, jar favó! ¡que siempre llegas la úrtima y has de plantificarté en er cojollo!
- ¡Mulo!
- ¡Recontra! ¡que no semos de palo!
- ¡Madre, que pisotón tan regrandísimo!
- ¡Lo que te vy a dá va sé un coazo, que te vy a sartá un ojo!
- ¡¡Que se calléis!! ¡¡Que se calléis!!
- ¡Miá er farto éstel! ¡Escupiendo po er cormillo porque está de aspirante a pretendiente de ayuante de escribientel... ¡Porque está de ayuante de crucero, dándosela de amo de la ilesia! ¡¡No nos da la rear gana, pa que te entere!!

—¡Uán!... ¡uán!... ¡uán!...

—¡Mujé, métele aunque sea un deo a ese angelito, pa que se calle!...

—¡¡Miá, tú!! ¡pelos e baú! ¡A ve si no arrempuja!

—¿Pero se vais a callá, o no se vais a callá? ¿O va a sé semenesté que venga Su Santidá pa jacerle a ustede que se calléis?

—No, hombre: no es pa tanto... Con que su cabeza visible en er pueblo nos lo mande...

—¿Tamién chunguita?... ¡Más valiera que anlugá de está encandalizando, estuviás arrecogía en tu portá!

—¿Üeno, ¿abres o no abres?

—¡La cabeza, de un peñascazo, es lo que te voy a abrí!

—¿Amos a arrempujá con toa nuestra fuerza?

—¡A ella, y caiga er que caiga!

—¡A la una, a las dos, a las tres!...

Y las puertas de la iglesia crujen como si las sacudiera un huracán... Salta al fin el cerrojo, llevándose consigo las alcayatas... El municipal cae de espaldas cuan largo es, y

nio, con la misma creación de nuestra especie. *No convenía que el hombre estuviese solo; y por eso Dios le hizo una ayuda semejante a él.* Tan semejante a él, que la hizo de la misma sustancia corporal del hombre mismo. Así pudo llamar Adán a Eva *carne de su carne y hueso de sus huesos... Dos en una misma carne.*

Jesucristo, Señor nuestro, que vino a restaurarlo todo, *sive quae in coelis, sive quae in terris sunt in ipso*: todo lo de los cielos y todo lo de la tierra, no pudo dejar de hacer sentir su influencia restauradora en lo que al modo de propagar la especie se refiere. Y de lo que no era más que medio natural para transmitir de hombre en hombre la antorcha de la vida, hizo, con su presencia en unas bodas, un sacramento de la nueva ley; con todos los prestigios que le da la indisolubilidad del vínculo, y con todas las excelencias de la gracia sacramental a él inherente.

Venís, pues, a algo más que a celebrar un contrato, siquiera sea contrato el matrimonio. Venís a conferir y a recibir al mismo tiempo un sacramento, y «sacramento gran-

de en Cristo y en la Iglesia» que, al par que os da derechos sacratísimos, os impone obligaciones, no menos sagradas; pues al conferir derechos al uno sobre el otro, os obliga estrechísimamente al otro para con el uno... Quien da a quien no es su cónyuge lo que es de su cónyuge, comete un gran pecado contra justicia. Ni es preciso, para hacerse reo de pecado tamaño, llegar a la obra... Quien desea el cónyuge ajeno, «en su corazón ya ha adulterado.»

Instituído este santo sacramento, para la propagación de nuestra especie, *redimida por Cristo*, al precio de su cruz, el matrimonio cristiano no puede darse por satisfecho con sólo tener hijos... Ha de procurarse hijos: pero hijos, cristianos: hijos de Adán según la carne; pero hijos de Jesucristo, por la santidad: santidad que hay que enseñar al hijo lo mismo con la palabra que con el ejemplo: lo mismo con el consejo saludable, que con el castigo oportuno... ¡Ay de los padres que ante los pecados de los hijos se cruzan de brazos y no tienen para ellos una conminación ni un reproche!... Más les valiera no haberlos tenido, porque serán para

ellos una tremenda responsabilidad, ante Dios y ante la historia.

Quien crea que el matrimonio tenga otros fines que familias santas, no sabe lo que es la cruz de Jesucristo, cuya sangre convertida en gracia matrimonial se da en este sacramento. Jesucristo no ha podido morir, sino para santificar al género humano! Quitarle, pues, al matrimonio según Cristo su misión santificadora, es desgajarlo del árbol de la cruz.

A santificaros, pues, hermanos míos, en el nuevo estado que venís a abrazar. A haceros de una familia, en que Cristo viva, en que Cristo reine, en que Cristo impere .. ¡en que Cristo lo sea todo, por estar en todo!...
¡Omnia et in omnibus Christus!

Usted, señor D. Miguel Diosdado y de Manrique: usted que mide por leguas las posesiones y cuenta por centenares los asalariados; usted a quien la Divina Providencia hizo tan rico y a quien la educación ha hecho tan misericordioso: sepa usted ser rico, haciendo misericordia a manos llenas. Pero no sólo de pan, pues no sólo de pan vive el hombre; sino de pan... y doctrina. ¡Caridad

para con los cuerpos de sus semejantes, y caridad para con las almas de sus hermanos!... ¡Pan y escuelas!...

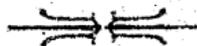
Delante de los ojos tiene usted, para hacerla suya para siempre, la más gallarda prueba de lo que puede llegar a hacer la educación cristiana: la Maricruz que todos conocimos de arrapieza y que vemos en este instante, hecha toda una gran dama, digna de usted.

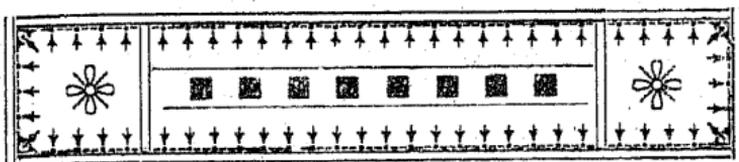
Sin la caridad cristiana, que de ella se compadeció en su abandono y le dió pan y abrigo, y sin las santas enseñanzas que recibió cuando niña de una dama ejemplar, ciertamente, ¡ciertísimamente! no sería hoy «la señora de Diosdado»... Bendita, pues, la caridad cristiana, que la acogió; pero bendita, mil veces más, la educación cristiana, que ha hecho de ella lo que hoy es.

Y... tú, María de la Cruz Almonte y Méndez, ¡hija de mis entrañas! tú, que sabes lo que es ser pobre, porque eres más pobre que la tierra, y de serlo y de parecerlo no te has avergonzado nunca; tú, que sabes por experiencia propia, todo lo que *se le saca* a Dios, cuando se le conoce y se

le ama, sé la madre de los pobres como has empezado a serlo, dándoles todo el fruto de tu honrado sudor; pero, al par que madre y providencia de los pobres del lugar, el apóstol de Jesucristo en Pimpollares. Sea tu vida el espejo en que puedan mirarse, no sólo las mujeres de bien y de vergüenza, sino las colocadas por Dios en lo alto del candela-bro de la posición social, para que en la casa brillen... irradiando los divinos resplandores de la luz de Jesucristo. *Lumen Christi.*

¡Que todos los que te vean esposa y madre, señora y acaudalada, como los que te vieron doncella y pobre, jornalera y desvalida, tengan que decir al ver la luz de tus santos ejemplos:—¡En verdad esto es luz de Jesucristo!!—





EPÍLOGO

—Po lo que es yo, señorito de mi arma, ¡yo no paso por ese cuchillo!... ¡Es mucha Inquisición la que se está teniendo con una en esta casa! (Llora.)

Güeno que la madre no me la quiá dejá en mi cuarto por las noche, porque tié que mamá el arma mía, y güeno que la señora la quiá tené consigo endeje que Dió echa sus luce jasta que las arrecoge, y jasta que le tenga una cunita en er cuarto de labó, y jasta se la lleve al oratorio, cuando se va a rezá sus devocione; pero esto de que me la den a mí como quien espacha azafrán, que se cuentan

la jebbras, ¡eso es un cuchillo mu regrandísimo pa mi corazón! (Llora) ¡Y lo que toca Bruna Lope no merece esa gofetá sin manoll (Sigue llorando.)

Ayé, sin dir más lejo, na más que porque le dí un chillío y la isperté, me armó una la señora, que jasta juntó gente a la puertal ¡Misté a mí, que no me ha dicho una palabra más arta que otra, endeje que entré en la casa!... Y si es esta mañana, porque la cogí der Samué, o como se llame la cuna de varetas, y la arremonté por lo arto, y la zarandeeé un poquillo, y degorvió la leche, la madre se dijustó y me la quitó corriendo. (Llora.) ¡Y yo así no pueo viví, y pa eso me voy!... ¿Usté sabe lo que quiero yo a ese comino, que lo mismo es oirla llorá, que ya esty yo esatentá, sin sabé ni lo que me pasa, jaciendo promesas, que no cumplo una, cuando ya debo veinte?...

¡No lloré yo ná ni ná cuando se le abrieron los bujero pa los zarcillo... ni cuando la envacunaron, que jasta mala me puse y me acordé de la Vigen cuando la Circución! ¡Pa que aluego no me la dejen, na más que por contagota!... (Llora.)

¡Porque esa niña... pa que usté se entere, es la arcancija ande he arrecogio yo tititos mis quereres en er mundo! Y la quiero, como a la señora, porque es su nieta. Y la quiero lo mismo que a usté, porque es su hija. Y la quiero como a su madre, porque yo creo que esta niña es de las dos. (Llora.) ¡Me está pasando con ella lo mismo que con er Misterio de la Santísima Trinidad: que er Padre es Dió, y el Hijo es Dió, y el Espiritu Santo es Dió, y alospué no son tres dioses, sino tres personas distinta y un solo Dios verdadero... Po güeno: esa niña es usté, y esa niña es Maricrú, y esa niña es la señora... y alospué no son tres niña, sino una niña na má... que aunque fuá hija de las piedra, era semenesté quererla al arma mía, na más que por lo que sabe esa criatura; que yo creo que no la vamos a lográ, de tantísimo como sabe. (Llora.)

De móo que yo quió jacé testamento y dejárselo to y dirme. Los zarcillos e corá que, aunque no vargan ná, yo los tengo en mucha estima porque eran de mi madre... Er mantón de Manila estampao, que tan repreciosísimo es, porque con ese coló de pechuga de tórtola

que tiene, es que no hay otro en er pueblo; y, en fin, y pa remate: jasta el año de pelo que me compró la señora pa la boa y que no lo estrené, ni lo he estrenao, quió que también sea pa ella, por si er día de mañana lo necesita.

Asín es que, o me dejan efogá, o pego un reventón que no oigo er traquío. (Llora.)

¡¡Lo mismo que meterse la señora en la cocina, a jacerle la jarina lateada, como si una no fuera escapá de jacérsela, aunque fuá al niño er Rey!!... Ande no está ganando una pa desprecios, endeje que ha venío ar mundo ese gorgojo... ¡hija mía de mi arma! (Llora.)

De móo y manera que lo que yo quió de usted, señorito de mi arma y de mi corazón, es que pa la visita de Sagrarios me deje usted a mí llevarla al arma mía. Porque lo der trompezón de la tarde der bautizo no fué ná má que no vía er camino con las lágrima y trompecé con la tarima del artá der Señor de la Columnia. Po a eso es a lo que se agarra la señora, pa no queré que yo la lleve. ¡Y a vé si es ley de Dió que se le dé a una mujé na-

cía, cría y envejecía en una casa un feo tan reatró, sin merecerlo! (Llora.)

Y no es, bien lo sabe Dió, pa dí yo por las calle, có con có con los señore... ¡Yo no me gusta salirme de mi lugá, ni meterme aonde no me llaman! Es porque no es de concencia que se quée el ánge de Dió sin dí a visitá los Sagrario, ni a nadie le pertenece, más que a mí, llevarla al arma mía. Si la quié llevá la señora, que la lleve: pa eso es su agüela. Si la quié llevá su madre, ahí la tiene, que pa eso la ha echao ar mundo. . . ¡Vení otra con sus manos lavás a quitarme lo que es mío? ¡primero a tiros y a puñalás, que consentí ese vejame!

¡Contra! ¡que no ha de ser tó caridá con los probes e la calle, y aluego palo seco pa los e puertás aentro!...

Mu güeno y mu santo que se haigan traío las Hermanitas e la Crú... y que se haigan gastao miles y miles en las escuela e el Ave-María... y que se haiga estableció la Graja gríscola y er Cindiscato... ¡y ese chorro de oro que sale por esas puertás, er Señó se lo aumente a quien bien jace!... ¡¡Pero que haiga caridá con esta infelí, (Llora) que no

tiene en er mundo más Dios ni más Santa María que poé tené en brazo un ratito esa muñeca, y lucirla por esas calles y esas plaza er Jueve Santo, ¡como la bendición má jermosa, que ha podío su Divina Majestá echá en Pimpollare!!

Sevilla, Febrero-Junio de 1918.

FIN DE LA OBRA



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A LOS LECTORES DE EL DEBATE.	5
LIBRO PRIMERO — COSAS DE NIÑOS	
CAPITULO I.—Perfiles de un carácter.	11
» II.—Corazonada de santa	25
» III.—Un buen natural	35
» IV.—Una salve a la Virgen del Rocío	43
» V.—La ley del pudor.	51
» VI.—La fruta del árbol del bien y del mal.	59
» VII.—Donde cae el borrico, se le dan los palos.	67
» VIII.—Intuiciones femeninas	81
» IX.—De cuello vuelto.	87

	Págs.
CAPITULO X.—Don César... «Augusto»	93
» XI.—La despedida.	103

LIBRO SEGUNDO: — COSAS DE LA JUVENTUD

CAPITULO I.—Culto a los idos	113
» II.—Pronóstico y diagnóstico	189
» III.—De cuán errados suelen ser los juicios de los hombres.	135
» IV.—«La pelota» de Maricruz	141
» V.—«La pelota» de Miguel	151
» VI.—Una equivocación, cual- quiera la tiene	157
» VII.—¡Coincidencias!	169
» VIII.—Diálogo mudo	177
» IX.—A graves males, grandes remedios	181
» X.—La diplomacia de Bruna.	189
» XI.—Solo Dios basta	195

LIBRO TERCERO: — COSAS DE SANTA

CAPITULO I.—Conjeturas y comentarios	207
» II.—«Busto» del Cura de Pimpo- llares	215
» III.—El remate de la cogida.	227
» IV.—Las castañas en el fuego	235
» V.—Un Jueves Santo	247
» VI.—Otra embajada de Bruna	255
» VII.—Visita de los Sagrarios	261
» VIII.—El cura de «cuerpo en- tero»	269

	<u>Págs.</u>
CAPITULO IX.—Lirio entre espinas	282
» X.—El «San Juan»	291
» XI.—«Bandera española»	297
» XII.—La tos de Tolo	307
» XIII.—La criada respondona	317
» XIV.—Para Mariacruz Almonte	325
» XV.—Temple de acero	337
» XVI.—Monólogo del cura	347
» XVII.—Nemini quidquam de- beatis	353
» XVIII.—Horas solemnes	361
» XIX.—Don de «lengua»	369
» XX.—El trueno gordo	375
EPÍLOGO	391





Sevilla, 11 Noviembre de 1918.

IMPRIMATUR:

† Enrique, Card. Arzobispo de Sevilla.

Anna Campor Vida de Reyes
Puey Alfonso XII-00-11

Sevilla

